ANYA WYLDE

# Cuando Llegó el Canalla



CAOS Y ENAGUAS

LIBRO 2

# CUANDO LLEGÓ EL CANALLA

Caos y Enaguas

Libro 2

**Anya Wylde**

# CONTENIDO


Página del título
Dedicatoria
Nota de la Autora
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Epílogo
Otros libros de la autora
Sobre la Autora

# DEDICATORIA

Para John y Portia, Marcus y Daniel.

# NOTA DE LA AUTORA

He reelaborado la serie Hermanas Fairweather para crear una versión más picante. Encontrarás nuevas escenas entretejidas a lo largo de la historia, junto con una exploración más profunda del punto de vista masculino. Espero que disfrutes esta versión más ardiente de la serie.

# AGRADECIMIENTOS

John, gracias por tu amor incondicional.
Portia, eres mi pequeño alivio contra el estrés.
Y, por último, un enorme agradecimiento a todos mis lectores por su ánimo y apoyo.

# PRÓLOGO

En la última parte de marzo del año mil setecientos y pico, una gran goleta descansaba sobre aguas azules y tranquilas frente a la costa de Inglaterra.

Era media tarde: el mar estaba en calma, cristalino, mientras que el cielo había enviado sus nubes grises a Londres.

El sol caía a plomo sobre la cubierta, donde yacían desparramados caballeros a los que les faltaban dedos, pies, dientes o manos, intentando dormir la siesta.

Ahora bien, esta goleta no era una goleta cualquiera, como quizá ya habrás adivinado por la pequeña pista de las extremidades ausentes, sino una goleta pirata, y aquellos caballeros no eran caballeros en absoluto, sino saqueadores, merodeadores y rapiñadores.

Sí, señor: eran aventureros asesinos y sin escrúpulos, ratas apestosas de agua salada.

Eran todos piratas. Cada uno de ellos era un pirata. La maldita banda entera estaba formada por piratas. De hecho, no podrían haber sido más piratas ni aunque lo hubieran intentado. Y lo intentaban. Vaya si lo intentaban, empeñados en ser más diabólicos que el mismísimo diablo.

Y uno de ellos estuvo a punto de ser diablísimo… si es que esa palabra existe. Y si no existe, debería existir, porque describía a la perfección al hombre alto, musculoso, de ojos grises, con el cabello negro surcado de vetas plateadas y una boca cruel. Era tan perverso que bastaba con mencionarlo para que la luz de la tarde se apagara un poco, el viento soplara con más fuerza, los hombres se despertaran a medias de su siesta, el té saltara fuera de la taza… ¿Dónde estábamos?

Ah, sí.

El capitán del barco, el jefe de los piratas, el Maldito Corsario Negro, cuyo nombre bastaba para que los niños del mundo entero

se portaran bien por puro miedo, era el dueño de aquella goleta pirata llamada The Desperate Lark y el líder de aquellos hombres musculosos y cortos de luces.

Irrumpió en el centro de la cubierta, haciendo que las gaviotas salieran chillando en desbandada. Su sola presencia hizo que los hombres se dispersaran, y su ceño fruncido los mandó a acobardarse hasta la sentina. Mientras se encogían, el Corsario Negro agarró del puño a un hombre cojo de una pierna, su ayudante más fiel, y, en un tono bajo, seco y refinado, preguntó:

—¿Quién lo robó, Tim?

—George Rodrick Irvin, futuro conde de Devon, que actualmente ostenta el título de cortesía de vizconde Elmer —chilló Tim—. Al que llamamos Lord Malvado.

—Mátalo —ordenó el Corsario Negro. Era un hombre de pocas palabras.

Tim hizo una reverencia en respuesta.

—Y secuestra a los cocineros —continuó el Corsario Negro.

Tim se atrevió a fruncir el ceño.

—¿Cocineros?

El Corsario Negro lo fulminó con la mirada.

—Y a los chefs. Quiero que secuestren a todas y cada una de las personas que sepan cocinar y que las torturen hasta que lo recuperemos.

—¿Torturar? —preguntó Tim, incómodo—. ¿No podríamos simplemente matarlos y listo? No me gusta torturar. Es un trabajo sucio y no me gusta cuando lloran, porque todos lloran.

El Corsario Negro sonrió con dureza. Se inclinó hacia Tim y le susurró dos palabras en su oreja medio mordida:

—Plumas de paloma.

—Arr… —Los ojos apenas pestañeados de Tim se abrieron con admiración. Sacudió la cabeza, maravillado por la inteligencia de su capitán. Tim pensó, orgulloso, que el hombre más instruido del mundo estaba justo allí.

Plumas de paloma…

El Corsario Negro era un auténtico genio.

# CAPÍTULO UNO

Era primero de abril y una hora antinaturalmente temprana: las siete de la mañana. Finnshire estaba sumida en una luz gris y apagada, y el viento era frío, brumoso y fétido. Las abejas y los saltamontes se apiñaban de mala gana bajo hojas empapadas, mientras los pájaros piaban y trinaban con un entusiasmo más bien miserable.

Los granjeros de Finnshire se demoraban en el desayuno, esperando que el sol lograra abrirse paso entre las nubes, mientras sus hijos se acurrucaban bajo las mantas, haciendo oídos sordos a sus madres, que les gritaban que se levantaran a ordeñar las vacas. En cuanto a las propias vacas, también ellas olisqueaban el aire con desagrado, agitando la cola sin ganas para espantar a las pocas moscas entusiastas que revoloteaban a su alrededor.

Se suponía que era primavera.

También era uno de esos días que ponen a prueba el ánimo, cuando el mundo parece desprovisto de vitalidad. Un día en el que nadie en su sano juicio saldría al aire libre por puro placer. Desde luego, no era un día para pasear, pero la señorita Celine Fairweather estaba haciendo exactamente eso.

Para ser justos, Celine no estaba disfrutando de su caminata. Era más bien una cuestión de deber, costumbre y disciplina. *El libro de la señora Beatle para damas inglesas consumadas* afirmaba con claridad que una dama debía levantarse temprano y salir a cabalgar o a dar un paseo. Un poco de ejercicio era, supuestamente, bueno para la constitución.

Por eso Celine avanzaba penosamente por el sendero rural de siempre, con sus botines marrones hundiéndose en el barro y el rostro, por lo general atractivo, enrojecido de una forma poco favorecedora.

Mientras caminaba, con las mejillas inflándose y desinflándose como dos pequeños globos escarlata, no reparó en el hermoso

pájaro de cuello verde brillante posado más adelante en una rama ni en la media luna plateada que aún relucía en el cielo rosado. Tampoco se detuvo a admirar al apuesto granjero que partía leña, con los músculos tensándose y el sudor brillando sobre su piel.

En lugar de eso, llevaba la vista clavada en el suelo embarrado, y sus pies pequeños y delicados esquivaban con cuidado gusanos, escarabajos y montículos de estiércol. Y mientras su cuerpo avanzaba, luchando contra el viento helado y los olores fétidos, su mente se ocupaba de planear el día, porque Celine Fairweather no era una persona fantasiosa.

Tampoco tenía noventa años, ni la piel flácida ni el cabello blanco. Era una joven en edad casadera, cuyos días transcurrían siendo buena y cumplidora, cultivando los modales refinados y gentiles de una dama inglesa consumada.

En resumen, Celine era seca, aburrida y polvorienta, y algo necesitaba hacerse con urgencia antes de que pasara de ser simplemente insulsa a desesperadamente correcta.

Ese algo ocurrió justo en ese instante, cuando Celine dobló la esquina que llevaba a su casa y se encontró con un elegante carruaje, blasonado con el escudo de Blackthorne, que avanzaba hacia ella a toda velocidad desde el otro extremo del camino.

Tanto ella como el carruaje se detuvieron al verse. Ella quedó atónita; el carruaje no sintió nada, pues era inanimado.

El cochero la reconoció y saltó de su asiento.

—¿Todo está bien? —preguntó Celine, preocupada.

El cochero se encogió de hombros.

—La duquesa le envía esta carta, señorita. Es urgente.

—Ve a las cocinas. La cocinera tendrá algo para ti —respondió Celine. Tomó la carta y recorrió nerviosa con el dedo el sello de la duquesa.

La duquesa de Blackthorne era su querida amiga y hermanastra, Penelope Radclyff. Celine apresuró el paso. Penelope estaba embarazada de ocho meses… ¿Habría ocurrido algo malo?

Empujó la verja y avanzó por el sendero hacia la casa, con la mente llena de preguntas. ¿Por qué Penelope había enviado la carta de esa manera? ¿Por qué mandar el carruaje?

Debería haber esperado a estar dentro para leer la carta. Eso era lo que habría aconsejado la señora Beatle, ya que la paciencia era una virtud que todas las damas debían cultivar.

Celine decidió cultivarla más tarde y rasgó el sobre.

Leyó el contenido con rapidez y llegó al final de la página. Le dio la vuelta y luego volvió a ponerla del derecho. Estaba leyéndola por tercera vez cuando una gota fría de lluvia le cayó en la nariz.

Alzó la cabeza, con la mirada aturdida.

Otra gota helada la devolvió bruscamente al presente.

Abrió la boca y, desoyendo por completo los consejos de la señora Beatle sobre cómo una joven dama jamás debía alzar la voz, gritó como una guerrera tribal enloquecida:

—Haz las maletas, Dorothy. Nos vamos a Londres dentro de una hora.

***

Las nubes se apartaron y el sol brillante resplandeció con todo su dorado esplendor sobre los habitantes de Finnshire. Los pájaros, las abejas y los saltamontes, ya calentados, cantaban con más alegría, y la brisa se volvió dulce y agradable. La primavera, por fin, había decidido descender y honrar a Inglaterra con su presencia.

Celine y Dorothy sonrieron ampliamente. Era un día precioso para viajar.

—Lloverá en cuanto empiece vuestro viaje —comentó Lily.

Tanto Celine como Dorothy ignoraron a su hermana y se concentraron en el lacayo, la doncella y el cochero, que se afanaban en meter los baúles de viaje en la parte trasera del carruaje.

—Recuerda mis palabras —continuó Lily con tono ominoso—. Se avecina una tormenta mortal. Yo que ustedes retrasaría el viaje unos meses.

—Penelope nos necesita ahora —dijo Celine con sequedad. Indicó al cochero que colocara las bolsas pequeñas bajo el asiento y que las más largas se ataran al techo.

—¿Cuántos años piensas pasar en Londres? —preguntó Lily, mientras otro bulto más era encajado bajo el asiento.

—Un poco menos de dos meses —respondió Celine.

—Me temo que el carruaje no va a aguantar —intervino Dorothy —. Las bolsas largas atravesarán el techo y nos caerán encima, y las que están debajo de nosotras explotarán, porque tuvimos que sentarnos tres personas sobre cada una para poder cerrarlas.

—Ojalá exploten —dijo Lily.

Celine le lanzó una mirada fulminante. Lily se había vuelto insoportable desde el momento en que se enteró de que ella y Dorothy viajaban a Londres sin llevarla.

—Veintiún bultos —observó Dorothy— es un poco excesivo, Celine.

—Cada uno de ellos es esencial —replicó Celine con firmeza.

—Deberíamos ir con ustedes—se quejó Lily de pronto—. Tenemos dieciocho años, mientras que esa mocosa de Dorothy solo tiene trece.

—¿Tenemos? —preguntó Celine, confundida. Nadie más allí tenía dieciocho años salvo Lily… a menos que… le tomó la mano y la acarició con suavidad—. Lily —preguntó con cuidado—, ¿cuántas personas viven dentro de tu cabeza?

—El plural mayestático —olfateó Lily, retirando la mano—. De verdad, Celine, a veces puedes ser desesperadamente lenta.

—No eres de la realeza —replicó Dorothy con desdén.

—Podría serlo —dijo Lily—. Al fin y al cabo, si Penelope logró atrapar al duque de Blackthorne, yo seguro que puedo encontrarme un príncipe.

Celine apretó los labios y se abstuvo de comentar nada. Había dicho a todos que Penelope había pedido que llevase a Dorothy, cuando, en realidad, Penelope no había hecho tal cosa.

La verdad era que Lily era un calco de su madre. Celine habría podido pasar por alto su avaricia, su bilis y su hígado delicado, pero no podía ignorar que Lily no solo era todo eso, sino que además era entrometida, lo cual resultaba completamente inaceptable.

—Dorothy, dile a Gunhilda que se dé prisa —dijo Celine, dándole la espalda a Lily.

—¿No podemos dejarla aquí? —preguntó Dorothy con esperanza.

—Me temo que no, cariño. Tu institutriz tiene que venir —respondió Celine, acariciándole la cabeza.

—Cuidar de la duquesa no va a ser divertido —comentó Lily, viendo a Dorothy correr hacia la casa.

—Será un trabajo duro —admitió Celine.

—¿Va a estirar la pata?

—Penelope está perfectamente sana, Lily. Dará a luz dentro de unos meses y solo necesita que alguien la ayude a llevar la mansión durante un tiempo.

—Tiene a la duquesa viuda.

—La duquesa viuda se rompió una pierna en Bath mientras visitaba a un pariente enfermo junto con Anne, la hermana del duque.

Lily sonrió con malicia.

—No tendrás ni un momento para ti.

—Es cierto.

—No sabes nada de cómo se lleva la casa de una duquesa.

—El administrador, el ama de llaves y Penny me guiarán.

La sonrisa de Lily se ensanchó aún más.

—Suena tedioso. Dudo que puedas visitar lugares interesantes o asistir a fiestas.

—Penelope no puede dejar Blackthorne, y yo no puedo recorrer Londres sola.

Lily se apoyó en su sombrilla, satisfecha.

—Me pregunto cómo convenciste a mamá para que te dejara ir. No es ningún secreto que no le gusta Penelope.

—Puede que no le agrade su hijastra, pero sí se preocupa por sus propios hijos.

—¿Y eso qué significa?

—Le recordé que el duque tiene muchos amigos.

—¿Amigos varones?

Celine asintió.

—¿Solteros?

—Buscando esposa.

El ceño oscuro volvió al rostro de Lily.

A partir de entonces, las dos hermanas esperaron en silencio hasta que Dorothy regresó dando saltitos. La institutriz y la doncella de Celine venían justo detrás.

La siguiente media hora se empleó en reorganizar el equipaje dentro del carruaje para hacerlo más cómodo, y unos minutos más en despegar a Lily de la rueda del carruaje.

Por fin se dijeron las despedidas, y el carruaje, con el símbolo de Blackthorne blasonado en las puertas, abandonó la casa de los Fairweather y tomó el camino que conducía a Londres.

# CAPÍTULO DOS

El endrino, el arbusto conocido como blackthorne, es, como su nombre indica, una especie espinosa con una corteza casi negra. Las hojas de esta planta se hacen pasar por inocentes hojas de té, mientras que sus frutos resultan, en su mayoría, inútiles.

Este arbusto se utiliza habitualmente para crear setos afilados y disuasorios que mantienen a los animales dentro de un área determinada o impiden que las plagas entren desde el exterior.

La mansión Blackthorne compartía muchas de las características de esta planta. Sus formidables muros grises protegían a sus habitantes, manteniendo fuera a los hombres sin escrúpulos y encerrando dentro a los miembros más… volubles de la familia.

Situada en pleno centro de Londres y rodeada de exuberantes jardines perfectamente cuidados, la mansión se alzaba como un hermoso cactus brotando con descaro del suelo.

La mansión en sí había sido construida en el siglo XIV y, con el paso de los años, a medida que las familias residentes vivían y morían, la estructura original también crecía, florecía y se expandía. Como las modas cambian con el tiempo y los gustos varían de una familia a otra, la mansión fue evolucionando, incorporando elementos romanos, griegos, góticos y orientales a su arquitectura.

Cuando se apiñan tantos estilos arquitectónicos hermosos, el resultado está destinado a ser aterrador, y Blackthorne no era la excepción.

La mansión Blackthorne era, sin lugar a dudas, un edificio desagradable a la vista. Una persona franca se habría sentido tentada a decir que no solo era fea, sino que era, en realidad, una monstruosidad y una mancha sobre el noble suelo inglés. Pero la familia Radclyff, que residía allí en ese momento, defendía su amado hogar afirmando que quizá fuera espantoso de contemplar, pero nadie podía negar que la mansión Blackthorne tenía carácter.

Celine deseó que tuviera menos carácter. Preferiría que no tuviera ninguno, porque la mansión no solo era enorme y estaba llena de recovecos difíciles de limpiar, sino que recorrer sus pasillos por la noche resultaba intimidante. Llevaba allí una semana y todavía necesitaba, de vez en cuando, la ayuda de una doncella para orientarse en sus largos y serpenteantes corredores.

En ese momento, se inclinaba sobre el alféizar de una ventana del comedor de desayunos, contemplando la vida. El estilo de vida londinense, reflexionó, era tan distinto de su mundo rural. Sus días en Finnshire habían sido como una barca de madera meciéndose por un arroyo tranquilo, mientras que allí una sola semana había pasado tan rápido como una rana lanzando su lengua pegajosa para atrapar una mosca apetitosa.

El aire fresco y frío de la mañana le bañaba el rostro mientras observaba a las lecheras, de piel tersa, revoloteando las pestañas ante los sirvientes varones de la mansión. Algunos muchachos se atrevían a guiñarles el ojo a las criadas sonrojadas, y otros se quedaban merodeando para mirarlas con descaro.

A Celine le habían dicho que aquel coqueteo entre las lecheras y los sirvientes se había convertido en una especie de costumbre, y que no pasaba una mañana sin ese baile de apareamiento.

Empezó a poner los ojos en blanco ante la necedad de los hombres cuando algo extraño llamó su atención por el rabillo del ojo y se quedó congelada a medio gesto.

Ahogó un grito y entrecerró los ojos, inclinándose aún más sobre el alféizar.

—¿Estás intentando matarte? ¿Quieres que te empuje por la ventana? —preguntó Dorothy con tono servicial.

—Deberías estar dormida —dijo Celine, girándose de golpe.

—Es hora de alimentar a mi mascota. Iba a las cocinas a pedirle un poco de leche a la cocinera —respondió Dorothy, intentando deslizarse bajo el brazo de Celine para mirar por la ventana—. ¿Qué estabas mirando?

—¿Mascota? —preguntó Celine, apartando con destreza a Dorothy de la ventana y dirigiéndose hacia la Gran Escalera—. ¿Cuándo

conseguiste una mascota y pediste permiso a tu institutriz, a Gunhilda o al duque? Esta no es nuestra casa, Dorothy, y...

—¿Por qué estás corriendo, Celine? —la interrumpió Dorothy.

—No estoy corriendo. Estoy caminando rápido —jadeó Celine, saltando por encima de una criada que fregaba el suelo de mármol. Siguió subiendo a toda prisa las escaleras, obligando a la doncella del salón y al ama de llaves, la señora Cornley, a apartarse de un salto para dejarla pasar.

A Dorothy no le costó nada seguir el ritmo de su hermana.

—Gwerful está a punto de entrar en histeria. Nunca te ha visto correr. Celine, para. No te lleves por delante al pobre Perkins; lo vas a matar.

—Repito: no estoy corriendo. Estoy caminando muy, muy rápido. Una dama. Nunca. Corre —resolló Celine. Apenas miró al anciano mayordomo, que quedó paralizado de terror mientras ella esquivaba sus pies y subía las escaleras hasta llegar al Corredor de los Tapices.

Dorothy se detuvo un instante para comprobar si el mayordomo seguía respirando.

Sí, respiraba.

Volvió a lanzarse tras Celine.

—¿A quién estás buscando? ¿Qué viste?

—Al duque —respondió Celine sin aliento—. Estoy buscando al duque.

Avanzó a toda prisa por el corredor, esquivando a los sirvientes atareados que preparaban la casa para el día. Miró en el salón de la mañana, el comedor y la zona de visitas.

Por fin lo encontró en el despacho.

El duque estaba de pie frente a la chimenea, entregado a un beso apasionado con Penelope.

—Deberías haber llamado a la puerta —susurró Dorothy a su oído.

Celine no respondió. Su rostro se volvió de un rojo intenso mientras observaba la escena.

El duque tenía todo el derecho a besar a Penelope. Al fin y al cabo, estaban casados. Pero el duque la estaba besando en su

despacho, y además a una Penelope muy embarazada. Tenía que inclinarse bastante hacia delante porque su vientre se interponía.

Celine entrecerró los ojos.

Sin lugar a dudas, él se inclinaba hacia delante en un ángulo de setenta y dos grados sobre el vientre prominente para unir sus labios con los de ella. Para colmo, el beso era un poco demasiado apasionado, demasiado largo… todo el asunto resultaba, de algún modo, impropio.

Resopló con desaprobación. El resoplido se transformó en un estornudo, y ese estornudo fue seguido rápidamente por cuatro pequeños y delicados achís.

—Charles, ¿te he hablado de los famosos estornudos de Celine? Creo que es lo único ridículo que tiene —dijo Penelope, apartándose del duque y alisándose el cabello.

El duque frunció el ceño.

—Deberías haber llamado a la puerta. Y pareces haber estado corriendo. Dependo de ti, Celine, para mantener esta casa cuerda y en pie. Mi madre se rompió una pierna, y Penelope no está en condiciones de dirigir la casa. Y aquí estás tú, la única mujer sensata, corriendo por toda la mansión...

Penelope volvió a acercarse al duque y le frotó el brazo.

—Oh, deja de reñirla. Seguro que tenía una buena razón. Celine siempre es sensata. Su largo cabello oscuro siempre está bien recogido. Su ropa siempre es sensata, y su forma de afrontar cualquier situación es sensata. De verdad, lo único que no es sensato en ella son sus estornudos y su nombre.

Celine se irguió, ofendida.

—Su Gracia, necesito hablar con usted con urgencia. Podemos discutir mis estornudos en un momento más apropiado, pero...

—Te dije que tenía que haber una buena razón para que estuviera corriendo —interrumpió Penelope con aire triunfal.

—¿Puedo tener una mascota? —preguntó Dorothy con voz aguda.

—No —le dijo el duque a Dorothy.

—Su Gracia, un momento —dijo Celine con urgencia.

—Su Gracia —suplicó Dorothy.

—Su Gracia —arrulló Penelope, revoloteando las pestañas de manera seductora.

—Necesito una bebida —murmuró el duque.

—Son las seis y media de la mañana —dijo Celine, escandalizada.

Los ojos de Dorothy se llenaron de lágrimas, y su tono amenazó con convertirse en una pataleta.

—Alimentaré y vestiré a mi mascota, y no dejaré que se escape de la guardería ni de mi dormitorio. ¡Hasta Penelope tiene una cabra! ¿Por qué yo no puedo tener una mascota?

—Quédate con la mascota, Dorothy. Penny, un momento —dijo el duque, depositando con suavidad a su esposa en una silla. Le envolvió un chal alrededor de los hombros, procurando cubrir todo lo posible su generoso escote—. Bien, Celine, ¿qué querías decirme?

—Su Gracia —empezó a decir Celine y luego se detuvo. Sus ojos se desviaron hacia Penelope.

—Oh, por favor, Celine, no me dejes al margen —suplicó Penelope, captando la mirada—. Si es urgente, entonces significa que es algo terrible, y si es terrible, entonces significa que es emocionante. Mi estado me ha confinado entre las cuatro paredes de esta mansión. No he tenido ninguna emoción. Ni siquiera paseos. Me han dicho que no me mueva de la cama porque estoy a punto de dar a luz. Me han tenido de aquí para allá cargada por lacayos sobre un colchón gigante. Ha sido todo muy angustioso...

—Un caballero apuesto viene a ver al duque. Llegará en cualquier momento —interrumpió Celine.

—Ah, ¿y te has enamorado de ese caballero? ¿Amor a primera vista? —preguntó Penelope, soñadora.

—No, aunque es el hombre más apuesto que he visto en mi vida —respondió Celine.

—Debe de ser lord Adair —dijo Penelope.

—¿Eso es todo? —preguntó el duque, con la mirada desviándose hacia el reloj.

Celine respiró hondo.

—Estaba contando la plata en el comedor del desayuno cuando, por casualidad, miré por la ventana. Vi desde la ventana… vi…

El duque asintió con gesto alentador.

Celine apretó la falda y soltó de golpe.

—A través de la ventana vi a ese apuesto caballero caminando hacia la entrada de la mansión Blackthorne. Y lo seguía un hombre igual de apuesto, muerto… no, quiero decir, un hombre muerto.

# CAPÍTULO TRES

—¿Te sientes mal, Celine? Estás hablando de forma extraña —preguntó Penelope, preocupada.

—Los muertos no pueden caminar —añadió el duque.

—No estaba caminando. Dos hombres lo llevaban en brazos —replicó Celine, indignada.

—Es una lástima —sollozó Penelope—, un hombre apuesto muerto… Trágico.

El duque frunció el ceño.

—Habría sido trágico incluso si hubiera sido feo...

—Llegarán en cualquier momento, Su Gracia —interrumpió Celine. Abrió la puerta y miró por el corredor—. ¿Quiere que pida a una doncella que traiga té? Es demasiado temprano para el desayuno, pero quizá el cocinero pueda improvisar algo.

—Nada de té para el hombre muerto —rio Penelope y, acto seguido, rompió a llorar—. Soy una persona horrible.

—Solo estás de mal humor. Las mujeres en tu estado siempre están de mal humor y suelen decir las cosas más extrañas. La señorita Berry, en Finnshire, me lo explicó todo —la consoló Dorothy.

—¿Y cómo lo sabe la señorita Berry? ¿Está casada? —preguntó el duque con cautela.

—La señorita Rosie Harlington Berry todavía no puede casarse —lo informó Dorothy—, porque tiene diez años. Pero sabe todo sobre el estado de Penny porque su madre ha tenido...

—Dorothy, ve a tu habitación —ordenó Celine.

—No lo haré —replicó Dorothy, horrorizada—. ¿Cómo puedes siquiera sugerir algo así cuando sabes que jamás he visto a un muerto? Me quedo.

—Ve a tu habitación —probó el duque esta vez.

Dorothy lo miró un instante y luego dijo con docilidad.

—Como desee, Su Gracia.

La ceja del duque se alzó con incredulidad.

Todo el mundo sabía que los adolescentes eran un tanto morbosos. Dorothy se quedaría al acecho en el descansillo hasta que el invitado muerto pasara por allí y solo después de mirarlo bien y quizá pinchar y manosear al pobre hombre se retiraría a su habitación.

El duque se frotó la sien y lanzó una mirada a Celine.

Celine suspiró y asintió.

—Dorothy —advirtió—, si ves el cadáver, su fantasma te perseguirá para siempre.

—Tengo trece años, no cinco.

—Entonces deberías comportarte de forma responsable y alimentar a tu mascota —replicó Celine.

—¡Mi mascota! —chilló Dorothy—. Me olvidé por completo de Tommy, aunque insiste en que lo llamen Littlebury.

—¿Tu mascota habla? —preguntó el duque, divertido.

—No muy bien, pero estoy intentando enseñarle.

Penelope soltó una risita y llamó a su querida, mientras Celine observaba a su hermana menor con aprensión. Algo no iba bien, pero antes de que pudiera preguntarle nada más, el mayordomo llamó a la puerta.

Perkins asomó su cabeza blanca y anunció.

—Lord Adair, sus sirvientes y un caballero muerto han venido a verlo, Su Gracia.

La puerta del despacho se abrió de par en par, entró una ráfaga de viento y lord William Ellsworth Hartell Adair, marqués de Lockwood, avanzó a grandes zancadas.

Celine, Dorothy y Penelope soltaron un jadeo colectivo. El duque enderezó la espalda, el mobiliario pareció brillar y hasta las velas moribundas prendieron con un súbito estallido de energía renovada.

Lord Adair era apuesto, y Celine coincidía de todo corazón con Penelope en que jamás había visto un espécimen más atractivo. Tenía los hombros anchos, las caderas estrechas, los rasgos sensuales y unos ojos velados, de pestañas espesas e inteligentes.

Lord Adair saludó a las damas con una voz profunda y deliciosa y luego procedió a indicar a los sirvientes que depositaran al hombre muerto sobre la alfombra.

Una vez disipado el efecto de la belleza de lord Adair, las mujeres centraron su atención en el desafortunado cuerpo.

El hombre tenía facciones finamente delineadas. El mentón era obstinado, los labios generosos, la nariz aguileña y el cabello negro, rizado como tinta, rebelde y lo bastante suave como para despertar la envidia de todos los dandis ingleses. Era apuesto, quizá tanto como lord Adair, pero resultaba difícil saberlo debido a su desafortunada palidez, una mezcla enfermiza de amarillo y verde.

—Adair, espero que tengas una buena razón para depositar a un hombre muerto sobre mi alfombra turca —comentó el duque, irritado.

El hombre muerto emitió un suave ronquido.

Penelope y Celine soltaron un chillido ensordecedor.

—Su Gracia, ¿cómo podría pensar que sería tan insensible como para traer a un hombre muerto a su casa, especialmente cuando —todos esperaron que lord Adair dijera la palabra, esperando "indispuesta" o "confinada"— hay damas presentes en la casa —dijo, con torpeza, apartando la mirada del vientre de Penelope.

Los hombros del duque se relajaron.

—Entonces, ¿lo dejaste inconsciente?

—Nada de eso. Estuvimos anoche en el Blue Cap y bebimos en exceso. George, aquí presente, tiene una constitución delicada y una gran afición a los licores fuertes. Como puede ver, no se llevan bien. Lleva inconsciente las últimas cuatro horas.

Celine se inclinó para observar a George en el suelo.

—No parece delicado —comentó.

—No, los hombros son anchos, los brazos musculosos, las caderas — empezó Penelope, y el duque gruñó. Ella lo ignoró y continuó—. Las caderas, imagino, son firmes. No puedo saberlo porque está boca arriba.

—Estás casada —le recordó el duque—, conmigo.

—Qué lástima —suspiró Penelope.

—Tiene unos rizos oscuros preciosos —se entusiasmó Dorothy.

—Dorothy, márchate, o tu mascota irá al carnicero —susurró Celine.

Dorothy se fue.

—¿Qué opinas, Celine? —preguntó Penelope, señalando al hombre dormido.

Celine lo miró fijamente, retorciéndose las faldas. Al final se rindió y sacó un pañuelo inmaculado, bordado con rosas, con el que se puso a frotar la mancha de suciedad de la mejilla izquierda del hombre. Luego le enderezó la bota, apartó un rizo de la frente y alisó una arruga de la manga.

—No es un sofá, Celine, al que haya que acomodarle los cojines —observó Penelope—. Ahora deja de recolocarle las extremidades y dime, ¿te parece apuesto?

—Su tez es un poco verdosa —respondió Celine—, pero aparte de eso, es muy apuesto. Solo un ojo bizco podría restar algo a sus finos rasgos. ¿Es bizco, lord Adair?

—Ah, el té ya está aquí —interrumpió Penelope. Sus ojos siguieron las bandejas cargadas de fruta y tostadas.

—¿Azúcar? —preguntó Penelope, sirviéndole una taza a lord Adair.

—Sí, por favor —respondió él.

Celine mordisqueó una galleta. Allí estaban, de pie sobre un hombre tendido en la excelente alfombra turca del duque, bebiendo té en la excelente porcelana de la duquesa. Toda la situación resultaba un tanto extraña y, sin embargo, nadie más parecía encontrarla lo más mínimo fuera de lugar.

—Creo que le he derramado un poco de té encima —anunció Penelope, mirando al hombre dormido.

—Deberíamos sentarnos —dijo el duque, guiando a toda prisa a su esposa hacia el sofá—. Entonces podrás contarnos, Adair, qué te trae aquí a esta hora y quién demonios es este sujeto.

Lord Adair dio un sorbo. La porcelana parecía ridículamente pequeña entre sus grandes manos. Se bebió la taza de un trago y la dejó a un lado.

—Este caballero intoxicado resulta ser el vizconde Elmer.

—Adair, te equivocas. Elmer es el doble de grande que este hombre, con partes blandas y dos mechones de cabello aceitado sobre la cabeza —dijo el duque.

Lord Adair suspiró.

—Ya veo. Sin duda ha estado ocupado y todavía no está al tanto del pequeño trastorno en la casa del conde de Devon...

Penelope alzó una mano.

—Lord Adair, ¿podría empezar desde el principio? He estado confinada entre las cuatro paredes de esta mansión desde que descubrí que estaba encinta… Celine, cierra la boca. Lord Adair sabe mucho más sobre las mujeres de lo que tú jamás podrás imaginar. Ahora, lord Adair, quiero que nos lo cuente todo sobre este vizconde, con detalle y despacio. Charles, ni se te ocurra interrumpir. No he visto a un alma en meses y meses y meses. Necesito oír hablar a otro ser humano, que cuente una historia, una diminuta chispa de entretenimiento…

El duque entrecerró los ojos.

—Está rodeada de casi trescientos sirvientes, de sus dos hermanas, de un marido y, hasta el mes pasado, mi madre estaba siempre a su lado… y, por supuesto, sir Henry.

Una mirada fulminante de su esposa lo hizo callar.

—Bien, entonces empezaré por el principio —dijo lord Adair cuando el duque y la duquesa por fin se acomodaron—. El noveno conde de Devon tiene dos hijos. El mayor, Richard Irvin, decidió recientemente casarse con una joven española que no sabía ni una palabra de inglés. El conde de Devon ofreció un gran baile para celebrar la ocasión. El rey pidió bailar con la novia y, después de eso, se desató el desastre.

—La muchacha, de sangre caliente y lengua afilada, fue un poco demasiado expresiva en sus protestas cuando las yemas de los dedos del rey empezaron a deambular con demasiada libertad durante el baile. No comprendió que aquellas yemas eran reales, porque su traductora y acompañante, una encantadora señorita Daisy, no se lo aclaró, ya que yacía despatarrada en la glorieta tras haber bebido demasiados vasos de ponche —sonrió lord Adair—. Y fue de lo más natural que la recién casada le arrancara una copa de vino de la mano a lady Melford y se la vaciara sobre la cabeza a Su Alteza.

—No lo hizo —jadearon sus oyentes.

—Lo hizo, y aún más: le pellizcó la parte carnosa cerca de la cintura cuando él se negó a soltarla. Richard y su esposa huyeron a España esa misma noche.

—Naturalmente —comentó Penelope.

—Después de eso —continuó lord Adair—, el conde de Devon temió perder su título. Por lo tanto, desheredó a su hijo mayor y proclamó heredero a su hijo menor, George Irvin. Este joven es George Irvin, vizconde Elmer y futuro conde de Devon.

—Santo cielo, así que este es el infame George —dijo el duque, observándolo con renovado interés.

—¿Infame? —preguntó Celine.

Lord Adair asintió.

—Fue un terror de niño y no mejoró con los años. Lo expulsaron de Oxford, lo que avergonzó a su padre. Como resultado, el conde de Devon lo echó de casa. A partir de ahí comenzó la vida verdaderamente colorida de George: espió para los franceses contra los ingleses, aunque en realidad lo hacía para los ingleses contra los franceses. Provocó innumerables escándalos flirteando con mujeres casadas. La mitad de los maridos de Inglaterra desearía ponerle las manos encima.

—No me interesan sus correrías —gruñó el duque—. Lo que quiero saber es por qué ha traído a ese maldito hombre aquí.

—Se está escondiendo. Su padre lo busca porque es el heredero y quiere llevarlo de vuelta para formarlo. Sin embargo, George no quiere que lo encuentren y, al parecer, no puede embarcarse por el momento; no me dice por qué. Así que vino a quedarse conmigo — lord Adair cerró su tabaquera de plata con un chasquido—. No puedo quedármelo. Me roba el tabaco y luego se atreve a soplarme el humo en la cara. Usa mi bata, me despierta a horas intempestivas, hay gente persiguiéndolo y no puedo salir a la calle con él. Coquetea con mi cocinera y ha encantado a mi ayuda de cámara...

—¿Pero por qué lo has traído aquí? Suena espantoso —repitió el duque, con los músculos del rostro crispados en una advertencia.

Lord Adair le dio la espalda al duque y miró a Penelope.

—Es encantador, extraordinariamente encantador… un éxito rotundo entre las damas. Le tengo aprecio. Quizá me dejé llevar y exageré sus hábitos desafortunados...

El duque se movió para bloquear la vista de su esposa.

—Cuando hablas bien de él, no resultas convincente. Olvidas que yo también vivo en Londres y, por lo tanto, he oído lo suficiente sobre su turbio carácter.

Lord Adair enderezó la espalda y sostuvo la mirada del duque.

—Yo soy su primo tercero, mientras que usted, Blackthorne, es su primo segundo. Por lo tanto, es su responsabilidad hacerse cargo del sujeto. Debo marcharme al extranjero por un asunto urgente para el rey y ya no puedo tenerlo en mi casa. Es un asunto delicado. Debe cumplir con su deber familiar y darle a este hombre un techo bajo el cual cobijar su cabeza de rizos.

# CAPÍTULO CUATRO

—Creo que te estás inventando ese asunto urgente solo para encasquetármelo —gruñó el duque—. Me dijiste que te habías retirado del espionaje.

—Había decidido retirarme, pero el caso es extremadamente intrigante. No pude rechazarlo —respondió lord Adair.

—No creo que sea mi primo segundo. Te lo estás inventando.

—Me pasé toda la noche revisando mi árbol genealógico, buscando a la persona adecuada a la que endosarle… quiero decir, con la que dejarlo —dijo lord Adair triunfante, entregándole el árbol familiar al duque—. Aquí tiene la prueba. Mi bisabuela Beatrice es la hermana de la bisabuela de George. Por lo tanto, la tía abuela Rebecca de George es mi bisabuela.

Tres rostros confundidos fruncieron el ceño ante el enorme árbol genealógico.

El duque pasó unos instantes examinando el papel.

—Podrá ser tu primo tercero, pero no veo ninguna conexión —se jactó el duque— con mi familia. Sabía que no era ningún maldito pariente mío.

Lord Adair se inclinó hacia él.

—Sophia —carraspeó.

El duque palideció.

—¿Quién? —preguntó Penelope.

—Sophia —murmuró el duque—, mi abuela.

—Ella también es la tía abuela de George —dijo lord Adair.

El rostro de Penelope se iluminó.

—¿Aquella cuyo nombre está tachado en el árbol familiar…?

—Sí —interrumpió el duque con brusquedad.

—¿Por qué está tachado su nombre? —preguntó Penelope, incapaz de interpretar la mirada de advertencia del duque.

—Porque…

—Yo contaré la historia —espetó el duque a lord Adair—. Es mi abuela.

Los ojos de lord Adair brillaron. Le hizo un gesto para que continuara.

—Sophia Radclyff, mi abuela, es alguien de quien no hablamos, y seguiremos sin hablar de ella en el futuro —dijo el duque, clavando la mirada en los tres rostros frente a él.

Penelope asintió con la cabeza.

—Después de hoy, querrás decir… es decir, después de que nos digas por qué no debe mencionarse en primer lugar.

—Lo que estoy a punto de revelar no saldrá de esta habitación —añadió el duque en voz baja. No era una petición, sino una orden.

Celine se mordió el labio, preguntándose si tenía derecho a conocer el secreto familiar del duque. La mano de Penelope se cerró sobre su brazo, obligándola a quedarse.

—Continúa —rogó Penelope a su esposo.

El duque cerró los ojos.

—Sophia Radclyff…

—Sí —lo apremió Penelope.

—Mantuvo una relación adúltera con un miembro de la realeza francesa.

—Hum —dijo Penelope, nada impresionada.

—Tenía veinticinco años en ese momento —continuó el duque—. Y luego cumplió treinta y…

—¿Y? —animó Penelope.

—Tuvo una aventura ilícita con un miembro de la realeza española.

Las cejas de Celine se dispararon hacia arriba.

—Después de eso —concluyó el duque con sequedad—, huyó con un sultán. Cuando regresó a Inglaterra, lo hizo del brazo de un rajá. Murió a la avanzada edad de ochenta años, en brazos de un domador de pulgas.

—Santo cielo —susurró Penelope. Esta vez estaba impresionada, al igual que Celine.

Un breve silencio siguió a aquella revelación.

—Pero sigo negándome a creer que mi abuela sea la tía abuela de este canalla —estalló el duque....
Agarró la campanilla y la hizo sonar con furia.

—Voy a sacar el árbol genealógico de mi familia y entonces ya veremos.

La vieja nariz de Perkins apareció por la puerta.

—¿Su Gracia?

—Tráigame el árbol genealógico de los Radclyff —ladró el duque.

El árbol llegó. El duque lo examinó con detenimiento. Frunció el ceño, siguió líneas con el dedo, contó, sostuvo el papel a contraluz y, finalmente, fulminó con la mirada.

Tras otro breve ir y venir entre las dos hojas, dijo:

—Mi esposa está indispuesta y Celine no está casada. No quiero a un sujeto de esta calaña en la casa en este momento.

—Gunhilda y yo somos acompañantes más que suficientes para Celine —dijo Penelope.

—No —replicó el duque con brusquedad.

Lord Adair dirigió una mirada suplicante a Penelope.

—Alguien intenta secuestrarlo. No puedo dejarlo solo en Inglaterra, sobre todo cuando se niega a acudir a su padre para que lo proteja. Debe quedárselo. Si se vuelve demasiado insoportable, entonces deje que los tipos lo secuestren. Permita que se quede un tiempo y luego decida.

—¡Oh, despertémoslo de una vez! —exclamó Penelope, frustrada —. Estoy harta de que el hombre siga durmiendo mientras hablamos de él por encima de su cabeza.
Tomó un jarrón carmesí de la mesa, agarró los lirios, los arrojó a un lado con saña y volcó el agua sobre Lord George Rodrick Irvin, futuro noveno conde de Devon, que en ese momento ostentaba el título de cortesía de vizconde Elmer y contaba con nueve mil libras de renta anual.

El duque la observó con lascivia, mientras los demás la miraban con cautela.

George Rodrick Irvin por fin despertó, resoplando. Parpadeó para apartar el agua de las pestañas y sus vívidos ojos azules se posaron en Celine, que estaba justo en su campo de visión.

No bizquea, pensó Celine, con la mirada castaña atrapada por aquel azul brillante. Y se veía sorprendentemente bien para alguien que había pasado la noche en excesos y había sido despertado de manera tan brusca con el contenido de un florero. Lo contempló como una bobalicona, con el aliento atascado en la garganta, las extremidades rígidas y el juicio navegando a la deriva.

Los labios de George se curvaron en una sonrisa torcida.

Ella le devolvió una sonrisa tímida.

George cerró los ojos, abrió la boca y cantó con una voz grave y resonante,

*Arriba y abajo por la ciudad del mercado,*
*con cofia y vestido de novia,*
*gritabas, gritabas y gritabas hasta ponerte azul,*
*que tu amor se marchaba a Tombuctú.*
*Ahora eres libre de unirte a mí en mi lecho de plumas,*
*¡donde jugaremos con los talones por encima de la cabeza!*

La sonrisa de Celine se desvaneció y se acercó un poco más a Penelope.

—¿Qué está haciendo? —preguntó por lo bajo.

—Está cantando una canción obscena —susurró Penelope a su vez.

—¿Y por qué? —preguntó Celine.

—Creo que piensa que está en una taberna.

—Pero no lo está —replicó Celine—. ¿Debería decírselo?

—No. Por la pinta que tiene, yo sugeriría que nos mantengamos en silencio.

—Tiene los ojos desorbitados.

—Debería dejar de cantar. Está perturbando a los hombres —frunció el ceño Penelope.

—Creo que se le ha soltado una ruedecilla del cerebro —sugirió Celine.

—Y ahora esa ruedecilla anda dando vueltas dentro de su cabeza —asintió Penelope.

—No dando vueltas, sino chapoteando con tanto ruido que ya no puede pensar y por eso está soltando disparates.

Penelope apretó la mano de Celine con cariño.

—Me alegra que seamos familia. Nos leemos los pensamientos tan bien…

Celine sonrió.

—Zorra —George dejó de cantar y se dirigió a Celine—, ¿qué clase de establecimiento es este? Tráeme un brandy.

¿Zorra?, articuló Celine, horrorizada, mientras la señora Beatle, dentro de su cabeza, caía fulminada de un desmayo mortal.

—Celine no es una zorra —le informó Penelope—. Es una dama.

—Perdóneme, señorita. Tiene usted pinta de estar tan almidonada que podría partir a un hombre en dos —se corrigió George con alegre desparpajo.

La sonrisa se le borró al ver el voluminoso vientre de Penelope.

—¿Eso es…? —empezó a preguntar, pero no terminó la frase, porque Penelope echó el puño hacia atrás y le dio un puñetazo en la cara.

Tras un instante de silencio atónito, el duque preguntó con cautela a su esposa:

—Querida, ¿era necesario?

—Estaba mirándome el escote —respondió Penelope con compostura— y cantando una canción indecente. Me sorprende que no te haya ofendido, Charles.

El duque se secó la frente.

—Me encantaría estar de acuerdo contigo, pero no creo que pudiera ver ni pensar con claridad. Quizá te precipitaste un poco…

—Lord Adair —lo interrumpió Penelope—, me han dicho que la mayoría de los aristócratas están emparentados entre sí. ¿Es cierto?

—Supongo que hasta cierto punto, sí —respondió Lord Adair, desconcertado por el cambio repentino de tema.

Penelope se mordió el labio, pensativa.

—¿Cree que Lord Elmer está emparentado con el rey?

—Sin duda —afirmó Lord Adair.

Penelope lanzó un aullido de angustia.

—¡Le he roto la nariz al primo del rey! Lo siento muchísimo.

Celine dejó que el duque se ocupara de Penelope. Mientras tanto, ella se dedicó a asegurarse de que ni una sola gota de sangre

manchara la magnífica alfombra turca del duque. En cuestión de instantes, había colocado todos los pañuelos de la estancia bajo la cabeza y la nariz de George. Después pidió el brandy. El reloj marcaba las ocho de la mañana, pero, tal como iban las cosas, estaba convencida de que todos necesitarían algo mucho más fuerte que té o café.

Perkins entró tambaleándose en la sala con la bandeja del brandy, y Celine tomó una copa… y se quedó paralizada.

La bandeja de plata estaba impecablemente pulida y en ella pudo ver su reflejo y comprobar que no uno, ni dos, sino tres mechones de cabello castaño oscuro se habían escapado de su moño recogido.

Frunció el ceño.

# CAPÍTULO CINCO

Celine mojó la pluma en el tintero para escribir una carta en la que rechazaba cortésmente, en nombre de la duquesa, la invitación a otra fiesta más.

Mientras tanto, la duquesa estaba sentada leyendo su novela favorita, con los pies apoyados en el escabel, mientras una doncella la abanicaba con un ramillete de grandes plumas de pavo real.

Celine se detuvo para estirar los brazos y frotarse los ojos cansados. La agitación de la mañana, sumada a la escasez de sueño, empezaba a pasarle factura.

El gran reloj de pie dio las tres campanadas.

Su mente se despabiló como si le hubieran echado un cubo de agua fría. Solo tenía un rato más para terminar todas las cartas antes de que Dorothy acabara sus lecciones de música, y media hora antes de tener que insistir en que Penelope se retirara a su habitación a descansar. Después de eso, la señora Cornley se reuniría con ella en el…

El duque irrumpió en la Sala Azul.

—Lord Elmer no puede quedarse —gruñó.

—Solo estará aquí un día, Charles —lo apaciguó Penelope.

—Adair debería habérselo llevado con él —murmuró el duque.

—Sabes que tuvo que salir de la ciudad con urgencia por asuntos del rey. Además, invité a Lord Elmer a cenar. Habría sido de mala educación no hacerlo. *El manual de la señora Beacon para esposas consumadas*, que tu madre tuvo la amabilidad de dejarme, dice claramente que...

—Penny, no me gusta. La aventura parece seguirlo a todas partes, o quizá él busca el peligro como un niño irresponsable. Llevo toda la vida oyendo los líos en los que se ha metido. Una vez supe que naufragó, otra que lo secuestraron, y luego que él secuestró a alguien. Ahora recuerdo que lo conocí una vez en una taberna, cuando fue a devolver un jarrón invaluable que había robado a Lord

Belair. Dijo que lo había robado solo para ver si podía hacerlo. Y cuando se dio cuenta de que lo había conseguido y de que nadie había notado el robo, decidió devolverlo.

—Eso fue noble por su parte.

La boca del duque se torció en una mueca seca.

—Dijo que el jarrón era tan feo que ofendía sus sentidos refinados. No podía dormir con esa cosa en la misma habitación. Se vio obligado a devolverlo. Es un ladrón, un canalla, un coqueto.

—También lo es Jimmy, el salteador de caminos, y es mi amigo —replicó Penelope.

El duque se rindió y fulminó con la mirada a la única persona restante en la sala… Celine.

Celine sonrió. Estaba acostumbrada a los humores del duque. Tenía un corazón de oro, aunque su rostro llevara siempre una expresión ceñuda. Tomó el vaso que Perkins acababa de traer y lo agitó delante de Penelope.

—Toma, Penny, bébetelo.

—No —respondió Penelope con firmeza.

—Vamos, solo un sorbo —insistió Celine.

—Estás intentando envenenarme —dijo Penelope, arrugando la nariz con desagrado.

—¿Con leche de vaca?

—¿Dónde está Lord Elmer? —preguntó Penelope, dando un sorbo a regañadientes.

—En la cama. Lord Adair sugirió que lo dejara dormir todo el día y despertarlo solo para la cena —respondió Celine, volviendo a su silla y tomando la pluma.

—¿Quieres casarte con él? —preguntó Penelope, vaciando la leche en un jarrón de valor incalculable.

—¿Casarme con quién? —preguntó Celine, sirviendo otro vaso de leche.

—Con Lord Elmer.

—¡Penny!

—Podría pedirle al duque que lo retenga un poco más si te gusta —insistió Penelope.

—Puedes enviarlo de vuelta a su casa.

Penelope suspiró.

—Cuando nazca este bebé, te invitaré a pasar una temporada en Londres. Tendrás muchos hombres entre los que elegir.

Celine llenó un tercer vaso de leche, ya que Penelope había vertido el segundo en una maceta.

—Bebe… por el bebé.

Penelope bebió.

***

Más tarde esa misma noche, Celine se cruzó con Lord Elmer cuando se dirigía al comedor. Observó su palidez desde debajo de las pestañas. Dormir le había sentado bien. Estaba solo un poco verdoso y parecía mucho más apuesto que aquella mañana.

Tragó saliva y volvió a mirarlo de reojo.

Él sonrió, y sus intensos ojos azules se arrugaron en las comisuras.

Ella escudriñó su mirada clara y brillante en busca de un atisbo de tragedia, una migaja de locura o una pizca de tristeza. Atravesó su inteligencia chispeante y rebuscó entre el humor. Pero, por desgracia, lo único que encontró fue una expresión alerta y extraña que, tras pensarlo un instante, reconoció como felicidad.

Él se aclaró la garganta.

Ella no lo oyó; su mente giraba a toda velocidad mientras juzgaba, diseccionaba y trataba de adivinar qué clase de hombre-bestia tenía delante. Era su costumbre comparar a hombres y mujeres con distintas criaturas del reino animal. Eso la ayudaba a entenderlos mejor. Por ejemplo, su padre era una gallina flacucha y su madre una oca salvaje y furiosa que a menudo graznaba y agitaba las alas a su alrededor.

Lord Elmer parecía el tipo de hombre al que mujeres, animales y niños adoraban a primera vista. Era un perro; no uno de esos pequeños y temperamentales, sino un perro grande, de expresión amable y relajada, que, si alguien se lo pedía, se comería una cáscara de banana solo por complacer. Sin embargo, no era en absoluto un perro idiota, sino uno inteligente. Uno que parecía lo bastante fuerte como para abatir a un par de ladrones con mordiscos bien dirigidos, usando unos dientes blancos y afilados.

George agitó la mano delante de sus ojos vidriosos.

—Un penique por sus pensamientos —dijo, y luego se rio de su propia broma al ver a Penelope arrastrarse hacia ellos.

—Me preguntaba qué perro… eh… ¿Durmió bien?

—Sí. El colchón estaba relleno con una cantidad adecuada de plumas de ganso.

Celine no supo qué responder, así que explicó con rapidez por qué lo había interceptado. Al tenderle una bandeja de plata con una selección de bigotes, dijo:

—Tome, Lord Elmer, elija un bigote.

George tomó de inmediato uno rojo, espeso y frondoso, se lo colocó a palmadas y preguntó:

—¿Qué tal me queda?

—Bigotudo.

Él sonrió y movió las cejas.

—Vamos, admita que nunca ha visto un espécimen más apuesto.

—Sí que lo he visto —respondió Celine, devolviéndole la sonrisa—. Su primo tercero, Lord Adair.

—¡Maldita sea, prima! Sus palabras me hieren, querida. ¿No podría amortiguar un poco sus dardos?

—Llegaremos tarde a la cena.

Le entregó la bandeja de plata a una doncella que pasaba y se dirigió hacia la Gran Escalera.

—Ah, es de esas —dijo él en voz baja.

Ella se detuvo, alzando una ceja en señal de pregunta.

Él le tomó el codo y tiró suavemente de ella hacia delante.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, negándose a moverse hasta obtener una respuesta.

—Es una criatura racional. Sensata —amplió él.

Los labios de ella se tensaron.

—O finge serlo. Tendré que averiguar cuál de las dos cosas es.

—Tiene toda la velada, Lord Elmer, para diseccionar mi personalidad, pero sería mejor que dedicara tiempo a apreciar la comida. Tenemos un chef maravilloso que se ha esmerado mucho en impresionarlo con su talento culinario.

—¿Celine? —dijo él, deteniéndose ante el comedor.

—Puede llamarme señorita Fairweather.

—Te llamaré como me plazca. Al fin y al cabo, solo estoy aquí una noche. Ahora, Celine, sé una buena anfitriona y dime por qué llevo un bigote falso para cenar.

—Sir Henry es el abuelo materno del duque, y no le gustan los hombres que no llevan bigote. No considera varoniles a los hombres sin bigote. Es muy anciano, así que, para no disgustarlo, el duque ofrece un bigote a todos los invitados imberbes y les pide que se lo coloquen en presencia de Sir Henry.

George asintió, poco impresionado.

Celine se apresuró a añadir:

—Además, Sir Henry podría estirar la pata en cualquier momento, así que esté preparado. También puede toser, atragantarse y jadear durante la cena. Ignórelo a menos que el duque indique que esta vez sí ha zarpado definitivamente hacia el cielo, porque podría pensar que ha muerto y lamentar el suceso, solo para descubrir que simplemente se quedó dormido mientras tomaba la sopa. Puede ser embarazoso. Hablo por experiencia —concluyó, sin aliento, esperando su reacción. Seguro que tendría preguntas. Todo el mundo las tenía.

—Espero que haya arvejas. Me gustan las arvejas —dijo George, entrando tranquilamente en el comedor.

***

Penelope y el duque ya estaban sentados a la mesa cuando Celine y George se unieron a ellos.

Sir Henry llegó un instante después, transportado en una silla de terciopelo rojo por cuatro fornidos lacayos. Apenas asintió en dirección a George. Sus ojos hambrientos estaban fijos en su reloj de bolsillo. A las ocho en punto, su mano golpeó la mesa, señalando que se sirviera el primer plato.

Cuando llegó la sopa, todos tomaron la cuchara correcta, la sumergieron en los hermosos cuencos y evitaron con destreza mancharse la barbilla mientras sorbían de forma correcta y silenciosa.

Los sirvientes se movían como sombras, entrando y saliendo, retirando, llenando y sustituyendo platos y copas con regularidad.

Era una comida aristocrática perfecta, celebrada en un silencio ensordecedor.

Cuando llegó el segundo plato, George dejó caer de pronto la servilleta y declaró que no podía evitarlo: tenía que romper el silencio y hablar.

Las cucharas se detuvieron a medio camino. Varias cabezas desaprobadoras se volvieron hacia él.

George clavó los ojos en Sir Henry, ignorando con valentía la atmósfera gélida. Tenía que hablar, dijo, porque ya no podía contener su admiración por el notable, envidiable y legendario bigote de Sir Henry. Tenía que deshacerse en elogios, halagos y besar con fervor las manos que mantenían tan bien cuidado y reluciente semejante bigote.

El ayuda de cámara encargado del arreglo fue llamado de inmediato, y sus manos, halagadas, fueron besadas con toda solemnidad.

El bigote, declaró George, volviendo a centrar su atención en el velludo labio superior de Sir Henry, era aún más hermoso a la luz temblorosa de las velas.

Brillaba. Resplandecía. Era, rugió, una obra maestra.

Sir Henry sonrió bobaliconamente, se ablandó y por fin se derritió en un cálido charco de placer. Hacía mucho tiempo que nadie se atrevía a ser tan audaz, osado y rebelde en su presencia.

George se había comportado como un hombre.

De hecho, rozó lo heroico en la forma en que proclamó su admiración por el bigote. Rindió homenaje al bien más preciado de Sir Henry, y cada uno de los pelos de aquel bigote blanco quedó encantado más allá de las palabras. Estaban tan emocionados que casi se sonrojaron de rosa.

El silencio aristocrático se rompió y, con el buen humor de Sir Henry, la sala se volvió cálida e informal. Las cucharas rasparon los platos, las copas tintinearon y las voces subieron y bajaron. La conversación volvió a formar parte de la comida.

—He recibido una carta del viejo Gomfrey —jadeó Sir Henry con entusiasmo al otro lado de la mesa.

—Es tan viejo como tú, abuelo —replicó el duque.

—Es un mes mayor. Su cocinero ha desaparecido. Tú eres el duque. Encuéntralo —raspó Sir Henry.

—¿Encontrar a quién?

—Al cocinero, muchacho inútil.

Penelope frunció el ceño.

—Qué raro. Yo recibí una carta de lady Marianne informándome de que su cocinero había desaparecido la semana pasada. Volvió a los cuatro días, pero parecía traumatizado y ahora chilla cada vez que alguien menciona palomas o incluso si ve una.

—He oído hablar de eso —dijo el duque, limpiándose la boca—. Los cocineros están desapareciendo y reapareciendo por toda Inglaterra. Nadie sabe por qué. Al parecer, unos hombres enmascarados los retienen y les piden recetas de pan de melaza. Luego los hacen cosquillas con plumas de paloma para asegurarse de que no tengan nada más que confesar y los mandan de vuelta a casa. Es todo muy extraño.

Penelope suspiró.

—Dos de nuestros cocineros están metidos en un complicado rectángulo amoroso. Tenemos uno que se asegura de que las comidas salgan a tiempo, y espero que no sea el próximo secuestrado. Es un tipo sensible. Padece de los nervios.

Celine deslizó unas hojas verdes en el plato de Penelope cuando esta no miraba. George le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa.

—He visto eso —dijo Penelope, captando el guiño—. Lord Elmer, nuestra Celine no caerá en sus flirteos. Es demasiado…

—¿Sensata? —preguntó George, sonriendo.

Penelope le devolvió la sonrisa.

—Sí, pero hay dos cosas tontas en ella. La primera: cuando tenía quince años leyó una novela cuya heroína se llamaba Celine. Desde entonces insiste en que todos la llamen así. No responde a ningún otro nombre.

—¿Su nombre no es Celine? —preguntó el duque, sorprendido.

—No, es…

—Pásame la sal, Penny —interrumpió Celine, pisándole el pie por debajo de la mesa.

—¿Cómo se llama? —insistió George.

—Pues la otra cosa tonta es que solo estornuda en primavera, y durante toda la primavera estornuda mucho. Y cuando lo hace, son cinco pequeños achís en rápida sucesión, ni uno más ni uno menos.

—¿Cómo se llama? —persistió George.

—Es…

Celine estornudó, ahogando la respuesta de Penelope. Estornudó cuatro veces más. Después de eso, George ya no pudo hacer más preguntas porque, en cuanto Celine terminó de estornudar, Sir Henry se prendió fuego la barba.

Todo ocurrió por una variedad concreta de pescado llamada perca. La perca estaba de nuevo en temporada y se preparaba en un plato llamado water-soochy, que resultaba ser el favorito de Sir Henry.

Cuando Perkins entró con el plato, la nariz de Sir Henry captó el aroma y se animó. En cuanto el plato fue colocado cerca de él, acercó la vela para inspeccionar el contenido.

Sir Henry era bastante miope. Por eso necesitaba sostener la vela muy cerca del cuenco e inclinar bastante la cabeza hacia delante para ver bien.

Sir Henry, además de miope, era olvidadizo, y por eso había olvidado que tenía una larga barba blanca compuesta de numerosos pelos inflamables, que naturalmente estallaron en llamas naranjas y amarillas al entrar en contacto con la vela de cera de abeja.

Penelope vio la barba en llamas y gritó.

George olió el humo y vociferó.

Celine chilló con educación, y el duque rugió.

El agua de tres jarras fue arrojada sobre la barba en llamas de Sir Henry en un abrir y cerrar de ojos. George lanzó las orejas de ternera estofadas y el cerdo en salsa Robert, que era lo único que tenía a mano.

Una cosa llevó a la otra y el olor a pelo quemado impregnó toda la comida, arruinándola para todos. Fue traumático, sin duda, pero lo positivo, como señaló George alegremente una vez sofocadas las llamas, fue que la barba había desaparecido, mientras que el bigote, con solo unos pocos pelos chamuscados, había quedado casi intacto.

Era, anunció, un bigote inmortal.

Una barba había ardido y un bigote había sido salvado; Celine suspiró al levantarse de la mesa. ¿Seguro que nada más podía ir mal aquel día?

# CAPÍTULO SEIS

Según las instrucciones de la comadrona, la duquesa debía retirarse justo después de la cena. Como era de esperar, se mostró reacia y nada somnolienta. Así que el duque, como ya se había convertido en una especie de ritual, la acompañó para hacerle compañía en el dormitorio.

Sir Henry, de quien se rumoreaba que tenía más de cien años, solo se aventuraba al comedor cada día para la cena y después pasaba el tiempo en su habitación dictando cartas a sus viejos amigos, la mayoría de los cuales estaban muertos, aunque nadie tenía corazón para decírselo. Eso significaba que Celine y George se quedaron mirándose el uno al otro frente a tazas de café fragante.

—No tenemos chaperona—comentó Celine.

—No la queremos —respondió George.

—Hable por usted —murmuró Celine, con los ojos saltando hacia la puerta.

—¿Espera a alguien?

La taza de Celine tintineó contra el platillo.

—No, ¿por qué lo dice?

—Está mirando el reloj con impaciencia.

—Creo que me retiraré por esta noche.

—¿Retirarse? ¿Te encuentras mal? —preguntó una voz joven y femenina desde la puerta—. Esperaba encontrarte en la biblioteca. Quería saberlo todo sobre el apuesto…

—Invitado —terminó George por ella—. ¿Por qué no se lo pregunta usted misma?

—Esa es mi hermana Dorothy, que debería estar en la cama a estas horas —dijo Celine—. Dorothy, este es Lord Elmer.

—No puedo dormir —dijo Dorothy, escrutando a George.

—Tiene muchas hermanas. Muchas hermanas hermosas —comentó George, poniéndose de pie e inclinándose ante Dorothy.

—Seis hermanas en total —respondió Dorothy, haciendo batir sus pestañas con pericia. Hizo una elegante reverencia, las faldas se abrieron y las rodillas se doblaron casi hasta el punto de quedar suspendida en el aire. Así permaneció unos instantes antes de incorporarse y dedicarle a George una sonrisa ensayada, con el número justo de dientes brillando entre los labios, estirados pero no en exceso, y los ojos arrugándose en las comisuras.

—Dorothy —advirtió Celine.

Dorothy la ignoró, con la mirada fija en George.

—¿Cuánto tiempo se quedará aquí?

—No estoy seguro, pero después de conocerla, espero quedarme al menos unos días.

Dorothy soltó una risita.

—¿Está coqueteando conmigo?

—Sí, ¿le molesta?

—Me gusta.

—Y yo —dijo él con aire solemne— también le gusto.

—Casémonos —propuso Dorothy con astucia.

George se irguió y la miró con respeto.

—¿Cuántos años dijo que tenía?

—No lo dije. Acabo de cumplir trece.

Se le escapó un pequeño suspiro de alivio.

—Sí, bueno, eso es lo que pensaba, pero nunca se es demasiado cuidadoso.

—¿Eso significa que no quieres casarse conmigo?

George sonrió, y un hoyuelo brilló en su mejilla derecha.

—Sí quiero, pero…

—Basta —espetó Celine—. Mi lord, no debería meterle esas ideas en la cabeza. Y tú, Dorothy, vuelve a la cama.

Dorothy frunció los labios.

George se metió un lápiz en la nariz.

Celine bufó.

Dorothy se rio.

Celine entornó los ojos, y Dorothy le devolvió la mirada con los párpados igualmente entornados.

Se declaró la guerra, y se libró una batalla silenciosa entre las dos hermanas, conducida a base de parpadeos, giros de ojos, miradas fulminantes y, por último, bizqueos.

Celine ganó la guerra cuando remató su gesto señalando con firmeza la puerta.

Dorothy aceptó la derrota con dignidad y se marchó.

Celine se asomó al pasillo para asegurarse de que Dorothy se dirigía a la cama. Esperó hasta que las faldas azules de su hermana pequeña desaparecieron por la esquina antes de volver y encontrar a George junto al armario giratorio de cristal lleno de licores variados, vinos de postre y cordiales.

Él le ofreció una copa de Chartreuse.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, Lord Elmer, pero me duele terriblemente la cabeza. Creo que me retiraré temprano esta noche. Si me disculpa.

Una sombra de decepción cruzó su rostro antes de cubrirla con una expresión de aburrimiento.

Arrastró los pies al dirigirse hacia la puerta. Ojalá las circunstancias hubieran sido distintas y le hubieran permitido pasar más tiempo con él.

Lo miró por última vez. Era una despedida. Él se marcharía al día siguiente y quizá no volverían a verse nunca.

Estaba ocupado jugueteando con su tabaquera y no se dio cuenta de su mirada de despedida.

Ella caminó hasta su habitación, sintiéndose un poco culpable. Debería haber sido una mejor anfitriona. Al fin y al cabo, él no tenía a nadie que lo entretuviera durante toda la velada… pero ¿qué otra cosa podía hacer? No solo era impropio pasar toda la noche a solas con él y sin chaperona, sino que además era la única hora que tenía para sí misma, cuando podía dedicarse a sus investigaciones.

El tiempo apremiaba y, una vez que Penelope diera a luz, ya no tendría motivo para quedarse en Londres. Pasaría un año antes de que regresara a la ciudad para la temporada, y para entonces podría ser demasiado tarde.

***

Exactamente una hora después de dejar a George en el salón, Celine volvió a materializarse en lo alto de la Gran Escalera. Llevaba puesta una larga capa negra destinada a ocultar a quien la vistiera, y Celine creía estar bien camuflada.

Bajó la escalera dando pasos cortos y cautelosos. Sus manos temblorosas aferraban tres velas cortas y gruesas de sebo, mientras sus ojos iban de un lado a otro. Como una criatura inexperta que mete con recelo los dedos de los pies en la piscina de la mala conducta, avanzó de puntillas hacia la biblioteca.

Era claramente una aficionada al arte del engaño, pues estaba convencida de que, si la descubrían y se averiguaba su propósito, quedaría arruinada.

Era una novata, porque pensamientos temerosos se le agolpaban en la mente mientras bajaba sigilosamente la escalera, con los músculos tensos y las orejas aguzadas como las de un terrier de Yorkshire ante el menor sonido.

Era una diletante en todo lo perverso, porque un golpe lejano y una polilla revoloteando casi hicieron que gritara y saliera corriendo de vuelta a su habitación.

Era, en efecto, una principiante, porque un malhechor consumado jamás deambularía por el pasillo como un asesino mal enseñado y mal vestido a las nueve de la noche.

Las nueve no es una hora aterradora, ni tampoco las diez u once. El tipo de miedo que estaba experimentando Celine correspondía con justicia a una hora posterior a la medianoche y anterior a las cinco de la mañana. Y aun así, estaba temblando, con la determinación puesta a prueba una y otra vez por las lámparas titilantes que iluminaban su camino, proyectando sombras que se alargaban, temblaban y de vez en cuando parecían saltarle encima.

Se preguntó por qué colarse por Blackthorne Mansion no se había vuelto más fácil. Con la práctica, cabría esperar que así fuera, pero no lo había sido. Seguía tan aterrada como la primera vez, cuando se había colado en la biblioteca tres días antes.

Por suerte, todo el trayecto desde lo alto de la Gran Escalera hasta la biblioteca fue emocionalmente agotador, pero sin incidentes. El millón de ojos que había imaginado siguiendo cada uno de sus

movimientos se desvaneció en cuanto empujó las grandes puertas de madera y entró en la biblioteca.

La oscuridad y el olor familiar a tabaco, cuero, libros y tinta calmaron sus nervios. Sintiendo que había sido un poco tonta, sacó una yesquera del bolsillo y encendió una vela. Luego cerró la puerta y se dirigió rápidamente hacia la parte posterior de la estancia.

La biblioteca era una gran sala circular en la planta baja del ala familiar de Blackthorne Mansion. La parte frontal contaba con una agradable zona de lectura, con dos sofás cubiertos de mullidos cojines, una chaise longue, varias sillas y una gran mesa de madera.

No había ni una mota de polvo sobre los libros colocados en las altas y ornamentadas estanterías de madera, y si uno sacaba *Romance of Hoggy*, situado en la quinta fila de la tercera estantería, se abría una entrada secreta al sótano detrás de la chimenea central.

Celine ignoraba la existencia de la entrada secreta, y tampoco le habría importado. En su lugar, avanzó con paso decidido y seguro hasta el fondo de la biblioteca.

La parte trasera era ligeramente distinta de la delantera. Para empezar, era más fría, más oscura y olía de algún modo a humedad añeja, como el olor que se percibe al entrar en un calabozo. No había ventanas. En un rincón había una chimenea fría, y delante de ella una mesa larga y poco atractiva de madera, con cuatro sillas simples de respaldo duro.

Celine dejó la vela sobre la mesa y se acercó a la chimenea, que, a juzgar por su aspecto, no se había usado en años. Introdujo la mano en el tiro, palpó los lados y casi de inmediato encontró lo que buscaba.

Sacó la tela, de gruesa lana azul, escondida en una grieta de la chimenea, y la llevó a la mesa. Luego se sentó, sacó los papeles de la bolsa, los extendió sobre la mesa y se puso a trabajar.

Media hora después, dejó la pluma y se estiró. Estaba a mitad de girar el cuello cuando una voz grave a su espalda dijo:

—Parece una carta de amor… o más bien un poema de amor.

Celine chilló y dio un salto fuera de la silla.

—Lord Elmer, devuélvame eso —gruñó al ver el papel en su mano. De algún modo, él se había deslizado a sus espaldas y había robado una de las hojas de la mesa.

—Todavía no —sonrió George, alzando la carta por encima de su cabeza, fuera de su alcance. Entrecerró los ojos para leer y empezó a hacerlo en voz alta—. «Para Celine, mi adorada gatita, aquí tienes un poema de amor». Frunció el ceño, examinó la escritura y luego se echó a reír—. Es un poema de amor titulado «Mi querida lirona».

—Lord Elmer, sea razonable. Esto no es apropiado —suplicó Celine.

—No soy razonable, y resulta que disfruto de todo lo impropio —replicó George con alegría—. Además, el título ha despertado mi curiosidad.

Se aclaró la garganta y empezó a leer,

*Tus ojos verdes brillan,*
*me llevan a volar...*

Celine se lanzó de pronto hacia él.

—Devuélvame eso, mi lord, o gritaré.

Él la ignoró y se movió con rapidez hasta colocar la mesa entre ambos. Ella lo persiguió alrededor de la mesa, y él continuó leyendo mientras la esquivaba con facilidad,

*Tus ojos verdes brillan,*
*me llevan a volar*
*hasta tierras lunares.*
*Tus labios rojos hacen pucheros,*
*como el pico de un ave,*
*mientras picotea insectos azules hasta matarlos.*

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Mi querida señorita Fairweather, ese poema no debería haber terminado así. Es un poco deprimente, ¿no le parece? Y su poeta parece haberse rendido en el último verso. El comienzo muestra cierta promesa, pero el ave con hocico… ejem…

Se quedó en silencio cuando Celine por fin consiguió abalanzarse sobre él. Le agarró el brazo, clavándole las uñas en la carne, mientras su aliento cálido se deslizaba por su cuello al ponerse de puntillas para sujetarle la mano que sostenía la carta.

Sus pestañas temblaron al clavar la mirada en los ojos de ella, ahora a apenas unos centímetros de los suyos. Parte de la burla se desvaneció de su expresión y un destello inusualmente oscuro cruzó su mirada.

Celine mantuvo los ojos fijos en el poema; con las mejillas encendidas de un rosado favorecedor por la rabia.

—Soy una persona muy pacífica, mi lord. No quiero hacerle daño, pero puede que tenga que hacerlo. Por favor, sea un caballero y devuélvame la carta.

Él se apartó y guardó el poema en el bolsillo. Su tono volvió a ser frívolo y su expresión, cuidadosamente velada, cuando respondió:

—Pero las cosas acaban de ponerse interesantes, Celine. Pensaba que era una joven encantadora, ligeramente bonita y sensata. ¿Y qué es esto? Una muchacha elogiada por ser razonable y por cuidar de la duquesa recluida, una joven respetable a la que cualquiera creería ya demasiado mayor para fantasías, va y se enamora de un poeta. Un poeta llamado… a ver… ah, sí, Philbert.

Celine cruzó los brazos y lo miró con frialdad.

—¿Qué quiere?

—Muchas cosas, pero empecemos con una pregunta —respondió. Alargó la mano y le sujetó la barbilla, girándole el rostro de un lado a otro, el ceño fruncido por la confusión—. Philbert, el poeta, escribió este poema de amor para usted. Lo dice claramente al principio, así que no tiene sentido negarlo. La ama y, aun así, escribe esos versos, olvidando por completo que sus ojos son castaños. ¿Por qué?

Celine frunció el ceño y apartó el rostro con brusquedad.

—A veces parecen verdes.

—¿Unos ojos castaños oscuros pueden parecer verdes? —preguntó él, escéptico.

—Está bien, apenas estaba aprendiendo a escribir y dijo que el verde es mucho más romántico que el marrón.

—Discrepo —dijo Lord Elmer en voz baja.

Ella alzó la vista hacia él y se quedó paralizada. Sus ojos eran azules. Azules como el océano en un día soleado, y ella era un río precipitándose en sus profundidades…

Él parpadeó.

Ella volvió a estrellarse contra la realidad.

Ambos se aclararon la garganta.

—Qué… —empezó ella.

—Yo estaba… —dijo él al mismo tiempo.

Otra vez, carraspearon.

Por fin, ella preguntó:

—¿La carta?

—Se la devolveré.

Ella sonrió.

—Pero…

La sonrisa se desvaneció.

Él continuó:

—Tendrá que encontrar la manera de que me quede aquí, en la Mansión Blackthorne, hasta que Lord Adair regrese de su viaje al extranjero, o si no…

# CAPÍTULO SIETE

Celine palideció.

—No puedo. Lord Elmer, lo que pide es imposible. Penelope está indispuesta en estos momentos, y el duque jamás permitirá que un hombre desconocido se quede aquí en una situación tan delicada.

—Encuentre la manera —dijo él, testarudo.

—Sea razonable, Lord Elmer. ¿Cómo voy a convencer al duque? Soy la hermana menor de Penelope y estoy aquí para ayudar con las tareas domésticas, nada más. Esta no es mi casa. Soy una invitada, igual que usted…

—No exactamente. Usted es la querida hermana de la duquesa.

—Hermanastra.

—Querida, aun así —replicó—. Creció con ella. Seguro que tiene alguna forma de convencerla.

—No la tengo —dijo ella, cruzándose de brazos—. Sin embargo, puedo sugerirle los establos como un escondite excelente. El pajar que hay sobre el semental llamado Sultan es especialmente ventilado. No se lo diré a nadie, lo prometo.

—¿Por favor? —rogó él, abriendo mucho los ojos—. Preferiría una cama con plumas.

—No.

—Me niego a compartir espacio con caballos. Piense en mi excelente linaje —le recordó con altivez.

—Los caballos son los mejores de Inglaterra. También tienen un linaje excelente… prácticamente real. Se sentirá como en casa —se burló ella.

—No voy a volver a la casa de mi padre.

Algo en su voz hizo que ella alzara la vista. Se mordió el labio y frunció el ceño.

Al notar el leve ablandamiento de su expresión, él le agarró la mano.

—¿Quiere escuchar mi desgracia? Es muy triste.

Celine observó su rostro apesadumbrado y, pese a sí misma, el corazón se le encogió con simpatía. Asintió.

Una breve sonrisa, oculta a su mirada, asomó a sus labios mientras la llevaba hasta una silla y la hacía sentarse con suavidad.

—Me expulsaron de Oxford… —empezó a decir.

—Lo sé —lo interrumpió—. El duque nos lo contó.

—¿Lo hizo?

—Sí, cuando usted dormía esta tarde.

—¿Dijo algo más?

—Que naufragó, que fue secuestrado…

—No, sobre mi familia.

—Su hermano estaba destinado a ser el heredero, pero su novia española insultó al rey. Su padre no le tiene mucho afecto…

—¿Y mi madre? ¿Dijo algo de mi madre?

—¿Su madre? No.

—Lo sabía —exclamó él.

¿Era alivio o dolor lo que había en su voz? Celine no supo distinguirlo, pues él se había apartado de la luz de la vela y se había internado en las sombras.

—Mi madre —dijo con tristeza— murió cuando yo era apenas un muchacho.

—¿Cuántos años tenía?

—¿Cuántos años tiene Dorothy?

—Trece.

—Sí, eso suena correcto. Yo tenía más o menos su edad cuando murió.

—¿Cómo murió?

—Estoy contando una historia. Tenga la cortesía de dejarme hacerlo a mi manera. No me interrumpa —dijo con irritación—. Bien, mi madre era felicidad, amor y alegría, todo envuelto en un paquete redondo y perfecto. La queríamos. Todos la queríamos. Cada uno de nosotros la quería. De hecho, hasta su doncella la quería. Un día, oí a un lacayo arrullarle al oído desnudo de una doncella acerca de un circo que había llegado a la ciudad. Yo nunca había ido a un circo y, siendo un muchacho joven y sano, naturalmente quise ir. Sin embargo, mi padre se negó completamente.

Celine chasqueó la lengua con simpatía.

—Mi padre se había negado, pero mi madre, mi valiente madre, a la que todos querían, decidió llevarnos ella misma… Cuando digo "nos", me refiero a mi hermano y a mí —aclaró—. Nos tomó de las manitas y entró con nosotros en la carpa del circo. Y esa fue la última vez que caminó —dijo con tristeza—, porque el circo tenía un encantador de serpientes, y el encantador de serpientes era muy malo en su trabajo. No sabía encantar serpientes, y por eso una de las criaturas venenosas escapó y mordió a mi madre. Aún recuerdo su cuerpo negro y fibroso moviéndose hacia ella, mostrando los colmillos y hundiéndolos en su carne. Yo grité, y mi hermano se desmayó…

—Dijo que les tomó de las manitas y los condujo a la carpa. Pero antes dijo que tenía la edad de Dorothy cuando su madre murió. A esa edad ya debía tener las manos grandes. El hijo de mi vecino tiene trece años y las tiene bastante grandes…

—Yo era un niño pequeño —dijo entre dientes.

Celine se sonrojó.

—Lo siento. No pretendía cuestionarlo. Perder a su madre siendo tan joven debió de ser terrible. ¿Es por eso que se niega a volver… porque su recuerdo lo atormenta?

Él negó con la cabeza.

—No, porque poco después de su muerte, mi padre volvió a casarse y trajo a casa a una mujer tan amable como había sido mi madre. Fue una madrastra maravillosa. La queríamos. Todos la queríamos. De hecho, hasta su doncella la quería. Mis heridas sanaron.

—¿Y luego?

—Murió.

Celine se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo?

Él inhaló hondo.

—Un día templado, encontré a mi madrastra balanceándose de la rama de un árbol. Verá, había perdido el juicio y este se había ido corriendo, para no volver jamás. Era un árbol alto y la rama estaba bastante elevada. Ella se balanceaba, cantaba y buscaba. Decía que

había perdido a su mono en el árbol y que intentaba hacerlo bajar con una canción.

—Debía de ser una cantante maravillosa —dijo ella en voz baja.

—Mi madrastra cantaba fatal, pero eso nunca la detuvo —suspiró —. Estaba llena de vida, cantando y balanceándose en aquella rama, con la mente vagando por algún lugar caprichoso. Siempre la recordaré así. Fue justo antes de que cayera y se rompiera el cuello.

—¡Santo cielo, no!

—Sí, bueno, eso no fue el final. Mi padre no se dio por vencido.

—Bendito sea.

—Fue y consiguió una tercera esposa.

—¿También la amaron?

—No, porque el día que se casó desapareció.

—Vaya… ¿También murió?

—No, pero su juicio fermentó. Se volvió loca la mañana de la boda, y mi padre solo conoció la verdad en la noche de bodas.

—¿Y luego murió?

—¿Puedo contar la historia?

—Perdón, continúe.

—¿Está segura?

—Sí, por favor.

—Bien. Mi padre nos dijo que estaba muerta.

—Eso es...

—Y luego —continuó, hablando por encima de ella—, un día yo dormía en mi habitación. Era una noche cálida de verano y yo tenía dieciséis años. Había dejado las ventanas y la puerta abiertas para animar a la brisa renuente. Estaba en ese estado entre el sueño y la vigilia en el que se está agotado y, aun así, hace tanto calor que apenas se puede dormir. Mis ojos se abrían y se cerraban…

—¿Y luego?

—Lo oí.

—¿Qué?

—El ruido de unos pasitos recorriendo el frío suelo de piedra de mi habitación. Apreté los ojos, se me heló la respiración y todo mi ser quedó inmóvil, esperando el siguiente sonido. El ruido se detuvo, pero había alguien en la habitación conmigo. Podía sentirlo en el aire

que me rodeaba. Mis temores se confirmaron cuando oí algo jadear. Algo jadeaba en mi habitación, alguna criatura, y el ruido volvió. Ruido, ruido, jadeo, jadeo, ruido, ruido, jadeo, jadeo. Tomé aire, me armé de valor y abrí un ojo. Un solo ojo. Mis pestañas se alzaron y me atreví a mirar. La luz de la luna entraba a raudales por las ventanas, y lo que vi...

—¿Vio? —preguntó Celine sin aliento.

—Vi sangre goteando de una daga sostenida por una mano blanca y delgada, mientras la otra mano sostenía una vela encendida, cuya cera caliente caía sobre sus dedos. La dueña de esas manos llevaba un vestido desgarrado, y su largo cabello enmarañado le colgaba sobre los hombros huesudos. Y con ella había un gran sabueso, una criatura de aspecto feroz, con la boca espumosa y grandes ojos rojos y salvajes. Y entonces… y entonces el reloj hizo tic-tac, tic-tac…

—Tic-tac, tic-tac —susurró Celine.

—Sí —susurró él—, hizo tic-tac, tic-tac en algún lugar de la casa. Las patas del perro hacían esos ruidos. Tic-tac. Más ruidos. Tic-tac, más ruidos. Fue entonces cuando grité y mi padre irrumpió corriendo. Me di cuenta de que la mujer que estaba allí con un cuchillo ensangrentado y un perro rabioso no era otra que mi tercera madrastra, a quien mi padre mantenía encerrada en el ático. Quería asesinarme.

Se dio la vuelta bruscamente y miró a Celine a los ojos.

—Quiere asesinarme, Celine, y no puedo culparla, porque no sabe lo que hace. Parece que mi presencia la altera, por eso ya ha intentado matarme dos veces. ¿Cómo puede pedirme que regrese, sabiendo que mi propia madrastra quiere matarme? No quiero morir. Soy demasiado joven. Sería trágico que muriera. Piense, Celine, no en mi joven vida apagándose, sino en todos esos corazones femeninos que se romperían al enterarse. Debe ayudar a esas hermosas jóvenes que desean que yo viva. Ayúdeme, por el bien de su sexo. Haga algo por sus compatriotas, mi querida cabecita. Tiene que salvarme la vida.

Se hizo un breve silencio mientras Celine digería la historia.

Al cabo de un rato, dijo:

—Lo siento mucho. Su vida suena increíble. Las tragedias… me sorprende que aún pueda sonreír. Al mirarlo, nadie diría que ha tenido una vida tan dura.

—Oculto bien el dolor —dijo con modestia.

—Pero no puedo ayudarlo. El duque jamás me escuchará.

—Celine —suplicó—. ¿No lo intentará?

—Puede quedarse en una posada. ¿O en casa de un amigo? Debe de tener amigos. ¿Qué tal alquilar una cabaña en el campo hasta que Lord Adair regrese?

—En ningún otro lugar estoy a salvo. El Duque de Blackthorne es uno de los hombres más poderosos de Inglaterra, y nadie se atrevería a enfrentarse a él. Además, nadie sabe siquiera que está en Inglaterra. Creen que está en el campo con su esposa, y Blackthorne está vacío. Es exactamente lo que necesito.

—Su madrastra está en la casa de su padre. En su ático. Encerrada. ¿Cómo va a descubrirlo en una posada de Londres?

Él la fulminó con la mirada.

—Hace demasiadas preguntas. Si quiere la carta de vuelta en sus manos y no en las de otra persona, encuentre la manera de dejarme quedarme aquí o…

—¿Me está amenazando?

En un instante, el joven risueño fue reemplazado por una figura despiadada y amenazante; sus ojos azules se oscurecieron hasta casi volverse penetrantes en el juego de la luz vacilante de las velas y las sombras. Y, junto con la luz burlona que se apagaba, su tono se volvió agudo y severo.

—No me deja otra opción. No lo hará por bondad, sabiendo que tengo una madrastra loca y un perro rabioso tras de mí.

Ella lo miró, horrorizada.

—Tiene hasta las diez de mañana para convencer al duque.

—¿Cómo puede? —preguntó ella, con el corazón martilleándole. De pronto comprendió su situación y sintió terror. Si él corría la voz, estaría arruinada.

—No me dejó otra opción —repitió, con los ojos brillándole de afilada inteligencia.

Ya no estaba de humor para jugar, y su súbita indiferencia la hirió con fuerza.

Se dio cuenta de que lo había malinterpretado. No era el tonto coqueto que había supuesto al principio, sino un jugador con muchas máscaras. Haría lo que había amenazado y revelaría la carta de amor si ella no obedecía.

De pronto sonrió y le dio un golpecito en la frente; los dedos enfundados en cuero mantecoso permanecieron sobre su piel un instante más de lo necesario antes de apartarse.

—Espero con ansias pasar los próximos días con usted, mi dulce cabecita.

Ella lo miró alejarse, presa de un horror absoluto, mientras él silbaba una melodía alegre y salía de la habitación con paso despreocupado.

# CAPÍTULO OCHO

El sol se alzó por encima del horizonte y, sorprendentemente, las nubes sobre Inglaterra se apartaron para dejar pasar los rayos. Los pájaros alzaron el pico hacia el cielo, trinando un saludo; las vacas mugieron, los caballos galoparon y los perros ladraron de puro gusto. Era una mañana maravillosa, pero para Celine todo parecía teñido de tonos grises.

Había pasado la noche deseándole toda clase de cosas dolorosas a la apuesta cabeza de Lord Elmer y preguntándose cómo convencer a la duquesa de que lo dejara quedarse. Tantas horas de darle vueltas solo habían producido un resultado: dolor de cabeza y ninguna solución.

Ahora estaba sentada, tratando de encontrar respuestas en una taza de té tibio, lanzando de vez en cuando miradas al otro lado de la mesa del desayuno, hacia Penelope. Untó una tostada con mermelada de un rojo oscuro y luego procedió a clavar el cuchillo de manteca en el centro. Repetidas veces. Era difícil comportarse como una dama con los ojos hinchados, sin dormir y con un deseo abrumador de moler a golpes cada centímetro del invitado de la casa.

—Ventílalos —comentó Penelope.

—¿Eh? —preguntó Celine.

—Tus puntos de vista, tus ideas… tus pensamientos. Siempre hay que ventilarlos. Dejar que corran un poco por la habitación o se enmohecen.

—Ya veo —frunció el ceño Celine.

—Veo que no ves. Lo que quiero decir, querida, es que algo te preocupa y quiero saber qué es. Ahora, suéltalo.

Celine mordió un huevo y masticó.

Penelope la observó masticar.

—No me preocupa nada —dijo por fin Celine.

—Entonces ¿por qué estás comiendo un huevo?

—Porque tengo hambre.

—Odias los huevos y nunca los comes a menos que estés alterada. Y cuando estás alterada, lo único que haces es comer huevos. A papá le pasa lo mismo, solo que en su caso son conejos y champiñones.

Celine apartó el plato.

—Penny, ¿no crees que deberíamos pedirle a Lord Elmer que se quede con nosotras hasta que Lord Adair regrese?

Penelope dejó la cuchara y miró a Celine.

—¿Por qué?

—Dijiste que estabas aburrida, y él es entretenido.

Penelope suspiró.

—Es muy dulce de tu parte pensar en mi diversión, Celine, pero Charles jamás aceptará. Lord Elmer no es un gatito al que pueda suplicar quedarse para hacerle cosquillas bajo la barbilla cuando me apetezca.

Se hizo un breve silencio mientras Celine removía la avena con la cuchara y la dejaba caer otra vez en el cuenco.

Penelope untó la tostada con manteca y la olió delicadamente. Esperó un momento y luego la mordió.

—Creo que deberías pedirle que se quede —repitió Celine. Esa mañana se sentía especialmente torpe.

Penelope tomó la taza de té, la olió, se llevó la mano a la boca y salió corriendo de la habitación.

Celine ordenó a la doncella que retirara todo rastro de té.

Penelope volvió a entrar como una exhalación.

—¿Por qué tienes tanto empeño en que se quede?

—No he pasado mucho tiempo contigo porque estoy ocupada dirigiendo la casa y cuidando de Dorothy. Y sé que últimamente has estado aburrida, sin nada que hacer ni adónde ir. Una cara nueva en casa mejorará tu ánimo, y lord Elmer será una compañía excelente. Parece que te cae bien —concluyó Celine, satisfecha de lo convincente que sonaba su argumento.

—Sí me cae bien. Diga lo que diga Charles, parece un joven tan agradable, tan simpático. Pero ¿sería apropiado?

—Es el primo segundo del duque. Es familia —le recordó Celine.

Penelope apartó con cuidado el tarro de mermelada y escrutó el rostro de Celine.

—¿Te ha gustado?

Una negación automática asomó a los labios de Celine, pero la contuvo.

Penelope interpretó su silencio como una confirmación. Al instante se iluminó y arrulló:

—Querida hermana, sí que te gusta. Esto es maravilloso. Justo lo que necesitaba para recuperar mi equilibrio mental. Ha sido muy considerado por tu parte ir y enamorarte de lord Elmer —dijo, frotándose las manos—. Esto me dará algo que hacer. Un hombre al que ayudar a conquistar, una boda que tramar… ay, apenas puedo contener la emoción.

—No estoy enamorada —protestó Celine con poca convicción. No sabía si debía protestar; creía que sí, pero quizá no demasiado… confundida, frunció el ceño—. De verdad, Penny, yo no… quiero decir… bueno…

—Mírate, ruborizada y tartamudeando como una virgen despistada. Es adorable —sonrió Penelope.

Celine no se había puesto roja, sino verde. Tenía la sensación de que aquello se le estaba yendo de las manos.

—Estás equivocada…

—Oh, esto es espléndido —dijo Penelope, aplaudiendo e ignorando las protestas de Celine.

—¿Qué es espléndido? —preguntó lord Elmer al entrar en el comedor.

Penelope guiñó un ojo a Celine.

—Pues que el duque ha accedido a que se quede en la mansión todo el tiempo que quiera, lord Elmer.

A Celine se le quedó la boca abierta. Penelope acababa de mentir. Había mentido sin remordimientos y con absoluta seguridad. El duque no había accedido a nada de eso. Miró a su hermana con un respeto renovado.

—Gracias. Me encantaría aceptar su amable invitación —dijo lord Elmer, sirviéndose cuatro huevos cocidos en el plato.

Penelope sonrió a lord Elmer y a Celine con un afecto casi maternal.

—Penny —susurró Celine con un siseo—, no se lo has preguntado al duque. ¿Y si se niega?

—No se atreverá —replicó ella con una mirada combativa.

Celine soltó la manga de Penelope. El duque era un hombre inteligente. Penelope tenía razón. No se atrevería. Ahora solo quedaba preocuparse por recuperar la carta. ¿Y si lord Elmer decidía guardarla hasta la próxima vez que necesitara algo de ella?

Sus pensamientos inquietos se vieron interrumpidos por la aparición de lady Bathsheba, la cabra mascota de Penelope, que entró trotando en la sala. Llevaba un sombrerito floreado y un lazo rosa atado a la cola.

—Esta es lady Bathsheba, y lady Bathsheba, este es lord Elmer —presentó Penelope.

Lord Elmer hizo una reverencia cortés a la cabra y le ofreció un trocito de manzana.

Penelope quedó encantada.

—Has elegido bien —susurró a Celine.

Celine forzó una sonrisa.

—A su madre también le gustan los animales, ¿verdad, lord Elmer? —preguntó Penelope, rascándole el lomo brillante a lady Bathsheba—. Recuerdo haberla conocido en el baile de lady Davenport.

—Debes de estar equivocada —dijo Celine con incomodidad. Desde que Penelope se había quedado embarazada, también se había vuelto olvidadiza. Qué doloroso debía de ser para el pobre lord Elmer oír hablar a su hermana de su madre fallecida.

Penelope negó con la cabeza con vehemencia.

—No me equivoco. Recuerdo perfectamente haber conocido a lady Elmer. Estoy segura, porque llevaba un encantador pug, y jamás podría olvidar un rostro capaz de llevar un animal vivo a la casa de lady Davenport. Recuerdo con cariño cómo a lady Davenport le dio un ataque silencioso, con la boca retorciéndose de las formas más fascinantes, mientras observaba a lady Elmer dar los mejores bocados al pug desde la mesa del refrigerio.

¿Cómo se llamaba el perrito? Ah, sí. Señor Smith. Era una criaturita dulce. Le di un poco de galleta y me lamió los dedos hasta dejarlos limpios. ¿No es así, lord Elmer? ¿No tiene su madre un pug llamado señor Smith?

—Penny, su madre murió hace años. Tiene una madrastra horrible que ha perdido la razón y un perro gigantesco que gruñe y babea —susurró Celine con urgencia.

—Tonterías, Celine. Lord Elmer, ¿su madre está muerta? ¿Su padre se ha vuelto a casar?

Lord Elmer apartó el plato. Evitó sus miradas al decir:

—Me pregunto dónde estará el duque.

—Está en su estudio —respondió Celine entre dientes—, pero antes de que se vaya, permítame preguntarle otra vez, lord Elmer: ¿tiene madrastra?

—Hace un día precioso —dijo lord Elmer, poniéndose en pie—. Me encantaría pasar algo de tiempo con usted, su gracia, pero acabo de recordar que no he informado a mi ayuda de cámara, Nithercott, de que nos quedamos. Si me disculpan.

Y sin esperar a que lo excusaran, lord Elmer desapareció de la habitación.

—Celine, no puedes susurrarme semejantes disparates. Seguro que te ha oído. Decir que su madre está muerta y todas esas tonterías. De verdad, Celine, no esperaba esto de ti —la reprendió Penelope—. Ahora has herido sus sentimientos. Ve y discúlpate.

—Pero…

—Nada de peros. Ve.

Celine pinchó la salchicha un par de veces antes de abandonarla y salir en busca de lord Elmer.

¿Cómo podía haberle contado esas historias tan disparatadas? Decirle que su madre estaba loca, encerrada en un ático con un perro rabioso, cuando en realidad era una anciana encantadora con un pug… se detuvo, y una sonrisa a regañadientes tiró de sus labios.

Se rio.

La historia que a la luz de las velas había parecido tan plausible resultaba absurda a plena luz del día. En parte era culpa suya por ser tan crédula y tomarlo por cierto. Al notar que su postura se

ablandaba, se recordó con firmeza que lord Elmer aún tenía la carta. Tenía que encontrarlo.

Lo encontró en la biblioteca.

—Mintió —lo acusó.

—Estaba desesperado, Celine. Debo quedarme aquí. Intentaba ganarme su simpatía. Verá, la verdad es que…

—No quiero oír más mentiras. Deme la carta.

—Lo siento —susurró, bajando la cabeza arrepentido. La miró con esperanza, los ojos azules brillantes, suplicando perdón.

Ella lo miró y sintió un tirón en el corazón.

—¿La carta?

—Aquí —dijo, sacándola de inmediato—. ¿Me perdona?

Ella asintió y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Celine? —le agarró la manga.

—¿Sí?

—¿Adónde va?

—A hablar con la ama de llaves.

—¿Después?

—Después revisaré las cuentas de la casa con el mayordomo.

—¿Por qué tiene que hacerlo usted?

—Porque a Penny le han dicho que descanse. Estoy aquí para ayudarla y asumir temporalmente sus tareas.

—¿Y después de las cuentas?

—Iré al cuarto de Penny, y ella dictará cartas…

—¿Qué hacen los demás miembros de la casa esta mañana? —la interrumpió.

—El duque estará trabajando en su estudio. Penny duerme la siesta después del desayuno, luego otra por la tarde y otra por la noche. Dorothy está ocupada con sus lecciones, y sir Henry no sale de su habitación salvo para cenar.

—Ya veo. Gracias.

Celine dudó.

Un mechón adorable le cayó sobre la frente. Él la miró con tristeza, los ojos casi fúnebres ante la perspectiva de no tener nada ni a nadie que lo entretuviera el resto del día.

Ella apartó la mirada con brusquedad. Había intentado chantajearla, el muy canalla. Aplastando cualquier atisbo de compasión, ignoró el maldito rizo, los ojos tristes y los labios fruncidos, y salió de la habitación.

Se negó a ser responsable de su diversión.

# CAPÍTULO NUEVE

*Hiciste tu parte.*
*Destrozaste mi corazón*
*en pedacitos, pedacitos, pedacitos, pedacitos.*

.

—Lord Elmer —jadeó Celine, cerrando de golpe un libro sobre los mapas y volviéndose—. Devuélvame el poema.

—Este es verdaderamente horrible —sonrió—. Un momento, se lo devolveré. Déjeme terminar de leerlo primero.

Celine se lanzó hacia él y le arrancó la hoja de las manos.

—No debería haber hecho eso.

Él agarró otra hoja de la mesa.

—Y ya que lo hizo, voy a leer esto en voz alta para verla sonrojarse.

Ella se ruborizó.

Él sonrió con malicia y se aclaró la garganta,

*Observad aquí, mis queridos amigos,*
*el sentimental cielo nocturno.*
*Espera titilar sobre amantes que se besan en callejones oscuros;*
*en su lugar, alumbra el camino de rufianes, maleantes*
*y prisioneros encadenados.*
*Observad aquí, mis queridos amigos,*
*el sentimental sofá de terciopelo.*
*Espera calentar las posaderas de damas y caballeros,*
*condes y vizcondes;*
*en su lugar, recalienta los traseros de lacayos*
*que rebotan a las doncellas de cocina*
*a cambio de unas pocas monedas.*
*Observad aquí, mis queridos amigos,*
*el sentimental cristal de la ventana.*
*Espera que hermosas mujeres se asomen*

*y contemplen el mundo exterior;*
*en su lugar, se encuentra con tu fea nariz*
*aplastada contra el vidrio*
*y con tu aliento pútrido empañando*
*el cristal por dentro.*
*Dejad de observar, mis queridos amigos,*
*pues estáis bloqueando mi vista*
*a través de la nueva lente óptica.*
*¿No me habéis oído, necios,*
*cabezas con piojos, marchaos, fuera, fuera,*
*que me estáis cubriendo los hombros*
*con babas verdosas.*

Se hizo un breve silencio después de que terminara de leer.

—No debería haber leído eso —dijo con voz baja—. Me siento… agraviado, de algún modo. No puedo creer que haya leído esa maldita cosa entera. No pude parar. Lo intenté, pero las palabras eran tan… no sé. Me vi obligado a leerla hasta el final. Me siento torturado, abusado...

—¿Qué está haciendo aquí? —lo interrumpió Celine.

—Estaba buscando un libro —continuó con picardía—. ¿Y usted por qué estaba mirando mapas?

—No lo hacía.

—Es una pésima mentirosa. Debería pasar un rato cada día frente al espejo, practicando mentir. Es un talento que vale la pena cultivar. Ahora míreme, abra los ojos… no tanto, un poco menos… muy bien. Ahora dígame, sin parpadear, que no estaba mirando mapas.

—Lord Elmer...

—Parpadea demasiado —la interrumpió—. Es un arte, querida. No lo desacredite. Probemos algo distinto. Veo un mapa asomando debajo de esos tomos frente a usted. Así que míreme a los ojos y, esta vez sin parpadear y con absoluta sinceridad, dígame que le gustan los mapas y los adora; que lleva uno con usted a todas partes. Que no puede vivir sin mapas. Que los mapas son su vida. Que los estaba mirando porque la hacen sentir aventurera o algo por el estilo. Haga lo que haga, no niegue su existencia ni ponga cara de culpable.

Ella parpadeó con aire lúgubre.

—Lo siento. Estoy ocupada. ¿Puede ir a fastidiar a otra persona?

—No.

—Penny agradecerá su compañía.

—Estuve con ella en el salón esta mañana. Tuve que escapar. Estaba embadurnando trozos de venado con mermelada de mora y comiéndoselos.

—No suena tan mal.

—El venado nadaba en salsa.

—Ya veo.

—Antes de eso, estaba llorando.

—¿Por qué?

—Porque, según sus palabras, tengo la cabeza llena de rizos, y los bucles son tan poéticos que no pudo evitarlo. Tenía que llorar.

—Le aseguro que Penny está perfectamente cuerda. Pero lo siento, tengo trabajo que hacer, yo...

—Déjeme quedarme aquí. Me sentaré tranquilamente en ese rincón y leeré. Prometo que no saldrá ni una palabra de mis labios —pidió.

—¿Penny lo ha alterado?

—No, me ha aterrorizado. Tengo miedo a plena luz del día.

Celine soltó una risita.

—Está bien, puede quedarse, pero por favor no intente leer más cartas mías.

—No me atrevería —dijo, sacando un libro de la estantería y sentándose a leer, la imagen perfecta de un caballero bien educado.

Celine arrastró otra carta hacia sí y se puso a trabajar.

Media hora después, el silencio se rompió.

—No puedo quedarme aquí y permitir que continúe así —exclamó —. Señorita Amy Montrose Fairweather, ¿qué demonios está haciendo?

—¿Penny le dijo mi nombre? —gritó Celine.

—Sí, y Amy le queda mucho mejor que Celine —dijo, mirándola—. Amy. Corto, dulce, simple.

—No me llame Amy.

—Amy, dígame, ¿qué está haciendo?

—No.

—Por favor. Tal vez pueda ayudarla.

—No confío en usted —dijo, sacudiendo la pluma, lo que salpicó su camisa blanca impoluta con gotas de tinta.

Sus ojos se abrieron al ver la mancha, y se apresuró a acercarse con un pañuelo; se arrodilló junto a él y empezó a secarle el pecho con frenesí.

—¿Por qué querría ayudarme? —preguntó, presionando el paño bordado con rosas contra su corazón.

—Porque me dará algo que hacer, y usted me ayudó al pedirle a la duquesa que me dejara quedarme. Lo hizo a regañadientes, pero aun así lo hizo.

Ella alzó la vista y se quedó inmóvil.

—No lo conozco lo suficiente como para confesarle mis secretos.

Él la miró, y sus ojos azules se oscurecieron poco a poco. Al percibir su deseo de huir, alzó la mano y atrapó la de ella, manteniéndola presionada contra su pecho.

Ella se quedó helada, y las puntas de sus orejas se tornaron rojas.

La parte sensata de su mente la alertó, pero su corazón empezó a latir con tanta fuerza que ahogó el canto de los pájaros y el susurro de las hojas en la suave brisa de la mañana tardía.

Su piel tenía un leve resplandor bajo el sol, como si estuviera espolvoreada de oro, y cuando su mano se cerró sobre la de ella, sintió como si también le apretaran el corazón.

—Yo...

—¿Hmm?

Ambos guardaron silencio, con las palabras atoradas en la garganta y una atmósfera extraña y densa presionándoles la piel.

La nuez de Adán de él se movió al tragar, y su lengua salió para humedecerle el labio inferior. Su mente captó cada uno de sus movimientos, como si todo su ser se hubiera vuelto consciente de su existencia.

Debería huir, le susurró su mente, pero el sonido de su propio corazón ahogó la advertencia.

Olía a cigarros y coñac, deliciosamente masculino y tan ajeno a su propio aroma dulce y floral. Su nariz se contrajo, y de pronto quiso

inclinarse hacia él e inhalar profundamente.

Alguien empezó a tocar el piano; tal vez Dorothy estuviera practicando con su institutriz en la sala de música. Un cosquilleo nació en su vientre, subiendo y bajando al compás de la melodía.

Él acercó el rostro, y su aliento rozó su piel ardiente.

—Y creo que es bonita. Una bonita damisela en apuros, y va contra mi naturaleza dejarla sufrir así...

—¿Eh? —exhaló ella con brusquedad, aturdida. Una niebla parecía haberse posado sobre su cabeza, volviendo necia su mente normalmente sensata.

La luz de la tarde se volvió más intensa a medida que el sol ascendía, cayendo sobre sus manos enguantadas y entrelazadas. El calor se extendió de sus dedos a los pies con rapidez, inquieto.

¡Twang!

Las teclas del piano chillaron de pronto y terminaron en una nota discordante. Él se apartó bruscamente, dejando que los dedos de ella se deslizaran fuera de su agarre.

Con tono ligero, le recordó con suavidad:

—Quería saber por qué intento ayudarla. No puedo permitir que sufra, ya que usted me ayudó a mí.

Ella se puso de pie de un salto y se metió el pañuelo en el bolsillo. Las piernas le temblaban y se sentían inestables, y tardó un momento en recomponerse. En cambio, él parecía tranquilo y sereno, como si aquella breve cercanía no lo hubiera afectado en absoluto. ¡Maldito libertino!

—No estoy sufriendo —replicó con aspereza, con la voz más aguda de lo habitual.

Eso la sobresaltó y la hizo parpadear y tragar saliva con rapidez.

Una leve sonrisa empezó a jugarle en los labios.

—¿Entonces está perturbada? Quiero ayudar.

—No.

Regresó a su asiento fingiendo compostura. El corazón aún le retumbaba como si una manada de ciervos le cruzara el pecho, y la respiración se le había vuelto un poco superficial.

—¿Y si le contara algo sobre mí que nadie sabe?

Sus dedos se aferraron al borde de una carta y la retorcieron hasta arrancar un pequeño trozo. Le desagradaba admitirlo, pero estaba intrigada.

Tras un momento, se atrevió a mirarlo por debajo de las pestañas, y su sonrisa traviesa calmó las olas inquietas que le revoloteaban en el vientre.

Antes, aquel instante extraño, intenso y embriagador debía de haber sido por falta de comida. No había desayunado lo suficiente y eso la había mareado. Satisfecha con la explicación, lo miró con mayor descaro.

Él sonrió y agitó las pestañas.

—Pregúnteme lo que quiera, Amy.

Celine tuvo ganas de estrellarle el libro en la cabeza. Lo fulminó con la mirada aquella expresión romántica ensayada, con labios fruncidos y ojos soñadores.

De pronto, una idea la golpeó.

Tal vez debería averiguar algunos de sus secretos. Después de todo, él conocía los de ella y, por si decidía chantajearla otra vez en el futuro, sería bueno tener algo con lo que protegerse.

Pero para asegurarse de que dijera la verdad, tendría que comportarse como una simpleza. Sonriendo para sus adentros, relajó los hombros, ladeó el mentón, abrió los ojos y sonrió dulcemente como una boba.

La expresión soñadora de él se desvaneció; los párpados entornados se alzaron de golpe y todo su cuerpo pasó a estado de alerta.

—Dígame —preguntó ella, mientras un dedo trazaba círculos concéntricos sobre el escritorio de madera—. ¿Por qué no quiere volver a casa?

Él la miró como si nunca antes la hubiera visto.

—No quiero ser el noveno conde de Devon. Mi padre me echó de casa y tuve que abrirme camino solo en el mundo. Ahora que he encontrado mi lugar, me quiere de vuelta porque le conviene.

Ella lo miró con simpatía. Esta vez, sus emociones eran sinceras.

—Su orgullo y su honor lo están frenando.

Él le dio la espalda, pero su tono era animado cuando habló:

—¿Se imagina a alguien como yo convirtiéndose en el conde de Devon? ¿Siendo responsable de una finca y de vidas humanas? A mi hermano lo prepararon para eso desde el momento en que nació. Él es el heredero.

—¿Tiene miedo?

—Sí, tengo miedo de convertirme en conde y vivir una vida de aburrimiento absoluto hasta el día de mi muerte.

—¿Entonces por qué quiere quedarse aquí, en la Mansión Blackthorne? No puede ser divertido. No conoce a ninguno de nosotros, y seguro tiene amigos por toda Inglaterra que estarían encantados de alojarlo.

Suspiró y volvió a sentarse a su lado.

—Le dije que me preguntara lo que quisiera —dijo.

Ella asintió.

—Tiene que ver con mi último oficio. Antes de que mi padre me llamara a Inglaterra, estuve de aprendiz de un pirata.

# CAPÍTULO DIEZ

—¿Un pirata? —preguntó Celine, intrigada.

—Sí —respondió George. Sacó un cigarro y lo encendió.

—¿Y antes de eso, a qué se dedicaba?

—Fui socio de un salteador de caminos —dijo, expulsando el humo por la boca.

—¿Se llamaba Jimmy?

—No, no el Halcón. ¿Cómo conoce usted al Halcón?

—Penny lo conoce bien. Yo lo conocí en la boda. Un tipo agradable.

—Ya veo. Yo trabajaba con un salteador al que quizá conozca como el Tigre Blanco. Tuve que marcharme cuando me di cuenta de que estaban brotando demasiados salteadores por toda Inglaterra y la grandeza del oficio se había diluido. Entonces me convertí en aprendiz del Cuervo Negro.

—¡Cielo santo!

—¿Ha oído hablar de él?

—No, pero suena aterrador.

—Lo es. Mide casi dos metros, tiene el cabello negro y largo, surcado de hebras plateadas que siempre azotan con el viento rugiente. Sus ojos, negros como el azabache, son como la parte más oscura de la noche, y sus finas ropas de terciopelo siempre huelen al pescado más fresco y selecto del océano.

Ambos guardaron silencio por un momento, en señal de respeto hacia el Cuervo Negro.

George se aclaró la garganta y continuó:

—Tiene madre. Navega con él. Es una cocinera excelente, o eso decía el capitán. La tripulación la llama la Sórdida Sandy. Posee un gran cofre del tesoro lleno de recetas que ha ido recopilando a lo largo de los años. Yo robé una.

—¿Robó qué?

—Una receta.

—No lo hizo.

—Sí lo hice.

—No pudo hacerlo.

—¿Está intentando fastidiarme? —preguntó con aspereza.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué robó una receta? Si iba a robar algo, ¿no debería haber sustraído algo más emocionante, como un cofre lleno de joyas o una estatua de oro macizo, por ejemplo?

George se reclinó en la silla y juntó las yemas de los dedos. Inclinó ligeramente la cabeza hacia la derecha mientras su mirada se perdía en la distancia.

—Era una noche hermosa y sin nubes. El *Desperate Lark* se mecía sobre el mar, a unas millas de la costa de Inglaterra. Una bandera cerúlea con una hoja de higuera había reemplazado a la negra con la calavera y los huesos. Una vez más fingíamos ser ricos comerciantes, la sangre había sido lavada de las cubiertas y el tesoro enterrado en tierras lejanas…

—Lord Elmer, vaya al grano, por favor —lo interrumpió Celine.

George le lanzó una mirada fulminante.

—Muy bien. Mis facultades estaban mermadas por el alcohol. Estaba intoxicado. Tenía la cabeza nublada. Confundido, mareado, escabechado. En una palabra… borracho.

—Ya veo.

—Fue culpa de Belcher. Compartíamos camarote y me animó a beber una buena cantidad de ron oscuro. El resultado fue que me encontré arrastrándome hasta el cuarto de la madre del Cuervo Negro, abriendo su cofre del tesoro y agarrando el primer papel que encontré. Lo siguiente que recuerdo es despertar en la cocina, con una receta de pan de melaza en una mano, cubierto de harina y vistiendo solo una camisa, sin calzones.

—Podría haber vuelto a escondidas esa misma noche y devolverla.

George asintió.

—Excepto que esa mañana recibí una carta de mi padre. Quería que regresara a Inglaterra. Decía que mi madre estaba enferma y

yo, como un completo idiota, le creí a ese viejo carcamal. Me marché de inmediato y solo recordé la receta cuando ya iba en un carruaje, dando tumbos camino de la casa de mi padre. Me di cuenta de que Belcher es un lamebotas y que, a la menor oportunidad, habría avisado al capitán del robo. Conozco al capitán y suele ser un hombre paciente, salvo cuando se trata de su madre.

—Los hombres suelen ser cautelosos con sus madres —convino Celine.

—¿Cautelosos, querida? El capitán Rover no es cauteloso con su madre. Le tiene pavor. En su presencia se convierte en un bobo, un memo y un pobre pelele atontado, razón por la cual cambié de rumbo sin perder tiempo y me dirigí a la casa de Lord Adair. El capitán Rover sabe dónde está mi casa y quiénes son mis amigos, mientras que Lord Adair es un pariente lo bastante lejano, y su residencia está bien protegida, ya que su propia vida corre peligro constante. Sabía que estaría a salvo con él. Una vez allí, descubrí la verdadera razón por la que mi padre me había hecho volver. El resto ya lo sabe usted.

—Ya veo. Lord Adair tuvo que marcharse por asuntos del rey, y el duque se suponía que estaría en el campo con Penny. Nadie sabe que usted y el duque son parientes y, por lo tanto, Blackthorne es el lugar más seguro para esconderse —se mordió el labio inferior—. ¿Y es por eso que están desapareciendo cocineros por toda Inglaterra?

—Sí, los piratas intentan recuperar la receta.

—¿Qué ocurrirá si lo atrapan?

—Me atreví a robarle a la madre del capitán y, según el código del *Desperate Lark*, eso significa una muerte violenta.

—¿Qué tan violenta?

—Empezarán por el dedo gordo del pie y me quemarán centímetro a centímetro hasta llegar a la coronilla.

—¡Santo cielo!

—Exactamente.

—Casi podría creerle.

—No estoy mintiendo —dijo, rebuscando en su bolsillo. Sacó un anzuelo, un trozo de cordel y un par de bombachas rosadas. Metió el último objeto de nuevo en el bolsillo con rapidez.

—Es una historia estupenda. Igual que la de sus dos madrastras —comentó ella—, pero esta vez no voy a dejarme embaucar.

—Aquí está la receta —dijo, sacando un pergamino amarillento.

Ella echó un vistazo al título: Pan de melaza para cuando una cobra o un escorpión le haya mordido a usted en la parte carnosa de… se detuvo.

—¿Me cree ahora?

Ella atrajo los mapas hacia sí y lo ignoró.

—Ahora es su turno. ¿Qué está intentando hacer usted? —insistió él.

—Nada.

—Me prometió que me lo diría.

—Sí, si usted me contaba algo con honestidad.

—Fui honesto.

—Bah —dijo ella, haciéndole un gesto para que se apartara.

—¡Al demonio! —maldijo él, irritado—. No puede decirme "bah". Nadie se atreve a hacerle "bah" a George Irvin.

—Bah —repitió ella, ocultando la sonrisa detrás de un gran mapa.

—¿Le gustaría recuperar esto? —preguntó él con exquisita cortesía.

Ella alzó la vista y descubrió una vez más una de sus cartas en manos de él. Su sonrisa desapareció.

—Devuélvamela, lord Elmer. Esto no tiene gracia.

—Se la devolveré, pero antes discúlpese.

Consideró alargar la mano y arrebatársela, pero recordó el estado de su corazón cuando había estado cerca de él y abandonó la idea con premura. En momentos de peligro, lo mejor era tragarse el orgullo.

—Lo siento —dijo.

—Bien. Ahora dígame qué está haciendo —pidió él, señalando el escritorio.

—No.

—Sí.

—Deje de comportarse como un niño y devuélvame mi carta.

—No es infantil. Consigo lo que quiero, aunque tenga que recurrir a medios poco honestos.

—Y luego se pregunta por qué no confío en usted.

Él sonrió con descaro.

—Ahora cuéntemelo todo.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

Un hoyuelo apareció en su mejilla. Tenía una sonrisa terriblemente contagiosa.

De pronto, ella sintió el impulso de alargar la mano y recorrer con un dedo sus orejas, que se veían rosadas y translúcidas con la luz del sol atravesándolas, como conchas en la playa. Hermosas.

Apartó la mirada de inmediato, se reprendió mentalmente y obligó a su rostro a mantenerse rígido en una expresión de fastidio.

Él alzó las cejas de manera sugestiva.

Ella se rindió y sonrió. Ya sabía lo suficiente como para arruinarla. Bien podía conocer el resto.

—No hay gran cosa que contar. Estoy intentando encontrar a Philbert.

—¿Está perdido?

Ella asintió con tristeza.

—Me dijo que tenía que irse a Londres a buscar fortuna. En aquel momento no podía casarse conmigo porque no tenía dinero. Y hace un año que sus cartas dejaron de llegar.

—¿Quizá perdió el interés en usted?

—No lo creo. Y es muy desagradable por su parte insinuar algo así. Podría haberme escrito, haber sido honesto y decirme que ya no deseaba verme.

—Así que intenta encontrarlo. ¿No le dijo dónde vivía?

—Sí. Le dije que comprendía todos sus poemas, así que me explicó que la pista de dónde se alojaba en Londres estaba entretejida en el último poema que me envió. El problema es que no consigo descifrarlo. No se parece a sus otros poemas.

—¿Qué poema?

—Este.

—Esto no es un poema. Esto es una mancha.

—Una pintura —lo corrigió ella.

—Una pintura manchurrienta —concedió él.

—Estaba explorando nuevas formas de poesía creativa. Quería pintar sus poemas.

—¿Y eso qué significa?

—¿Cómo voy a saberlo? No soy poeta.

—¿Así que esta pintura horrible es la única pista que tiene?

—Sí, y no es horrible.

—No creo que quiera que usted lo encuentre.

—No diga tonterías.

—Ha hecho todo lo posible por complicarlo.

—Tiene un alma profunda y compasiva.

—Más bien parece un poeta apuesto, taciturno y demacrado, con un alma dudosa. Es el tipo de hombre del que una mujer se enamora sin remedio.

—No es delgado, sino más bien rellenito, y no es apuesto en absoluto. Tiene la cara llena de granos y el cabello ralo.

—¿Un poeta gordo? ¿Quién ha oído hablar jamás de una criatura así?

—Oh, váyase.

—No lo haré. ¿Cómo se llama? Quizá así sea más fácil averiguar dónde está.

—¿Quiere ayudarme?

—Sí. Un poeta que pinta su ubicación y lo llama poesía, y una muchacha enamorada que sale a buscarlo en una ciudad extraña… es el tipo de historia que me resulta fascinante.

—Supongo que no hay ningún daño. Se llama Philbert Woodbead.

—¿Un poeta gordo y feo llamado Philbert Woodbead? —preguntó él.

Ella asintió.

—Me está tomando el pelo.

Ella negó con la cabeza.

Y entonces él perdió toda compostura y rompió a reír.

# CAPÍTULO ONCE

—Dorothy, deja de fastidiar a Gunhilda —dijo Celine, sacando a su hermana de debajo de la mesa—. No puedes seguir huyendo cada vez que tienes lecciones. Y el ama de llaves me ha informado de que tus sábanas estaban cubiertas de hollín. ¿Intentabas trepar por la chimenea?

—¿Madame? La cena…

—Ah, sí, señorita Cornley. Lord Elmer volverá a acompañarnos a cenar. Se quedará con nosotros de manera indefinida.

—¿Realmente? —los ojos de Dorothy se iluminaron—. ¿Puedo cenar con él?

—Ya sabes que sir Henry jamás lo aprobará. No pongas esa cara. Podrás verlo por la noche.

—Me gustaría —dijo Dorothy, enderezándose y pasándose una mano por el cabello—. ¿Cómo estoy?

—Como un duende.

—¿Puedo ponerme el terciopelo rosa?

—¿Y adónde se supone que vas?

—Le pediré a George que pasee conmigo por el jardín oriental.

—No seas tan lanzada, Dorothy. Dirígete a él como Lord Elmer, y van a dar un paseo, no a un baile. Parecerías ridícula con el terciopelo rosa. Ponte el cachemir marrón.

—No me gusta el marrón.

—¿Con lunares azules?

—Puaj —respondió Dorothy con gesto agrio antes de subir corriendo las escaleras, gritando para que Gwerful viniera a peinarla.

Celine volvió con el ama de llaves, que aguardaba paciente.

—Lo siento, señorita Cornley. ¿Por dónde iba? Ah, sí, espolvoree hojas de té y polvo de rosas sobre las alfombras del Salón de Jade. Y, por favor, pida al mayordomo que se reúna conmigo en el jardín. Necesito hablar del menú. Tal vez podamos servir gumballs, pescado

hervido, ciruelas confitadas, pelucas de queso y algunas empanadas de pavo real…

—Amy —llamó George.

—Mi nombre es Celine, Lord Elmer —dijo ella con sequedad, despidiendo al ama de llaves con un gesto.

—Amy —repitió él con más firmeza—, ¿qué estás haciendo?

—Ponerme estos guantes blancos. Ayudan a detectar el polvo.

—¿Y después?

—Recorreré la mansión buscando polvo.

—¿Puedes dedicarme unos minutos y dejar el polvo para luego? Necesito… ¿Qué ha sido eso?

Ella inclinó la cabeza.

—No oigo nada.

—Chist —dijo él, posando un dedo sobre sus labios—. Ahí, ¿lo oyes ahora?

—Parece que alguien está chillando —miró a su alrededor, preocupada.

—Seguro que no es nada, pero quizá deberíamos comprobarlo.

—Suena como Penny —dijo ella, echando a correr hacia la sala de música.

Se detuvo en seco frente a la biblioteca al encontrarse con una duquesa furiosa, el pecho agitado y una vena palpitándole en la sien, encarada a un duque abatido.

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho en los últimos seis meses? —preguntó Penelope con voz suave y peligrosa.

—Creía que te gustaba el pastel de frutas —respondió el duque, confundido.

Penelope miró alternativamente al duque y al enorme pastel de frutas que sostenía sobre una bandeja de plata.

—No querías animarme. Este es tu plan rastrero y malvado. Quieres engordarme.

Celine y Lord Elmer retrocedieron unos pasos.

—No quería engordarte. Nunca podrías estar gorda… quizá un poco rellenita, pero eso es bonito…

—¿Rellenita? —preguntó Penelope, dando un pequeño paso hacia él.

—No, no quiero decir que estés rellenita. Pero aunque lo estuvieras, seguiría encontrándote igual de hermosa.

—Charles, ¿recuerdas cuando te hablé de la señal el día de nuestra boda? La señal que me hizo darme cuenta de que te amaba.

El duque frunció el ceño.

—Se te encogían los dedos de los pies cada vez que nos besábamos, y así supiste que me amabas. Pero ¿qué tiene eso que ver…?

—Ya no puedo ver esos dedos.

El duque carraspeó, nervioso.

—Penny… —empezó, pero sus palabras se perdieron en un murmullo ininteligible.

Penelope aplastó el pastel sobre la cabeza del duque.

—Cómetelo tú —gruñó.

Tropezones de pastel resbalaron por el cabello del duque y mancharon sus impecables hombros.

Penelope arrebató una fregona a una doncella temblorosa y avanzó hacia él.

—Déjeme limpiarlo, su gracia.

El duque decidió que había llegado el momento de huir, y lo hizo. Desbandó el campamento, desertó del ejército y abandonó el barco. En otras palabras, dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo tan rápido como se lo permitían sus musculosas piernas.

Penelope entrecerró los ojos y avanzó tras él, lanzándole todo lo que encontraba a su espalda cada vez más lejana: un adorno de valor incalculable, un busto antiguo, una rama arrancada de una maceta y una alfombra enrollada.

Miró sus manos con rabia. Su puntería era horrible. Todo caía a pocos pasos de ella. Rugió de frustración, haciendo vibrar las paredes de la mansión. Apretó los dientes, se alzó las faldas y volvió a avanzar tras él.

Avanzaba por el pasillo como una Quimera de cabeza de león y cola de serpiente, exhalando llamas con puntas rojas. Se deslizó y siseó hacia el pilar tallado tras el cual Celine y Lord Elmer intentaban esconderse, con los ojos clavados en los faldones del abrigo del duque que desaparecían a lo lejos.

Pero antes de que el espantajo con ropas de duquesa los descubriera, Lord Elmer agarró a Celine y la arrastró por la puerta más cercana.

Acabaron en un armario de abrigos, donde decidieron aguardar hasta que la amenaza exterior se disipara.

Estaba oscuro, y las prendas de lana, cachemir y seda colgadas en los percheros rozaban su piel, a veces ásperas, a veces reconfortantes, mientras avanzaba a ciegas.

La falta de visión agudizó el resto de sus sentidos, y pudo oír los latidos acelerados de su corazón y su respiración superficial.

Su nariz no estaba nada contenta con la situación. Aquello apestaba. El incienso, los aceites y los perfumes impregnados en la ropa se mezclaban como un brebaje en un caldero, creando un olor intenso y desagradable.

Por fin, su nariz temblorosa encontró un aroma que no ofendía sus sentidos. Inhaló profundamente. Era un delicioso perfume de especias exóticas, brandy y vainilla. Se acercó más, deseando hundir la nariz en él y despejar sus fosas nasales.

Ah… era realmente exquisito.

Su estómago gruñó y abrió la boca para probarlo.

—Ay —dijo Lord Elmer, con una sonrisa en la voz—. Algo me ha mordido el pecho. ¿Crees que… sea una rata?

Los ojos de Celine se abrieron de par en par y despertó como de un trance. ¿Qué demonios le había pasado para hacer algo tan ridículo?

Retrocedió bruscamente, pero los brazos de él se adelantaron y le rodearon la cintura, inmovilizándola.

Su aliento cálido le hizo cosquillas cuando acercó la boca a su oído.

—¿Aprovechándose de un joven, apuesto e indefenso caballero? No te creía de ese tipo.

El corazón de Celine se encogió, y trató de ocultar su respiración entrecortada. Empezó a contar despacio mientras inhalaba y exhalaba, negándose a permitir que él notara cuánto la estaba descomponiendo su cercanía.

—¿No hablas? —preguntó él, pellizcándole el costado.

El leve dolor la hizo sobresaltarse, y su cuerpo rozó el de él. Durante un instante, su mente quedó en blanco, incapaz de responder.

¿Qué le había preguntado?

Ya no lo recordaba, porque su mente luchaba por mantenerse dentro del molde de la decencia mientras su cuerpo desobedecía aquellas estrictas órdenes.

Le dolían las extremidades por el deseo de acercarse más a él.

Años enteros de contener sus deseos y anhelos, de ejercicios mentales y horas frente al espejo practicando expresiones aristocráticas vacías, comenzaban a desbordarse. Una parte de ella, oculta muy en el fondo, quería estallar como un fuego artificial en el cielo nocturno y anunciar su existencia de la forma más espectacular posible.

Él era peligroso.

Su presencia en su vida era arriesgada, pues la hacía sentir que perdía el control del mundo que la rodeaba. Cada momento junto a él era como sostener un ovillo de lana mientras él tiraba poco a poco del hilo, aflojándolo más y más, hasta que un día no quedara nada. Todos sus secretos, fingimientos y determinaciones quedarían expuestos. Los desenterraría y…

Él movió la cabeza, y sus labios rozaron su sien, haciéndola estremecer.

—No era mi intención —dijo de pronto, apartándose. Su voz era grave, y si no fuera por la risa danzando en sus ojos y la expresión traviesa que la acompañaba, desprendía un aura de misterio y sensualidad.

En aquel pequeño armario, parte de sus pieles sociales se desprendieron, revelando sus mundos interiores. Fue lo bastante inquietante como para que ambos se separaran y pusieran apresuradamente distancia entre ellos.

Ninguno quiso hablar primero, temiendo delatar su agitación con una voz discordante.

El silencio se estiró como un gato negro, aparentemente sin extremidades. Su respiración, el roce de la ropa y los latidos caóticos eran los únicos sonidos en el reducido espacio.

Pronto el sudor les recorrió la espalda; hacía calor y el aire estaba viciado. Celine se apartó aún más, deseando escapar. ¿No habrían estado escondidos el tiempo suficiente?

Un abrigo de piel le hizo cosquillas en la nariz, obligándola a detenerse y estornudar.

El mundo volvió a su sitio, y aquel instante cargado de sensualidad se desvaneció con el estornudo.

Él soltó una risita y le sujetó la muñeca para impedir que huyera.

Al quinto estornudo, Lord Elmer se lanzó a hablar:

—Quiero que te reúnas conmigo esta noche en la biblioteca, después de la cena. Trae el cuadro que contiene la pista sobre el paradero de tu poeta gordo.

—No lo olvides, te veré allí a las nueve en punto.

—Pero...

—Nada de peros.

—Pero...

Él hizo un ruido impaciente.

—La abuela solícita, es decir, la duquesa viuda, regresará volando en cuanto nazca el nuevo bebé. Y tú, querida mía, serás enviada de vuelta a Finnshire con toda la cortesía del mundo, pero con firmeza. El bebé, Amy, llegará pronto, y nos estamos quedando sin tiempo. Tu oportunidad de encontrar a Puff Guts, quiero decir, a tu poeta, es ahora.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué estás perdiendo tanto tiempo? Tenemos que actuar rápido. Te veré esta noche.

—No creo que sea decoroso.

—¿Mantienes un romance con un poeta gordo llamado Woodbead a espaldas de tu querida hermana y me dices que mi inocente ofrecimiento de ayudarte no es decoroso?

—No creo que debas involucrarte. Este es mi lío.

—Celine, este trabajo necesita a un hombre con ingenio, sensibilidad, aplomo, creatividad y buen aspecto. ¿Cómo puedes dudar de que yo sea el hombre adecuado? Este problema tuyo me necesita, Celine, a mí —dijo, clavándose un dedo en el pecho—.

Además, soy un hombre, y tú no puedes hacer ni la mitad de las cosas que yo puedo sin que te hagan preguntas.

—¿Y si nos descubren?

—Deberías haber pensado en eso antes de enamorarte.

—Bueno…

—¿Es que lo amas siquiera?

—Sin duda.

—No pareces muy dispuesta a encontrarlo. Quiero decir, una mujer enamorada es apasionada. Está desesperada por hallar a su amado, dispuesta a saltar por acantilados y lo que haga falta, y tú aquí negándote a reunirte conmigo a las nueve de la noche para investigar.

—Iré a verte a las nueve.

Sonrió como un gato bien alimentado.

—Bien. Ahora déjame salir primero, y tú sígueme al cabo de un momento.

—Está bien —fue todo lo que logró decir antes de que él alcanzara la puerta de una zancada y desapareciera con la siguiente.

***

El reloj dio las nueve. Era hora de reunirse con Lord Elmer, pero Celine no se movió. Cerró los ojos y apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana de su alcoba. Se preguntó dónde estaría su Philly, con un leve pinchazo en el corazón.

Abrió los ojos y contempló el jardín, el estanque de lirios brillando a lo lejos. No reparó en las bonitas lámparas amarillas reflejadas en el agua oscura y opaca. En su lugar, vio a su amado Philly corriendo hacia ella en una luminosa mañana de verano.

Recordó cómo había venido dando saltitos, las mejillas abultadas rosadas de placer. Sus pies golpeaban la pradera, espantando a pájaros y abejas, su figura rechoncha recortada contra el sol. Parecía un querubín sin alas, la sonrisa desbordada, rodando hacia ella a toda velocidad, aferrando con manos delicadas y suaves su último poema.

Ahora apretaba ese mismo poema contra el pecho. Sus labios se movían en silencio mientras las palabras danzaban en su mente…

*Mi amor por ti, mi querida lass pelirroja, es eterno,*
*te lo aseguro, amor mío, no es nocturno, sino diurno.*
*Eres mi helado napolitano en un ardiente día de verano,*
*y caza rellena con vino cuando el mundo es frío y grisáceo.*
*Mi corazón late con más fuerza al verte sonreír*
*que cuando me enfrento a tigres hambrientos y reptiles venenosos.*
*Déjame confesarlo: vi tu tobillo al descubierto,*
*me sonrojo al pensar en cómo me dejó desconcertado.*
*Créeme, mi amor, te amo eternamente,*
*de verdad, cariño mío, no es un amor externo, sino nacido desde dentro.*

Exhaló un gran suspiro sentimental. Philly había dicho que era un poema de amor para ella. Había pasado una semana entera agonizando por cada frase. Su Philly era un perfeccionista, pensó con cariño, con aquellos grandes ojos azul aciano empañados de emoción y su… frunció el ceño. ¿Tenía un hoyuelo en la barbilla? En su mente desfilaron varias barbillas fofas y débiles. Ninguna parecía encajar con su Philly. Un pensamiento horrible la sacudió. Si lo amaba, ¿no debería recordar cómo era su barbilla?

Seguramente, una mujer enamorada recuerda la barbilla de su amante.

Se aferró a las cortinas, el pecho agitado por la confusión. ¿Qué clase de mujer enamorada era ella? Una mediocre, eso era. No recordar la barbilla de su propio amante, qué horror.

Se metió el poema en el bolsillo. Lord Elmer había dicho que las mujeres enamoradas estaban dispuestas a saltar de acantilados por su ser amado. ¿Saltaría ella, se preguntó, por Philbert?

¿Y si saltaba y, en lugar de estrellarse contra tierra firme, encontraba un mar profundo y oscuro dispuesto a engullirla?

Tragó saliva.

Saltar de acantilados era un poco dramático. Después de todo, su madre decía que sin duda, a veces, amaba a su padre, y su madre no saltaría ni de un carro de heno por él, mucho menos de un acantilado.

Sí lo amaba, se dijo con firmeza. Al fin y al cabo, los sentimientos seguían vivos en su memoria. Puede que no recordara su barbilla, pero sí recordaba perfectamente la expectación y la emoción que sentía cada vez que se veían: el cosquilleo en el vientre cuando se habían besado por primera vez y cómo el corazón se le había saltado un latido cuando él le confesó su amor una gélida mañana de invierno.

Vio pasar a una criada con una lámpara titilante. Se preguntó por qué estaba dudando. Lord Elmer le ofrecía su ayuda, y con su ayuda estaba segura de que podrían encontrar a Philbert… y, sin embargo, sus pies se negaban a moverse en dirección a la biblioteca, donde sin duda Lord Elmer estaría arrancándose el cabello de aburrimiento.

Había pasado un año desde la última vez que había visto a Philbert y seis meses desde que había tenido noticias suyas. ¿Y si ya no la amaba?

La criada desapareció de su vista y, con la luz desvaneciéndose, llegó a una conclusión: lo encontraría. Se arriesgaría a aceptar la ayuda de un extraño, a contarle sus secretos, no por la sensata Amy, sino por la Celine que llevaba dentro. Aquella sería su aventura y, después, dedicaría su vida a ser una dama buena, obediente e ideal, perfectamente formada.

Con un gesto decidido, tomó su diario y las hojas de poesía y se dirigió a la biblioteca.

# CAPÍTULO DOCE

—No creo que esto sea una buena idea —dijo cuando vio a Lord Elmer en la biblioteca.

Él la miró con curiosidad.

—Quiero decir, encontrar a Philly y…

—¿Lo llamas Philly?

Ella lo ignoró y continuó:

—No quiero tu ayuda.

—¿Pero por qué? Ya conozco tu secreto, y si vives con el miedo de que pueda contárselo a alguien, ¿no sería mejor aceptar mi ayuda para encontrar al tipo y casarte con él antes de que quedes deshonrada en sociedad?

Ella no respondió.

—¿Es que acaso lo amas? —insistió él.

Ella captó el desprecio en su tono.

—Sí que lo amo. Solo que…

—Solo querías jugar a buscarlo. En realidad no pensabas llevar a cabo tu fantasía. ¿Es eso?

A ella le tembló la boca.

Él le tomó el codo y la empujó suavemente para que se sentara.

—¿Qué te parece si vemos cómo va esta noche? Ya que estás aquí, aprovechemos el tiempo. Si mañana decides no aceptar mi ayuda, prometo no molestarte. Buscaré otra cosa con la que entretenerme.

Ella lo miró y luego apartó la vista. El maldito hombre parecía amable, no burlón, sino gentil y un poco compasivo. Asintió de mala gana.

Él se puso manos a la obra de inmediato. Extendió hojas de papel, preparó la tinta y la pluma, encendió más velas y sacó varios mapas de los estantes. Por último, se volvió hacia ella y le pidió ver la pintura.

Ella desenrolló el pergamino, un poco sin aliento por la rapidez con la que él parecía hacerlo todo.

Él observó sus movimientos con los labios fruncidos.

Ella frunció el ceño. Si a él no le parecía lo bastante romántica la forma en que desenrollaba un pergamino, no le importaba. No iba a perder tiempo arrullando el papel ni acariciándolo con manos amorosas. Si él podía ser rápido, ella también podía ser práctica. El romance vendría después, cuando conociera a su querido Philly.

La pintura fue desenrollada con eficacia, no con romanticismo, y ella la alisó y la colocó sobre la mesa.

Ambos se quedaron mirándola.

Él la tomó y la dio vuelta.

Fruncieron el ceño.

Acercó la vela para que la luz iluminara la parte de atrás del cuadro.

Se mordieron los labios.

Le pidió que sostuviera la pintura y caminó hasta el otro extremo de la habitación para observarla desde allí.

Entrecerraron los ojos.

Regresó hacia ella y esta vez la examinó con un ojo cerrado y el otro abierto. Luego cambió, cerrando el que estaba abierto y abriendo el cerrado. Finalmente cerró ambos ojos y palpó el papel, comprobando su peso y textura.

Se rascaron la cabeza y se acariciaron la barbilla.

Por fin, él preguntó:

—¿Ha pintado la joroba de un camello? ¿Colinas? ¿Montañas? ¿Un cerdo con un palo y montañas?

—No seas ridículo —respondió ella, irritada.

—Entonces explícamelo tú.

—Bueno… —frunció el ceño—. Aún no lo he descifrado. Si lo hubiera hecho, no necesitaría tu ayuda.

—¿No tienes ninguna idea?

—Supongo que sí, pero no son muy buenas.

—Dime una.

—No.

—Tienes que hacerlo. Si no, ¿cómo se supone que voy a ayudarte? Tú lo conoces mejor que nadie. Vamos, ¿qué podría ser?

Ella se removió un momento y luego dijo:

—Esto de aquí es un hombre con una corona en la cabeza. ¿Ves estas puntas?

—Lo único que yo veo es un cerdo. Esas puntas son orejas. Si fuera una corona, tendría más puntas. ¿Y esto de aquí?

—Supongo que podría ser un riñón —aventuró con cautela.

—¿Un riñón?

—Sí, un riñón.

—¿Por qué un riñón?

—Porque parece un riñón.

—¿Un riñón humano?

—Uno de pez.

—¿Los peces tienen riñones?

—Bueno, entonces uno humano.

Él inclinó la cabeza y examinó la pintura de nuevo.

—¿Sabes que los médicos desentierran cadáveres y luego los cortan en pedazos? Sacan todas las entrañas y las dibujan.

—¿Y cómo saben que las entrañas de una persona viva son iguales a las de una muerta? ¿Y si se encogen en el momento en que alguien muere? —preguntó con curiosidad—. ¿También cortan a personas vivas?

Él la miró, viendo su rostro brillante y entusiasta, y dijo con rapidez:

—Dejemos de hablar de entrañas encogidas. Me está dando una sensación muy rara. Mejor hablemos de por qué tu poeta dibujaría un riñón flotando en el aire sobre un cerdo. Yo, por mi parte, no creo que sea un riñón. Se parece más a una colina invertida.

La miró de nuevo, esta vez de reojo.

—¿Por qué pensaste en un riñón y no en una colina invertida? Dime, ¿tienes ataques violentos? ¿Alguna vez te has despertado en un establo o en la habitación de un invitado con sangre en las manos sin saber qué pasó?

—¿Me estás llamando loca?

—Si lo hago, ¿sientes un impulso sanguinario de agarrar el abrecartas y llenar mi cuerpo de agujeros sangrantes como venganza?

—No, y tú me preguntaste qué creía que representaba la pintura. Estaba intentando ayudar. No hace falta criticar.

—Amy…

—Celine —lo corrigió ella.

—Amy —repitió él, poniéndose de pie de un salto y paseándose por la habitación—. ¿Estás segura de que tu poeta quiere que lo encuentres? Quiero decir, él sabía que tú podías entender su poesía. Entonces, ¿no debería haberte escrito un poema con su dirección? O mejor aún, decírtelo directa y claramente, sin rimas. ¿Por qué lo pintó?

—Recibí la pintura con una nota que decía que podía encontrarlo en ese lugar si alguna vez quería contactarlo. Dijo que podría descifrar la pintura si de verdad lo amaba.

—Creo que necesito saber más sobre tu historia de amor —dijo él, con expresión desconcertada.

Ella dudó, y un leve rubor le subió por las mejillas.

Él apartó la mirada y se aclaró la garganta.

—Solo quiero conocer el espíritu del relato, no los detalles.

Ella mantuvo el rostro cuidadosamente vuelto en otra dirección mientras hablaba.

—Tenemos una posada llamada *The Tears of a Tankard* en Finnshire. La regenta la señora Reed. También vende encurtidos, mermeladas y otros condimentos. Fui a comprarle conserva de frambuesa cuando me crucé con Philbert. Se alojaba en la posada esperando encontrar inspiración poética, y también porque su padre lo había echado de casa.

Lord Elmer sonrió.

—Debió de haberle leído uno de sus poemas a su padre.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Eso no es cierto.

—Entonces ¿por qué lo echó?

Tras un momento de silencio, dijo de golpe:

—supadredesaprobabasupoesía

—Su padre —repitió él, lenta y dolorosamente— desaprobaba su poesía. En otras palabras, había leído uno de sus poemas.

Ella asintió brevemente.

Él reprimió la sonrisa y le indicó que continuara.

—Me choqué con él y derramé la conserva de frambuesa por todo su abrigo verde de retazos, lleno de polillas. Fue culpa mía. No estaba mirando por dónde iba y no había cerrado bien el frasco. —Su voz se volvió soñadora—. Fue muy amable al respecto, y sus mejillas rosadas se inflaban y desinflaban, una vez más, y otra vez…

—Vuestras miradas quedaron atrapadas, las cabezas os dieron vueltas, el mendigo de la esquina empezó a cantar, tus pestañas revolotearon, los labios se acercaron, hubo travesuras bajo faldas ondeantes y te enamoraste —la interrumpió—. Esa parte ya la conozco. Es igual para todo el mundo. Lo que quiero saber es qué diablos lo arruinó todo.

Ella jugueteó con la pluma mientras hablaba.

—Dejaba una carta para mí cada noche en el umbral de casa. Yo me despertaba muy temprano todas las mañanas y la recogía antes de que alguien más la descubriera. Un día no me desperté a tiempo y mi madre encontró la carta.

—Por mi peluca —dijo él suavemente.

Ella clavó el plumín en la hoja, haciendo un agujero.

—Te escucho —la animó.

Ella sacó el plumín del agujero y continuó:

—Me prohibió escribirle o volver a verlo. Él siguió escribiendo durante un tiempo, sin saber que yo ya no podía leer las cartas. Mi madre las quemaba. Logré rescatar la última carta que escribió antes de que mi madre pudiera ponerle las manos encima, y encontré la pintura.

Pensó que ya no lo amaba, así que pintó el lugar con una nota diciendo que, si lo amaba, conocería la esencia de la pintura y entendería dónde estaría todos los días, todo el día, en Londres. Dijo que me esperaría para siempre. Se fue de Finnshire poco después, y no he vuelto a saber de él.

—Tu historia de amor terminó abruptamente porque te quedaste dormida. Trágico.

—Oh, vete al infierno —espetó ella, poniéndose de pie—. Te dije que era una mala idea. Déjame encontrarlo sola. No tienes por qué preocupar tu bonita cabeza por esto.

—Me han llamado guapo, pero nunca bonito. Lo siento. No me burlaré más. Ven, siéntate. Hagamos una lista de todos los lugares de Londres que tengan montañas o colinas. Estoy seguro de que esto es una colina y no un riñón. Luego haré que mi ayuda de cámara, Nithercott, visite esos lugares y haga averiguaciones discretas.

Parte de su enfado se disipó. Sonaba como una buena idea. Mejor que cualquiera que se le hubiera ocurrido en días.

Media hora después, dejó la pluma y se frotó los ojos cansados.

Empujó la hoja hacia él.

—Estos son todos los nombres que pude encontrar.

Él espolvoreó arena sobre el papel.

—Haré que Nithercott investigue. Tu Philly debería ser fácil de encontrar. Un poeta gordo llamado Philbert Woodbead. Ya suena bastante único —sonrió—. No te pongas tan seria, Amy. Un poco de diversión nunca hizo daño a nadie.

Ella lo miró con frustración. Había sido muy amable ayudándola, pero tenía la irritante costumbre de metérsele bajo la piel. Quería estrangularlo y besarlo al mismo tiempo.

Parpadeó ante ese último pensamiento.

¿Besarlo?

Él la miró con curiosidad mientras guardaba los nombres en el bolsillo.

—¿Te encuentras mal? —preguntó, preocupado—. Tienes un aspecto extraño.

—No, solo estaba pensando —dijo apresuradamente.

—¿En qué?

—En el poema. Este poema. Es una obra maravillosa que Philbert escribió para mí —dijo, arrebatando la hoja más cercana y apretándola contra el pecho.

Sus dedos se quedaron suspendidos cerca de su escote; sus ojos se clavaron en los de ella, las pestañas le temblaron y las puntas de las orejas se le sonrojaron.

Bajó la mano y se aclaró la garganta.

—¿Puedo?

Su mirada aún no se había apartado de su rostro y, como hipnotizada, ella le entregó el poema.

Él tomó el papel y leyó. Arrugó la nariz como si hubiera olido algo desagradable, y la atmósfera romántica murió sin ceremonia.

—¿Esto es una obra maravillosa?

—Sí —dijo ella a la defensiva—. Hay que tener un alma sensible para entenderlo.

—¿Necesito un alma sensible para entender Oda a la noble hepática? ¿Te llama su Noble Hepática?

—Le gusta la botánica —murmuró ella.

—¿Por qué no te vas a dormir? —sugirió con amabilidad—. Te ves pálida.

Ella se levantó de golpe y se dirigió a la puerta, pero se dio una palmada en la frente y regresó enseguida.

—Los poemas, tengo que llevármelos —murmuró, avergonzada.

—Por supuesto, llévatelos y consérvalos. Leí otro, El gato y el iris multicolor, y logró espantarme el sueño. El gato se comía el iris. Creo que leeré cualquier cosa menos poesía hasta que amanezca. Buenas noches —dijo, ofreciéndole el paquete bien ordenado.

Ella lo agarró.

Él no lo soltó.

Ella tiró del paquete y lo miró, interrogante.

Él sonrió y sacó una horquilla de su cabello. Un mechón espeso y castaño cayó, cubriéndole el ojo izquierdo.

—No se puede ser correcta cuando se vive una aventura, querida —le dijo.

Su ojo derecho se posó en sus labios…

No era su aventura, pensó con firmeza. Su aventura sería correctamente correcta. Correcta. No impropia, sino correcta… desde luego, inequívocamente nada traviesa, sino muy, muy correcta.

# CAPÍTULO TRECE

—Buenos días, su gracia —canturreó Celine al entrar en la habitación con una bandeja de desayuno.

La atribulada cabeza de Penelope giró hacia ella.

—Es una mañana horrible. No puedo creer que la estúpida partera piense que ya es hora de que me confinen por completo en la cama. —Se incorporó y resopló—. Y no me llames su gracia. Espero que no me hayas traído huevos.

Celine se dio la vuelta y, con rapidez, depositó los huevos cocidos en la palma de la mano del ama de llaves principal.

—Para nada. Tengo tostadas y un poco de beicon. ¿Quieres chocolate o café?

—Quiero una fiesta —gruñó Penelope.

Celine colocó la bandeja sobre el regazo de Penelope.

—Cielos, qué idea tan magnífica.

—Voy a tener un bebé, pero eso no significa que deban tratarme como a una niña boba. Mis entendederas no se me han deslizado hasta el estómago.

—Entonces ¿por qué estabas forcejeando con el ama de llaves por la escoba?

—Estoy aburrida. Todo el mundo lo sabe. Y en cuanto al forcejeo, no puedes culparme. Es natural.

—¿Natural? ¿Cómo va a ser natural insistir en barrer y fregar los suelos cuando ni siquiera puedes verte los dedos de los pies? Por no mencionar que eres una duquesa con cientos de sirvientes a tu disposición.

—Las palomas lo hacen. Construyen el nido y luego lo limpian para prepararlo para los polluelos recién nacidos.

—No eres una paloma.

—Me siento como una paloma. Una paloma atrapada y miserable, sentada en un nido esperando poner su huevo mientras su marido recorre el campo en busca de gusanos para traerlos a casa para

cenar. —Sacudió la cabeza con tristeza—. ¿Sabes que, como duquesa, me invitan a incontables bailes, cacerías, regatas, reuniones campestres, cenas y mascaradas? En lugar de ir a ellas, me han confinado en esta mansión y ahora en esta cama. Soy una paloma demasiado gorda para volar. Quiero volar, Celine, y bailar. Mejor aún, bailar y volar al mismo tiempo. ¿No podríamos escaparnos una última noche a la ciudad antes de que nazca el bebé? Podríamos ir al jardín nocturno. Sería nuestro secreto.

Al mencionar Penelope la palabra secreto, la mente de Celine saltó automáticamente a Lord Elmer.

—Celine, ¿por qué estás sonrojándote?

—No lo hago. Tengo un poco de calor.

Penelope apuró su té y asintió.

—Hace calor y, sin embargo —señaló la chimenea—, puedes ver que el ama de llaves ha encendido el fuego lo bastante alto como para asarme viva. No es que la señora Cornley quiera verme muerta porque esté locamente enamorada del duque y quiera ser la duquesa de Blackthorne. No, la verdad no es tan emocionante, porque, verás, estoy a punto de sudar hasta el último aliento porque Anne está resfriada.

—¿Anne, la hermana del duque?

Penelope asintió.

—Pero ella está en Bath —dijo Celine, confundida.

—Qué curioso —murmuró Penelope—. Ahora solo desearía que alguien se lo explicara a la maldita madre del duque.

El rostro de Celine se despejó.

—Ha llegado otra carta de la viuda.

—Sí, y empiezo a entender rápidamente por qué se detesta a las suegras. Le ha escrito al ama de llaves informándole de que debo mantenerme lo más abrigada posible porque Anne está resfriada. Solo porque su hija tiene un resfriado, su nuera debe sufrir. ¿Cómo es eso justo? ¿Y por qué Anne no pudo controlar sus estornudos? Fue terriblemente insensible por su parte. Sabe cómo es la viuda.

Celine emitió sonidos de consuelo.

Penelope hizo un gesto para que retiraran la bandeja.

—Ahora, Celine, me apetece un bizcocho de frutas. ¿Le pedirás al cocinero… gracias… y arroja esta jarra de agua a la chimenea y quizá abre un poco la ventana?

—¿Algo más?

—Dile a Mary que me traiga la pluma, la tinta y las cartas. Ah, y elige algunos libros de la biblioteca. Puede que lea un rato. Envía al duque a verme si vuelve temprano de su expedición de caza de gusanos. Ven a hablar conmigo dentro de una hora. Puede que necesite compañía…

Celine pasó un poco más de tiempo con la duquesa, asegurándose de que estuviera cómoda. Después fue a ver a Dorothy.

La niña estaba leyendo en la guardería con Gunhilda.

—Soy demasiado mayor para estar en la guardería —le dijo Dorothy.

—El duque toma las decisiones en esta casa —respondió Celine con tono apologético.

Dorothy asintió, emitió unos cuantos resoplidos y volvió a leer.

Celine frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

—Estaba leyendo el relato de un hombre que sufría de un hígado melancólico. Creo que yo lo tengo —dijo Dorothy con valentía.

—¿Tienes qué?

—Un hígado melancólico. Estoy segura. Leí el relato dos veces y nuestros síntomas coinciden.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Tristeza profunda, sensación de fatalidad inminente y la certeza de que algo se ha desprendido de la parte baja de mi estómago y ha subido a la parte alta. Gunhilda dice que, si eso hubiera pasado de verdad, estaría muerta y bien muerta.

—No creo que vayas a morir, y deja de leer ese tipo de relatos —la regañó Celine—. La semana pasada convenciste a todo el mundo de que tenías malaria y convulsiones cuando lo único que tenías era dolor de estómago por comer demasiada natilla de arroz. Ahora bien, ¿cómo van tus lecciones?

—Bien.

Celine alzó una ceja hacia Gunhilda.

La institutriz le aseguró que Dorothy se estaba comportando de manera admirable.

Celine frunció el ceño. Quizá la niña estaba enfermando. Dorothy nunca se comportaba de manera admirable a menos que estuviera enferma o se sintiera culpable.

Examinó a la niña, sana, de mejillas rosadas y ojos brillantes y atentos, y habría apostado su mejor sombrero a que era esta última emoción la que hacía sufrir a su hermana. Ahora solo faltaba averiguar qué había hecho Dorothy.

El resto del día transcurrió como de costumbre. Celine se ocupó de los asuntos domésticos y revisó las cuentas de la casa.

También resolvió una disputa entre dos cocineros y una criada de lavandería. Los dos cocineros declararon su amor por la criada, y la criada, a su vez, declaró su amor por el ayudante de lacayo.

El ayuda de cámara resultó estar locamente y profundamente enamorado de la lechera, que estaba felizmente casada con el cochero. Los dos cocineros dimitieron por el corazón roto. La lavandera y el ayuda de cámara los siguieron tristemente.

Las cosas se volvieron un poco complicadas para Celine ahora que Blackthorne solo tenía un cocinero. Habló del asunto con el mayordomo, así como del tema urgente de la mancha obstinada en la alfombra de la Sala de Jade.

En conjunto, no ocurrió nada fuera de lo normal durante todo el día y, para su sorpresa, tampoco vio a Lord Elmer. ¿Quizá ya no le interesaba ayudarla?

Ese último pensamiento la hizo sentirse a la vez aliviada y decepcionada cuando se dirigió a cenar aquella noche.

***

Entró en el comedor y encontró a Penelope sentada a la mesa.

—Creí que la comadrona había dicho que debías quedarte en tu habitación.

Penelope sonrió de oreja a oreja.

—Sí, Beth, la comadrona, me dijo eso. Ahora he pedido que venga la señora Fisher, que el mes pasado asistió con éxito a Lady Gardiner en el parto de un bebé de aspecto desafortunado, para que

se ocupe de mí. Confío más en la señora Fisher que en Beth, porque Beth no soporta a los gatos, mientras que la señora Fisher los adora.

—Dijiste que te gustaba Beth porque olía a rosas y no Nelly, la comadrona original que la viuda había elegido para ti, porque tenía una mirada que no te gustaba nada. No puedes seguir cambiando de comadrona, Penny, hasta encontrar una que acepte dejarte hacer lo que te dé la gana —la regañó Celine.

—La señora Fisher no estuvo de acuerdo con mis cuatro páginas de peticiones razonables. Sin embargo, sí dijo que podía caminar de una habitación a otra, pero no subir y bajar escaleras. Así que he decidido mudarme a una de las habitaciones de este piso.

—Ya veo —Celine pensó un momento—. ¿Servirá la Habitación Amarilla? Está justo enfrente del comedor.

Penelope asintió, encantada.

—Ahora, si Charles me llevara a bailar, ya sería completamente feliz.

—Charles no hará tal cosa —dijo el duque al entrar, dejando un beso en la cabeza rizada de Penelope.

Celine apartó la mirada. Aún no se acostumbraba a lo afectuosos que eran el duque y la duquesa en público. Era dulce, un poco escandaloso y, al mismo tiempo, la hacía sentirse un poco sola.

Lord Elmer entró en la sala.

Celine se iluminó y luego frunció el ceño. La noche anterior, Lord Elmer había optado por llevar un bigote rojo y frondoso. Ese día llevaba uno negro y completo. Estaba a punto de recordárselo cuando cuatro fornidos lacayos entraron cargando a Sir Henry.

Celine cerró la boca. Con un poco de suerte, Sir Henry no notaría el cambio en su nuevo invitado. Por fortuna, la vista de Sir Henry era borrosa y su memoria, lenta.

Sirvieron el primer plato: sopa fría de pescado.

Después del quinto bocado de Sir Henry y sin que hiciera ningún comentario sobre el aspecto de Lord Elmer, Celine se relajó. Sus hombros tensos acababan de acomodarse en una postura más cómoda cuando Lord Elmer decidió cambiar de bigote.

En un momento llevaba un bigote negro y tupido, y la siguiente vez que alzó la vista era uno negro, fino y mustio.

No había duda posible.

Lord Elmer había cambiado de bigote de verdad.

Celine escupió de inmediato sopa, trocitos de pescado y pan.

La ceja de Lord Elmer se arqueó en silenciosa pregunta. No había ni rastro de sonrisa en sus ojos.

Ella escrutó su rostro y frunció el ceño, confundida. ¿Se había equivocado? ¿Había sido realmente un bigote negro y completo? Nadie más parecía haber notado el cambio. Lo que sí habían notado era la sopa y el pan saliendo disparados de su boca.

—Lo siento, creo que he mordido algo desagradable —murmuró con rapidez.

—¿Qué fue? —preguntó George.

—¿Qué?

—La cosa desagradable que mordiste —apuntó el duque.

—Tal vez pimienta.

—¿Tal vez? —preguntó Sir Henry.

—No, era pimienta —respondió Celine, con las mejillas ardiendo.

Sir Henry se negó a comer más sopa. La pimienta lo aterrorizaba.

Llegó el segundo plato, un surtido de carnes, quesos y verduras.

Celine dio un bocado al pastel de pavo real y estuvo a punto de atragantarse. Lord Elmer llevaba ahora un bigote gris con las puntas rizadas hacia arriba.

No había error posible. Esta vez estaba segura del cambio porque el duque y Penelope también miraban a Lord Elmer boquiabiertos.

La expresión del duque se volvió pronto furiosa, mientras una Penelope fascinada se inclinaba hacia delante en su asiento.

Lord Elmer siguió comiendo como si no fuera consciente del interés que despertaba su bigote.

Nadie sabía muy bien qué hacer en una situación así. El duque no podía señalarlo, porque si lo hacía, Sir Henry notaría el cambio. Y si veía el cambio, se daría cuenta de que el invitado llevaba un bigote falso.

Un bigote falso que el duque guardaba para los invitados afeitados con el fin de engañar a Sir Henry.

Una vez que Sir Henry comprendiera lo que estaba pasando, insistiría en tirar del bigote de cada invitado para asegurarse de que

era real, y si no lo era, ese invitado dejaría de ser bienvenido en la mansión. Además, el duque se metería en un buen lío por haber engañado a Sir Henry durante todos esos años.

No era de extrañar que el duque hubiera perdido por completo el apetito y ahora estuviera perforando con la mirada la parte posterior de la cabeza de Lord Elmer.

Celine dejó de analizar al duque y volvió a fijarse en Lord Elmer. Había vuelto a cambiar de bigote. Esta vez era uno canoso, ancho en el centro y fino en los extremos.

Dejó la cuchara y decidió observarlo con atención. Su diligencia tuvo recompensa cuando él fingió dejar caer un tenedor y reapareció con un bigote y barba blancos como la nieve.

Penelope empezó a reírse sin control. Tenía las mejillas sonrosadas por primera vez en días y la opacidad de sus ojos había sido sustituida por una viva excitación.

Celine estaba dividida. Le resultaba divertido y, al mismo tiempo, espantoso.

Una vez más, Lord Elmer se zambulló bajo la mesa, murmurando algo sobre los cordones de los zapatos, y a esas alturas a nadie le interesaba la comida, salvo al ajeno Sir Henry.

Los sirvientes llegaron para colocar el postre sobre la mesa y, entre los montículos de gelatinas de colores, helados perfumados con flores y delicados pastelillos, los ojos escandalizados de Celine vieron aparecer un sombrero emplumado por encima del borde de la mesa.

Penelope apretó los labios, con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados.

El duque empezó a adquirir un tono púrpura nada favorecedor, mientras el borde de su servilleta permanecía empapada en una copa de vino.

Penelope, el duque, Celine, las doncellas e incluso el imperturbable Perkins ahogaron una exclamación cuando lord Elmer emergió por fin de debajo de la mesa llevando un parche de pirata en el ojo, un sombrero emplumado y una boa de plumas multicolor, además de un bigote castaño rojizo.

Agitó la boa ante su público y sonrió ampliamente, exhibiendo sus dos dientes delanteros ennegrecidos.

La sala quedó congelada.

Lord Elmer parecía un cruce entre una solterona anciana y un pirata desdentado.

Penelope emitió un sonido ahogado y por fin perdió el control por completo. Se deshizo en una risa histérica hasta acabar sollozando y dando las gracias a lord Elmer por ser el mejor primo segundo del duque.

Después de aquello, la cena se dio por terminada sin lugar a dudas, y todos los presentes comprendieron que sir Henry era más ciego de lo que dejaba ver. No había notado absolutamente nada.

# CAPÍTULO CATORCE

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Celine en cuanto lord Elmer se reunió con ella en la biblioteca.

Él no respondió de inmediato. Primero tomó asiento y luego sacó un puro. Después de cortarlo y encenderlo, dio una calada. Habló en voz baja, observando cómo el humo se retorcía y se enroscaba en el aire.

—Es una historia trágica. Ocurrió cuando…

—Me refería a su pequeño truco con los bigotes —lo interrumpió Celine—. Sabe que al duque no le agrada su presencia, así que ¿por qué corrió semejante riesgo?

Frunció el ceño.

—Estoy intentando explicarlo. La historia debe contarse con cierta sensibilidad. Es una historia importante. Estoy compartiendo una parte de mi vida.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bien —empezó él—. Cuando tenía dieciséis años, invité a unos amigos caballeros a mi casa.

—¿A conocer a su madrastra chiflada y al perro babeante?

Él la ignoró y continuó:

—Y bebimos un poco de ginebra, como suelen hacer los hombres de mi edad. Cuando se acabó el brandy…

—Dijo que estaban bebiendo ginebra.

—Sí, empezamos con ginebra y acabamos con el brandy. Entre medias entró mucha cosa. A los dieciséis, todo sabe igual. Cuando se terminó el brandy, seguíamos sorprendentemente despiertos. Pensamos que estábamos sobrios y, con toda probabilidad, no lo estábamos, porque decidimos inmediatamente asaltar el sótano de mi padre en busca de algo más para beber. Ahora bien, fui elegido para bajar al sótano por dos razones. En primer lugar, nadie sabía que mis amigos estaban allí, ya que habían llegado a la fiesta trepando por el roble que crecía justo fuera de la ventana de mi

habitación. En segundo lugar, era mi casa; por lo tanto, yo era el único que conocía el camino. Tardamos una eternidad en darnos cuenta de eso. Finalmente bajé a hurgar en el sótano con una vela. A mis amigos les pareció divertido encerrarme. Y lo hicieron. Me dejaron encerrado en el oscuro calabozo con una vela parpadeante, que pronto se apagó. Entonces salieron a jugar las ratas, los fantasmas y las ratas que ahora eran fantasmas. Fue aterrador. Aquella noche decidí no volver a quedar atrapado jamás.

—¿Cuánto tiempo estuvo encerrado?

—Un cuarto de hora. Armé tal escándalo que la cocinera se despertó y me dejó salir.

Ella frunció el ceño.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que pasó esta noche durante la cena?

Él se levantó de un salto y se arrodilló frente a ella. Sus ojos ardían mientras le agarraba la mano.

—¿No lo entiende? Esas ratas podrían haberme roído lentamente hasta matarme. Aprendí la lección más importante de mi vida a la tierna edad de dieciséis años. Aprendí a vivir. A vivir plena y completamente. Esas ratas hambrientas y asesinas me enseñaron a asumir riesgos, Amy. Riesgos que me han llevado a aventuras extrañas y maravillosas.

—Yo no…

—La duquesa… me cae bien. Su ánimo estaba por los suelos, y asumí ese riesgo para verla sonreír. Al menos por un momento, fue feliz.

—Es un hombre muy confuso.

—Confuso y maravilloso. ¿Ya te has enamorado de mí?

—No sea absurdo. Yo amo a…

Se detuvo al captar el brillo burlón en sus ojos.

—Al poeta gordo —terminó él por ella con un suspiro dramático—. Entonces pongámonos manos a la obra y consigamos que tengas un final feliz. Dame sus poemas. Quizá podamos comprender mejor su naturaleza. Lo que le gusta y lo que no. Eso ampliará nuestra búsqueda.

—¿Por qué?

—Nithercott no encontró tu Blob.

—Woodbead, no Blob.

—Blob —repitió él con firmeza— no apareció. Y mientras reflexionamos sobre el significado de este desastre artístico —agitó una mano en dirección al cuadro—, también deberíamos examinar los poemas. Tal vez nos den una pista sobre su paradero.

Ella asintió y desató la cuerda del fajo.

Él tomó el primer poema.

—Este —dijo ella, sonrojándose— fue el primer poema que me envió.

Él se aclaró la garganta.

—Este tipo de cosas son personales. Lo entenderé si prefieres que…

Ella negó con la cabeza.

—No me importa. Si no es ahora, los habría leído más adelante de todos modos.

Al ver su expresión, añadió:

—Iba a intentar publicarlos en *The Monthly Magazine.*

—Dudo —dijo él, recorriendo la hoja con la vista— que alguna vez los hubiera leído. Los poetas y su obra solo se conocen después de muertos, pero esto —dio un golpecito al papel— no se publicará. Ni cuando él esté muerto, ni cuando yo esté muerto. Ni siquiera cuando mis bisnietos estén muertos. Palabra mía, querida: Ni *The Monthly Magazine* ni ninguna otra revista de prestigio publicará esto. Jamás.

—¿Va a seguir insultando a Philly porque…?

—¿Es esta la carta que acompañaba al poema? —la interrumpió.

Ella frunció el ceño y asintió.

—«Mi queridísima Celine» —leyó—. «Por fin he logrado escribir un soneto de amor para ti. Anoche me vino de repente, como un ataque de locura. No te alarmes, querida. Los poetas solemos sufrir este tipo de ataques, y el resultado siempre son palabras hermosas vomitadas sobre hojas blancas y crujientes. Me vino a mí, quiero decir el ataque, justo después de soñar con tu hermoso rostro bañado por la gris luz inglesa».

Dejó la carta y la miró con preocupación.

—Empiezo a entender de dónde sacaste la idea de que la colina que pintó era un riñón.

Ella le arrebató la carta de la mano.

—Creía que íbamos a leer los poemas, no las cartas. Las cartas son personales.

Él tocó la hoja del poema con manos temblorosas.

—Temo leer otra de sus obras… pero seré valiente. Seré tu caballero, mi doncella afligida, y leeré esto —entrecerró los ojos al mirar el título—, este *«Soneto canción de amor»*.

Ella volvió a poner los ojos en blanco.

Él procedió a leer el poema en voz alta,

*¿Es eso un hombre? ¿Es la luna acaso?*
*¿O es un hombre subido a un globo a paso lento y escaso?*
*Sé que no esperabas que una canción de amor empezara así,*
*pero apenas estoy aprendiendo a rimar; por eso añado aquí*
*las palabras «gato amarillo», sin más razón que cumplir.*
*Veo que frunces el ceño, molesta, sin placer;*
*déjame empezar de nuevo, amor mío,*
*con una canción de amor para tu entretenimiento y solaz querer.*
*¿Debo hablar de tu tez funeraria?*
*¿O quizá de tus labios rosados,*
*o de los pequeños vellos marrones de tus brazos,*
*si uno se fija con mirada minuciosa y temeraria?*
*Lo siento, amor mío, la última línea se me fue de las manos;*
*perdóname, querida,*
*apenas estoy aprendiendo los arcanos de la poesía y sus engaños.*
*¿Debo compararte con mis cosas favoritas?*
*¿Pasteles y cerdos y aves cocidas con alas benditas?*
*¿O debo equiparar tu figura esbelta y leve*
*con flores, y árboles,*
*y cálidos insectos que el sol mueve?*
*Te vi sonreír, amor mío, y esta vez,*
*de verdad creo*
*que empiezo a mejorar en esto de rimar, tal vez.*

En cuanto terminó de leerlo, George Irvin, conocido en la sociedad respetable como lord Elmer y en la poco respetable como lord Perverso, se puso de un gris mortecino.

Cuando se recuperó un poco, se pasó los dedos temblorosos por la frente y dijo:

—No sé qué decir. Me siento mal. ¿Por qué me siento mal?

Celine se removió en su asiento.

—Sé que él dice que es un soneto de amor, y un soneto de amor tiene catorce versos, mientras que este tiene dieciséis, pero...

—Eso no es lo único que está mal en él, querida.

—Pero —continuó ella en voz más alta—, estoy segura de que entre líneas el poema significa algo.

—¿Y qué significa?

—El significado está muy bien escondido. Por desgracia, no soy lo bastante creativa como para desentrañarlo.

Él la observó mientras seguía con el dedo la desordenada caligrafía negra, con sus eles en bucle y sus pes onduladas. Tras un momento, dijo:

—Las palabras están grabadas en tu alma. El significado sigue siendo esquivo.

—Lo entiende —dijo ella, animándose.

—Entiendo que eres idiota —respondió él sin rodeos—. Toma. —Le tendió algunos poemas—. Ve y siéntate en ese rincón y apunta tus observaciones. Yo haré lo mismo aquí con este montón.

—No puede darme órdenes así.

—No solo tengo que leer estos poemas, sino además intentar entenderlos. Estoy dispuesto a someterme a esta tortura para ayudarte. ¿Seguro que no se me puede perdonar el mal humor?

Ella fue dócilmente a hacer lo que él le indicó.

Una hora después, George tiró el lápiz sobre la mesa.

—Bien, ¿qué has sacado?

Celine se aclaró la garganta.

—Es amable y ama a los animales. Se nota por las referencias a distintos animales en los poemas Hámsters enamorados, Oh ostra, abre tu concha y no seas tímida y La triste historia del pollo que se comió el rey.

—Continúa —dijo George, con expresión de sufrimiento.

—Valora la honestidad. De ahí el poema titulado Dime la verdad.

George se cubrió la cara con las manos y gimió.

—Celine, tenemos que buscar pistas para encontrarlo, no analizar su naturaleza inestable a través de sus poemas.

—Bueno, ¿y tú qué has escrito? —preguntó ella, cruzándose de brazos.

Él le tendió la hoja en silencio.

Celine leyó en voz alta:

—«El sujeto podría estar en el zoológico; parece haberle tomado cariño a los puercoespines. Le gusta beber, porque ningún hombre sobrio escribiría un poema titulado La pelirroja que me besó y se lo enviaría a su amada, que tiene una preciosa melena castaña. Tampoco un hombre sobrio escribiría El gato deprimido que olvidó cómo maullar.»

George permaneció en silencio, esperando su reacción.

—Estaba aprendiendo a escribir —murmuró ella al fin.

—¿Y no pudo cambiar lo de pelirroja por castaña? El tipo además es insensible.

—¿No habíamos dicho que no íbamos a analizar su carácter?

Él puso los ojos en blanco.

—Bien, sigamos. Aquí hay un poema titulado Un penique por tus pensamientos. Este otro, Apuesto diez libras enteras a que ganará mi caballo, y este, Te apuesto ahora mismo. Todos apuntan a que Waterbeetle es un jugador. Se lo puede encontrar en una casa de juego.

—No Waterbeetle, Woodbeetle… quiero decir, Woodbead —corrigió Celine—. ¿Y ahora qué?

—Muy sencillo. Haré correr la voz y buscaré en las principales casas de juego de la ciudad, así como en los clubes de caballeros. Alguien tiene que haber oído hablar de él o de su familia. Y tú y yo tendremos que idear una excusa para vernos más a menudo durante el día. Quizá podamos salir a pasear juntos y, con ese pretexto, explorar las posadas de Londres. Lo más probable es que esté en el rincón de los poetas o en algún lugar parecido.

—No puedo ir recorriendo Londres. Tengo que cuidar de Penny. Además, no es decoroso. Me arruinaré.

—¿Podemos acordar que, a partir de ahora, no mencionaremos las palabras decoroso y arruinar? Entiendo que seas una dama, pero también eres una dama supuestamente enamorada. Tendrás que pensar en una excusa si quieres continuar esta historia de amor eterno. Tendremos que escabullirnos...

—No puedo.

—¿No amas al tipo? ¿No lo harías por amor? Sé que Amy no lo haría, pero seguro que Celine sí.

Ella lo fulminó con la mirada. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Quería encontrar a Philly, pero no así, fuera lo que fuera esto. Le parecía peor que lo que había planeado.

Frunció el ceño. Pero ¿no era esto lo que había estado planeando, solo que a un ritmo más lento? Se llevó las manos a la cabeza y gimió.

—¿Eso es un sí? —preguntó lord Elmer con impaciencia.

Ella alzó la vista, con los ojos oscuros y muy abiertos.

—No lo sé…

—Entonces queda decidido. Te verás conmigo mañana por la tarde a las cuatro. Exploraremos una o dos posadas. Buenas noches.

La dejó allí, todavía luchando por ordenar sus pensamientos.

Cuando la negación llegó por fin a sus labios, él ya no estaba en la habitación.

# CAPÍTULO QUINCE

—¿Estás despierta?

Los ojos de Celine se abrieron de golpe.

Había un hombre en su habitación, inclinado sobre su cabeza.

Abrió la boca para gritar, pero una mano le tapó la boca.

—Soy yo, George. No grites —susurró.

—¿Lord Elmer? ¿Qué demonios hace aquí? —balbuceó Celine, subiendo de un tirón el edredón para cubrir su camisón.

—Tu camisón cubre más que tu vestido de noche. Además, no tienes nada que temer de mí. Tú amas a Gilbert.

—Philbert.

—Sí, ese. Y yo amo a Rosy, Daisy, Mary, Liz…

—¿Por qué está aquí?

Se dirigió al escritorio y empezó a hurgar entre las cosas.

—Estoy aquí por el cuadro. A diferencia de ti, no tengo las manchas grabadas en la mente. Necesito mirarlo.

—¿Es que nunca duerme?

—Duermo lo menos posible. Dormir es una pérdida de tiempo. Hay demasiadas cosas que hacer.

—¿Es esa la campana de la iglesia? Ya pasaron las dos de la madrugada. No puede entrar en mi habitación así. No es correcto y…

—Bien, ya lo encontré. Me voy. Perdona si ofendí tu modestia. —Se detuvo cerca de la puerta—. Mañana a las cuatro iremos a nuestra primera investigación. Prepárate una excusa para la duquesa.

Y, dicho eso, se fue.

Celine se quedó sentada, mirando la repentina oscuridad, parpadeando, confundida. ¿Estaba soñando? ¿De verdad Lord Elmer había entrado en su habitación? No, eso era imposible. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Al día siguiente despertó y descubrió que el cuadro había desaparecido. No había sido un sueño. Lord Elmer era una criatura

amoral y villana, un sinvergüenza y un bribón… y esa misma tarde, a las cuatro, partiría en su primera aventura.

En secreto, estaba encantada.

***

Lord Elmer había desaparecido desde que salió el sol aquella mañana. Eran las tres y media de la tarde y aún no había regresado. Celine miró la puerta por lo menos por décima vez. Ni siquiera había tenido la cortesía de dejarle una nota. Hasta su ayuda de cámara, Nithercott, había desaparecido.

—¿Te estás enamorando de él? —preguntó Penelope con aire soñador.

—¿Eh? —Celine giró la cabeza bruscamente.

—No apartas los ojos de la puerta. Solo puedo suponer que estás esperando la llegada de Lord Elmer. Dime, ¿cómo progresa tu romance?

—Yo… no es nada de eso. Me pareció apuesto, pero ahora creo que es demasiado voluble. Nunca se conformaría con una chica como yo.

Los ojos de Penelope se iluminaron. Equilibró una taza de té sobre su vientre prominente.

—Creo que puedo ayudarte. Hacer que se enamore de ti.

—¿No intentaste hacer de casamentera con la hermana del duque? Oí que fue un desastre absoluto.

—Precisamente. Cometí tantos errores que aprendí de ellos y me convertí en una experta. Además, ahora sé más sobre matrimonios —arqueó las cejas—. ¿Quieres saber cómo se hacen los bebés?

Celine se sonrojó. Tras un momento, dijo:

—Conozco los detalles.

—¿Encontraste el libro en la biblioteca de papá?

—¿Tú también?

Penelope asintió, decepcionada.

—Supongo que Dorothy es demasiado joven para conocer los detalles. ¿Quieres que te los recuerde? ¿Refrescar la memoria, quizá?

—No, gracias, Penny —dijo Celine con rapidez.

—He olvidado de qué estaba hablando —dijo Penelope, frunciendo el ceño.

Celine no la ayudó a recordarlo. Lo último que quería era que su entrometida hermana jugara a la casamentera.

—Ah, cómo hacer que Lord Elmer se enamore de ti.

—Penny —dijo Celine con firmeza—, pasará si tiene que pasar. No quiero preocuparte en tu estado.

—Pero quiero compensarte de algún modo —sollozó Penelope—. Has venido desde Finnshire para ayudarme y atender mis necesidades. Olvidas que no hace tanto yo también llegué a Blackthorne como una campesina ignorante. Tú estás mejor preparada que yo, pero aun así… boberías, boberías.

—¿Qué has dicho? —preguntó Celine, metiéndose un dedo en el oído y moviéndolo.

— Boberías, boberías —sollozó Penelope. La combinación de lágrimas, moqueo y la boca llena de pastel volvió sus palabras ininteligibles.

Celine saltó de su asiento y corrió hacia ella.

—Penny, no llores. Estoy contenta. El ama de llaves es excelente y, con tantos sirvientes, apenas tengo trabajo. Solo doy órdenes y aprendo sobre la marcha. Me servirá cuando me case y tenga mi propia casa.

Penelope resopló y se sonó la nariz.

—Sé que administrar Blackthorne no es divertido. Y tú tampoco lo crees, así que no me mientas.

—Te encanta ser duquesa —titubeó Celine.

—Sí, pero solo porque estoy casada con el duque. Aprecio tu ayuda, Celine, de verdad, pero espero que también te diviertas. Deberías visitar las famosas tiendas, jardines y teatros de Londres. Si el duque no estuviera tan ocupado, habría insistido en que te sacara.

Celine hizo una pausa.

—Bueno… quizá hoy dé un paseo largo. A las cuatro estarás descansando, y puedo aprovechar ese rato para recorrer los huertos. Los jardines son preciosos y aún no he tenido ocasión de explorarlos.

—No solo hoy. Deberías pasear todos los días. Te hará bien respirar aire fresco. Saber que tienes unas horas para ti me hará feliz.

Celine asintió, sorprendida de lo bien que encajaba todo. Podría salir a la caza de su poeta con Lord Elmer cada tarde, y su criada traviesa podría sobornarse fácilmente para decir que la había acompañado en largos paseos. Ahora solo faltaba que Lord Elmer apareciera y cumpliera su promesa.

Más tarde, Penelope volvió contoneándose a su habitación para la siesta, y Celine saltó de la silla y salió corriendo.

—Perkins, ¿ha visto a Lord Elmer por aquí?

—Aquí estoy —dijo George a su espalda.

Ella se dio la vuelta, y al verlo se le murieron las palabras en los labios.

—Está empapado. Perkins, tráigale té caliente y algo de comer a Lord Elmer. —Luego se volvió hacia George—. Creo que debería cambiarse, Lord Elmer. Lo esperaré aquí —dijo, señalando el Salón Azul.

Él asintió y, tras un estornudo fuerte y miserable, se marchó.

Regresó justo cuando trajeron el té. Ella esperó a que se bebiera una taza antes de preguntarle:

—¿Dónde estaba?

—Fui a varias papelerías. Quería ver si podía averiguar de dónde provenía el papel en el que Hilbert escribió los poemas…

—Philbert.

—Sí, ese. Si descubría dónde se compró el papel, quizá sería más fácil dar con él. Parece que usó el mismo tipo de papelería para todas sus obras. Le había tomado gusto. Son inusuales…

—Sí, con el borde azul de cachemira. Eso es porque las compró en la papelería de nuestro pueblo. Lord Elmer, ya le dije que dejó esas cartas en mi puerta.

Él frunció el ceño.

—Perdóneme por intentar encontrar a Gilbert por usted. Pasé todo el día bajo la lluvia, engatusando a tenderos para nada.

Celine no pudo evitar reír ante su expresión malhumorada.

—La próxima vez, pregúnteme antes de salir corriendo. Puede que yo tenga la respuesta. Tome, este pastel está delicioso. Cómase un trozo.

Después de atiborrarlo de comida, él pareció más contento. Ella sonrió con indulgencia. Su padre era igual: irritable cuando tenía hambre.

Él se tragó el último bocado y se recostó en la silla.

—Me pregunto qué escribió en esas cartas que su madre quemó con tanto entusiasmo.

—Más poemas —dijo Celine con certeza.

—¿Y si quería romperlo todo? ¿Y si escribió para decirle que había encontrado a una bella joven que apreciaba sus mejillas sonrosadas más de lo que usted jamás podría?

—O podría haberme pedido matrimonio.

—La propuesta —dijo él alegremente— habría llegado en forma de un cuadro, un cuadro con rosas y amor eterno, que usted habría interpretado como un retrato de Sir John Barleycorn. Creo que ustedes dos darán vueltas eternas, destinados a no tomarse nunca de la mano.

—¡Bah! Me habría raptado en una carroza dorada rumbo a Gretna Green. Sin palabras bonitas. Es un hombre de acción.

—Olvida su estado de pobreza. No puede permitirse una carroza dorada.

—De acuerdo, no dorada, pero cubierta de flores silvestres que él mismo habría recogido.

—Ya veo. Llega en esa carroza llena de flores, con aspecto de perfecto zoquete, y luego trepa por la hiedra…

—La hiedra no lo aguantaría. Está demasiado go... —se mordió la lengua.

—Gordo —completó él con una sonrisa—. Querida mía, dudo que esté en alguna posada miserable soñando con sus preciosos rizos castaños y sus bellos ojos oscuros. Creo que anda vendiendo canciones subidas de tono, bebiendo jarras de cerveza y sentando camareras en sus rodillas hoyuelosas. —Se le vidriaron los ojos, con expresión soñadora—. Esa visión casi me puso verde de envidia. Oh,

sus mejillas fofas tienen mucha suerte… la camarera lo acaba de besar.

—No lo están besando camareras, Lord Elmer, porque… —Se detuvo.

—¿Porque? —la animó él.

—Ya se lo dije. No es apuesto.

Él la miró con escepticismo.

—Está de moda decir que fulano no es guapo y, aun así, lo amo. Tome al duque, por ejemplo. Lleva siempre una expresión ceñuda y todavía no lo he visto sonreír. Y mi amigo lord Crawley, con sus cejas pobladas y la mejilla izquierda llena de cicatrices, se supone que es francamente horrendo. Sin embargo, las mujeres se enamoran de estos dos hombres como moscas embobadas cayendo en un tarro de miel porque, en realidad, no son feos, sino atractivos. A las mujeres les gusta decir que son feos porque a las mujeres les gusta ser crípticas.

—Philbert parece un cerdo bajo —dijo ella, sin rodeos.

Un breve silencio llenó la habitación.

Por fin, él se aclaró la garganta y dijo:

—Ahora entiendo por qué no esperaría que encontrara mujer. Un tipo porcino que es un poeta arruinado y, por su poesía, deduzco que además es un individuo profundamente mórbido.

Se detuvo para mirarla con compasión.

—Un poeta gordo ya es antinatural, pero, para colmo, se llama Gilbert Goodbead. Sí, ya veo por qué está tan segura de que no ha encontrado a nadie. Usted es una mujer extraña por enamorarse de un hombre tan extraño.

—Admiro al hombre que lleva dentro. Su corazón es bueno.

—La cabeza, desde luego, no lo es. Más le vale que el corazón sí, o empezaré a preocuparme por usted. Creo que lo que necesita es un caniche y no un poeta. Sospecho que sus instintos maternales han tomado el control de su cerebro, por lo demás racional...

—Gracias, lord Elmer, por intentar ayudar —dijo Celine, poniéndose en pie con las piernas temblorosas—. Creo que puedo ocuparme de mi vida y de mis decisiones. Tal vez sea mejor que no interfiera más.

—Tengo una pista. Una fuente me dice que conoce a un hombre que sabe dónde podría estar el poeta. Ese hombre, no el poeta, puede encontrarse en el Rincón del Poeta, y está dispuesto a reunirse con nosotros para contarnos más.

Celine se quedó sin fuerzas y volvió a dejarse caer en el asiento.

—¿Realmente?

—¿Estás lista para irnos? Tengo el carruaje esperando fuera. Podemos ir ahora mismo y averiguarlo.

—¿Ahora? —chilló—. No creo que pueda. Es demasiado pronto. Mi vestido…

—Estás encantadora, querida —dijo él, tirando de ella por el codo —. ¿Cómo se llama tu doncella?

—Gwerful —respondió ella, forcejeando para soltarse—. ¿Por qué?

Él no contestó. En lugar de eso, se dirigió a Perkins, que estaba en el pasillo.

—La señorita Fairweather quiere salir a dar un paseo. Por favor, pida a Gwerful que traiga una sombrilla. ¿Algo más?

—Mi retículo, pero...

—Retículo, abrigo… ¿y guantes? Bien, guantes también, Perkins, y dígale que traiga cualquier otra cosa que crea que su señora necesitará para un paseo largo y tranquilo. Eso es todo.

La sujetaba con firmeza, pero con suavidad.

—Es como beber un tónico desagradable. Cuanto más lo retrase, más difícil será beberlo. No puede pensarlo demasiado o perderá el valor. Iremos, preguntaremos y nos marcharemos.

—Tengo que llevar una doncella…

—La sobornaremos y la mandaremos a coquetear a los establos.

—Alguien podría reconocerme.

—He comprado un velo para ti, que ahora mismo está en mi bolsillo.

—No estoy preparada.

—No tienes que verlo hasta que estés preparada. Puedes aplastar tu encantadora nariz contra la sucia ventana de la posada, comprobar que lo han encontrado y marcharte. Al menos sabremos dónde está su poeta. Empiezo a pensar que es fruto de tu

imaginación y eso, querida mía, es un pensamiento que hiela la sangre.

Gwerful bajó corriendo las escaleras y se detuvo en seco.

Lord Elmer le arrebató los objetos de las manos y deslizó con destreza unas monedas en su complacida palma. Un dedo sobre los labios fue toda la señal que la filosófica doncella necesitó.

Con un asentimiento, desapareció por el resto del día.

—Póntelo todo en el carruaje —susurró a Celine—. No tenemos mucho tiempo. El lugar está a una buena media hora. Tenemos que volver antes de la cena o alguien vendrá a buscarte. No podemos permitirlo.

Celine se encasquetó el sombrero, ocupada en atarse las cintas. Tenía la boca llena de guantes, así que no podía contestar.

El carruaje estaba bien oculto detrás de un grupo de árboles grandes y corpulentos, apiñados como viejos chismosos.

—Es un coche alquilado —le informó lord Elmer—. No me llames lord Elmer. Le dije al cochero que me llamaba señor Grey. Recuérdalo.

Celine se afanaba ahora en colocarse el velo. Era un trabajo difícil sin espejo ni doncella.

Él se detuvo e, impaciente, le levantó la barbilla. Rápidamente, prendió el velo al borde del sombrero.

—Perfecta. No se te ve ni un ápice del rostro. Ahora eres la señora Grey.

—No seré la señora Grey. Soy la señorita Brown.

—¿Señorita Brown? Una joven soltera en un carruaje con un hombre soltero...

—De acuerdo, soy la señora Grey.

El golpe triunfal de su bastón contra el suelo fue la única señal de que estaba satisfecho con su victoria.

Celine puso los ojos en blanco y entró en el carruaje.

Lord Elmer golpeó las paredes del coche y partieron hacia su primera aventura.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

—Tus ojos centelleantes pronto se posarán en el rostro sudoroso del poeta. ¿Tienes miedo? —preguntó George, apoyando con aire despreocupado un brazo sobre el respaldo del asiento.

Celine mantuvo los ojos clavados en el paisaje exterior. Se negó a responderle.

—¿Te late el corazón? ¿Estás emocionada? ¿Te palpita la vena de la frente de pura excitación? —insistió George.

—Lord Elmer —por fin se volvió hacia él—, mi corazón, como dice, no late desbocado, ni me palpita ninguna vena, ni mis ojos centellean. Si no puede ayudar, guarde silencio.

—Quiero ayudar.

Ella tragó saliva y confesó:

—Siento los nervios como si se estiraran bajo mi piel, intentando escapar, y temo que en cualquier momento se liberen y salgan corriendo.

—No puedo ayudar.

—Cante una canción —sugirió ella, frotándose las sienes.

—No puedo cantar a menos que esté borracho, pero puedo tararear. Tarareo muy bien.

—Por favor, adelante, tararee.

Y George hizo exactamente eso. Tarareó una melodía encantadora durante el resto del trayecto.

Media hora después, el carruaje se detuvo ante el rincón del poeta: una posada sórdida llamada En el caldo. Era un lugar donde poetas empobrecidos se reunían con otros poetas empobrecidos para debatir la mediocridad de los poemas escritos por todos los poetas ricos.

Celine bajó, con las manos heladas aferradas al codo de Lord Elmer en un agarre doloroso, y entró en la posada con las piernas temblorosas…

Poco después, Celine regresó caminando hacia el carruaje, con las manos de nuevo clavadas en el codo de Lord Elmer. Esta vez, el agarre era aún más doloroso.

—Eso fue un desastre absoluto —dijo entre dientes apretados—. ¿Cómo pudo olvidar que se llama Philbert Woodbead y no Gilbert Goodbead? Creí que fingía confundir su nombre cada vez que me hablaba porque le producía algún placer infantil hacerlo. Y no puedo creer que en este mundo exista de verdad un hombre llamado Gilbert Goodbead. Si no lo conociera mejor, estaría convencida de que montó toda esa maldita farsa a propósito.

—Confieso que no soy bueno recordando nombres.

—Amy lo recuerda sin ninguna dificultad.

—No tengo problemas para recordar los nombres de mujeres hermosas. Solo los de los hombres.

Celine se tensó; el corazón le dio un vuelco.

Preguntó con un temblor en la voz:

—¿Cree que soy hermosa?

—Deslumbrante cuando te enfadas —respondió él, cerrando de un portazo la puerta del carruaje.

La respuesta había llegado demasiado rápido.

Ella sacudió la cabeza, molesta, y sus ojos se posaron en la ventana.

Se quedó paralizada.

Una pequeña cabeza arrugada, con un diente faltante, se asomaba al interior del carruaje.

Abrió la boca; aquel rostro descarnado hizo que se le erizara la piel.

Ella permaneció hechizada, incapaz de moverse, mientras observaba al desconocido examinar la parte posterior de la cabeza rizada de George.

Fue su corazón el que reaccionó primero.

Dio un débil aleteo y, al no obtener respuesta alguna del cerebro, comenzó a golpearle el pecho con todas sus fuerzas.

De sus labios escapó un leve gemido.

George giró la cabeza de golpe para ver qué ocurría. Alzó una ceja al ver el tono verdoso del rostro de ella.

Ella tragó saliva y, muy despacio, le dio un toquecito en el hombro y luego señaló el rostro que se veía tras la ventanilla.

George examinó aquella cara.

Su expresión preocupada cambió con rapidez. Una sucesión de emociones cruzó su semblante hasta asentarse en una jovialidad floreciente.

—¿Cómo estás, viejo Tim? —exclamó con deleite.

Tim sonrió, dejando ver dos dientes menos.

—Arr —dijo, alzando los brazos.

George dejó de sonreír.

Celine sorbió por la nariz.

Y el aire del carruaje pareció detenerse un instante, porque Tim sostenía un arco con la flecha apuntando directamente a la aristocrática nariz de George.

La nariz de George se convirtió en el centro de atención.

Todos fijaron la vista en aquella nariz de forma perfecta. Incluso George la miró bizqueando.

La nariz, poco acostumbrada a semejante consideración, empezó a picar.

George no se atrevió a moverse para rascarla.

Oh, cuánto picaba.

Mientras la nariz de George picaba, la de Celine también empezó a hacerlo. Los picores son así; basta pensar en uno para que todos empiecen a rascarse. De modo que incluso a Tim le picaba algo, aunque en la espalda y no en la nariz. Es otra de esas peculiaridades de los picores: les gusta viajar por el aire y recorrer el cuerpo.

La mano de Tim comenzó a sudar y a temblar mientras intentaba olvidarse del picor de la espalda; la flecha vibraba en su agarre.

Celine se aferró a las faldas y pensó en Inglaterra.

George lo estaba haciendo admirablemente bien. Casi olvidó la necesidad imperiosa de arañarse la cara y rascar aquel maldito punto, pero, ay, su nariz, de la que todos casi se habían olvidado, perdió la valiente batalla y… se estremeció.

Tim se puso en guardia y tensó el arco.

George se agachó.

Con un estruendo metálico, la flecha golpeó el farol sin encender que colgaba de un gancho dentro del carruaje.

El aliento de Celine salió en un suspiro de alivio, y George golpeó las paredes.

Tim colocó otra flecha en el arco y volvió a apuntar.

El aliento de Celine quedó atrapado otra vez en su garganta.

El carruaje dio un bandazo y Tim soltó la flecha.

Los corazones se congelaron.

El carruaje empezó a rodar.

La flecha de Tim entró por una ventanilla y salió por la otra, llevándose consigo una sola pluma de avestruz.

La nariz de George vivió para oler otro día, y corazones y pulmones regresaron con ansia a su labor.

Celine se dejó caer y se sentó en el suelo del carruaje. Era mejor mantenerse alejada de las ventanillas. Tiró de los calzones de él y preguntó:

—¿Quién era ese?

—Tim el Cojo. Estaba en el barco pirata. El mismo del que robé la receta. Esto es un desastre. Ha descubierto que sigo en Londres.

—¿Aquella historia era cierta?

—¿Dudaste de mi palabra?

—Es difícil saber cuándo habla con sinceridad y cuándo bromea —tras un instante, añadió—. ¿Quería matarlo?

Él negó con la cabeza.

—No, quería comentar lo hermoso que estaba el tiempo y luego me invitó a un baile. Incluso me pidió que le reservara una danza. ¿Crees que debería ponerme mi vestido francés de seda blanca con toques de encaje ámbar, cintas y botones de plata?

—Sí, estaría usted encantador. Incluso le prestaré a mi doncella. Es una genia con el peinado —sonrió Celine.

—¿Me vería bonito con un lazo clavado entre los rizos, verdad? —preguntó, girando el perfil para que ella lo admirara.

Ella lo admiró, se sonrojó y guardó silencio.

Él captó el rubor y sus ojos brillaron.

—¿Apuesto, entonces? —preguntó, alzando una ceja.

Ella ignoró su burla y preguntó con tono severo:

—¿Cree usted que Tim nos seguirá? ¿No pondría eso en peligro a Penélope?

—No. Ya había previsto una situación así. Nithercott va delante con el cochero. Ya lo habrá avisado, y deberíamos estar tomando un pequeño desvío. Con suerte, lo perderemos por el camino —miró por la ventanilla—. Nos siguen, y parece que hay más.

Se volvió y encontró a Celine rebuscando en su retículo.

La observó durante un rato antes de preguntar con reverencia:

—Celine… ¿estás tejiendo?

—Una dama instruida nunca está ociosa. El *libro de la señora Beatle para damas inglesas instruidas* dedica tres capítulos enteros a ello.

—Sí, pero estamos huyendo a toda velocidad en un carruaje perseguido por piratas sedientos de sangre. No estoy seguro de que tejer sea la ocupación adecuada en este momento.

Ella terminó de contar los puntos y alzó la vista.

—Una dama debe emplear sus talentos superiores para el bien mayor. Si muero, al menos lo haré confeccionando un patuco para algún pobre niño huérfano.

—Admirable. Tu entrada en el cielo está garantizada.

Ella pasó al punto del revés.

—¿Qué más se supone que debo hacer? Esto podría durar una hora. No puedo conducir el carruaje, y quedarme aquí temblando como una hoja, con el estómago revuelto y helada de miedo no serviría de nada.

Él la miró con asombro.

—Empiezo a comprender por qué la duquesa dice que eres una criatura sensata.

Después de eso, lord Elmer pasó la siguiente media hora trazando rutas de escape y negociando con el Altísimo por su vida.

Al mismo tiempo, Celine logró hacer algo mucho más constructivo. Terminó un patuco verde y ató el último nudo. Cuando alzó la vista, descubrió que el carruaje había reducido la velocidad.

—Día de suerte —gritó Nithercott hacia el interior—. Solo era el viejo Tim con dos de sus secuaces. Nos deshicimos de él con bastante facilidad, mi lord.

Celine guardó el tejido en el retículo.

—Eso está bien; llegaremos a casa a tiempo para la cena.

Lord Elmer sonrió débilmente y susurró:

—Extraordinaria.

Dos veces.

Y eso, por alguna razón, la hizo sentirse absurdamente complacida.

# CAPÍTULO DIECISIETE

—¿Está todo bien, Penny? —preguntó Celine.

Penélope tragó la avena y dijo:

—No. Esta mañana, el duque y yo discutimos.

Celine emitió los sonidos reconfortantes habituales.

Penélope los tomó como un estímulo para continuar.

—Peleamos porque… porque él tiene una amante.

Celine escupió el café.

—Lo siento muchísimo. Jamás lo habría imaginado. Parece tan enamorado.

El duque dejó caer el tenedor con fuerza.

—Estoy aquí. Por favor, no hablen como si hubiera salido de la habitación. Y no estoy teniendo una aventura.

—Te vi —gruñó Penelope.

Celine frunció el ceño, confundida. Penny comía en el comedor y dormía en la Habitación Amarilla. No era probable que el duque cortejara a una mujer en ese mismo piso. Seguramente era más inteligente que eso. Podría haber llevado a su amante a los establos…

El duque cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos.

—Penny, tu hermana me está fulminando con la mirada. ¿Podrías decirle rápidamente dónde me viste y con quién? Me temo que Celine está a punto de sacarme un ojo con el cuchillo de la manteca.

—Lo vi con lady Lydia. La misma con la que estaba comprometido antes de nuestro matrimonio. La misma lady Lydia que hace que se me congelen las puntas del cabello cada vez que habla. Se estaban besando —anunció Penelope.

—Terrible. Y aquí tu esposa está esperando un hijo tuyo. Eres un insensible, digo yo —intervino George.

Celine dejó caer el cuchillo de la manteca y tomó la mano de Penélope con preocupación.

—Penny, ¿acaso estás un poco… aturdida? Lydia no ha entrado en esta mansión, al menos no mientras yo he estado aquí.

—Sí que entró. En mis sueños. Lo vi besarla, y luego discutimos —insistió Penelope.

Celine abrió la boca, atónita.

—¿E...estás enfadada porque el duque tuvo una aventura y discutió contigo en tu sueño? ¿Todo esto ocurrió en tu cabeza y lo sabes, y aun así estás enojada con él? No lo entiendo.

El duque se limpió la boca con la servilleta y se puso de pie. Rodeó la mesa y besó a su esposa con firmeza.

—Puedes seguir discutiendo conmigo en tu cabeza, amor mío. Me temo que tengo trabajo que hacer y no podré participar. Pero mi yo onírico es todo tuyo. Haz con él lo que quieras.

A Penny le tembló la boca mientras lo veía marcharse. Tomó el frasco de mermelada y lo arrojó contra la puerta.

—Lo odio.

—No, no lo odias. Lo amas —dijo Celine, sonriendo.

Penélope giró la cabeza hacia ella.

La tetera estaba muy cerca de Penélope. Su mano avanzó lentamente hacia ella, pero antes de alcanzarla, lord Elmer y Celine desaparecieron de la habitación.

***

—Es un día precioso —dijo Celine, paseando por el sendero del jardín.

Rodeó con cuidado la estatua de una sonriente Febe con una corona de medialuna sobre la cabeza. En sus años jóvenes, sir Henry había encargado la estatua de mármol para los invitados que lo irritaban especialmente. Estaba diseñada de tal modo que, cuando alguien pasaba por debajo, un mecanismo oculto se activaba y hacía brotar agua de la corona de la estatua, empapando al desprevenido.

—¡Maldición! —exclamó lord Elmer—. Estoy empapado. ¿Sabías que esta maldita cosa era una fuente disfrazada?

—No —respondió Celine, batiendo las pestañas con inocencia.

Él sonrió.

—Ojalá pudiera entenderte. ¿Eres una chica sensata que se niega a ser llamada por un nombre sensato como Amy? ¿O una buena

chica con chispas de travesura? ¿O una joven delicada que apenas parpadea ante el peligro? ¿O una dama bien educada que se ha atrevido a enamorarse de un poeta gordo llamado Cuthbert? Tú, mi querida Amy, eres una contradicción.

Ella le guiñó un ojo y le tendió un pañuelo para que se secara l4a cara.

—Jazmín —dijo él, inhalando el aroma y llevando el pañuelo a su nariz. Esta vez, fue él quien guiñó un ojo.

Ella se sonrojó y apartó la mirada.

Caminaron en silencio durante un rato, cómodos.

Ella se contentó con contemplar el hermoso paisaje, dejándose llevar por pensamientos reconfortantes. El sol brillaba lo suficiente como para hacerla entrecerrar los ojos y fruncir la cara; el calor era bienvenido tras los largos meses de invierno. Sentía los rayos filtrarse hasta los huesos, calentándola desde dentro.

El verano temblaba y rozaba el día, capturando lentamente a la primavera.

—El duque —dijo George, rompiendo el silencio— es un gusto adquirido. Como las huevas de pescado.

—Yo lo adoro —dijo ella.

—Sí, noté tu dudoso gusto en hombres.

—¿Qué tipo de chica le gusta a *usted*?

—De todo tipo.

Llegaron a un lago artificial y se quedaron mirando el agua brillante.

Celine se sentó en un banco del jardín, y lord Elmer se sentó a su lado.

—¿Tienes una buena dote? —preguntó, cerrando los ojos y levantando el rostro hacia el sol.

—No —respondió ella, abriendo su sombrilla verde pálido—. Mi padre tiene demasiadas hijas y muy pocos ingresos.

—Mmm. Y tu poeta es pobre. ¿Cómo van a vivir? Creo que las mujeres enamoradas dejan de sentir hambre. Se olvidan de que, después del matrimonio, hay que alimentarse una misma y al marido. Ya no estarás en casa de tu padre, comiendo cerdo y alitas.

—Me las arreglaré —replicó Celine con brusquedad.

Siempre se había imaginado a ella y a Philly en una pequeña y encantadora cabaña cubierta de madreselva y rosas silvestres. Tendrían una cocinita con una criada para todo, y en invierno se sentarían junto al fuego, cantarían canciones y cenarían juntos.

Pero, tras su comentario, lo único que veía ahora en su plato era un guisante solitario y una patata hervida, que tendría que compartir con Philly, sus seis hijos llorosos y el perro.

—El duque te dará una dote. Tu hermana se encargará de ello —reflexionó él, sin notar su mirada fulminante.

—No la aceptaré.

—¿Dimber Mort sabe que tu hermana se ha casado con el duque de Blackthorne? —preguntó, poniéndose de pie y caminando hacia el lago.

Ella lo siguió con más lentitud.

—Se llama Philbert. Y no estoy segura de que sepa lo de Penny. No creo habérselo contado… pero alguien del pueblo podría haberlo hecho.

—Ya veo.

Se acercó a la orilla y se inclinó para probar el agua.

—Amy, no menciones dónde te alojas ni que tu hermana es ahora duquesa a Bacon Fat hasta el final de vuestra reunión.

La brisa cálida se levantó, y dos dientes de león que flotaban hacia el cielo se acercaron cada vez más antes de separarse de repente y girar en direcciones opuestas.

Ella sintió un dolor en el pecho al observar sus anchos hombros y estrechas caderas; una pequeña peca marrón, con forma de luna llena, brillaba en su nuca.

El consuelo, la alegría y la emoción que sentía en compañía de lord Elmer eran maravillosos, pero terminarían el día en que encontrara a Philbert o regresara a Finnshire.

Se estaba encariñando con él, se dio cuenta con sobresalto. Muchísimo.

Al no recibir respuesta, él se volvió y vio que Celine se había detenido a unos pasos de distancia.

—Ven aquí —la llamó—. Creo que he visto un pez precioso.

Ella negó con la cabeza y retrocedió.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, acercándose.

Le tomó el mentón y levantó su rostro, buscando sus ojos. Su mirada se intensificó cuanto más la observaba, y sus pupilas se contrajeron.

El corazón de Celine se detuvo; sus temores se desvanecieron, y el mundo se redujo a un punto. El calor de sus dedos en el mentón recorrió sus venas, y emitió un chillido nada digno.

Una ceja masculina y poderosa se alzó interrogante, y ella sintió que las rodillas le fallaban.

Era tan apuesto y olía tan bien.

Su lengua asomó para humedecer el labio inferior, que brilló al sol como una baya rosada y jugosa.

Tenía que alejarse de él, de su aroma terroso y de sus ojos azul cristal… de su contacto.

Si no lo hacía, alzaría las manos y lo cubriría de besos, ¡y eso estaba mal! Absolutamente mal.

No debía anhelar lanzarse a sus brazos y aferrarse como un monito, ni desear que permaneciera a su lado por toda la eternidad.

No. Debía comportarse. Ser buena y cumplidora. Permanecer leal…

Sus labios se entreabrieron y sus ojos se nublaron: un paso más cerca, y podría alzarse sobre la punta de los pies y besarlo.

Un beso y nada más.

El canto de los pájaros y el suave oleaje del lago se desvanecieron. Como si algo fuera de su control la arrastrara, siguió su instinto y besó la comisura de su boca.

Un simple roce de labios, tan fugaz que apenas se sintió, como el ala de una mariposa rozando un pétalo al pasar.

Pero ese contacto ligero y lo que significaba le quemaron los labios.

Las llamas saltaron en lo profundo de sus ojos, reflejando el calor que ardía en el centro de su vientre.

—¿Celine? —Su tono era ronco, como si acabara de despertar de un sueño profundo. El humor había desaparecido de sus ojos, y una emoción oscura y turbulenta se desplegó lentamente en su lugar.

Ella quería quedarse un instante más en sus brazos. Eran cálidos y la hacían sentirse segura, como si nada en el mundo pudiera herirla, como si todas sus preocupaciones fueran vanas y ella perteneciera a su abrazo.

Su mente oscilaba entre mantenerse fiel a su antiguo amor y luchar contra este sentimiento nuevo y extraño hacia lord Elmer.

Sus ojos se suavizaron poco a poco y se tornaron comprensivos. El agarre en su cintura se aflojó, y él sonrió y guiñó un ojo.

—Soy difícil de resistir.

—Mmm —siguió ella el juego, intentando disimular su desliz—. Como una porción de pastel después de un día de ayuno.

—¿Un día? Yo diría que una semana entera de abstinencia.

—Cuidado, se le está hinchando la cabeza.

Ella se deslizó bajo su brazo y dio unos pasos apresurados para alejarse. Le temblaban las manos, y las entrelazó rápidamente a la espalda, sin saber que ya habían sido notadas.

Su piel se ruborizó de un tono carmesí intenso y sus pestañas temblaron, cargadas de arrepentimiento. No debería haber hecho eso… ¿qué pensaría él ahora de ella?

Se preparó para huir al interior y no volver a enfrentarse a él jamás. Era demasiado vergonzoso.

Él observó su figura alejándose y habló en voz baja, como si intentara calmar a un animal herido.

—Aún amas a tu Noobeed. Entre hombres y mujeres, a veces ocurren estas cosas sin que tengan un gran significado. Además, solo me besaste la mejilla, como lo haría una abuela seca. No pienses tanto.

Ella se detuvo e inclinó la cabeza, escuchando sus palabras.

Él giró el cuerpo ligeramente, dándole espacio, y esperó con paciencia, con la mirada cálida y amable.

Al cabo de un momento, su impulso de huir y esconderse se atenuó, aunque aún sentía la garganta apretada, como si tuviera un nudo atascado. Se aclaró la garganta y asintió.

—Le pido disculpas. No debería haber hecho eso.

Él le ofreció una pequeña sonrisa.

—¿Puedo devolverle el beso para dejar las cosas en paz?

Ella evitó sus ojos y sus palabras, y preguntó con un tono falsamente animado:

—¿Cuál es nuestro siguiente paso?

Él miró una última vez hacia el agua antes de seguirla con rapidez.

—Mañana visitaremos The Winged Horse. Es una posada donde se reúnen varios jugadores. Un hombre de allí dice haber conocido a tu poeta y saber dónde puede encontrarse.

—¿Dijo su nombre correctamente esta vez?

—Lo anoté para no equivocarme —respondió, sacando un pequeño trozo de papel.

—El pedazo de manteca se llama Philbert Woodbead —leyó Celine —. ¿Es necesario que lo llame así?

—Sí, es necesario. Ofrezco mis servicios de forma gratuita y, a cambio de una excelente compañía y ayuda, permíteme llamar por apodos a su poeta obeso. Me produce un gran placer.

Ella torció apenas los labios al devolverle el papel. Aquel pequeño beso que momentos antes le había incendiado el alma quedó, por ahora, relegado a un segundo plano.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

El sol descendía en el cielo y una agradable tarde primaveral se desplegaba como las alas de un murciélago correoso que despertara tras una buena siesta.

Celine y George se colocaron sus sombreros de springer spaniel inglés y se prepararon para olfatear Londres una vez más, con la esperanza de captar el rastro del poeta.

—Perkins —dijo lord Elmer, tomando el abrigo y el sombrero del mayordomo—, ¿ha perdido algún diente últimamente?

Perkins se irguió apenas; sus huesos viejos temblaron y castañetearon. Mostró sus dientes amarillentos y dejó escapar un resuello.

Celine apretó los labios mientras veía a lord Elmer retroceder lentamente, alejándose del mayordomo.

—¿Qué le pasa a ese sujeto? —le susurró al oído.

—Está demostrando diversión, mi lord —respondió ella de inmediato.

—¿Ah, sí? —preguntó lord Elmer con nerviosismo. Tras un momento, añadió—. No me gusta. Dígale que pare. Ahora mismo.

—Los milagros nunca cesan —comentó Dorothy desde detrás—. Nunca había visto a un mayordomo reír.

—Eso no es una risa —empezó a decir Celine, y luego se detuvo. No encontraba la palabra adecuada para describirlo—. Voy a salir a dar un paseo, Dorothy. Compórtate y no molestes a Gunhilda. Y espero que tu mascota siga viva. No habrás olvidado alimentarla, ¿verdad?

—Por supuesto que no —replicó Dorothy, ofendida—. Lo cuido de maravilla.

—Bien. Y lávate la cara. Tienes hollín por toda la mejilla —la reprendió Celine.

Las mejillas tiznadas de Dorothy se inflaron y desinflaron, y sus ojos destellaron de mal humor.

George intervino con suavidad:

—Señorita Dorothy Fairweather, está encantadora como siempre. ¿Nos disculpa?

Dorothy se sonrojó e hizo una elegante reverencia.

—¿Lo veré en la cena?

—Lo lamento, pero cenaré con el duque —respondió George, con la dosis justa de pesar.

—Tal vez pueda venir otro día a una cena ligera en la guardería. Le pediré a la cocinera que prepare algo especial si me avisa con antelación —lo invitó Dorothy.

—Sería un honor —dijo él, inclinándose.

—Debería dejar de coquetear con todo lo que lleve falda —dijo Celine cuando ya estaban fuera y se dirigían al carruaje alquilado.

—¿Por qué? —preguntó él, palpándose los bolsillos.

—Porque las doncellas de la mansión Blackthorne se han enamorado de usted, ¿o no se ha dado cuenta? —bufó Celine—. Y tampoco debería animar a Dorothy. La muchacha cree que también está enamorada de usted.

—Se olvidará de mí en cuanto regrese a casa. No hay daño en hacerla un poco feliz, ni a las doncellas tampoco —respondió él, distraído.

—¿Eso es lo que intenta hacer conmigo también? ¿Hacerme un poco feliz? —Al no obtener respuesta, preguntó— Lord Elmer, ¿qué está buscando?

—El velo para sujetarlo al sombrero.

—¿En su zapato?

—Soy minucioso. Creo que dejé el velo en mi habitación y se supone que debemos encontrarnos con el señor Bindle en The Winged Horse a las cinco. No creo que tenga tiempo de volver a buscarlo.

—No puedo ir sin velo. Estaría arruinada si alguien me reconociera —objetó ella.

—Tengo un plan.

—¿Sí?

—Pensaba disfrazarme porque, como habrá notado, hay piratas buscando mi cabeza en bandeja.

—Sí, continúe.

—Por lo tanto, esta mañana me guardé dos bigotes. Uno negro y uno gris. No lograba decidirme entre ambos. Creo que deberías llevar el que viene con barba.

—¿Llevar qué?

—El bigote y la barba grises.

—Pero llevo un vestido parisino de paseo, color melocotón empolvado, con volantes del mismo tono y un sombrero de seda Pomona verde adornado con encaje marfil y capullos de rosa.

—¿Guantes?

—De cabritilla blanca.

—Fascinante. Yo llevo calzones de gamuza, una chaqueta de montar y botas. Ahora bien, me pregunto qué podría hacer nuestro atuendo aún más a la moda. ¡Por Júpiter! ¿Lo puedes creer? Justo encontré estos dos bigotes maravillosos. Es el destino. Estábamos destinados a llevarlos. Son perfectos...

—No —dijo ella con firmeza.

—¿Tienes una idea mejor?

Media hora después, el carruaje se detuvo y dos rostros, uno masculino y otro femenino, ambos con espléndidos bigotes, asomaron por la ventanilla.

—La posada está al otro lado del río. Tomaremos una barca. Será más rápido —empezó él.

—No —dijo Celine con firmeza.

—¿No?

—No voy a cruzar el río.

—¿Por qué no? ¿No quieres encontrar a tu poeta?

—No si tengo que cruzar el río.

—Tu vestido no se ensuciará —prometió—. Limpiaré el asiento con un pañuelo. No dejaré que el barquero te salpique agua. Apartaré la vista si te pones verde y vomitas. ¡Por todos los demonios, mujer, por qué no quieres cruzar el río?

Ella apretó los labios.

Él se recostó.

—¿Le tienes miedo al agua?

Ella apartó la mirada.

—No te pasará nada. Sé nadar —la animó.

—Yo sé nadar —replicó ella con aspereza—. No ayuda.

Por un momento, él pareció a punto de darse un cabezazo contra la pared del carruaje, de frustración.

Ella dijo con voz temblorosa:

—Tenía dieciséis años cuando Dorothy cayó al río que pasa cerca de mi casa. Era muy pequeña. Lo vi suceder. Estaba lo bastante cerca como para ayudarla y, sin embargo, me quedé paralizada de miedo. Por suerte, Penélope oyó los gritos de Dorothy y la sacó. Yo me quedé allí como una tonta, incapaz de moverme.

—Entiendo. Bien, entonces enviaré a Nithercott. Él puede hablar con el señor Bindle por nosotros.

Y eso fue todo lo que dijo al respecto.

Golpeó las paredes para llamar a Nithercott y pronto quedó absorto dándole instrucciones.

El corazón de ella se llenó de pronto, como si fuera a desbordarse. No había querido consuelos vacíos ni lástima por su miedo al agua. Sabía que era irracional, y él también lo sabía. Y, aun así, no había dicho nada y lo había aceptado sin cuestionarlo. La comprendía.

Cuando él se volvió, la sorprendió sonriéndole con todo el rostro, así que le devolvió la sonrisa. Y entre sonrisas de ida y vuelta, el ambiente del carruaje volvió a ser luminoso.

La hora siguiente transcurrió en paz. Londres vibraba y bullía afuera mientras Celine se sentaba en silencio a tejer una bufanda, y lord Elmer se echaba una siesta sentado.

Cerró los ojos, apoyó la cabeza hacia atrás y se durmió. Era un talento digno de admiración.

Y Celine lo admiró de todo corazón.

El aire se llenó del suave chasquido de las agujas y de los ronquidos apagados de George. Las manos de Celine estaban ocupadas, pero no así sus ojos. Era lo más natural, se dijo, que pasara media hora mirándolo.

Le hormigueaban las manos por apartar un rizo negro que rozaba el interior de su oreja. Admiró la forma de su cabeza, la curva sensual de su nariz y sus dedos largos y capaces. Él se movió en

sueños, y el corazón de ella cantó al ver los músculos desplazarse bajo la camisa blanca e impecable.

El tejido quedó olvidado. El hilo azul se desenrolló sin que ella lo notara.

Sintió como si una fuerza ajena a su voluntad se hubiera apoderado de sus extremidades. Quería… no, necesitaba estirarse y apartar esa única pestaña apoyada en su mejilla.

Levantó la mano… y un golpe en la ventanilla rompió la escena doméstica.

Nithercott había regresado de su misión.

Celine metió la lana a toda prisa en el bolso, y lord Elmer abrió un ojo para escuchar las novedades.

Nithercott se irguió con importancia y dijo:

—Encontré al señor Bindle merodeando fuera de The Winged Horse. No estaba nada contento de que yo hubiera ido en lugar de lord Elmer. Se negó a hablar conmigo y se marchó furioso.

Celine chasqueó la lengua, decepcionada.

—Lo seguí —la tranquilizó Nithercott—. No iba a dejar que escapara sin antes cumplir con mi deber y obtener la información que se me había encargado. Lo seguí por un callejón oscuro llamado Gin Lane. Me deshice en halagos por sus botas de cuero, elogié su corbata polvorienta y admiré el brillo de su calva. Eso pronto lo devolvió a un humor más afable, y fue entonces cuando ataqué.

Celine jadeó.

Nithercott asintió.

—Sí, ataqué con pericia, como una víbora lanzándose sobre su presa. En cuanto vi que sus labios se curvaban en el amago de una sonrisa, le pregunté por la información. Le pregunté dónde estaba el poeta y, como elegí el momento justo, la sonrisa no se le borró. Al contrario, sonrió aún más y me pidió dos libras enteras por la información. Yo le ofrecí humildemente un penique.

Aquí, Nithercott dudó.

—Continúe —lo animó Celine.

Él la miró con gratitud y prosiguió:

—Le ofrecí un penique, y el señor Bindle, que olía intensamente a ginebra, me lo arrancó de la mano y salió corriendo. Por desgracia,

el señor Bindle conocía bien el callejón y yo no. Desapareció como un delincuente profesional, mientras yo no podía hacer otra cosa que masticar mi sombrero, desesperado.

Nithercott terminó su relato y le mostró a George el sombrero mordisqueado como prueba de lo sucedido.

Era una noticia terrible, pero aún estaba por llegar otra peor. El segundo ojo de lord Elmer se abrió de golpe al notar una mano huesuda y delgada que sostenía un trabuco y rozaba la espalda sudorosa de Nithercott. Nithercott había dejado atrás a un bribón solo para encontrarse con otro, más bajo, más seco y más enjuto.

—Tim el Cojo —le informó lord Elmer, señalando al hombre del arma—. Un sujeto persistente.

—Nos encontramos en el bote —dijo Nithercott con nerviosismo —. Quiere que lo siga. Y dice que, si quiere volver a verme con vida, más vale que lo siga. De verdad espero, mi lord, que mis años de servicio hayan sido satisfactorios y, si así ha sido, tenga a bien salvarme el pellejo.

Celine volvió a jadear.

Tim el Cojo sonrió. El lado izquierdo de su labio se alzó, dejando ver un diente de oro macizo.

—Ahora bien —lo apaciguó lord Elmer—, usted y Nithercott son viejos amigos. ¿Por qué no se lleva al cochero en su lugar? Nunca lo ha conocido. Es un ejemplar magnífico, Jim. Hombros anchos, buenos dientes y oído fino. El mejor cochero que he tenido…

Una campana de iglesia repicó a lo lejos, y Celine volvió a jadear. Tenían exactamente una hora para llegar a la mansión Blackthorne y llegar a tiempo a la cena. Tenía que volver a casa. Se retorció las manos, suplicando con la mirada que todo se resolviera de inmediato.

Lord Elmer estaba ocupado vendiendo las virtudes del cochero, Nithercott sudaba a mares y Tim el Cojo perdía la paciencia con rapidez.

Tenía que actuar ahora si quería llegar a casa a tiempo. Cada instante contaba. El libro de la señora Beatle aconsejaba a las mujeres estar preparadas para todo. Nunca, había escrito, debía depender usted de un hombre. Los hombres, escribía, eran adornos

que se sacaban en ocasiones especiales o durante la limpieza de primavera. El resto del tiempo, debían guardarse a buen recaudo en la biblioteca o en el despacho, según dónde lucieran mejor.

Celine intentaba seguir el consejo de la señora Beatle siempre que podía. Así que metió la mano en su retículo, sacó una aguja de tejer, asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje y se la clavó a Tim el Cojo en el ojo con la punta afilada.

Tim el Cojo lanzó un alarido y retrocedió tambaleándose.

Mientras se lamentaba de haber quedado ciego, Celine abrió la portezuela, tiró de Nithercott para meterlo dentro y golpeó las paredes del carruaje.

Cuando Tim el Cojo se recuperó, ellos ya estaban bien encaminados de regreso a casa.

Lord Elmer sostuvo una aguja de tejer en la mano, probando de vez en cuando lo afilada que estaba durante el trayecto. Nithercott pasó todo el viaje jurándole lealtad eterna a una avergonzada Celine.

El poeta gordo, Philbert, quedó olvidado por el momento.

# CAPÍTULO DIECINUEVE

—La vi con mis propios ojos —insistió el ama de llaves.

—¿El duque la dejó entrar? —preguntó Celine, asombrada.

—Su gracia no aceptó un no por respuesta.

—En otras palabras, se puso a llorar.

—No, amenazó con sentarse encima del duque.

Celine despidió al ama de llaves y se encaminó al comedor. ¿Qué, se preguntó, podía querer Penélope de una adivina?

El comedor había sido transformado. Las pesadas cortinas estaban cerradas, bloqueando la mayor parte de la luz natural. La larga mesa había sido cubierta con terciopelo rojo, y unas velas parpadeantes iluminaban el altar, que consistía en una piedra de aspecto corriente metida dentro de una media de seda color ocre.

Aquella piedra bendita estaba rodeada de objetos aún más extraños: un cuenco con agua, un plato con sal, una campana, hilos de colores, varillas de incienso de olor penetrante, un peine, botones brillantes y la cabeza recién decapitada de una gallina, aún sangrante.

El ambiente le cosquilleó el olfato con notas altas de sándalo profundo, jazmín suave y mirra misteriosa, y una nota de fondo de la cena de la noche anterior: cerdo hervido. La hacía sentirse exótica, espiritual y hambrienta.

Celine carraspeó junto a la mesa donde, a través de la bruma del humo, distinguió a un duque descontento, a un lord Elmer complacido, a una duquesa ansiosa y a una hermosa desconocida.

—Tiene velas encendidas y varillas de incienso humeando —informó Celine a Penélope.

—A las diez de la mañana —añadió el duque, bostezando.

—Los espíritus polvorientos y los dioses tardíos necesitan todas estas cosas para ser inducidos al estado de ánimo adecuado y responder a las preguntas —replicó Penelope con tono solemne.

—Espíritus fogosos y grandes dioses —corrigió la voz grave y baja de la señorita Swan.

El duque soltó una carcajada.

—La señorita Swan está intentando concentrarse —le espetó Penelope en un siseo. Luego miró a la señorita Swan con gesto de disculpa y le pidió que comenzara.

La señorita Swan cerró los ojos, alzó las manos en el aire y empezó a entonar un cántico,

*Venid, venid, venid, oh grandes elementos,*
*del revés y un tanto descontentos.*
*Venid, venid, agua, viento y fuego,*
*estamos dispuestos a vomitar a nuestros hijos y todo lo que os plazca luego.*

—Protesto —protestó el duque—. No voy a lanzar a mis hijos a ninguna parte.

La señorita Swan abrió sus ojos oscuros y misteriosos y le lanzó una mirada agria.

—¿Quizá otro canto? —pidió Penélope con rapidez, llevándose las manos al vientre de forma protectora.

La señorita Swan asintió complacida, abrió la boca y empezó de nuevo,

*¡Bah, patrañas, pamplinas y puf!*
*Proclamemos la igualdad ante la ley.*

Celine se sentó junto a lord Elmer. Una vez acomodadas las faldas como correspondía, miró al frente, hacia la señorita Swan, que canturreaba con entusiasmo.

La señorita Swan tenía la cabeza llena de rizos negros y brillantes, coronados por un turbante amarillo. Sus ojos almendrados y oscuros estaban delineados con pigmento negro, y su piel bronceada por el sol y sus labios rojos y carnosos parecían cuidadosamente maquillados. Vestía un largo vestido verde, collares de cuentas de madera y llevaba una rosa rosa en plena floración colocada detrás de la oreja izquierda. Sostenía un péndulo sobre un cuenco con agua frente a ella.

Celine, a regañadientes, admitió que la señorita Swan, rodeada de velas centelleantes, ofrecía una imagen agradable. Por la expresión de George, concluyó además que la señorita Swan resultaba, para los varones solteros, bastante propicia para el romance.

—¿Qué está pasando? —susurró Celine al oído de George.

—La señorita Elizabeth Swan está intentando averiguar si la duquesa tendrá un niño o una niña —susurró él a su vez.

Su aliento le hizo cosquillas en la oreja.

—¿Cómo? —preguntó Celine, rascándose con delicadeza.

—Magia —respondió George.

—¿Se lo dijiste a Penélope?

—¿Cómo lo adivinaste?

—Dijiste su nombre con demasiado… —cerró la boca.

—Cariño —terminó George por ella.

—Peligro —resonó de pronto la voz grave de la señorita Swan, interrumpiendo la conversación en susurros—. El peligro está cerca. Lo siento.

Celine se quedó paralizada. Un hilo de miedo le recorrió la espalda hasta detenerse justo antes de llegar a las nalgas.

—Veo —continuó la señorita Swan— agua, sangre, armas, una anciana retorcida, cráneos y huesos.

El péndulo empezó a oscilar de un lado a otro.

Penélope tragó saliva.

—Yo solo pregunté si iba a tener un niño o una niña —dijo, mirando a lord Elmer.

—Está en trance —respondió él en voz baja—. Escúchela y atienda su consejo. El trance llega de repente, y solo los elegidos participan de él.

—No quiero ser elegida —dijo Penélope con voz pequeña.

—Silencio —rugió la señorita Swan—. La visión se agita, la visión se agita… y veo…

La sala entera quedó en un silencio sepulcral, a la espera de sus palabras.

Celine se inclinó hacia delante cuando un sonido suave y vibrante, seguido de un resoplido, la hizo dar un salto.

El duque se había quedado dormido y roncaba plácidamente.

La señorita Swan abrió los ojos y fulminó al duque con la mirada.

Penélope le clavó un tenedor en la mano.

Él se despertó sobresaltado.

Ella lo miró con intención; él le devolvió la mirada, temeroso. Entre ambos se produjo una comunicación silenciosa y fulminante.

Las pestañas del duque se alzaron de golpe y los ojos le dieron un giro completo. De pronto estaba tan despierto como sir Henry después de beber media taza de café. Y, santo cielo, cómo despertaba sir Henry cuando probaba un poco del fuerte y fragante café turco.

Sir Henry bebiendo café era todo un acontecimiento. La familia entera se reunía para presenciar el espectáculo; incluso los sirvientes de arriba pegaban la oreja a la puerta. Primero, sir Henry esperaba a que el café alcanzara la temperatura adecuada. Luego daba un pequeño sorbo. El líquido caliente descendía por su garganta hasta el estómago, y entonces comenzaban los temblores.

La familia contenía el aliento, los sirvientes afinaban el oído y el duque preparaba su flauta. Para cuando sir Henry terminaba la taza, los temblores se habían convertido en vibraciones vigorosas. Sus viejos huesos castañeaban y chirriaban, lo que el duque tomaba como señal para llevarse la flauta a los labios y empezar a tocar.

El sonido de los huesos temblorosos y la flauta dulcísima llenaban la estancia, creando una música maravillosa. A veces, la duquesa viuda se animaba a cantar, convirtiéndolo en un raro regalo musical.

—Estoy despierto —dijo el duque, devolviendo a Celine al presente.

Penélope se volvió hacia la señorita Swan.

—¿Qué quiso decir con el peligro y cómo puede evitarse?

Las delicadas aletas de la nariz de la señorita Swan se dilataron.

—El tiempo revelará su significado. Mientras tanto, puede tomar ciertas precauciones. Una de ellas es asegurarse de que su esposo le cante para dormir cada noche.

El duque sonrió con suficiencia.

—Debe permanecer con usted en todo momento hasta que nazca la criatura, y comer lo mismo que usted y beber también sus tónicos.

Esta vez fue la señorita Swan quien sonrió.

—¿Incluso los amargos? —preguntó Penélope.

—Sobre todo los amargos.

—Esto es un disparate —empezó a decir el duque.

—También deberá bailar para usted una animada danza primaveral cada mañana —continuó la señorita Swan en voz alta—. Eso agradará a la Madre Tierra.

—No lo haré —balbuceó el duque.

—Tendrá que ponerse sus enaguas y salir a cazar un lobo negro en noche de luna llena. Eso agradará a la Madre Naturaleza —entonó la señorita Swan.

—Yo no protestaría si fuera usted —susurró lord Elmer al duque—, o esto irá a peor.

El duque cerró la boca.

La señorita Swan lo observó un momento y, al no surgir más objeciones, dijo:

—Lleve este amuleto consigo en todo momento. Ningún daño le ocurrirá mientras lo porte. Y asegúrese de que su esposo haga todo lo que he indicado.

Penélope guardó el amuleto, que se parecía sospechosamente al cadáver de una rata perfumada con lavanda.

—Gracias. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—Sí. Cruce mi palma con una moneda.

Penélope le dio una moneda.

—Cruce mi palma con muchas monedas.

Penélope le entregó una pequeña bolsa tintineante.

—Gracias —dijo la señorita Swan, recogiendo sus cosas. Metió la cabeza sangrante del pollo en una bolsa de tela junto con la piedra bendita y el resto de la parafernalia.

—Espere —dijo Penélope—. ¿Voy a tener un niño o una niña?

—Los poderes superiores lo revelarán a su debido tiempo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Celine.

La señorita Swan la miró con aire misterioso.

—Lord Elmer me acompañará a la salida.

George asintió y le susurró algo al oído a la señorita Swan, haciéndola reír.

Celine se quedó helada, con el aliento atrapado en la garganta. El tiempo pareció ralentizarse, y los dedos de lord Elmer se movieron como si atravesaran aire espeso.

Los ojos de Celine se abrieron de par en par mientras observaba, horrorizada, cómo la escena se desarrollaba.

Pareció una eternidad hasta que aquellos dedos aventureros alcanzaron el redondo y firme trasero de la señorita Swan… y le dieron un pellizco.

Celine estaba segura de que hoy se había pellizcado un trasero. Y de que ella lo había visto.

—Carnero en salsa —murmuró, picada.

La señorita Swan le lanzó a George una mirada larga y ardiente antes de salir de la sala. Él salió tras ella a toda prisa.

Celine clavó la vista en el mantel, con el interior revuelto. Se preguntó cómo había conseguido la señorita Swan aquella última expresión tan misteriosa. Tomó una cuchara y entrecerró los ojos para mirarse en el reflejo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Penélope, sacando la rata rellena de lavanda para examinarla. Tenía ojos.

—Intentar parecer misteriosa.

Penélope ladeó la cabeza y escrutó el rostro de Celine.

—Pareces a punto de devolver el contenido de tu estómago.

Cuando Celine tiró la cuchara, añadió:

—¿Estás celosa de la señorita Swan?

—Nada de eso —respondió con sequedad.

—Te vi sacarle la lengua cuando lord Elmer le tocó el codo.

—No lo hice.

—También la llamaste carnero en salsa. Una dama refinada usando esas palabras —negó con la cabeza y añadió, pícara—. Mi cofia quedó escandalizada.

—La señorita Swan no te dijo si vas a tener un niño o una niña, el duque tendrá que ponerse una enagua y tú tendrás que ir por ahí con una rata muerta —replicó Celine—. Has pasado toda la mañana siendo embaucada.

Apagó las velas y arrojó las varillas de incienso al cuenco con agua.

Penélope le tendió la rata rellena a modo de ofrenda de paz.

—¿Quieres sostenerlo?

Celine negó con la cabeza.

—Estoy pensando en ponerle nombre —continuó Penélope—. ¿Cuál sugieres?

Celine sonrió.

# CAPÍTULO VEINTE

—¿Hiciste que la duquesa le pusiera ese nombre a la rata muerta y disecada… George? —gruñó Lord Elmer.

—Usted trajo a la señorita Swan —dijo Celine, dejando caer el fajo de poemas sobre la mesa—. Penny pensó que estaba destinada a llevar su nombre.

—La señorita Elizabeth Swan resulta ser una joven muy agradable —empezó él.

—Es una farsante.

—Puede ser, pero fue divertido.

—El duque va a tener que ponerse una enagua.

Lord Elmer sonrió.

—Ni en mis sueños más salvajes pensé que las cosas saldrían tan bien.

—De verdad no debería burlarse de él así.

—No puedo evitarlo. Ese hombre nunca sonríe. Y no abras eso todavía —añadió, deteniéndola cuando ella empezó a desatar el cordel del fajo de poemas—. Estoy harto de esta biblioteca. Necesitamos un lugar nuevo para conspirar.

—¿Dónde?

—Bajo las estrellas —dijo, tirando de ella—. Vamos a la azotea de la mansión Blackthorne. Es encantadora. He estado allí dos noches seguidas.

—No sea ridículo. No voy a subir al tejado.

—Sí vas a subir —dijo, quitándole el fajo de las manos mientras se dirigía a la puerta.

—Tendré frío.

—Te daré mi abrigo —respondió él. Sus largas piernas ya lo habían llevado hasta la entrada.

—Es usted increíble —murmuró ella, corriendo tras él.

Pronto estaban sentados bajo las estrellas y una luna llena, grande y brillante.

—¿No es agradable? —preguntó él, mirando el cielo.

Celine observó cómo la vela se apagaba por quinta vez.

—Hay demasiado viento para una vela. ¿Cómo vamos a escribir?

Él sacó una botella de brandy.

—¿Quieres beber algo?

Ella negó con la cabeza y repitió:

—¿Cómo vamos a escribir?

Él dio un trago largo.

—¿Tenemos que escribir?

—Supongo que no —respondió ella, frunciendo el ceño. Tras un momento añadió— Tengo frío.

—Llevas puesto mi abrigo.

—No ayuda.

—Toma un sorbo de brandy. Te dará calor.

Tras mirarlo con desconfianza, dio un pequeño sorbo con cautela.

—Confía en mí —dijo él, complacido.

—Somos amigos, ¿no? —replicó ella, disfrutando del leve calor que le recorría el cuerpo.

—Supongo que sí.

Ella dio otro sorbo y luego apartó la botella con firmeza.

Permanecieron en silencio un rato. El viento fuerte se coló bajo sus horquillas y convenció a algunos mechones de rebelarse. Ella manoteó su cabello, tratando desesperadamente de mantener el control. Su pelo se rebeló y ganó.

—Señor…—exclamó—. ¿Por qué todo se vuelve ingobernable últimamente?

Lord Elmer le ofreció otro sorbo de brandy.

Decidió que Lord Elmer era el núcleo del problema. Nunca sabría cómo había logrado arrancarle el suelo bajo los pies, darle dos vueltas y devolverlo convertido en una versión más accidentada.

—Háblame de tu poeta. Del romance entre ustedes —dijo Lord Elmer, sacando un cigarro.

—¿Qué le gustaría saber? —preguntó ella, aspirando el aroma con gusto. El aire se llenó del olor a rosas viejas aplastadas, un toque de brandy y el perfume dulce del tabaco caro.

—¿Qué clase de hombre es?

—Tiene un cuerpo grande, pero por dentro es muy pequeño. Como si no se diera cuenta de lo grande que es.

Él asintió, comprensivo.

—¿Qué era lo que más te gustaba de él?

—Era tímido —dijo ella en voz baja—. No creía merecer a una mujer como yo. Toda su cara se le ponía roja cada vez que me veía. —Sintió la sonrisa de Lord Elmer en la oscuridad mientras continuaba—. Su color favorito era el azul. Yo intentaba vestir algo azul cada vez que lo veía. Siempre lo notaba. Se había convertido en un juego entre nosotros. Yo añadía el toque más leve de azul a mi atuendo, y él tenía que adivinar dónde estaba.

—¿Dónde lo conociste?

—En el bosque detrás de mi casa. Le gustaba escribir en medio de la naturaleza. Yo me escapaba de casa para verlo. Me apretaba una carta en la mano o dejaba un poema en la puerta trasera al amanecer, cuando toda la casa dormía.

—Espero que podamos encontrarlo —dijo él, dando un sorbo a la botella.

Ella dijo suavemente:

—Tiene buen corazón.

—Te ayudo para aliviar un poco mi culpa. Mi presencia aquí pone en peligro a toda tu familia, porque si los piratas descubren dónde estoy… —se interrumpió.

—No había pensado en eso. Entonces es usted un canalla.

—Los pajarillos en sus nidos están de acuerdo —respondió él, abatido.

—Es usted un canalla —dijo ella con tono consolador—, pero un buen canalla. Uno agradable. Con capas.

—¿Capas?

—Sí. Tiene muchas capas. En la superficie es amable y, a veces, creo que si alguien puede atrapar la luz del sol con el puño y conservarla, es usted. Debajo de eso, es un poco… no, bastante travieso. Luego hay una capa de inocencia herida. Pero muy en el fondo, en el núcleo, es usted o muy bueno o puro mal. Aún no he descubierto cuál.

—No tiene ningún sentido lo que dices.

—Intento animarlo. Suena triste —reflexionó—. ¿Por qué no me cuenta una de sus historias extravagantes? Le hará sentirse mejor.

—No. Estamos aquí para hablar de nuestro próximo paso.

—¿Próximo paso?

—A veces —dijo él, cerrando los ojos—, pienso que si un extraño nos observara juntos, concluiría que amo a Nesbit y no a ti. Parezco más apasionado por encontrarlo.

—¿Nesbit?

—Tu poeta.

—No tengo ganas de hablar de él esta noche. Mejor cuénteme una historia.

—Estás actuando un poco extraño, Amy. ¿Te encuentras bien? —dijo, sujetándole la barbilla y alzándosela hacia la luz de la luna.

—Más que bien —hipó ella.

—Querida mía, estás borracha. —Sus ojos bajaron a los labios de ella—. Lástima —susurró.

Los ojos de ella también descendieron a los labios de él. Tenía una boca tentadora. El labio inferior era carnoso, y quiso inclinarse y darle un pequeño mordisco. De pronto alzó las pestañas y, con los ojos muy abiertos, anunció:

—Besé a Philbert. Más de una vez.

Lord Elmer le arrebató la botella y la sacudió. Estaba vacía.

—No creo que quieras contarme más.

Ella la recuperó y la abrazó contra el pecho.

—Lo besé y fue… agradable.

—Ya veo.

—Una vez me lamió la mejilla. No me gustó. ¿Qué debo hacer si vuelve a hacerlo?

—Pégale —aconsejó él, mientras le quitaba la botella vacía.

—Como diga —respondió ella, tambaleándose al ponerse de pie —. Ya tengo calor. Puede quedarse con el abrigo.

—No, quédate con él.

Ella lo miró con los ojos grandes y vidriosos.

—Si usted me lamiera la mejilla, no me importaría. Creo.

—Celine —advirtió él en voz baja.

Ella se acercó y le rodeó el cuello con los brazos.

—Siento más en sus brazos que en todos sus besos aplastados juntos. ¿Por qué será?

—Es hora de irse a la cama.

—¿Cree que florecí tarde? —preguntó ella, frotando la nariz contra su cuello. Su aliento cálido se extendió sobre su piel, tensándole los nervios—. ¿Me sentiré así en sus brazos la próxima vez que me abrace?

Los dedos de él se clavaron en sus hombros, pero no la apartó.

—Creo que deberías irte a la cama.

—Mi doncella dice que estar con un hombre es desagradable. Ese tipo de cosas… la intimidad es espantosa. Penélope dijo que era maravilloso, pero Penny siempre ha sido rara. No me importó besarlo. Era tolerable. Metía la lengua en mi boca y la giraba rápido, como un trompo… como si me estuviera limpiando los dientes.

—Tus palabras me están dando náuseas. Por favor, detén tu charla.

—A pesar de la lengua giratoria, no me hizo girar la cabeza. Usted me hace girar la cabeza. ¿Es usted una rueda de carruaje?

—Debe volver a su habitación, señorita Fairweather —dijo él, impotente.

Ella se puso de puntillas y empezó a depositar besos torpes en su cuello y barbilla. Tenía los ojos cerrados y no le importaba dónde caían.

Él se quedó inmóvil, con los ojos encendidos, observando esos gestos puramente instintivos, no aprendidos.

Ella reaccionó con retraso.

—Iré. Tengo sueño.

—Bien —dijo él, aliviado.

Un momento después, ella no había dejado de lloverle besos y, cuando uno cayó cerca de su labio inferior, él inhaló con fuerza y dio un paso atrás.

Ella emitió un sonido de protesta y forzó los párpados a abrirse apenas. Su mirada ebria se fijó en su boca.

—George —suspiró, soplándole aire caliente al rostro—. George.

Él la miró, indefenso, un instante antes de rodearle la cintura con un brazo y atraerla hacia sí.

—Vamos, ven —la animó.

—Está bien —dijo obediente, pero en lugar de avanzar, se le escapó de los brazos y se sentó en el suelo.

Maldiciendo en voz baja, él la levantó y se la echó al hombro.

Ella colgaba pasivamente sobre su hombro, la cabeza caída boca abajo. Observaba el suelo desplazarse a través de la niebla de su mente.

—George —lo llamó de nuevo y se rio.

—Estoy escuchando —dijo él, sonando completamente harto.

—Mi corazón se ha partido en dos.

Él tropezó, a punto de hacerlos caer a ambos al suelo, pero años esquivando criaturas desagradables lo ayudaron a recuperar el equilibrio y enderezarse.

Cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos.

—No digas nada más, querida, o luego te arrepentirás.

—Me has regañado —puchereó ella, pero obedientemente guardó silencio a partir de entonces.

Él se apresuró por el pasillo oscuro, con pasos silenciosos y firmes. La puerta de su alcoba apareció ante ellos; la abrió y entró en la estancia, que brillaba con el suave resplandor de una sola vela.

Sus músculos parecieron tensarse de nuevo y se sentían duros bajo el vientre de ella. Mientras tanto, ella colgaba sobre su hombro como cera blanda y derretida, sin miedo, confiada.

Su respiración era trabajosa cuando tiró de la cuerda para levantar las cortinas de la cama.

Con un suave susurro, la tela se abrió, revelando la ropa de cama de satén y encaje perfumada de rosas y lavanda.

Él se quedó inmóvil, como si hubiera perdido toda sensación en las extremidades, mientras la mirada de ella recorría su espalda y luego descendía cada vez más.

Ella sonrió, bajó el brazo y le pellizcó las nalgas. Una vez hecho el gesto, la tensión se le escapó del cuerpo. Se quedó flácida y cerró los ojos, sumida en un sueño dichoso.

# CAPÍTULO VEINTIUNO

—No voy a beber eso. Tiene trocitos verdes flotando —dijo Celine, apartando el rostro del vaso.

—Lord Elmer me pidió que se lo diera, señorita. Dijo que lo necesitaría —insistió Gwerful—, para su dolor de cabeza.

—No me duele la cabeza —bostezó Celine, estirándose.

—¿Está segura? —preguntó Gwerful—. Lord Elmer dijo que le estuvo molestando toda la noche.

Celine frunció el ceño y movió la cabeza de un lado a otro, arriba y abajo, y luego en círculos. No, se encontraba bien. ¿Cuándo le había dicho a Lord Elmer que le dolía la cabeza? Anoche, cuando… se le abrieron los ojos. En la azotea, el brandy… parte de los recuerdos regresaron de golpe.

Sueños y realidad se mezclaron hasta que ya no supo distinguir qué había ocurrido de verdad. ¿Lo había besado?

No. No podía haberlo hecho, con su excelente moral y su autocontrol.

Pero la conversación íntima, las confesiones nocturnas sobre besar a Philly… se sentían peligrosamente reales. ¿Había hablado más de la cuenta y la bebida le había nublado la cabeza hasta no poder frenarse?

—¿Señorita? —Gwerful tocó con cautela el hombro de Celine—. ¿Está segura de que no le duele la cabeza? Se está poniendo pálida.

—Mi cabeza está perfectamente. —Celine se salpicó agua fría en el rostro—. ¿Quién… quién me desvistió anoche?

—Lord Elmer mandó a alguien a buscarme, diciendo que usted no se encontraba bien, pero ya estaba dormida cuando llegué. Yo la desvestí… debería comer menos. No fue fácil moverla.

—¿Estaba dormida con el vestido puesto?

—Solo los alfileres del cabello estaban tirados sobre la mesa.

—¿Penélope ya está despierta?

—Se despertó hace mucho, señorita. Me pidió que no la molestara.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¡Oh! —chilló Celine—. ¿Por qué me dejó dormir tanto? ¿Dónde está Dorothy?

—Lord Elmer se la llevó a montar a caballo.

—¿Se perdió sus lecciones?

—La señorita Gunhilda estaba enseñándole a tocar el piano en la sala de música y, mientras la institutriz tocaba una melodía, la señorita Dorothy escapó por la ventana y se fue a cabalgar con Lord Elmer.

—¿Dónde está Gunhilda?

—En la sala de música, tocando el piano.

—¿Quiere decir que no le informó de que Dorothy ya no estaba en la habitación?

—No creí que me correspondiera hacerlo, señorita.

Celine gimió suavemente. Se metió deprisa los brazos en la bata de mañana.

—Tráigame el cepillo. Ahora baje a buscar a la señora Cornley y dígale que me vea en la sala de estar. Y hay que mullir las almohadas. ¿Hay sol? Maravilloso, consiga que unos lacayos saquen los colchones del ala de invitados y los pongan al sol. El huésped anterior del duque, el que se alojó en la habitación floral, tenía pulgas…

—Señorita, el cocinero ha desaparecido —interrumpió Gwerful.

—¿Ha qué?

—Desaparecido. Sin rastro. Anoche fue al pueblo a beber y a recibir mimos. No se lo ha vuelto a ver.

Celine se sentó en la cama.

—Dorothy se perdió sus lecciones y el cocinero ha desaparecido. ¿Ocurrió algún otro desastre mientras dormía? Y no me lo diga por partes. Dígame todo.

—Bueno —dijo Gwerful—, creo que eso es todo, a menos que… no, no debería decirlo.

—De verdad creo que debería.

—No debería.

—Gwerful, hoy no tenemos tiempo para este juego. Estoy de acuerdo en que es usted una buena doncella que no cotillea. Simplemente cumple con su deber al contarme lo que oyó o vio por accidente. Es por el bien de la humanidad y todo eso. Ahora, suéltelo.

Gwerful arrastró los pies.

Celine suspiró y le lanzó una moneda.

Gwerful la atrapó con destreza y se la guardó.

—La duquesa echó al duque del dormitorio. Le lanzó el contenido de su tocador.

—Eso no es inusual.

—Él llevaba una enagua puesta.

—Eso sí es inusual.

—Eso es todo.

—Bien —dijo Celine, calzándose las zapatillas y poniéndose de pie —. No tengo tiempo para desayunar. Retire la bandeja. Y no olvide enviarme al ama de llaves. Tenemos que encontrar al cocinero.

***

Cuando Lord Elmer la vio más tarde esa mañana, se mostró tan juguetón como de costumbre, lo que la llevó a dejar a un lado sus temores. Le estaba dando demasiadas vueltas. No se habría comportado con tanta normalidad si ella realmente lo hubiera colmado de besos. Conociéndolo, o la habría fastidiado sin piedad o habría salido huyendo.

¡Bah! Colmarlo de besos. Ella no era de hacer semejantes ridiculeces. Por suerte, eso había sido un sueño.

En cuanto a la conversación entre ellos, si él no la consideraba digna de mención, ella también la evitaría. Era mejor fingir que nunca había estado desconcertada en su presencia.

Deslizó los ojos hacia la derecha y lo observó a escondidas mientras caminaban hacia el carruaje. La luz de la mañana tardía bañaba sus facciones atractivas y su boca lucía suave e invitadora. Su mente no pudo evitar recordar aquel sueño, la sensación de su piel bajo sus labios y el calor de su delicioso abrazo.

Bajó la cabeza para ocultar el rubor, apresuró el paso hacia el carruaje y desapareció en su interior. Buscó el rincón más oscuro para sentarse y tembló como un animal nervioso.

Él se sentó junto a ella, aparentemente ajeno a su comportamiento antinatural.

El carruaje dio un tirón al ponerse en marcha, y él empezó a silbar una melodía mientras se sacudía el sombrero. De vez en cuando le dedicaba una sonrisa, cómodo en el silencio y sin intentar entablar conversación.

Ella lo observó un rato y, pronto, el ritmo suave y balanceante y el bullicio de Londres calmaron sus nervios.

Se detuvieron en posadas por el camino, preguntando por el cocinero desaparecido de la mansión Blackthorne y por el paradero del poeta, pero, con cada minuto que pasaba, Celine sentía que la urgencia que llevaba en los huesos se le iba escurriendo, como una pústula que sana.

Al cabo de un tiempo, él notó su mirada y la miró con curiosidad.

—Mi lord, creo que deberíamos rendirnos —dijo ella, mirando por la ventanilla del carruaje. Acababan de dejar atrás otra posada, con el mismo resultado de siempre. Habían preguntado al tabernero por Philbert. El hombre había soltado una risita al responder: «Poeta gordo, jeje. A ese no lo he visto jamás. Prueben en el Museo Británico».

—Lo encontraremos. Hasta entonces, el aprendiz del cocinero hará un buen trabajo. Las tostadas eran comestibles y solo estaban un poco quemadas —la tranquilizó lord Elmer.

—No me refiero al cocinero desaparecido. Me refiero a Philbert.

—No dirás eso —respondió él, sorprendido.

—Sí. Es inútil. El cuadro puede significar cien cosas. Es una tontería intentar descifrarlo. Tenía razón. Nunca lo habría hecho tan difícil si hubiera querido que lo encontrara.

—Le escribió desde Londres. Quiere que lo encuentren. Simplemente tuvo la mala suerte de no recibir esas cartas.

—Lord Elmer, ¿no lo ve? Londres es enorme. Mucho más grande que Finnshire. Allí tenemos una posada diminuta; aquí hay tiendas, tabernas, casas de juego y restaurantes. ¿Cómo vamos a encontrar

a un solo hombre entre toda esta gente? Estoy perdiendo mi tiempo y el suyo. Lo siento, lord Elmer, pero…

—Amy, tú lo amas —le recordó George con suavidad—. Te arrepentirás si dejas de buscarlo.

Celine apretó los ojos.

—Le estoy haciendo perder el tiempo —dijo.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Pues yo sí —replicó con brusquedad y enseguida se sintió fatal. Al fin y al cabo, él la estaba ayudando.

—No parece ser un amor muy grande, ¿eh? —murmuró.

Celine lo oyó y frunció el ceño.

—Debería volver a casa. Y…

—Eso no es asunto suyo —gruñó él.

—Philbert tampoco es asunto suyo. Pero desde luego *sí* es el mío.

—¿Eso? —preguntó él, alzando un poco la voz.

—Eso —dijo ella, señalando por la ventanilla al carruaje que avanzaba a la par del suyo—. Estamos en otra situación potencialmente mortal, mi lord. Ese carruaje va lleno de amigos suyos, y estoy segura de que lo son, porque nos están apuntando con armas de muy mal aspecto. Mis amigos, en cambio, son bastante más educados. Jamás se comportarían de una forma tan impropia.

—¿Nos agachamos? —sugirió él.

Ella se agachó, y entonces empezó el tiroteo. Se sentaron en el suelo del carruaje y se miraron, con los ojos fijos y perdidos, como si no fueran conscientes de las balas silbando sobre sus cabezas, estallando como fuegos artificiales en el cielo nocturno.

—Esta vez, déjame hacer de héroe —suplicó lord Elmer, con los instintos de supervivencia en plena ebullición. Gruñó.

Ella se encogió de hombros y sacó su tejido.

—Como quiera.

Lord Elmer sonrió con una mueca peligrosa. Su cuerpo se tensó como el de una pantera a punto de atacar a un tritón crestado. Permaneció en cuclillas, porque si levantaba la cabeza se la volaban. En un instante tenía un cuchillo en la mano, que lanzó por la ventana en dirección al carruaje enemigo.

Un grito confirmó que había acertado a alguien.

—Esta vez el Tuerto Tim tiene ayuda —comentó ella, rebuscando en su retículo la lana azul. Estaba tejiendo un calcetín sentada en el suelo del carruaje.

Él no respondió; estaba demasiado ocupado reptando como un león hambriento que entra en la guarida de un lobo. Se acercó a la ventanilla y, en rápida sucesión, empezó a sacar cuchillos y a lanzarlos al exterior.

Ella lo observó de reojo mientras él recuperaba cuchillos de dentro de los zapatos y del abrigo, de detrás de la camisa, del interior de los calzones y de debajo del sombrero.

—Se me acabaron los cuchillos —le informó—. ¿Me presta una aguja?

—No —dijo ella, aferrándola con gesto protector.

—Entonces esto tendrá que servir —dijo lord Elmer, agarrando su zapato puntiagudo y lanzándolo por la ventana.

—No tendría que vivir así si regresara a casa —dijo Celine—. No puede ser tan terrible.

De pronto él se lanzó de lado, empujándole la cabeza hacia abajo. Esquivaron por poco otra descarga de disparos.

—No quiero ser el heredero. Mi padre me echó de casa porque me expulsaron de Oxford. ¿Y ahora que su hijo dorado lo ha ofendido, de repente me perdona? —jadeó.

Ella miró su rostro, tan cerca del suyo, y cerró los ojos. Aquella sensación revoloteante regresó; en cualquier momento perdería la cabeza e… Inspiró hondo y lo apartó.

—La verdad es que le asustan las responsabilidades —dijo, más dura de lo que pretendía.

—¿Y si es así? —preguntó lord Elmer, tumbado boca arriba en el fondo del carruaje. La empujó con el pie para hacer espacio y empezó a deshacerse de los calzones, sin dejar de hablar—. Imagine pasar días encerrado en un despacho con un anciano que no para de hablar de la grandeza de mis antepasados muertos. Imagíneme tomando decisiones que afectan al sustento de personas cuando no se me puede confiar ni una tortuga sana.

—Además, si regreso a casa, tendré que quedarme en Londres. Nada de tierras exóticas por descubrir. Tendré que casarme con una jovencita risueña…

—Creo que estamos reduciendo la velocidad —lo interrumpió Celine, alarmada.

—Ahora es el momento —anunció George con dramatismo.

—¿El momento de qué? ¿Se está levantando? ¡No, le van a disparar!

Él la ignoró y se puso de pie. Tenía los calzones en una mano y el abrigo en la otra. Primero hizo girar el abrigo sobre su cabeza, apuntó y lo lanzó. Luego siguieron los calzones.

Celine se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo.

—¿Está loco? —chilló.

—Le tiré el abrigo a la cabeza de uno de los caballos y los calzones a otro. Déjame levantarme. Creo que funcionó.

Un momento después, la cabeza satisfecha de Nithercott asomó por la ventanilla.

—Los calzones cayeron de lleno sobre el caballo negro, mi lord. Se asustó y se desvió. El resto de los caballos se confundió. Los hemos perdido.

—Gracias al cielo —dijo Celine, encantada, y tras sonreír un rato a la cabeza invertida de Nithercott, preguntó—. ¿Y el resto de usted?

—Estoy colgado del techo con las uñas de los pies, señorita —respondió Nithercott con modestia.

—¡Ay!

—Tengo uñas fuertes, señorita —la tranquilizó.

—Los dos están mal de la cabeza —los reprendió—. ¿Hacía falta correr semejante riesgo? Y Nithercott, por favor, vuelva a su asiento. Ya hemos tenido suficiente emoción por hoy.

—O eso, o estábamos muertos. Nos superaban con creces, Amy —se defendió George.

—Deje de llamarme Amy —espetó ella, apartándose de su tentador cuerpo sin calzones.

Él le tomó la mano y tiró de ella.

Ella lo miró con furia.

Él le ofreció una sonrisa arrepentida.

Sus pestañas temblaron al tener a un hombre parcialmente cubierto tumbado sobre ella. Un leve rubor le subió por el cuello y el pecho se le oprimió. Estaba turbada, y las extremidades le parecían ajenas, como si ya no le pertenecieran.

Él la miró fijamente, con una seriedad poco habitual. Muy despacio, se inclinó hacia su oído, mordisqueó el lóbulo y susurró:

—Respira.

El contacto de sus dientes afilados en la piel la hizo estremecerse, y obedeció.

El carruaje siguió avanzando a toda velocidad. El ruido de la ciudad se desvaneció, señal de que ya iban por caminos más tranquilos. El galope de los caballos, el traqueteo del carruaje y sus respiraciones desiguales se amplificaron en el silencio.

La camisa blanca de él era suave bajo sus dedos, mientras que sus músculos estaban duros y tensos. Las yemas le ardían al acariciarle el pecho con discreción, apenas rozándolo, tan ligero como una pluma.

Un instante después, cerró los puños y el corazón le dio un salto. Ojalá él no hubiera notado aquel breve desliz de sensatez.

—¿Qué estás haciendo? ¿De verdad amas al poeta? —preguntó de nuevo. Esta vez su tono no era burlón, sino dolido, como si las palabras le salieran arrancadas de la garganta—. Para alguien perdidamente enamorada —continuó con aspereza—, tu manera de ser es demasiado coqueta, demasiado atrevida… demasiado temeraria. ¿Eres voluble en tus afectos, o tu corazón vacila?

Sus palabras la dejaron al descubierto, haciéndola sentirse en carne viva y alterada. Todo su cuerpo se encendió en un rubor, y el corazón empezó a dolerle de confusión y angustia. Así que sí, lo *había* besado aquella noche, después de quedar desconcertada.

Y no había sido solo por haberse emborrachado como una cuba que se había comportado de forma impropia. Había perdido la cabeza más de una vez en su presencia, arrastrada por su atractivo. Él la hacía sentirse tan cómoda que no podía evitar hacer lo que le daba la gana, pensando que a él no le importaría.

Pero eso era aprovecharse de él y de su naturaleza afable.

Llena de desprecio por sí misma, giró el rostro y lo empujó con suavidad. No debía desearlo, no cuando había decidido dedicar su vida a Philly.

Él le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Tú puedes mirar, puedes tocar, pero yo no? ¿Eso es justo?

Ella abrió la boca, soltando el aire con sorpresa ante su audacia. ¿Qué respuesta esperaba? ¿Qué podía decir en su defensa? Él tenía razón, y la canalla sin escrúpulos era ella, no él.

—No puedo soportar más provocaciones —espetó al fin, bajó la cabeza y la besó.

Fue un beso profundo y castigador. Ardiente, lleno de deseo y sincero. Su boca se movió sobre la de ella, succionando, lamiendo, queriendo.

A ella se le abrieron los ojos, luego se le cerraron de golpe, y un temblor recorrió todo su ser. Él no esperó a que respondiera ni fue poco a poco. Parecía haber perdido el juicio junto con ella y querer devorarla entera cuanto antes.

Su deseo latía entre las piernas de ella, evidente y abrasador incluso a través de las capas de la enagua y la falda. Él movió las caderas una vez, haciéndola gemir, antes de alzar la cabeza para mirarle el rostro.

Las cortinas se movían con cada sacudida, dejando que la luz del sol se filtrara por breves instantes, ocultando y revelando el interior, igual que sus sentimientos. Se aferraban como criaturas primarias en el fondo de un carruaje en marcha. La fachada del decoro había sido arrancada, dejándolos desnudos, sin barniz alguno.

—Eres hermosa —murmuró él en el hueco de su cuello—. Y mi corazón está blando, desprotegido y hambriento. Mi familia ya me abandonó una vez, y la herida es profunda. No hurgues en ella; aún está en carne viva, sangrando.

Una lágrima resbaló por la comisura del ojo de ella al oírlo.

—Lo entiendo, y lo siento. No volverá a ocurrir.

—Estoy dividido —rio en voz baja—. Tal vez soy tan atolondrado como tú. Por un lado, te pido que dejes de coquetear, pero cuando aceptas tan dócilmente, quiero retractarme. Quiero que continúes con tus travesuras.

Ella se humedeció los labios, con la mirada perdida.

—Yo…

—Lo sé —dijo él simplemente, y le besó la nariz—. Estamos perdidos, ¿verdad? Un par perfecto de despistados sin remedio.

Ella tragó saliva y volvió a empujarle los hombros.

—Déjeme levantarme.

Él permaneció inmóvil un momento, respirando despacio, con regularidad. Al cabo, se apoyó en los codos y la miró. Sus pestañas oscuras aletearon con diversión y su actitud volvió a ser juguetona.

—Déjeme abrazarla un rato más; tengo las piernas frías.

Ella entrecerró los ojos, siguiéndole el juego.

—¿Tenía que tirar los calzones? ¿No podía haber tirado la camisa?

—En situaciones de urgencia, siempre he tenido que prescindir de los calzones y nunca de la camisa. Fue lo más natural que, en una situación tan peligrosa para la vida, recurriera a un hábito ya arraigado.

Ella se preguntó qué clase de urgencia exigía que se quitara los calzones.

Se quedó inmóvil.

Él ladeó la cabeza y volvió a acercarse a su rostro.

Su aliento le hizo cosquillas en la piel.

Ella agarró las faldas y estaba a punto de retroceder a trompicones cuando él le lamió la mejilla con rapidez.

—Perdóneme por poner en peligro su vida, besarla y tirar mis calzones por la ventana, o volveré a lamerla —amenazó con picardía.

El corazón de ella se le entibió, y la conversación difícil que habían tenido antes, junto con la incomodidad causada por su intensa atracción, se desvanecieron. Él sabía, de verdad, cómo hacerla sentirse a gusto.

—Es usted imposible —dijo ella, pero con una sonrisa grande y abierta, y la mejilla húmeda ligeramente sonrosada.

No podía enfadarse con él por mucho tiempo. Al fin y al cabo, habían sobrevivido contra todo pronóstico una vez más.

***

Se dirigieron hacia la mansión Blackthorne, con Celine manteniendo una prudente distancia respecto a él. El duque los

interceptó justo a la entrada.

—Lord Elmer, ¿dónde ha estado?

—Dando un paseo —respondió—. Es un día precioso.

—¿Ha salido a pasear?

—Eso es lo que he dicho —aseguró George.

—Ha salido a pasear —repitió el duque—, ¿con un solo zapato?

—Sí —respondió lord Elmer, irritado.

—Y sin abrigo, sombrero, bastón —continuó el duque—, ni, ya puestos, calzones.

—Me caí al río y perdí algunas prendas mientras chapoteaba.

—No está mojado.

—Había sol. Me sequé en nada.

—¿Ha terminado de inventar patrañas?

—Estoy diciendo la verdad.

—Celine, ¿por qué llevas bigote?

—Eh…

El duque los miró a ambos con disgusto.

—Perkins me informó de que habían alquilado un carruaje, que luego fue ocultado en la finca Blackthorne. Los vio a usted y a la señorita Fairweather salir sin compañía y sin escolta.

—Nada de eso ocurrió —dijo lord Elmer, esforzándose por parecer indignado—. Perkins es un chismoso de tres al cuarto y un mentecato por inventar semejantes mentiras. ¿Cómo puede fiarse de él? Pregúntele mejor a ella, la querida hermana de su esposa, que resulta ser joven, inteligente y perfectamente sensata. Ella le dirá la verdad. Díselo, Amy. —Se volvió hacia Celine—. Dile la verdad. ¿Salimos o no salimos sin escolta? ¿Amy?

Celine no respondió, pues yacía despatarrada en el suelo, desmayada como muerta.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

—¿Celine? —llamó alguien.

Ella mantuvo los ojos cerrados. Le martilleaba la cabeza.

—Tome, hágala oler esto.

—No voy a hacer que huela el zapato de Perkins —replicó otra voz.

—Créame...

—Lord Elmer, todo esto es culpa suya —dijo una voz que sonaba a Penélope.

—No lo es. No soy yo quien la obliga a trabajar todo el día. Nunca tiene un momento para sí.

—La señorita no comió nada hoy —gimoteó Gwerful—. Nada, ni siquiera una mísera lamida de manteca.

—Se fueron corriendo por Londres sin escolta —rugió el duque.

En algún lugar, Lady Bathsheba baló.

—Le dije que Gunhilda estaba con nosotros —insistió lord Elmer —. Ella se lo dijo.

—Creo que mintió —gruñó el duque.

—No seas ridículo, Charles. Gunhilda jamás mentiría a un duque —protestó Penélope. Agitó un frasco bajo la nariz de Celine—. Las sales no están funcionando, aunque juraría que se le arrugó un poco la nariz.

—Nooo —Dorothy irrumpió corriendo en la habitación—. Celine no puede estar muerta. No lo permitiré....

—No estoy muerta —dijo Celine, incorporándose con esfuerzo.

Dorothy se volvió de inmediato hacia Penélope.

—¿Puedo comer una galleta?

Penélope le encajó varias galletas en la mano y se giró hacia Celine.

—Lo siento muchísimo, Celine. Es culpa mía. He esperado demasiado de ti.

—Es verdad —murmuró George.

Penélope lo ignoró.

—A partir de ahora le pediré a la ama de llaves que se haga cargo de la mayoría de tus tareas. Es muy capaz, Celine. Después de todo, lleva quince años cuidando Blackthorne. Yo me ocuparé de mis cartas, y Dorothy se portará bien...

—Solo hasta que se mejore —intervino Dorothy.

—Lo siento —empezó a decir Celine.

—No es tu culpa —la interrumpió Penélope—. Es culpa de Charles.

—No estoy de acuerdo—dijo el duque.

—Coincido con la duquesa —añadió George.

El duque resopló ante tamaña injusticia.

—El doctor Johnson está aquí —anunció Dorothy con la boca llena de galleta.

—¿Doctor? —chilló Celine.

Al médico le llevó media hora convencer a Penélope de que Celine estaba bien, y otro cuarto de hora lograr que George dejara de hacer preguntas.

La receta del doctor fue comida. Había que cebar a Celine. Penélope se tomó el consejo muy en serio.

—¿Cómo logró preparar quince bandejas de comida sin cocinero? —preguntó Celine, mirando las montañas de frutas, carnes y pan dispuestas alrededor de su cama.

—Lord Elmer trabajó como chef en Francia. Formaba parte de su tapadera como espía de Inglaterra —respondió Penélope.

—Penny, ¿estás llorando? —preguntó Celine.

Penélope rompió a llorar.

—Por favor, come algo —sollozó.

Celine dio un mordisco de inmediato.

—Mastica —aulló Penélope.

Celine masticó.

—Estoy bien, Penny. Estoy comiendo, estoy comiendo, pero por el amor a la bondad, deja de llorar. No es tu culpa.

—No, Charles es el culpable —convino Penélope, secándose las lágrimas.

Celine hizo un ruidito.

Penélope lo tomó por un asentimiento y se animó un poco.

—Ahora duerme un rato. Te veré en la cena —dijo Penélope, indicando a una criada que cerrara las cortinas.

—No tengo sueño.

—Sí que lo tienes —le informó Penélope antes de cerrar la puerta de un portazo.

Sola en la habitación en penumbra, Celine se quedó mirando el techo. Se dio la vuelta y miró la pared. Al cabo de un momento, volvió a mirar el techo.

Sentía como si algo sobrenatural le mantuviera los párpados bien abiertos. Las pestañas parecían pegadas a las cejas.

¿Estaría embrujada aquella habitación?

Nunca antes se había preguntado por la esposa de sir Henry, que bien podría ser un espíritu miserable gimiendo por la mansión...

Un grito la hizo saltar de la cama. Agarró la bata que yacía sobre una silla y se lanzó por el corredor, descalza, para averiguar qué pasaba.

Se detuvo en lo alto de la escalera, con los oídos atentos. Lo único que percibía era un sonido extraño, como un zumbido.

Miró hacia la escalera de caracol, lo que resultó ser una idea terrible. La cabeza empezó a darle vueltas de forma alarmante y tambaleó en el último escalón de la Gran Escalera.

Iba a caerse… a rodar por las escaleras y partirse la cabeza.

Cerró los ojos y se meció sobre los pies.

De un lado a otro, el cuerpo oscilaba mientras se preguntaba si habría sangre al estrellarse sobre la alfombra persa del escalón inferior. Y, de haberla, si sería suficiente para arruinar la alfombra. Se preguntó si la señora Cornley podría quitar la mancha.

También se preguntó cuándo empezaría la caída.

—¡Idiota! —rugió alguien a su oído. Una mano le agarró la cintura y la apartó del borde de la escalera.

La cabeza dejó de darle vueltas, y el aroma de quien la sostenía funcionó mucho mejor que las sales. Además de oler delicioso, era alto, cálido y reconfortante.

Ella se acurrucó más cerca.

Los brazos se cerraron a su alrededor.

—Podrías haberte caído y haberte roto el cuello.

Celine alzó la cabeza y encontró a George mirándola desde arriba.

—No está sonriendo —dijo ella, frunciendo el ceño.

—No —respondió él—. No lo hago.

—Nunca lo he visto los ojos tan sombríos.

Él la apartó.

—¿Por qué saliste de tu habitación? ¿No te dijo la duquesa que descansaras?

—No quería descansar. Me aburría.

—Una dama siempre debe ser útil —dijo él con sarcasmo—. ¿Buscabas las agujas de tejer?

La niebla en su mente empezaba a disiparse y pudo captar mejor su tono. Tenía la boca torcida y los ojos le relampagueaban de furia.

Nunca lo había visto así y se puso un poco nerviosa.

—Lo siento, oí un grito.

—No me importa lo que oíste. Había cientos de sirvientes en la casa que podían haber ido a investigar. Tú debías quedarte en tu habitación.

—Lord Elmer —dijo ella con suavidad—, no me caí. Estoy perfectamente bien.

La ira se le esfumó; cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella.

—Estás bien —repitió.

De pronto, la garganta se le llenó demasiado como para hablar, así que asintió. Su nariz rozó la de él.

Las palabras de él le volvieron a la mente. ¿Era aquello coqueteo? Un hombre y una mujer no deberían abrazarse; era impropio, y aun así le costaba separarse.

Tras un instante, se obligó a apartarse de su calor.

Él le aferró la cintura y la atrajo de vuelta hasta pegarla por completo a su cuerpo.

Ella soltó un chillido y se removió, pero sus manos la sujetaron con firmeza, sin dejarla escapar. El pulgar empezó a acariciarle por encima de la cadera, de un lado a otro, de un lado a otro, enviándole un cosquilleo por la espalda, como si intentara calmarlos a ambos tras el casi tropiezo por las escaleras.

Ella tembló entre sus brazos.

—Dijo que estaba herido y que no debía fomentar este tipo de cosas.

—Al diablo con mis malditas palabras. Olvida todo lo que dije y coquetea cuanto quieras. Necesitas practicar tus habilidades, así que úsame. Estoy dispuesto.

—Suélteme, mi lord —dijo ella, negando con la cabeza, impotente.

—Nunca.

—Alguien podría vernos.

—Que miren —murmuró él contra su cabello.

—Está siendo obstinado —musitó ella, con voz temblorosa.

—Igual que tú.

Las uñas le rozaron la piel cuando sus dedos se curvaron para aferrarle el brazo.

—No soy como usted.

—Sí lo eres. Solo finges ser una criatura extraña y erizada.

—Suélteme.

Él suspiró y le sostuvo el rostro.

—Cuídate. Come bien, vive bien, mantente feliz. Eso es todo lo que te pido. ¿Puedes hacerlo por mí?

Los ojos se le llenaron de lágrimas al comprender que detrás de aquella sonrisa ligera y encantadora había un hombre complejo y reflexivo, con un corazón increíblemente tierno. Mientras ella se empeñaba en mantener la casa en funcionamiento a costa de su salud, él había intentado en silencio aliviarle las cargas.

Se le enrojecieron los ojos y, junto con la palidez de la enfermedad, parecía delicada, digna de compasión, nada que ver con su habitual fortaleza.

Él contuvo el aliento al mirarla.

—Celine —empezó.

—Amy —susurró ella, mientras algo se rompía en su interior y le permitía ser vulnerable y débil por una vez. Lo miró con los ojos anegados, dejándole ver lo cansada, abrumada y asustada que estaba. Le preocupaban Penélope y el bebé, la mansión Blackthorne,

Dorothy y sus travesuras, y, por último, su búsqueda del poeta y de respuestas.

Estaba dispuesta a ser suave y vulnerable en su presencia. A dejar a un lado su férrea voluntad, su mente independiente y su naturaleza sensata, y permitir que él cuidara de ella.

Como si fuera familia.

Sus ojos brillaron con una emoción desconocida cuando la soltó y la empujó con suavidad hacia su habitación.

—Vuelve a la cama.

Ella lo ignoró, se frotó el rostro con las manos y respiró hondo. Si se iba, tardaría en volver a verlo, y ahora mismo necesitaba su presencia reconfortante. El dormitorio parecía frío y solitario en comparación con el rellano, iluminado por el cálido resplandor de las lámparas de aceite.

Las pestañas le temblaron y la piel se le erizó con el leve frío mientras luchaba con sus emociones. Nunca había necesitado a nadie; ¿por qué ansiaba tanto su compañía?

Él le acomodó un rizo detrás de la oreja y ajustó con más firmeza el chal que ella se había echado apresuradamente sobre los hombros. Tenía la frente fruncida por la preocupación, mientras sus ojos azules brillaban como el océano al amanecer.

Se sentía como un pétalo de rosa a la deriva, sin saber adónde ir ni qué buscar. No tenía derecho a exigir que la abrazara, ni sabía si de verdad le importaba o si solo la veía como un entretenimiento.

¿Por qué se sentía ligada a él de forma tan inexplicable?

Apartando las preguntas y el torbellino de emociones hasta que no se reflejaran en su rostro, preguntó con ligereza:

—Nos han perseguido piratas asesinos y no se inmutó. ¿Cómo es que un simple desmayo lo asustó tanto?

Sus ojos descendieron a sus labios.

—Eso fue antes de que supiera...

—¡Dorothy! —gritó alguien.

—Fue Penélope —dijo Celine, sobresaltada.

—No —empezó él, pero ella lo ignoró, se escabulló bajo sus brazos y bajó corriendo las escaleras.

—Tengo que ver...

—Amy, detente —gritó George, y salió tras ella.

Ella ignoró sus llamadas y solo se detuvo al llegar al último escalón.

Penélope estaba de pie, sujetando la mano de Dorothy con firmeza. El duque fulminaba con la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Celine.

—Celine, ¿no dijiste que podía tener una mascota? Te lo pregunté —parloteó Dorothy en cuanto la vio.

—Sí, y dije que podías siempre que el duque estuviera de acuerdo —respondió Celine.

—Y lo estuvo, ¿verdad? Estabas en la habitación cuando se lo pregunté.

Celine asintió.

Dorothy se volvió hacia Penelope, triunfante.

—Te dije que tenía permiso para quedarme con una mascota.

—Dorothy, por favor, presenta a Celine a tu mascota —ordenó Penelope con voz tensa.

Dorothy tragó saliva, pero obedeció.

—Tommy, esta es Celine, la mejor hermana del mundo entero. Nunca se enfada y tiene el carácter más dulce… —Penélope hizo un ruido impaciente y ella se apresuró a continuar—. Y, Celine, este es mi mascota… Tommy, el deshollinador.

Celine se quedó boquiabierta, horrorizada, al ver al pequeño niño con la cara tiznada de hollín.

—¿Este es tu mascota?

Dorothy asintió.

—Mira su carita, ¿no es angelical? ¿Sabes que tiene que trepar por las chimeneas para limpiarlas? Y cuando crezca y sea más grande, se quedará atascado ahí arriba y no podrá bajar nunca. ¿Cómo iba a dejar que se muriera de hambre? Es la mejor mascota que he tenido jamás. Le encanta el pan con leche… aprende rapidísimo y, ay, no me obliguen a regalarlo.

Los labios de Penélope se curvaron hacia abajo.

—Charles, es tan pequeño. ¿No podríamos…?

—No —dijo el duque, pasando la mirada de Dorothy a su esposa con auténtico terror—. No vamos a tener a un deshollinador como

mascota.

George permanecía de pie detrás de Celine, irradiando una irritación contenida.

—¿No podemos adoptarlo? —suplicó Penélope, llevándose una mano al vientre.

—Dorothy, ve a la guardería. Deja a Tommy aquí —ordenó Celine con firmeza. Era hora de poner orden—. Penny, no puedes adoptar al niño. Su madre lo estará buscando. ¿Verdad? —preguntó, volviéndose hacia el pequeño.

El niño negó con la cabeza.

—Entonces tu padre te estará buscando.

El niño volvió a negar.

—¿Tienes casa?

Se encogió de hombros.

—¿Puedes hablar?

Se metió el pulgar en la boca.

—¿Cuántos años tienes?

Levantó seis dedos.

Celine suspiró y se llevó la mano a las sienes.

Lord Elmer la tomó del codo.

—Creo que el duque puede encargarse de este dilema. Tú necesitas descansar.

Le dolió admitirlo, pero tenía razón. Se dio la vuelta para marcharse cuando un sollozo masculino la hizo detenerse.

Hopkins, el ayuda de cámara del duque, lloraba a lágrima viva.

—Si no le importa, su gracia… ¿puedo quedármelo yo?

—Creo que yo estoy mejor preparada para hacerlo —dijo el ama de llaves desde detrás de un pilar.

—¡Es mi mascota! —chilló Dorothy desde la barandilla.

—Tal vez yo… —empezó Gunhilda.

Celine no oyó el resto. Lord Elmer la apartó de la escena, la subió por las escaleras y la metió en la habitación. La empujó dentro y cerró la puerta.

—Quédate —ordenó con firmeza—. Si hoy das un solo paso fuera de esta habitación, te arrepentirás.

Celine se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo. No se tomó la amenaza en serio, pero recordó el deseo sincero de él de que se cuidara mejor.

Así que, cuando oyó otro grito unos instantes después, lo ignoró y cerró los ojos. Se durmió casi al instante.

***

Celine se despertó a tiempo para la cena e insistió en reunirse con la familia en el comedor.

Penélope no discutió y ordenó a los lacayos que la llevaran en una silla de manos. Sir Henry bajó del mismo modo, y se cruzaron, saludándose cortésmente desde sus posiciones elevadas.

La mesa estaba llena de los platos favoritos de Celine, reluciendo de forma tentadora a la luz de las velas.

Después de servir el primer plato, Celine se arrepintió de haber ido, porque cada pocos minutos alguien le preguntaba cómo estaba o si necesitaba algo.

La trataban como a una inválida al borde de la muerte. Era insoportable, y todo aquel amor y atención la hacían sentirse peor.

—Es culpa mía —dijo el duque con suavidad—. Olvidé lo joven que eres y lo poco experimentada. Estaba tan centrado en Penelope que descuidé tu bienestar.

—No —se apresuró a decir Celine, horrorizada ante la idea de que un duque se disculpara con ella—. Es mi hermana, es lo que debía hacer.

El duque sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Eres de la familia, y supuse que me verías como tal y me contarías tus preocupaciones. Pero ahora veo que debo esforzarme más para ganarme tu confianza.

Celine se llevó una cucharada de sopa a la boca, de pronto sin saber qué decir.

Penélope rompió a llorar.

—Soy una hermana horrible.

Celine dejó la cuchara.

—No, eres la mejor.

Lloró con más fuerza.

Celine volvió a coger la cuchara y se metió otra cucharada apresuradamente.

Penélope hipaba mientras se secaba las lágrimas.

—Por favor —rogó Celine cuando sirvieron el siguiente plato—. Créanme, estoy bien. El cambio de estación y el agua de Londres me tienen algo indispuesta. No es culpa de nadie.

Nadie le creyó, y la culpa pesó en el aire.

Después de la cena, Celine se negó a volver a subir en la silla. Al bajarla antes, la silla se había balanceado en las escaleras y casi le habían dado ganas de devolver la cena.

George apareció a su lado para acompañarla a su habitación y le sujetó el codo con firmeza. No era algo apropiado para un caballero soltero con una dama bien criada, pero apenas provocó reacción en ella. En algún punto había aceptado que, por desgracia, él no era un caballero y nunca lo sería.

—Deberíamos ir a la biblioteca —dijo—. Estoy bien. He dormido toda la tarde.

—Esta noche no —respondió él con firmeza—. Necesitas descansar.

—Pero tenemos que hablar del plan de mañana. El tiempo se nos echa encima y tenemos que afinar los detalles. Hoy casi nos descubren.

Su urgencia no se debía solo a que Penélope estaba a punto de dar a luz y luego no tendría tiempo de buscar al poeta, sino también a que sus propias emociones fluctuantes empezaban a ser insoportables.

Necesitaba ver a Philly, entender mejor lo que sentía y, por fin, atar ese nudo suelto en su corazón.

Él la miró brevemente, con los ojos como dos lagos profundos. Una comisura de sus labios se elevó, y se rio, divertido por sus propios pensamientos.

—¿Qué? —preguntó ella, frunciendo el ceño—. ¿Se ríe de mí?

Negó con la cabeza, pero su sonrisa se ensanchó.

—Si no quieres dormir, no duermas, pero yo sí. Me he pasado el día inventando mentiras, y ese duque es un diablo astuto y difícil de

engañar. Me ha dejado el cerebro hecho puré. No podemos hacer nada serio con la cabeza tan blanda.

Ella estornudó y asintió a regañadientes.

—Oh, y que vuelvan sus luces —dijo él, tendiéndole un pañuelo blanco como la nieve.

Ella lo tomó y se sonó la nariz enrojecida.

—¿Qué pasó justo después de que perdiera el conocimiento? ¿Qué le dijo al duque?

—He trabajado con los mejores rufianes, canallas y estafadores, querida. Simplemente usé mi ingenio bien afilado y…

Se detuvo al ver su expresión.

—Voy al grano. En cuanto te desmayaste, te levanté y te llevé dentro. Y mientras la duquesa se ocupaba de ti y el duque de la duquesa, salí y le rogué a Gunhilda que confirmara que, efectivamente, nos había acompañado al paseo por la ciudad.

—¿Adónde haz dicho que fuimos? —preguntó ella, deteniéndose ante la puerta de su habitación.

—Le dije al duque que la hermana de Gunhilda vive cerca y estaba pasando por un pequeño apuro femenino. Te necesitaban para arreglarlo. Al duque le pareció prudente no indagar más.

—Ya veo. ¿Cómo convenciste a Gunhilda? No pensé que pudiera sobornarse.

—No la soborné. La chantajeé.

Celine soltó un gorgoteo sorprendido.

George lo tomó como un estímulo para continuar.

—Hace unas noches la pillé besando al cocinero en la cocina. Esa visión perturbadora resultó muy útil para hacerle entender nuestra situación esta noche. Bastó con mencionarlo una vez.

Celine estaba escandalizada, pero también divertida.

—¿Cómo pudo hacer algo tan horrible? —rio, frunciendo el ceño a la vez.

—Si no lo hubiera hecho, el duque habría insistido en que me casara contigo o me habría pegado un tiro en el corazón —dijo él, inclinándose hacia ella.

La expresión de sus ojos la hizo morderse el labio.

—Sí, ninguna de las dos opciones suena bien.

—¿Te habrías casado conmigo para salvarme la vida?

Se acercó más, y muy despacio levantó la mano hasta apoyarla junto a su cabeza.

La espalda de ella chocó contra la puerta, y miró su muñeca, ahora a distancia de un beso. El aliento se le escapó y tardó en volver.

La otra mano de él se deslizó hasta su cintura, y sus ojos se oscurecieron.

—Tú… —se humedeció los labios, sin saber cómo seguir—. Yo te…

—No —replicó él con firmeza, inclinando la cabeza para rozar su cuello.

El corazón de ella empezó a golpearle las costillas, ansioso por salir del pecho y ofrecerse a él en bandeja.

Sus labios dejaron pequeños besos en su piel, apenas perceptibles, como si se negara a darle más.

Ella quiso agarrarle la nuca y quejarse, quería más, pero en lugar de eso apretó los puños a los lados.

Sus dedos recorrieron suavemente su brazo, deteniéndose en el encaje de la manga. El pulgar raspó la textura y luego se tensó, como si le molestara.

Temió que lo arrancara.

Su voz llevaba un rastro de furia y algo más cuando le susurró al oído, exhalando un aliento caliente e inestable.

—Dime, Amy… ¿preferirías que el duque me disparara, o habrías aceptado casarte conmigo?

Ella oyó las palabras como si vinieran de lejos. Su aroma la mareaba. La estaba retando, desafiándola a ser audaz, frívola y nada sensata.

Su espalda se arqueó hacia él mientras su razón luchaba contra la furiosa señora Beatle que aullaba en su mente.

—Amy, ¿disparo o matrimonio? —la incitó. Sus dedos abandonaron el encaje, bajaron por su brazo y le pellizcaron la cintura para obligarla a concentrarse.

—Disparo —respondió ella con voz ronca y, aun así, su mano se deslizó hacia arriba, se aferró a las solapas de él y tiró, intentando atraerlo más cerca.

Él resistió sus intentos, como si la castigara por no rendirse por completo y por albergar a otro en su corazón.

Ella siseó, impaciente.

—No —le sujetó las manos, impidiéndole moverse, y apoyó la frente contra la suya, tan cerca que sus respiraciones se mezclaron. Aunque la temperatura había bajado, sus pieles ardían como si las hubieran rociado con fuego.

El ala de la mansión estaba inquietantemente silenciosa; el sonido de unos pasos se perdía en las alfombras gruesas y mullidas, y por eso no oyeron el peligro que se acercaba.

—Eres la única mujer a la que permitiría arrugarme el abrigo —dijo él, con los labios a un suspiro de los de ella.

—Me siento privilegiada —respondió ella con inseguridad, mientras su boca se abría en invitación.

—¿Qué están haciendo? —dijo Penélope.

Se separaron de un salto.

—¿Qué estaban haciendo? —repitió Penélope. Alzó una ceja y dio unos golpecitos con el pie mientras esperaba respuesta.

—Había una mosca en su ojo —respondió George, con un tono admirablemente firme—. Sí, una mosca en su ojo, que estaba retirando.

—Tiene razón, una mosca en este ojo —se apresuró a confirmar Celine. A modo de añadido, aleteó las pestañas y parpadeó el ojo derecho.

—Parece que estás teniendo algún tipo de espasmo, Celine —dijo Penélope—. Pensé que se estaban besando.

—Deberías estar en la cama —murmuró Celine—. Vete a la cama.

—No puedo dormir cuando tengo hambre —replicó Penélope.

—¿Qué quieres? Te lo llevaré a tu habitación. No tienes permitido andar por ahí —respondió Celine.

—Quiero el pescado más apestoso de la cocina y que le echen un chorrito de miel por encima —pidió Penelope.

—Te lo llevaré.

Los ojos de Penélope se entrecerraron.

—No. Mi doncella lo llevará. Tú también necesitas descansar. Deja de malcriarme.

Celine vaciló un instante, pero ante dos miradas reprobatorias, al final asintió y aferró el picaporte de la puerta de su habitación, frío bajo sus dedos, y la abrió con cuidado.

Satisfecha, Penélope dirigió la mirada hacia George. Lo examinó de arriba abajo y otra vez de arriba abajo, con expresión dubitativa, mientras se alejaba arrastrando los pies hacia su cuarto.

—Tengo que irme —murmuró Celine, apenas mirándolo a los ojos.

—Espera —la llamó él.

Ella lo ignoró y, sujetándose las faldas, echó a correr hacia las cocinas en lugar de entrar en su habitación. Temía que la hubiera seguido al cuarto y que volvieran a perder la cabeza… quizá tanto que ya no lograran recuperarla.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

A la noche siguiente, Celine salió a gatas de detrás de la planta en maceta y, todavía a cuatro patas, avanzó hacia su dormitorio. Había conseguido evitar a Lord Elmer desde la noche anterior, aunque en ocasiones se había visto obligada a recurrir a medios poco decorosos.

Lord Elmer —reflexionó mientras doblaba la esquina y pasaba entre las piernas atónitas de Perkins— era el tipo de hombre que hacía que el aire a su alrededor se retorciera y se volviera propicio para las travesuras.

Siempre que estaba cerca, por algún motivo su cerebro olvidaba cada línea del *Libro de la erudita señora Beatle para damas inglesas consumadas* y, en su lugar, la hacía sentirse como una mozuela ateniense.

Por eso, pensó mientras esquivaba las rodillas de Hopkins, había decidido dejar de pasar tiempo con Lord Elmer.

A decir verdad, no era culpa de Lord Elmer. Era el beso, que la acechaba en cada oportunidad. Cada vez que él se acercaba, el beso se convertía en una presencia casi tangible que revoloteaba en segundo plano, al acecho, tentadora y burlona, y con cada día que pasaba se acercaba un poco más. La noche anterior había estado a un suspiro de volver a estrellarse contra su cara.

No podía seguir besándolo. ¿Acaso su corazón no pertenecía a otro?

¡Cielos! Aquel hombre era como un fruto prohibido que ella deseaba mordisquear con desesperación. Tentador, seductor, llamándola como un maldito tritón.

Suspiró al incorporarse y entrar en su cuarto. Tenía que ser fiel a su Philly. En cuanto a Lord Elmer, lo mejor era evitarlo por el momento, o al menos hasta que las mariposas en su vientre, que empezaban a dar volteretas con solo verlo, se calmaran.

Y si no tenía más remedio que encontrarse con él, esa misma noche, por ejemplo, en la cena, se aseguraría de llevar siempre una chaperona.

La presencia de otros le impediría saltar por encima de la mesa, tomarle el rostro entre las manos y… detuvo ese pensamiento antes de que avanzara y abrió las ventanas de par en par. Sacó la cabeza al aire nocturno y jadeó un rato. El hedor frío del aire londinense pronto apagó cualquier idea de Lord Elmer y de besos.

Empezó a vestirse para la cena. Eligió el heliotropo con rosas rosadas, que le sentaba especialmente bien, e hizo que Gwerful le arreglara el cabello dos veces. Por una vez, permitió que un pequeño rizo escapara del moño y rozara su frente.

—¿Quiere verse bonita para la cena especial, señorita? —preguntó Gwerful al colocar el último alfiler.

—¿Cena especial?

—Sí, Lord Elmer quiere cenar al aire libre.

—¿De verdad? —preguntó Celine, divertida—. ¿Con este clima y además por la noche?

—Creí que lo sabía, señorita.

Celine se calzó unas suaves zapatillas doradas.

—Lord Elmer tendrá que cenar solo. Ni sir Henry ni la duquesa pueden aventurarse afuera.

—Pero en la cocina recibieron instrucciones de preparar una cesta para todos, incluso para sir Henry. Mary me dijo que se lo había dicho la propia ama de llaves.

—Entonces tendremos que decepcionarlo —dijo Celine, dándose un último vistazo en el espejo.

—Amy —la saludó George. Parecía haber estado merodeando fuera de su habitación, esperando pillarla a solas—. Estás preciosa. La duquesa me dijo que hoy te sentías mucho mejor.

Habló como si no hubiera pasado absolutamente nada la noche anterior. No había pasado, pero podría haber pasado. Celine frunció el ceño.

—Lord Elmer, no puedo salir. Está demasiado oscuro y no tenemos chaperona. Penélope espera que cene con ella…

—Pero esto es por la duquesa —la interrumpió.

—El duque jamás lo permitirá.

—Pero lo ha permitido —replicó George, sonriendo.

Celine frunció el ceño.

—No lo entiendo.

Él no respondió y, en su lugar, la condujo hacia el comedor.

—Tal vez esto lo explique —dijo, abriendo las puertas de par en par.

Celine se quedó boquiabierta ante la escena.

El comedor era una estancia sobria y elegante, creada para que cualquier invitado de Blackthorne se sintiera sobrecogido por su grandeza. Era amplio, con un techo alto del que colgaba una exquisita lámpara de araña.

Y ahora, solo la lámpara permanecía.

La larga mesa con sus candelabros de plata, las sillas antiguas con tapicería de brocado dorado y la alfombra rojo oscuro de dibujos en espiral habían desaparecido. La sala se había transformado.

Parecía que George había decidido que, puesto que la familia no podía comer al aire libre, el exterior debía entrar y cenar con ellos. El suelo estaba cubierto por una alfombra verde oscuro y la habitación se hallaba repleta de plantas en maceta y flores fragantes.

Las ventanas estaban abiertas de par en par, y una brisa con un toque de lluvia recorría la estancia con deleite. El verdor era tan espeso y exuberante que casi hacía creer que se estaba al aire libre. El comedor estaba además encantado por pequeñas lámparas de cristal que titilaban por decenas.

En el centro de la sala había un mantel cuadrado y luminoso sobre el que se amontonaban frutas, pan, carnes frías, empanadas y quesos. A Penélope y a sir Henry les habían dispuesto cómodas otomanas cargadas de cojines, mientras que los demás debían sentarse en el suelo. Sorprendentemente, incluso Dorothy tenía permiso para unirse a la cena.

—Qué idea tan maravillosa —dijo Celine, dando palmas.

Penélope sonrió de oreja a oreja.

—Lord Elmer puso a toda la casa a correr de un lado a otro para organizar esta cena. Era una sorpresa para animarme. Incluso Charles aceptó a regañadientes. ¿No es fantástico?

Celine se volvió hacia él, con los ojos brillantes.

—Gracias —dijo. Lo había hecho por la duquesa y, aun así, en el fondo sentía que también lo había hecho por ella.

Él le devolvió la sonrisa.

Por el rabillo del ojo, Celine vio a Penélope dar un codazo al duque y señalar en su dirección. Cuando Penélope empezó a fruncir los labios y a chasquearlos, preguntó en voz alta:

—¿Qué tenemos para cenar?

—Limonada, bizcocho de limón, bizcocho de manteca y galletas —anunció Dorothy.

—Ensalada, empanadas, ternera, pollo, cerdo, pescado, huevos cocidos, pavos reales, liebres salvajes y pan —añadió Penelope con el mismo entusiasmo.

—Puré de guisantes para mí —gruñó sir Henry.

—Y un vino excelente —murmuró el duque—. No sé cómo acepté esto.

—Porque me amas y sabías que eso me haría feliz —dijo Penélope, sonriendo a su marido gruñón.

—Has hecho felices a todos —dijo George, dando un mordisco a un trozo de queso. Sus ojos estaban puestos en Celine.

Ella se sonrojó y tomó una uva.

—Sal —ladró sir Henry desde lo alto de los cojines de seda.

Dorothy agarró el salero de marfil y se lo lanzó a sir Henry.

—Atrápalo.

Celine observó, horrorizada, cómo sir Henry entraba en pánico y se balanceaba peligrosamente; los cojines de seda no ofrecían suficiente agarre para que sus calzones se mantuvieran firmes. De algún modo recuperó el equilibrio y, al mismo tiempo, golpeó el salero. Este salió volando por el aire, la tapa se desprendió y los finos granos de sal cayeron como lluvia sobre toda la comida.

—Lo siento —le tembló el labio a Dorothy, arrepentida—. No lo pensé.

—No importa —la tranquilizó Penélope—. Podemos quitar la sal.

Celine le dio unas palmaditas en la cabeza a Dorothy.

—La mayor parte de la comida está bien, Dory.

—A mí me gusta la comida salada —añadió George.

Incluso sir Henry y el duque murmuraron algo reconfortante.

Dorothy sonrió, y el ambiente alegre pronto volvió a extenderse por el comedor.

Celine regresó a mordisquear su pan mientras George intentaba cruzar miradas con ella. Ella fingió no darse cuenta.

Él le lanzó un bocado.

Ella se lo apartó y le dio la espalda.

Con la excusa de alcanzar la mantequilla, George se deslizó un poco más cerca de ella, de modo que su rodilla rozó la de Celine.

Ella se sonrojó y lo miró por el rabillo del ojo.

George sonrió, colocó un cojín sobre la mano de ella y se quedó sosteniéndola, la mano, no el cojín.

—Lord Elmer —susurró Celine, horrorizada—. ¿Qué está haciendo?

—Quiero hablar contigo, y esta es mi manera de asegurarme de que no salgas corriendo antes de que termine lo que tengo que decir —respondió en voz baja.

Celine tiró de su mano. El corazón le retumbaba en el pecho.

—Por favor, no voy a huir. El duque va a ver…

—No lo hará —respondió George con seguridad—. Me has estado evitando todo el día.

Su mano se cerró con más fuerza sobre la de ella.

Celine giró la mano dentro de su agarre, pero no demasiado, o el cojín se movería.

—Por favor, el duque ha notado que pasa algo. Nos está mirando.

—Déjame hablar rápido… —empezó George, cuando un grito lo interrumpió.

Penélope había gritado porque sir Henry se había caído de su cojín.

—Maldito trasto inútil —rugió sir Henry.

—Amy —George tiró de su mano—, escucha.

—Condenados cojines, idos al diablo empanado —vociferó sir Henry mientras los lacayos lo sostenían en alto para recolocar los cojines.

—Tranquilo, tranquilo —lo calmó Penélope.

—¿Puedo tener más helado de moscatel? —exigió Dorothy.

—Esta es una cena de despedida —George perdió por fin la paciencia y gritó por encima del estruendo—. Me voy esta noche, Amy. Esto es un adiós.

Celine se volvió hacia George, conmocionada. La comida, el corsé clavándosele en las costillas y sir Henry, que ahora cantaba a voz en cuello una canción de batalla, se desvanecieron en segundo plano. Se iba. Su mano se enfrió dentro de la de él y, de pronto, una tristeza insoportable la inundó.

—No, no te vas —dijo Penélope, que había oído a George—. Tienes que quedarte. Por favor, di que te quedarás.

Celine asintió con fervor.

—Lo siento. Ayer por la mañana recibí un mensaje urgente de un amigo. Iba a decírtelo, pero entre el desmayo de Celine y que Gunhilda adoptara al deshollinador… no tuve ocasión —se disculpó George.

—Es una lástima —dijo el duque, animándose—. ¿Cuándo te vas?

—Esta noche.

—Si necesitas un carruaje, dímelo —dijo el duque, con una amabilidad sorprendente.

—Gracias —respondió George.

Celine se negó a mirarlo. ¿Cómo podía hacerle eso? Le había prometido ayudarla y ahora se marchaba.

—¿Tu amigo está en Londres? —preguntó Penélope, con la mirada saltando de Celine a George.

—Sí —respondió él, sin apartar los ojos de Celine.

—Entonces puedes venir a nuestra cena de mañana —dijo Penélope, complacida.

—¿Qué cena? —preguntaron a la vez el duque y George.

Penélope pellizcó con fuerza al duque y sonrió a lord Elmer.

—La amiga de Anne, Sophia, viene a cenar mañana. Anne es mi cuñada y Sophia, su amiga íntima, es como de la familia. ¿Se uniría a nosotros, lord Elmer, para que sea una cena pequeña?

Celine mordió el pollo frío y masticó. Sabía perfectamente que Sophia no tenía pensado venir a cenar. Penélope acababa de decidir invitarla hacía un momento.

—No estoy seguro —dudó George.

—Trae a tu amigo —insistió Penélope.

—Yo no… —empezó a decir el duque. Penélope le metió un trozo de pastel en la boca.

—No creo que mi amigo pueda venir, pero yo sí —aceptó por fin George. Penélope no le había dejado salida, y no podía ser grosero con una duquesa.

Celine pasó el resto de la cena picoteando aquí y allá. Había perdido el apetito.

***

—Necesito explicarte —empezó a decir lord Elmer.

—No, no necesitas —lo interrumpió Celine. Había decidido no ir a la biblioteca después de la cena. No veía sentido alguno. No tenían nada que hablar. Encontraría a Philbert por su cuenta. Y mientras decidía no volver a ver jamás a lord Elmer y mantenerse alejada de la biblioteca, sus pies la llevaron exactamente adonde no quería ir.

Estaba en la biblioteca, sentada frente a George.

—Han secuestrado al cocinero —le recordó George.

—¿El cocinero? —preguntó ella, confundida.

—Sí, el cocinero de Blackthorne. Recuerdas, en Inglaterra los cocineros están desapareciendo y reapareciendo porque los piratas los secuestran. El mismo pirata que busca la receta de su abuela. La receta que yo robé.

—Ah.

—Tengo que irme, ¿no lo ves? El cocinero sabe quién soy. Los piratas lo interrogarán y, si menciona al huésped que se aloja en la mansión Blackthorne, todos ustedes estarán en peligro. La duquesa es vulnerable, y ya no soporto la idea de que te ocurra algo a ti…

Los ojos de Celine se abrieron y el corazón empezó a latirle con fuerza.

Él continuó con calma:

—Y a Dorothy, a sir Henry, al duque y a los sirvientes.

—Lo entiendo —respondió Celine, mientras su enojo se disipaba.

Se quedaron en silencio, mirando la chimenea apagada. Sus manos, enfundadas en guantes de satén verde esmeralda ribeteados con encaje, reposaban inertes sobre la mesa, mientras los dedos

desnudos de él estaban a un suspiro de distancia. George extendió el meñique y rozó el pulgar de ella.

El contacto le atravesó el corazón desdichado, y Celine deseó agarrarle la mano y mantenerlo a su lado para siempre. Se había acostumbrado a su presencia, y aquella despedida repentina la hacía sentirse terrible.

—Me cuesta marcharme —dijo de pronto, haciéndose eco de sus pensamientos—. Y tengo curiosidad.

—¿Curiosidad?

—La duquesa parece una joven razonable, ¿o hay un lado oculto de ella que no alcanzo a ver?

—¿Eh? Penny es maravillosa.

—Entonces, ¿por qué te esfuerzas tanto por complacerla a costa de tu salud?

Celine guardó silencio.

Él preguntó con suavidad:

—¿No debería preguntar? Si necesitas ayuda para marcharte de aquí…

—No, has entendido mal. No es ella la terrible, soy yo.

Frunció el ceño.

—Explícamelo.

Ella apartó la cabeza y se quedó mirando las llamas vacilantes de la chimenea mientras hablaba:

—Penélope es mi hermanastra. Su madre murió al darla a luz y mi padre se casó con mi madre poco después. Mi madre a menudo me consentía a costa de la felicidad de Penélope. Fue cruel con ella, le arrebataba las cosas bonitas y me las daba a mí. Al principio seguí las enseñanzas de mi madre y traté mal a Penny. Fui horrible con ella.

—Ya veo.

—Luego, cuando crecí un poco, me di cuenta de que ser cruel con Penny, que no tenía madre, y tratarla como si no fuera parte de la familia, estaba mal. Intenté defenderla, pero mi madre se negó a escucharme, así que traté de ayudar a Penny. De protegerla de su propia familia, y nos hicimos muy unidas. Nunca me culpó, nunca

guardó rencor, y hasta me llamó a Londres y me prometió una temporada el año que viene.

—¿Te sientes cargada de culpa?

—Tengo el corazón pesado de remordimiento y no quiero que sufra más. Ya sufrió suficiente al crecer. Amo a mi madre, pero también amo a Penny y veo la injusticia que tuvo que soportar. Si yo no hubiera nacido, quizá mi madre la habría tratado mejor.

—Tienes un buen corazón. A muchas jóvenes les habría resultado más fácil seguir los deseos de sus padres, así que tu intento de enmendar las injusticias del pasado es admirable. Deja de castigarte. Ella es feliz ahora.

A Celine le escocieron los ojos por las lágrimas y parpadeó con rapidez, deseando que volvieran a sus ojos y no rodaran por sus mejillas.

Le ofreció su pañuelo y ella negó con la cabeza, con los ojos fijos en sus manos que aún se tocaban. Se aclaró la garganta y dijo:

—Gracias por toda su ayuda. Se lo agradezco.

Como él no respondió, continuó:

—Supongo que esto es una despedida. Vendrá a cenar mañana… En realidad no es un adiós todavía, salvo que…

—No será lo mismo —terminó él por ella.

Ella alzó la vista y lo encontró mirándola. Bajó las pestañas apresuradamente y se removió con nerviosismo en la silla. No quería que viera la fina capa de lágrimas que le velaba los ojos.

lágrimas que no eran solo por su hermana, sino también por esta despedida inevitable.

—Buenas noches, Celine —dijo él en voz baja.

Ella se puso de pie, se alisó las faldas y se dirigió hacia la puerta. A mitad de camino se detuvo y se volvió.

Él seguía mirándola.

Sonrió con vacilación.

—Puede llamarme Amy.

Él asintió, con una expresión indescifrable.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Avanzó lentamente hacia su habitación, como si estuviera esperando algo, aunque no sabía muy bien qué.

Se detuvo dos veces y miró hacia atrás. En ambas ocasiones, el pasillo estaba vacío.

Más tarde, cuando apoyó la cabeza en la almohada, no le sorprendió descubrir que tenía las mejillas húmedas de lágrimas. Aquella sensación horrible y punzante que le revolvía el estómago era algo que nunca había experimentado antes.

Ni siquiera cuando Philly se había marchado.

Hundió la nariz en la almohada e inhaló con rapidez el aroma a lavanda. El cuerpo le pesaba y la mente se le sentía exhausta, como si de pronto sus deberes y preocupaciones fueran demasiado para sobrellevarlos sola.

Nunca se había sentido incómoda haciendo las cosas por su cuenta, pero tampoco había tenido nunca un compañero de fechorías. Ahora que había probado lo divertido que era, le costaba resignarse a volver a sus viejas costumbres.

Extrañaría a su nuevo amigo: fue el último pensamiento que tuvo antes de quedarse dormida.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO

Perkins, Hopkins, Gwerful y Mary confirmaron que George efectivamente había abandonado la mansión. La noticia hizo que Celine se sintiera como si a Blackthorne le hubieran cercenado uno de sus miembros más queridos y lo hubieran trasladado a un lugar inalcanzable. Su único consuelo era que lo vería en la cena de aquella noche.

Pasó el día entero abatida, deseando que el reloj de péndulo avanzara más deprisa, pero el tiempo, como de costumbre, se mostró caprichoso: se arrastraba cuando ella quería que volara.

Incluso Penélope parecía descompuesta tras la partida de George, pues en el desayuno apenas comió tres huevos, pan con manteca, unas galletas especiadas, algunas lonchas de carne fría y una pera. En cuanto a Dorothy, la pobre lloró, gritó y pataleó hasta que incluso lady Bathsheba terminó con lágrimas en los ojos. El duque, por su parte, pasó el día silbando una melodía alegre.

—¿Va a un baile, señorita? —preguntó Gwerful mientras prendía un broche reluciente en la túnica egipcia de satén azul de Celine, entretejida con finos hilos de plata y rematada con bellotas plateadas.

—No —respondió Celine, colocándose unos zafiros azules en los lóbulos.

—Entonces ¿va a algún sitio especial? —insistió Gwerful.

—No. ¿Por qué? —Celine apoyó el chal blanco de cachemira en un hombro y el mantón de encaje gris suave sobre el otro.

Gwerful señaló el mantón con gesto aprobador.

—Porque hoy está poniendo muchísimo empeño en su atuendo.

—Solo me arreglo para la cena, Gwerful. Supongo que puedo esmerarme un poco en mi toilette en una ocasión así.

—Sí, pero la cena es a las seis de la tarde, señorita, y ahora mismo apenas son las dos.

Celine abrió la boca para reprenderla y volvió a cerrarla. Su doncella tenía razón. ¿Qué demonios le pasaba? Nunca se pasaba tanto tiempo acicalándose frente al espejo como una imbécil. Se quitó el vestido, devolvió el mantón al armario y guardó los pendientes en el joyero.

—Saca la seda topo —dijo en voz baja.

—Lo siento, señorita. Pensé que estaba preciosa de azul… ¿No es la seda topo demasiado apagada?

—La topo servirá.

Gwerful asintió y obedeció.

Celine entró en el Salón Azul en punto a las seis. Vestía la seda topo, llevaba el cabello recogido en un moño bajo y un fino collar de oro era su único adorno. Tenía un aspecto sensato y se sentía miserable.

La señorita Sophia Leech entró justo detrás de ella.

—Sophia —Penélope le ofreció los dedos—, estás pálida como un cadáver. Resulta positivamente encantador. ¿Cómo lo has logrado?

—Es un nuevo tónico de Francia. Te enviaré una botella —respondió Sophia, besando el aire frente a los dedos de Penélope.

—¡Señorita Leech! —exclamó George en cuanto entró en la sala.

—¡Geo!… quiero decir, lord Elmer —chilló Sophia.

Celine observó el saludo entusiasta con mirada avinagrada. Sophia estaba exultante y George complacido, mientras ella se sentía como un lagarto que cambia de color y se mimetiza con los muebles de la estancia. Nadie la había saludado aún.

—¿Deduzco que se conocen? —preguntó Penélope.

—Sí, lord Elmer y yo nos conocimos hace mucho tiempo. Lo conocí cuando aún estaba en Oxford. Solía ir a ver a mi hermana mayor, Jane. Eran muy cercanos —sonrió Sophia—. Y estoy segura de que, si mi hermana no hubiera estado ya casada con ese viejo sapo del mayor Wright, se habría casado con lord Elmer. El mayor Wright ya está muerto, lord Elmer. Un pájaro dejó caer una tortuga sobre su cabeza y se la abrió de par en par. Quiero decir, se rompieron tanto el caparazón de la tortuga como la cabeza del mayor. Ni el mayor Wright ni la pobre tortuga sobrevivieron. Jane todavía sigue celebrando el funeral de su marido.

George se aclaró la garganta y, por fin, sus ojos se posaron en Celine.

—Señorita Fairweather —dijo con calidez.

A Celine se le cayó la mandíbula. La había llamado señorita Fairweather. ¿Desde cuándo se atenía tan estrictamente a la corrección? Ella respondió con una fría inclinación de cabeza.

—Dígame, lord Elmer, ¿cuánto tiempo se quedará en Londres? —preguntó Sophia, abriendo el abanico y agitándolo con entusiasmo.

—¿Le apetece un poco de té? —interrumpió Penélope.

—No, gracias —respondió Sophia, y volvió a girarse hacia George. La punta del abanico descansó sobre su manga—. Debería haber venido a visitarnos, lord Elmer —puchereó—. Mamá se habría alegrado muchísimo de verlo.

—No tanto su padre —replicó George sonriendo—. La última vez que me atreví a poner un pie en su casa me persiguió con un enorme rifle de caza.

—No debería haberse colado en el dormitorio de mamá… o al menos no debería haberse dejado atrapar entrando —lo regañó Sophia.

—¿Quiere un poco de café? —volvió a interrumpir Penélope.

—No, y lord Elmer...

—¿Entonces vino? —insistió Penélope.

—De verdad, no hace falta...

—Debe probar la limonada.

—Sinceramente...

—Sophia —fue Penelope al grano—, ¿sabías que Celine y lord Elmer están comprometidos? ¿Por qué no los felicitas?

Tres mandíbulas se abrieron de golpe.

Sophia cambió de color como un melocotón que madura a toda velocidad: primero se puso verde, luego rosa y, finalmente, de un rojo amarillento.

—No lo sabía… les deseo… ¿Cuándo es la boda?

Celine se puso en pie de un salto.

—Penny, quiero decir, la duquesa necesita retirarse un momento a su habitación. Debe tomar un tónico. Un tónico muy amargo.

Penélope la siguió dócilmente.

Celine se plantó con las manos en las caderas.

—¿En qué estabas pensando? ¿Cómo se te ocurre decirle que estoy comprometida con lord Elmer?

—Solo intentaba acelerar las cosas —respondió Penélope con aire culpable—. Además, Sophia estaba coqueteando con él y no me gustó verte sufrir.

—No estaba sufriendo.

—Parecía que estabas sufriendo.

—Penny, esto es un lío. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Y qué sucede con lord Elmer? ¿Qué va a hacer él?

Penelope se llevó una mano al estómago y con la otra se tocó la frente.

—Voy a tener un bebé. A las mujeres en mi estado hay que cuidarlas y no regañarlas jamás… Creo que me duele la cabeza y, oh, he sentido un pinchazo muy claro en el vientre. Creo que voy a tener al bebé ahora mismo…

Celine negó con la cabeza, asqueada, y regresó al Salón Azul. No creyó ni una palabra de los dolores míticos de Penelope.

De vuelta en el Salón Azul, Sophia había retomado su flirteo con George. Parecía una de esas mujeres que creen que, si un hombre no está casado, es terreno libre para todas. Y, claramente, a Sophia le gustaba jugar… y mucho.

A partir de ahí, Celine pasó toda la cena apuñalando su comida en silencio mientras escuchaba a George y a Sophia coquetear y rememorar los viejos tiempos. Se enteró de la fiesta en la casa de campo de lord Clifton, donde George y Sophia habían pasado una semana. George se pasó cuatro días persiguiendo todo lo que llevaba falda. Las faldas, a su vez, lo persiguieron a él hasta que, por fin, lady Clifton le declaró su amor en público. Lord Clifton perdió la paciencia y también empezó a cazar a George, pero con un rifle y fuera de la propiedad.

El duque crujió ruidosamente un hueso de pollo mientras Penélope sorbía el vino. Sophia, tan sensible como un bloque de madera, no captó la indirecta y siguió parloteando.

Y George… George animaba a Sophia.

Celine sintió que ya no lo conocía. El duque les había advertido que era un flirteador incorregible, pero de algún modo lo había olvidado. Creyó que podía confiar en él y, sin embargo, tras oír todas aquellas historias escandalosas, se sintió confusa. Él le había mentido y contado historias disparatadas. Piratas lo perseguían, había sido pirata, espía y ladrón… un canalla.

Lo vio guiñarle el ojo a Sophia y el corazón se le encogió. *Coqueteaba* con todo lo que llevaba falda.

Cuando terminó la cena, se trasladaron al salón familiar. Sophia acarició el piano y dejó caer con picardía:

—Lord Elmer, sé que baila extraordinariamente bien.

Celine tocó una melodía con la que lord Elmer y Sophia bailaron. Aporreó las teclas, irritada porque Sophia supiera que lord Elmer sabía bailar y ella no. ¿Qué más no sabía de él?

Celine terminó de maltratar el piano y se retiró a un rincón con una taza de té.

Mientras tanto, Sophia había pasado de rozarle la manga a lord Elmer con la punta del abanico a tocarle la manga sin abanico. Ahora estaba sentada, animándolo a que le diera un sorbo de brandy.

Penélope se levantó y se acercó a Sophia. Fingió tropezar con ella y le derramó en el regazo un vaso de tónico de olor empalagoso.

—Lo siento muchísimo —dijo Penélope, sin parecer en absoluto arrepentida—. Llamaré al carruaje. No podemos permitir que se quede aquí mojada y chorreando. Podría coger un resfriado terrible.

Y con eso, Sophia se marchó.

En cuanto se fue, Penélope y Celine se volvieron hacia George.

Él sonrió.

—Velada estupenda, ¿eh? Una pena que la señorita Leech tuviera que irse tan pronto.

—La velada fue espantosa y la señorita Leech, horrorosa —gruñó Penélope.

—Penny —la reprendió Celine con tibieza—, no deberías hablar así de una invitada.

—Es la verdad, Celine, y en cuanto a su comportamiento, lord Elmer, estoy decepcionada —dijo Penélope, negando con la cabeza

con tristeza.

—Oh, no diga eso —suplicó George—. Siéntase de cualquier forma menos decepcionada.

—No estoy nada más que eso: decepcionada —recalcó Penélope.

—¿Pero por qué demonios? —estalló George.

—Está comprometido con Celine —le informó Penélope — y, en cambio, estaba flirteando con esa criatura.

—Estamos comprometidos —dijo Celine con sequedad—, en tu cabeza, Penny.

—La señorita Leech es bastante agradable —añadió George—. Solo hay que profundizar un poco.

Penélope y Celine fulminaron a George con la mirada.

George parpadeó, confundido.

—Me pasé toda la noche excavando con la mejor pala del país e, incluso después de horas y horas hurgando en la cabeza y el corazón de la señorita Leech, no encontré nada: nada, lord Elmer. Esa mujer está hecha de bolsas de papel vacías y bolas de algodón —hirvió Penélope.

George se volvió hacia Celine.

—Buenas noches, lord Elmer. Si me disculpa, me duele la cabeza —respondió ella a su pregunta silenciosa.

—¿Eh? —George miró suplicante al duque, que había pasado astutamente la última parte de la velada merodeando por rincones tranquilos.

El duque se encogió de hombros.

—Espero verla en Boodles algún día.

Con eso, la cena llegó a su fin.

***

Celine no se fue a la cama de inmediato. Primero pasó una hora solitaria en la biblioteca, contemplando mapas de Londres. La tarea de encontrar a su Philbert había dejado de ser divertida. Su mente no dejaba de volver al hermoso hoyuelo de George, apareciendo y desapareciendo para diversión de Sophia. Una vocecita suave en su cabeza le preguntó si estaba celosa.

—No —informó Celine a las estanterías—, no estoy celosa.

Las estanterías, a su vez, parecieron escépticas.

Decidió que ya era hora de acostarse.

Celine se metió en la cama y apagó la vela. Cerró los ojos y empezó a repasar lo ocurrido aquella noche. Acababa de terminar de señalar los defectos del vestido de la señorita Sophia Leech cuando una mano le cubrió la boca.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

—No grites —advirtió George.

Celine asintió y le mordió el dedo.

George chilló.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Qué hace en mi habitación? —replicó Celine, furiosa.

—He venido a hablar de nuestro próximo paso.

—¿Qué paso?

—Encontrar a tu cretino. Quiero decir, a tu poeta —respondió—. Dime, no pensarías que iba a abandonar la búsqueda, dejarte plantada y abandonar el barco, ¿verdad?

—Pensé que ahora sería imposible, con usted fuera de la mansión.

—No puedo verte durante el día, pero nada nos impide vernos por la noche.

—Lord Elmer —dijo Celine con severidad, aunque el corazón le cantaba—, creí que ya nos habíamos despedido.

George dejó la vela sobre la mesa y se sentó a su lado.

—¿Creíste que te despedías de mí? ¿Para siempre?

Ella asintió.

—¿Y ni siquiera derramaste una lágrima?

Había llorado a mares, pero no podía decírselo. Así que guardó silencio.

—Sí lloraste —la pinchó él.

—No.

—Sí.

—No.

—Mentirosa —dijo, moviendo un dedo y guiñándole un ojo al mismo tiempo—. Lloraste desconsoladamente cuando creíste que no volverías a ver mi hermosa cara.

Celine empezó a reír.

—Lord Elmer, no podemos vernos así.

—Pero es la única manera. Los sirvientes dirán a los piratas que he dejado la mansión, y yo podré colarme de noche como un ladrón para verte y hablar del siguiente paso. Todos estarán a salvo y podremos seguir con nuestros planes. Es la solución perfecta.

—No lo creo. Si alguien lo encontrara en mi habitación, estaría arruinada...

—¿Por qué la sociedad trata a las mujeres como si fueran mangos? Si no se las trata de cierta manera, se pudren. La mejor forma de conservarlas es encurtirlas o secarlas al sol. Es ridículo. No me gustan las mujeres encurtidas ni secas...

Celine le tocó la mejilla, deteniendo su perorata.

—Es dulce —susurró.

Él giró el rostro y besó la palma de su mano.

A ella se le saltó el corazón.

—Lo encontré —le dijo de pronto.

Por la manera en que lo dijo, Celine supo que esta vez era verdad.

Saltó de la cama y empezó a pasearse por la habitación.

—Siento no habértelo dicho antes, pero robé el cuadro de tu poeta y se lo mostré a un artista. Dijo que lo que creíamos que era la joroba de un camello y tres palos era, en realidad, un tridente, y que el cerdo no era un cerdo ni un riñón, sino el diablo. De ahí Ludsthorpe—

—¿Quién?

—Ludsthorpe… Tu poeta se encuentra en El Tridente del Diablo. Es una posada de jugadores. Pasé todo el día engrasándole las manos al posadero. Me dijo que tu poeta visita la posada a diario.

Celine inspiró con fuerza.

—Sí que lo encontró.

Él se detuvo.

—Te dije que lo haría.

Sus ojos se abrieron de par en par. Había encontrado a su Philbert.

—¿Estás feliz? —preguntó él con suavidad.

Ella asintió cuando él se acercó.

—No lo pareces —dijo, arrodillándose junto a la cama.

—Sí lo estoy —insistió.

Él le tomó la mano.

—Nunca vi a alguien menos feliz.

—Solo estoy sorprendida. Nunca pensé que volvería a ver a Gilly, eh, quiero decir, a Philly. Es inesperado, repentino…

Se quedó callada. No sabía cómo se sentía y, con George sosteniéndole la mano sin guantes, le resultaba aún más difícil concentrarse en su querido poeta.

George tiró de su mano, acercándola.

—¿Es diferente?

—¿Qué cosa? —preguntó ella con voz ronca.

—¿Besar a alguien a quien amas?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nunca he besado a alguien a quien haya amado. Solo a chicas que me gustaban. ¿Es distinto?

—Cielos, ¿fue esa la campana de la iglesia? Ya pasó la una, mi lord, es hora de dormir.

—Encontré a tu poeta.

—Creo que me retiraré ahora. Podemos vernos mañana en el manzanar y hablar del resto.

—Tienes que ayudarme ahora.

Estaba en medio de un bostezo fingido cuando se rindió y cerró la boca.

—¿Cómo?

—Empecemos con un beso —dijo con picardía— y luego podrás juzgar y decirme la diferencia.

—¿Empezar con un beso? —reflexionó—. ¿La señorita Sophia Leech lo ha dejado sin juicio? Ya nos hemos besa... —se aclaró la garganta—. Váyase.

—¿Estás celosa?

Ella le lanzó una almohada a la cabeza.

Él la atrapó y la olfateó, con los ojos entornados.

—Suena a celos.

—Lord Elmer —advirtió ella.

Él la ignoró y se inclinó hasta que su nariz casi rozó la de ella. Su voz era grave y baja, muy distinta del tono ligero y jovial que había

usado durante la cena.

—Tan leal. Cuando pones el corazón en algo, no se mueve ni un ápice. Nunca nadie me ha adorado tanto, ni siquiera mi familia. Soy codicioso con esta lealtad mal dirigida. Yo también quiero ser adorado. ¿Podrías encontrar un pequeño lugar en tu corazón para mí? Un diminuto sillón apolillado en un rincón oscuro me basta.

De pronto fue consciente de la noche avanzada, del sonido de las ramas meciéndose afuera y de su estado de semidesnudez. Sus manos se cerraron alrededor del edredón y apretó el puñado de tela contra sus pechos agitados.

Miró los labios húmedos y entreabiertos de George, su cabello suave y rizado, y los músculos que se movían bajo la camisa. ¿Qué se sentiría besarlo de nuevo y quizá hacer algo más? Se estremeció ante la idea, con la mente extrañamente entumecida.

—¿Amy? —la tentó.

Al diablo con la corrección, al demonio con ser sensata y adiós a la modestia de doncella, cantaron su corazón y su mente. Expulsó a la fuerza a la señora Beatle de su cabeza y dijo con firmeza:

—Podemos besarnos.

—¿De verdad? —preguntó él, sorprendido.

Ella perdió el valor y se marchitó.

—No, no, tengo sueño, ya ve, y no sabía lo que estaba...

Él la silenció con un beso.

Un beso que le sacudió la tierra. Un beso que hizo que su mundo se inclinara y no volviera jamás a enderezarse.

Sus sentidos se contrajeron hasta que lo único que pudo sentir fueron los labios de él sobre los suyos. Sus manos se aferraron a sus solapas con un agarre mortal.

Los poetas tenían razón. Un solo beso podía contenerlo todo. El beso de Philbert le había hecho cosquillas agradables en el estómago, pero los besos de George le formaron una bola completa en el vientre.

Las rodillas se le derritieron como hielo de jazmín y sus emociones giraron, rebotaron y chocaron dentro de ella.

—Me gusta tenerte así —susurró él, dejando un reguero de besos por su rostro—. Me gusta morderte aquí —continuó, lamiendo y

succionando el hueco sobre su clavícula.

El peso de él estaba sobre ella, delicioso y cálido. El edredón resbaló un poco, revelando su piel temblorosa y brillante y la camisola increíblemente suave y pálida. Él se quitó los guantes con los dientes, sus manos eran grandes y podían abarcarle el cuello con facilidad. Un lunar negro brilló a la luz de la luna en el costado de su dedo índice mientras trazaba la curva expuesta de su pecho pálido.

Ella gimió cuando él la sostuvo y amasó, a veces provocando, a veces dando. Su cabello, libre de horquillas, se extendía sobre las almohadas como tinta derramada, mientras su boca rosada se abría en invitación, como pétalos empapados de rocío.

La llama de la vela crepitó y chisporroteó, lanzando un lengüetazo de fuego al aire nocturno. El aroma de jazmín y lavanda se liberó cuando sus cuerpos entrelazados aplastaron los saquitos colocados bajo los colchones y las almohadas.

El edredón seguía atrapado entre ellos, cubriéndole la mitad inferior, y cada vez que él movía las caderas, ella sentía su longitud presionándola a través de las capas, pero no era suficiente.

Gruñó en voz baja, irritada, con ganas de apartarlo todo.

Él rio y su aliento caliente le sopló sobre el pezón húmedo que acababa de lamer.

Ella aspiró con fuerza, perdiéndose otra vez. El murmullo de los árboles afuera se desvaneció, dejando solo el sonido de sus corazones y de respiraciones irregulares.

Él le alzó el mentón y volvió a reclamar sus labios, con su lengua girando, provocando y saboreándola.

Todo su ser se había ablandado hasta hacerse un charco. Se retorcía, temblaba y gemía, delatando sus pensamientos sin darse cuenta. Su mente aún no comprendía ciertas verdades, pero su cuerpo era descaradamente honesto, siguiendo el deseo más profundo de su corazón.

Él le mordió el labio inferior, provocando un dolor agudo, y luego lo calmó con la lengua.

Las comisuras de sus ojos se enrojecieron y las lágrimas los cubrieron cuando sus sentidos se vieron desbordados. Él no cedió,

negándose a separarse de su boca, como si quisiera empujarla al borde y obligarla a entender sus necesidades y confesarlas.

Ella exhaló bruscamente cuando la rodilla de él se colocó entre sus piernas y presionó con conocimiento.

—Celine —murmuró contra sus labios—. Sabes dulce.

Ella se aferró a él, sin ganas de hablar. Estaba perdida, la mente envuelta en neblina, como una hoja tierna que se desenrolla al sol, un pétalo suave que deja que el rocío empape sus venas sedientas, un cachorrito que ha encontrado un hueso jugoso para roer…

Él rompió el beso, pero los labios de ella siguieron moviéndose, buscándolo.

Él le dio un golpecito en el hombro y ella abrió los ojos.

—Ahora dime la diferencia —dijo, apartándose un poco.

Ella lo miró, sintiéndose decididamente tonta. El beso parecía haberle desatado las ideas, lanzándolas a correr sin control.

—¿Qué…? —preguntó, nada seductora.

Se miraron, respirando de forma desigual. Él puso todavía más distancia entre ambos, y el aire frío rozó su piel húmeda, haciéndola estremecerse y recuperar el juicio.

Sus mejillas se encendieron aún más al darse cuenta de lo cerca que habían estado de perderse en un momento de pasión. Le temblaron las pestañas y tiró del edredón para cubrirse hasta la nariz.

La expresión de él se suavizó.

—Dime cuál es la diferencia entre besar a alguien a quien amas y a alguien que solo te gusta. Tú me gustas, y amas a Scroggs.

—Philbert —corrigió ella de forma mecánica.

—Sí, ese. Dime la diferencia.

—No puedo… no… es tarde. Estoy cansada. No creo que ahora pueda pensar. Ya lo sabrás algún día… —balbuceó, completamente confundida.

Sus ojos estaban oscurecidos por la diversión y el deseo, pero parecía haber tenido ya suficiente de provocarla.

—Duerme.

Ella asintió, evitando todavía su mirada.

Él le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Mañana verás a tu poeta, así que necesitas descansar. Te encontraré en el invernadero y saldremos hacia The Devil's Pitchfork a las cuatro.

Y con otro beso prolongado, se marchó, llevándose consigo la paz mental de Celine y toda una noche de sueño.

***

Cuando el reloj dio las cuatro, Celine se encontró con George en el invernadero. Después, pasaron unos momentos admirando los zapatos del otro en un silencio incómodo. Transcurrió otro instante entre carraspeos.

El corazón de Celine martilleaba, y todo su ser estaba concentrado en cada uno de sus movimientos. Sentía la piel demasiado caliente, enrojecida, y hasta los gestos más simples le resultaban extraños. Por ejemplo, quiso abrir la sombrilla, pero falló incluso después de intentarlo tres veces.

De pronto quiso huir.

Él le sujetó la muñeca y la obligó a quedarse.

—Creo que deberíamos ir a sentarnos en el carruaje. Esta vez he traído el velo para ti. Toma —dijo, sacando la tela oscura del bolsillo del abrigo.

Celine lo tomó y, con dedos entumecidos, intentó sujetarlo al sombrero.

—Déjame —dijo George, acercándose.

Celine dio dos pasos rápidos hacia atrás, a punto de volcar una planta.

—Puedo hacerlo yo.

Su rostro se ensombreció, pero asintió.

Caminaron hacia el carruaje oculto entre los árboles, y Celine mantuvo una prudente distancia entre ambos. La intimidad de la noche anterior había cambiado su relación. Ahora era más consciente de él que nunca. Antes no habría pensado nada de tocarle la manga; ahora, solo la idea le hacía desbocarse el corazón.

Él también parecía comportarse de forma extraña. Sus ojos se encontraban con los de ella y se apartaban, solo para volver a cruzarse un instante después. Tenía los hombros tensos y la boca

dibujada en una línea severa. Todo su cuerpo parecía cargado de energía contenida.

Las palabras se le quedaban en la punta de la lengua, sin llegar a pronunciarse.

El corazón de ella se detuvo durante una fracción de segundo cuando tuvo que aceptar su ayuda para subir al carruaje. Sus dedos vacilantes se aferraron a los de él, e incluso a través de los gruesos guantes blancos, el calor de su mano le abrasó la palma.

Él la ayudó a subir y la soltó de inmediato.

Ella se ocupó de acomodar las faldas, mirando cualquier cosa menos a él.

Él fingió buscar su cigarro.

De pronto, el carruaje empezó a sacudirse de un lado a otro, como si alguien estuviera saltando con entusiasmo sobre el techo.

Aquello los arrancó de su ensimismamiento, y se miraron con asombro.

—¿Lord Elmer? —preguntó Celine, nerviosa—. Creo que alguien está intentando hacer un agujero en el techo.

George no tuvo ocasión de responder porque, en ese mismo instante, dos hombres enmascarados irrumpieron en el carruaje.

Uno blandía una navaja siniestra y el otro un rifle igual de aterrador.

Todos se quedaron inmóviles.

George y Celine se habían quedado paralizados por el shock, mientras que los hombres musculosos parecían haberse detenido porque deseaban ser admirados en sus letales atuendos enmascarados, envueltos en negro y sosteniendo armas de destrucción recién adquiridas y relucientes.

Entrecerraron los ojos y gruñeron de forma amenazadora.

Celine les devolvió la mirada. Alzó la barbilla con desafío y deslizó las manos dentro de los bolsillos.

Ellos sonrieron con suficiencia ante su desafío y alzaron las armas.

George se movió, pero no tuvo ocasión de hacer nada más que dar un paso, porque Celine sacó de golpe dos frascos de cristal de los bolsillos.

Los hombres miraron los frascos con desconcierto.

Esta vez fue Celine quien sonrió con sorna mientras destapaba los frascos y lanzaba su contenido contra ellos.

Los hombres chillaron de dolor.

George se abalanzó sobre el del rifle y se lo arrancó de las manos.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó.

—Chile en polvo —respondió Celine, girando sobre sí misma y lanzando una patada con los pies en punta entre los ojos del otro hombre. La patada lo derribó, y ella le arrancó el cuchillo de la mano.

—Buena chica —gruñó él, y con su ayuda arrastraron a los hombres inconscientes hacia la puerta.

—A la cuenta de tres —le dijo, levantando a uno de los hombres por los hombros.

Ella asintió y le sujetó los tobillos.

—Ahora, uno, dos y… tres —gritó, y balancearon al hombre entre ambos antes de arrojarlo fuera del carruaje. Hicieron lo mismo con el otro.

—Eso ha sido fácil —dijo George, sacudiéndose una pelusa del abrigo. Se dio la vuelta, y su sonrisa se desvaneció.

Tim el Cojo estaba de pie en medio del carruaje. Sonreía, con los dientes de oro reluciendo.

Celine alzó la vista. Tim había abierto un enorme agujero en el techo del carruaje.

Jadeó.

Cuando volvió a mirar hacia abajo, encontró a Tim el Cojo inconsciente en el suelo del carruaje. Un dardo con una pluma de cola de pavo sobresalía de su trasero.

—Esta vez estaba preparado —dijo George, satisfecho.

—Creo que vienen más hombres por aquí —anunció Celine, mirando por la ventana.

—¿Por qué este maldito carruaje no se mueve? —gruñó George, sacando más dardos envenenados de los bolsillos del abrigo, de los calzones, de la camisa y hasta de debajo del sombrero, los zapatos y los calcetines.

Celine tomó algunos dardos y se dirigió a una de las ventanas, mientras George iba a la otra.

Dieciséis rifles apuntaban hacia ellos.

El dardo se le cayó de la mano a Celine.

—Estamos muertos.

El carruaje dio un bandazo.

George salió volando por el interior y cayó encima de Celine. Ambos acabaron en el suelo con un golpe seco.

Cuando Celine dejó de ver estrellas, se dio cuenta de que el carruaje estaba en movimiento y de que las paredes estaban siendo acribilladas a balazos.

Por fin, todo quedó en silencio y la cabeza de Nithercott apareció en la ventanilla. A Celine ya no le importaba si colgaba de las uñas de los pies. Estaba demasiado feliz como para reñirlo.

—Escapamos. Fue un milagro —sonrió Nithercott.

—¿Cómo sabían dónde encontrarnos? —murmuró George.

—El cochero fue sobornado —les informó Nithercott—. Lo dejé inconsciente.

—¿Y quién conduce ahora? —preguntó Celine.

—Yo —respondió Nithercott.

—Pero tú estás allí… —la voz de Celine se apagó; notó el tono histérico en ella.

—Vuelve a tu asiento —ordenó George.

En cuanto Nithercott desapareció, George atrajo a Celine hacia un abrazo.

Era un abrazo para reconfortarla, y lo consiguió. Ella apoyó la cabeza en su hombro, respirando hondo, de forma entrecortada.

El pánico retrocedió y, poco a poco, fue consciente de sus brazos rodeándola, de su barbilla apoyada en su nuca y de sus propias manos aferradas a un puñado de su camisa.

Se quedó inmóvil cuando los recuerdos de la noche anterior acudieron en tropel.

Él se apartó, buscando su rostro.

Ella le devolvió la mirada desde debajo de las pestañas pesadas, con un rubor tiñéndole las mejillas.

Él frunció el ceño.

Ella alzó el rostro con suavidad; los labios le temblaron y se entreabrieron.

Él dudó, inseguro de lo que ella quería.

El pecho de ella subía y bajaba con anticipación. Tenía la mirada nublada, la piel caliente y enrojecida. El aire parecía cargado; el mundo exterior, olvidado. Esperó…

Él ladeó la cabeza, leyendo las señales, pero sin decidirse. La mano se alzó y volvió a caer a su costado.

Ella se pasó la lengua por el labio inferior en una invitación descarada.

Aun así, él no se movió.

Ella entornó los ojos y, con un gruñido de fastidio, se abalanzó. Le agarró la nuca y lo besó en la boca.

Él quedó atónito, pero no por mucho tiempo.

En cuanto recuperó el sentido, estuvo más que dispuesto a corresponderle con una respuesta igual de ardiente.

Cuando el beso terminó, Celine rompió a llorar.

—Amy, lo siento. El atentado contra nuestras vidas fue demasiado cercano, y simplemente activó nuestros instintos más profundos, y nos besamos. Solo fue un beso. Tú sigues amando a Harper…

—¡Philbert! —sollozó ella—. Se llama Philbert.

—Sí, ese. Ahora deja de llorar, por favor. Toma, tengo un pañuelo… no, espera, está sucio… Este está limpio. En situaciones de vida o muerte, las cosas suelen descontrolarse y hacemos cosas que no queremos, y un beso no es algo de lo que preocuparse. Estoy seguro de que Dauncey… eh… tu poeta habrá besado a muchas mujeres… no, no, no quise decir eso. Estoy seguro de que ha sido fiel. Al fin y al cabo, ¿quién besaría a un poeta gordo y corto de luces?, solo una tonta...

—Lord Elmer —dijo Celine, ahogada—, por el amor a la bondad, no pronuncie otra palabra.

George asintió y apretó los labios. Se sentaron en silencio hasta que el carruaje se detuvo en El Tridente del Diablo.

—Hemos llegado —dijo George—. Deja que Nithercott investigue primero y se asegure de que todo esté en orden. No quiero poner tu vida en más peligro. Esperaremos en el carruaje.

Celine asintió, con la mente hecha un torbellino. Recordó la pregunta de la noche anterior y empezó a diseccionar la diferencia

entre besar a George y a Philly.

Si el beso de George era como un sombrero de satén color lavanda con adornos de capullos de rosa, el de Philly era como la cofia de una solterona.

Si Philly había logrado que su corazón latiera más deprisa, el corazón de ella tronaba con solo ver a George. Y si pensar en Philly le sacaba una sonrisa, George la hacía reír.

Se clavó las uñas en la palma… su corazón y su mente entraban en conflicto. En su cabeza se libraba una batalla cruel mientras las emociones se agitaban y se revolvían en confusión.

—Está dentro —llegó Nithercott para informarles.

Celine se movió, y George le tomó la mano.

—¿Es seguro? —preguntó a su ayuda de cámara.

Nithercott asintió.

George se volvió hacia Celine.

—¿Quieres que te acompañe?

Ella vio la preocupación en sus ojos.

—Quiero hacerlo sola.

Él soltó su mano.

—Ha llegado el momento de conocer a tu poeta. Te deseo suerte, Celine.

—Amy. Para usted, mi nombre es Amy —respondió Celine, con la mirada fija en la posada.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Estaban estacionados cerca de The Devil's Pitchfork, sentados en un carruaje lleno de agujeros. Philbert Woodbead estaba dentro de la posada, y todo lo que Celine tenía que hacer era caminar unas pocas decenas de pasos y encontrarse con él.

Después de un cuarto de hora, seguían fuera de The Devil's Pitchfork, y Celine aún no había dado esos pocos pasos.

George la observaba en silencio. Parecía comprender que necesitaba ese tiempo para aceptar lo que estaba a punto de ocurrir.

Celine miraba el cielo gris a través del agujero del techo del carruaje. Tenía miedo. ¿Y si él ya no la amaba, o peor aún, si todavía lo hacía?

Se preguntó si no habría idealizado la profundidad de su amor durante el tiempo que habían pasado separados. ¿De verdad lo había amado hasta perder la cabeza, o era su mente, obstinada, la que insistía en continuar un amor que su corazón jamás había sentido?

Una gota de agua fría le cayó justo en la punta de la nariz.

—Va a empezar a llover —dijo George—, y nuestro carruaje ya no puede resguardarnos. Creo que deberías entrar.

Celine tragó saliva con nerviosismo, pero no se movió.

Una bala rozó el sombrero de George, distrayéndola por un instante.

George miró por la ventanilla.

—Es solo un marido descontento. Date prisa, Amy, entra. No te preocupes. Puedo ocuparme de un solo hombre.

Celine tomó la sombrilla y se acomodó los guantes. Le habría gustado tener un poco más de tiempo para prepararse, pero con un marido furioso intentando matar a George, no era muy viable.

Lista o no, era ahora. Inspirando hondo, bajó del carruaje y entró en The Devil's Pitchfork.

Miró a su alrededor.

Era un establecimiento de madera, de techo bajo, con la madera oscura, polvorienta y gris.

El suelo estaba cubierto de cáscaras de maní, y una pequeña hoguera ardía en la chimenea al fondo de la sala. El fuego no iluminaba el lugar, ni tampoco entraba luz por las ventanas. Lo que sí hacía era añadir humo al ambiente, porque la chimenea, al parecer, no había sido limpiada jamás desde su construcción. A Celine le protestaron los pulmones y contuvo un estornudo.

Contó cinco hombres despatarrados en sillas de madera, con jarras de cerveza delante. Ninguno se parecía a su Philly… excepto… entrecerró los ojos… un hombre con un abrigo de retazos verde loro, tan familiar, estaba sentado al fondo leyendo un libro.

Se frotó los ojos y avanzó despacio hacia el hombre del abrigo verde loro. Lo observó durante un rato, dando pasos cautelosos, cada vez más cerca de la mesa del fondo.

Por fin, se le cayó la mandíbula, horrorizada.

Gorgoteó y resolló.

Philbert Woodbead ya no era, gimió con suave desesperación, gordo.

Era, sin lugar a dudas, delgado como un junco.

Tardó unos momentos en asimilar la verdad. Observó su rostro demacrado, las manos huesudas y delgadas, la barba rala. Entonces la asaltó otro pensamiento: Philly no solo se había vuelto delgado, sino también apuesto.

Su Philly era ahora un poeta flaco y guapo.

Se aferró a la silla más cercana para sostenerse, con ganas de darse la vuelta y salir corriendo a gritos de la sala.

Cerró los ojos con fuerza y respiró varias veces, rápido. ¿Y qué si ahora era guapo? Seguía siendo su Philbert, y ella lo amaba por su alma hermosa e inmadura, no por sus rasgos ni por su figura.

Deslizó la mano en el bolsillo oculto de la falda y sacó una petaca de brandy. Dio un buen trago y dejó que el calor le infundiera valor; luego se acercó al hombre del fondo.

—¿Philly? —preguntó, con la voz temblorosa.

Philbert alzó la vista.

—Lo siento, mañana tendré el dinero.

—¿Eh? —preguntó Celine, desconcertada.

—¿No te envió Hammer? No… ¿Y Strangeways? ¿Stubbs, Norris o… a ver… Steering?

Celine negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Entonces ¿quién demonios eres tú?

—Celine —susurró, y entonces recordó el velo que aún llevaba prendido al sombrero. Lo desabrochó y lo dejó caer.

Él la miró fijamente, luego entornó los ojos y escrutó su rostro. Su expresión se aclaró.

—Celine Fairweather, ¿cómo está? Qué maravilloso verla. Nunca pensé… —se incorporó a medias y señaló la silla frente a él.

Ella se sentó.

--Le apetece algo de beber? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

Él asintió y se recostó en la silla.

—Entonces, ¿qué la trae por aquí? Una dama como usted no debería visitar esta parte de la ciudad.

—Dejó el cuadro… —empezó ella, pero se quedó en silencio.

Él se pasó una mano por debajo del cuello de la camisa.

—¿El cuadro? Ah, sí, eso fue hace mucho tiempo. Cielos, cómo vuela el tiempo.

Una camarera de generoso escote se acercó a la mesa.

—¿Algo para beber?

—Té —respondió Philly, dirigiéndose al escote.

Ella se marchó guiñándole un ojo de forma descarada.

—¿Cómo está? —preguntó Celine, observando cómo Philbert seguía con la mirada el vaivén de las caderas de la camarera.

—Bien —respondió él, escueto, empezando a juguetear con un vaso vacío sobre la mesa.

—¿Ha escrito mucho? —preguntó Celine tras un momento de silencio.

—Mucho. Un tipo quiere publicar mi obra. Le he pedido que espere hasta estar seguro de que es de fiar. No quiero que se lleve mi trabajo y lo haga pasar por suyo.

—Aún conservo sus poemas —intentó ella de nuevo.

Tras un silencio breve y pesado, él dijo:

—Sí, bueno, sobre eso… espero que no le moleste demasiado, pero ¿podría devolvérmelos?

—¿Devolvérselos? —preguntó ella, confundida—. ¿Devolver qué?

—Los poemas —respondió él con tono de disculpa—. Verá, fui asaltado por un salteador de caminos. Seguro ha oído hablar del Halcón. Sí, bueno, planea construir una biblioteca para su amorcito, es decir, su esposa, cuando se retire. Me lo contó todo mientras me despojaba de mis pertenencias. Se llevó los poemas para su biblioteca, y usted es la única que tiene copias…

—Se los devolveré —replicó ella.

Él asintió, visiblemente de mejor humor. Sacó un cigarro y lo encendió.

El hedor a cerveza rancia mezclado con el olor del tabaco barato y de pies sin lavar hizo que Céline se recolocara el velo con rapidez.

Philbert la observó desde el otro lado de la mesa, con el humo saliéndole por las fosas nasales.

—Londres es maravilloso, ¿no le parece? —dijo—. Solo los medios de transporte ya son extraordinarios. ¿Ha subido alguna vez a uno de esos carruajes voladores? Debe hacerlo. Es toda una experiencia. Tienen suspensión, ¿puede creerlo? No creo que los londinenses conciban los sacudones que dan los carruajes en Finnshire. Y las correas de cuero que mantienen unido el cuerpo…

—¿El cuerpo?

—Sí, el cuerpo del carruaje. Correas de cuero increíblemente resistentes. Evitan que el carruaje se desarme en pleno trayecto. Y algunos están forrados por dentro con terciopelo. Padre nunca tuvo uno así. Y las preciosas molduras de plata y el hierro sin una sola mancha de óxido…

Céline bostezó detrás de su mano enguantada. Se preguntó si no sería hora de marcharse.

La camarera, de generoso busto, llegó para dejar el té.

Philbert agradeció al busto, pero antes de que pudiera lanzarse otra vez a describir una calesa o un landó, Céline intervino:

—Ha adelgazado mucho.

Philbert escupió parte del té. Tras secarse delicadamente la barbilla, dijo:

—Sí, bueno, padre no me ha llamado de vuelta, y el mundo parece compartir su opinión sobre los poetas. Mi creatividad no ha sido debidamente apreciada y la remuneración es insuficiente. Entre los gastos de vivir en Londres, gasté rápidamente todos mis ahorros. Siguió un mes de inanición, en el que me convertí de verdad en un poeta empobrecido.

—Su última carta decía… —Céline luchó con las palabras—. Decía que me estaba esperando.

—¿Decía eso? —preguntó, sorprendido.

Céline se mordió el labio. No podía permitirse juegos.

—Phil… quiero decir, señor Woodbead, dijo que me amaría para siempre. Escribió que me esperaba y pintó el nombre de esta posada… —Se quedó sin voz.

—Señorita Fairweather —la calmó—, en serio, no podía esperar que aguardara indefinidamente; al fin y al cabo, han pasado meses desde la última vez que nos vimos.

—Dijo que me amaría para siempre. Para siempre significa eternidad, no unos pocos meses —señaló.

Él se apresuró a continuar:

—Además, debe admitir que entonces no era muy apuesto. Un tipo como yo se sentía encantado de que alguien como usted se fijara en él. Y ahora que soy un poeta demacrado, apuesto y empobrecido, las cosas son distintas. Y una muchacha como usted merece matrimonio, y mi situación financiera es tal que no creo poder ofrecerle ni siquiera una taza de té, ya no digamos una casa y un jardín.

—Ya veo —dijo Céline, frunciendo los labios con desaprobación.

—Me alegra que se lo tome tan bien. Siempre fue sensata —sonrió.

Céline se dio cuenta de que no le gustaba su sonrisa. Nunca le había gustado; era francamente espantosa.

Él parecía ajeno a su humor cambiante. Al ver que ella seguía en silencio y no chillaba ni le rompía la tetera en su frágil cabeza vacía, se animó aún más y preguntó:

—Dígame, ¿tendría una o dos libras que le sobren? Estoy seguro de que pronto publicarán mis poemas y podré devolvérselo, o puede

quedarse con un par de poemas a cambio. Al fin y al cabo, tuvo el placer de leerlos gratis durante tantos meses… ¿Adónde va?

Céline no respondió. Abrió el retículo, dejó caer unas monedas de cobre sobre la mesa y se alejó.

—¡Mis poemas! —la llamó.

—Los tendrá mañana —arrojó por encima del hombro.

Ya en la calle, Céline alzó el rostro hacia la lluvia. Aquello, pensó, había sido un desastre absoluto.

Un carruaje apareció a toda velocidad en la esquina, y el brazo de George salió disparado, la rodeó por la cintura y la arrastró al interior. Siguieron avanzando a trompezones por la calle, esta vez rumbo a la mansión Blackthorne.

Céline se sentó con las manos entrelazadas en el regazo, y la mirada fija en la flecha clavada en el sombrero de George.

—Siento muchísimo haberte recogido de una manera tan poco decorosa, pero creo que el marido de Lily merodea por la esquina, y me parece que ha estado practicando con arco y flecha…

—Está bien —lo cortó Céline.

Tras unos momentos, George preguntó:

—¿De verdad estás bien?

—Sí.

—¿Estás segura? Veo que te tiemblan los labios. Si quieres llorar…

Céline se llevó las manos al rostro y los hombros le temblaron.

—Amy —dijo George, con un deje de pánico—, no llores.

Al seguir sacudiéndose sin control, George apartó con suavidad sus manos para secarle las lágrimas.

—¿Te estás riendo? —preguntó, atónito—. Creí que las cosas no habían ido bien.

—Tenía razón. No fueron bien.

—¿Entonces fue espléndido?

—Quiere que le devuelva sus poemas.

—Trágico —dijo él, negando con la cabeza.

—Lord Elmer, yo sé por qué me río, pero ¿qué demonios le hace tanta gracia? Está sonriendo como un idiota.

—Soy un idiota. Un idiota encantado por la belleza —rio.

Céline lo miró con disgusto.

—¿Idiota encantado por la belleza? —y estalló en carcajadas—. Eso fue horrible. Tan horrible que ahora estoy deprimida.

—Amy, ¿te estás riendo o llorando?

—Ambas cosas —dijo, sonriendo ampliamente mientras las lágrimas le corrían por el rostro—. Soy una tonta, Lord Elmer, una romántica tonta que soñó con amor y rosas. Soy sensata y práctica. Resuelvo los problemas de todos. Soy fiable. ¿Cómo pude meter la cabeza en una nube de amor y espuma?

—Amy —dijo él con seriedad—, el amor es el sentimiento más hermoso del mundo. Es el único que importa. No cierres tu corazón a él.

Ella apartó la mano con brusquedad.

—El amor no existe, Lord Elmer. Y si existiera, no lo reconocería ni aunque me mordiera las nalgas rosadas.

—¿Tienes las nalgas rosadas? —preguntó él, con los ojos muy abiertos. Se inclinó hacia delante y dejó de respirar mientras esperaba la respuesta.

—No es decoroso hablar de nalgas, Lord Elmer. No sé por qué dije semejante cosa —dijo con compostura—. Creo que estoy alterada. Lo bastante alterada como para olvidar que soy una dama porque… porque creí amar a un poeta gordo y de buen corazón llamado Philbert Woodbead. En su lugar, encontré a una rata pomposa, flaca y sin corazón.

—Quizá necesitabas verlo para conocer la verdad, para aprender la diferencia entre un capricho pasajero y el amor eterno.

—El amor es un riesgo para una mujer, mi lord. Yo asumí ese riesgo, y ahora es momento de ser racional. Usted, en cambio, tiene el lujo de la experimentación y la aventura. Nunca podrá entender el mundo desde mis ojos.

—Tengo cerebro, Amy, no un bloque de madera ahí arriba.

—Es un hombre y…

—Y por lo tanto, tan sagaz como un león sin dientes, tan capaz como un pájaro con un ala o tan listo como un alfiler de sombrero sin punta —completó él.

—¿Cómo…?

—Leí ese libro. Lo habías dejado en la biblioteca.

—¿Leyó el *libro de la señora Beatle para damas inglesas consumadas*?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque en eso basas tu vida y quería entenderlo. Escúchame, la señora Beatle está chiflada, tarada y loca. Deberían encerrarla en Bedlam. Cualquiera que te pida recolectar botones rotos y hacer con ellos conejitos diminutos es…

—Mi lord, basta. ¿Cómo espera que acepte consejos de alguien que se niega a ser responsable de su propia vida? ¿Que huye de la casa de su padre como un niño en busca de diversión? ¿Que vive como un bufón de la corte, intentando constantemente divertir y divertirse? No puede salir a las calles de Londres sin que un pirata le dispare o un marido enfurecido intente estrangularlo…

—Entiendo que estés herida, pero recuerda que fue ese poeta quien te rompió el corazón. Yo no tuve nada que ver y, por lo tanto, no merezco esto…

—Tiene razón —lo interrumpió, alzando la voz—. No merece oír la verdad. Pero debo hablar; ya no puedo guardármelo. Es una criatura irresponsable con el intelecto de un niño de cinco años. Es un ladrón y un canalla que robó la receta familiar de la pobre Sandy la Sórdida. ¿Cómo cree que se siente ella? ¿Alguna vez pensó las cosas desde el punto de vista de esa anciana? Es tan poco fiable que preferiría pasear por Hyde Park con la mascota deshollinador de Dorothy antes que con usted. Usted me haría matar; el deshollinador solo me dejaría tiznada.

—Escucha, eso no es justo…

—¿No es justo? Desde el día en que lo conocí, todo ha ido mal. Mi vida ha estado en peligro constante, mi cabello no se mantiene en su sitio, mi corazón late tan rápido que a veces creo que va a saltar de mi pecho y echar a correr…

—Tus labios buscan los míos —continuó él en voz baja.

Ella abrió de golpe una sombrilla y la apuntó hacia él a modo de defensa. Tenía esa mirada en los ojos, párpados entornados, labios entreabiertos y orejas enrojecidas. Quería besarla. Otra vez.

El carruaje se detuvo.

—Lord Elmer, gracias por ayudarme a encontrar a Philbert.

—¿Eso es todo lo que quieres decirme?

Ella se humedeció los labios secos.

—Yo…

—¿Sí?

—Gracias, y espero que volvamos a vernos alguna vez en el futuro.

—Amy, espera un momento más. Necesito hablarte de algo. Quería preguntarte si…

—Mi lord, llegaré tarde a la cena.

—¿Te veré en tu habitación esta noche?

—No creo que sea apropiado.

Emitió un sonido de frustración.

—¿Tienes que ser tan condenadamente estirada todo el tiempo? Contigo todo tiene que ser correcto, apropiado. Vives como un coronel infeliz, siguiendo esos consejos idiotas de la señora Beatles sobre cómo ser una dama inglesa refinada. Ya no sabes si eres Amy o Celine. Deja de mentirme. Deja de fingir ser alguien que no eres. Deseas vivir una aventura tanto como yo. He visto el brillo de placer en tus ojos cada vez que derribabas a un pirata, y no sirve de nada negarlo. Necesitas aprender a vivir y a ser honesta contigo misma. Deja de intentar que la vida sea cómoda para los demás. Hazla feliz para ti primero.

—Ya veo —dijo ella en voz baja—. Entonces esto es una despedida, Lord Elmer. No quiero seguir cargándolo con mi yo almidonado.

Saltó del carruaje y corrió hacia la mansión. Ignoró su llamada y solo se detuvo cuando estuvo a salvo en su habitación. Cerró la puerta con llave y se apoyó contra ella.

¿Se estaba mintiendo a sí misma?, se preguntó. ¿No era una joven dama gentil, sino una mujer traviesa, salvaje e inconstante, que se enamoraba y desenamoraba con el paso de las estaciones, que disfrutaba arrojando piratas fuera de los carruajes y besando a los hombres, en concreto a un hombre apuesto y travieso, de hoyuelo en la mejilla, llamado Lord Elmer?

Sus ojos se posaron en su reflejo en el espejo del tocador. ¿Quién era?, volvió a preguntarse. ¿Una buena hermana, una hija obediente, una dama consumada, o una chica sencilla que solo quería amar y ser amada?

Buscó respuestas en su reflejo. El moño se le había deshecho, dejando escapar los mechones húmedos que caían lánguidos sobre sus hombros, mientras que las faldas estaban empapadas y manchadas de barro… Pero lo que más la perturbó fueron sus ojos.

Los ojos oscuros que la miraban de vuelta hablaban de amor y de amistad perdidos.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Celine se asombró de lo infeliz que se sentía. Era tan infeliz que su mente había decidido consolar su alma poniendo música en su cabeza. Comenzó con los suaves sonidos de un violín, al que pronto se unieron una flauta y un piano. En cuestión de instantes, era como si toda una orquesta estuviera tocando dentro de su mente. Sollozó, preguntándose por la injusticia de todo aquello.

Su cerebro se estaba burlando de ella, porque la música era alegre.

Se secó los ojos y levantó la cabeza de la almohada. La música era fuerte, se dio cuenta, demasiado fuerte para estar solo en su cabeza. Risas llegaron hasta la habitación, siguiéndole los pasos a la música animada.

Su miseria quedó olvidada por un momento y la curiosidad se despertó. Se calzó rápidamente las zapatillas y salió corriendo de su habitación. Al llegar al rellano, se detuvo y miró hacia el Gran Salón.

La escena le arrancó un jadeo.

Vio a la gente moverse de un lado a otro con vestidos brillantes, peinados gigantescos y pelucas pasadas de moda. En un rincón, una larga mesa sostenía platos rebosantes de frutas, carnes y pan, mientras cientos de velas y lámparas de cristal hacían que el Gran Salón pareciera encantado.

Celine no podía creer lo que veía. Se frotó los ojos dos veces, pero la visión seguía allí.

Abajo se estaba celebrando un baile en toda regla.

—Hopkins, espera —llamó al ayuda de cámara del duque, que pasaba a su lado vestido con frac. En la mano llevaba lo que parecía una copa de champán.

Parpadeó al ver su atuendo.

Él sonrió y dio un sorbo a la copa.

—Hopkins, ¿qué está pasando? ¿Cómo permitió el duque que toda esta gente entrara en la mansión? Creía que solo la familia y los

amigos cercanos podían visitarnos, teniendo en cuenta la condi… de Penny. No lo entiendo… Hopkins, hay un baile en marcha. ¿Lo hay, verdad?

Un pensamiento tardío la sacudió. ¿Y si su miseria le había hecho perder la razón y por eso veía a Gwerful con un vestido color púrpura, con ardillas saltarinas bordadas en el dobladillo y un frutero a modo de sombrero?

Hopkins la tranquilizó:

—Sus ojos no la engañan, señorita. Hay un baile en marcha. Es para la duquesa y no se ha invitado a nadie de fuera. Las personas que ve abajo son los sirvientes de la finca Blackthorne. El duque dijo que la duquesa quería una fiesta y bailar…

—Y le dio un baile con doscientas personas, todos sirvientes de la mansión Blackthorne. La hizo feliz y respetó la corrección —terminó Celine.

El duque no se lo había dicho porque sabía que ella no podía mentir. Penny habría adivinado que ocultaban algo y se habría arruinado la sorpresa.

—La orquesta está tocando en la otra sala —añadió Hopkins—. A los músicos no se les permite ver a la duquesa. Y en el salón de la mañana, el duque ha escondido a catorce médicos y tres parteras, por si el baile le resulta perjudicial.

Celine sonrió.

—Ha sido una idea maravillosa.

Hopkins dio otro sorbo al champán. Con la lengua ya suelta, continuó:

—Fue Lord Elmer quien le dio la idea. Él había organizado la comida al aire libre dentro de la casa e hizo reír a la duquesa. El duque quiso hacer algo más grandioso, así que planeó este baile.

Celine abrió la boca para hacer otra pregunta, pero un silencio repentino la hizo detenerse.

Volvió la vista al Gran Salón y, desde su excelente posición en el rellano, vio entrar a Penélope.

Estaba claro que acababa de despertarse de su siesta. Su cabello castaño y rizado intentaba escaparse de la cabeza, su vestido de noche azul pálido estaba arrugado y tenía legañas en las comisuras

de los ojos. Avanzó arrastrando los pies, sosteniéndose el vientre hinchado, con la boca abierta por la sorpresa.

El duque, que estaba sentado entre las sombras con su atuendo completo de noche, se levantó y permitió que las velas de la araña lo iluminaran.

Los ojos de Penelope se abrieron aún más.

Él sonrió y caminó hacia ella y, como si fuera una señal acordada, la orquesta comenzó a tocar un hermoso vals.

—¿Me concede este baile?

Se inclinó y le ofreció la mano.

—¡Gack! —consiguió decir Penélope.

El duque tomó eso como un sí y comenzó a girar por la pista con la duquesa en brazos.

Los sirvientes se apartaron para dejarles paso. Ese era su baile y nadie se atrevió a unirse todavía. Algunas doncellas se sonaron la nariz en sus pañuelos y Celine tuvo que admitir, mientras se secaba los ojos, que Penélope nunca había estado tan hermosa.

Celine y Hopkins también bailaron un poco en el rellano, hasta que él se marchó con la fregona, que llevaba un sombrero con una pluma de gallina.

Celine observó cómo Penélope se reía de algo que el duque le decía. El rostro de la duquesa estaba encendido de felicidad. Se secó otra lágrima. Penny era la persona más afortunada del mundo por tener a alguien que la amara con tanta pasión. Y a Lord Elmer le habría gustado ese momento. Era justo el tipo de cosa que a él se le habría ocurrido…

—¿Por qué estás sentada aquí? —preguntó Dorothy, acercándose a su lado.

—Desde aquí lo veo todo mejor —respondió Celine.

Dorothy se sentó junto a ella y metió la nariz entre los barrotes.

—Es verdad.

—¿Quién adoptó a tu deshollinador? —preguntó Celine, todavía con la voz ronca de llorar.

—Gunhilda. Pensó que era la más adecuada para el trabajo, ya que había sido institutriz. El duque estuvo de acuerdo.

Celine asintió.

—¿Estás muy triste? —preguntó Dorothy, apoyando la cabeza en el hombro de Celine.

—No. ¿Por qué dices eso?

—Oí a Penny decirle al duque que…

—¿Qué?

—Nada.

—Toma, quédate con esta moneda. Ahora habla.

—¿Intentas sobornarme?

—¡Bah!

Dorothy frunció el ceño.

—¿Y por qué no? Me gusta que me sobornen.

—Dorothy…

—Está bien, te lo digo. Penny le dijo al duque que estabas decaída porque Lord Elmer se había marchado. Dijo que estás enamorada de él. ¿Es verdad? ¿Amas a Lord Elmer?

Tras un momento, volvió a preguntar:

—Celine, ¿me oíste? Te pregunté si lo amas o no.

—No.

—¿Estás segura? No suenas segura.

—Lo estoy —respondió Celine con una voz poco convincente.

—¿Y por qué no? A mí me parece adorable. Si yo fuera tú, lo adoraría. Es rico.

—La riqueza no equivale al amor, Dorothy.

—Debería. Muchas chicas bonitas se casan con viejos feos por su dinero. Si la riqueza fuera igual al amor, este mundo sería más feliz.

—Tu filosofía me está dando dolor de cabeza. Vete a la cama.

Dorothy tomó el rostro de Celine entre sus pequeñas manos.

—Lo amas, Celine. Admítelo.

El corazón de Celine casi se detuvo. Los ojos de su hermana parecieron de pronto profundos.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia? —preguntó en voz baja.

—Desde que empecé a practicar para una obra que está escribiendo Rosy. Solo cambié a Mary por Celine y dije el diálogo. ¿Qué te pareció mi interpretación? ¿Fue convincente?

—¿Rosy, tu vecina? ¿La Rosy de diez años? ¿De dónde saca frases así?

—Se inspira en las novelas escondidas debajo del colchón de…

Celine se tapó los oídos y negó con la cabeza.

—Dorothy, vete a la cama ahora mismo o…

Dorothy se marchó a regañadientes y, poco después, Celine también decidió irse a dormir. Ignoró a la gente riendo, la música y la comida, porque su mente y su corazón necesitaban desesperadamente dar vueltas a las palabras de Dorothy.

¿Se había enamorado del sinvergüenza, del canalla… del adorable Lord Elmer?

***

De vuelta en su habitación, Celine cerró la puerta con firmeza y, con solo el tenue sonido de la orquesta filtrándose desde lejos, se puso manos a la obra.

Se sentó frente al gran escritorio de caoba y sacó una hoja de papel. Luego afiló la pluma y destapó el tintero. Por último, sacó el *libro de la señora Beatle para damas inglesas consumadas*.

Pasó las páginas, siguiendo líneas aquí y allá con el dedo.

—Ah —exclamó suavemente—. Esto es lo que buscaba.

El amor, leyó, era la más confusa de todas las emociones. Todo el mundo se enamora al menos una vez en la vida; si no lo hace, o es muy joven o es frío.

Se saltó rápidamente un párrafo que ensalzaba las virtudes del amor. Su dedo se detuvo en otra línea:

*Como se ha comentado anteriormente, el amor es vago y no puede definirse. Sin embargo, todo el mundo se enamora una vez en la vida, y algunos se enamoran más de una vez. El problema surge cuando una joven brillante cae tontamente enamorada de dos hombres al mismo tiempo. En tal situación, se produce un dilema que puede causar, entre otros síntomas, palpitaciones y sudores fríos. En estos casos, sugiero tomar gotas de lavanda (véase la receta, capítulo 4), baños tibios con regularidad y casarse con el hombre más rico. Si es posible, puede conservar al otro como amante.*

Celine frunció los labios. Aquello no era exactamente lo que estaba buscando. Investigando un poco más, encontró otra joya de sabiduría.

*Las mujeres poco despiertas a menudo no pueden comprender su mente ni su corazón. No saben si aman a un hombre u otro y, en esos casos, les ruego que sigan una técnica de visualización espiritual que nunca falla para determinar el verdadero amor de su vida.*

Celine se movió con impaciencia en la silla y siguió leyendo.

*Tengo varias opciones para determinar a quién ama usted. La primera requiere sangre de gallina y colas de lagarto molidas…*

Celine pasó directamente a la segunda opción.

*Para las mujeres que no solo son cortas de luces, sino también débiles de corazón, luchar contra un jabalí salvaje puede no ser posible. Por lo tanto, le ofrezco otra opción, que solo requiere una breve técnica de meditación. Esta técnica me la enseñó un anciano casi desnudo que pasó años meditando en las estribaciones del Himalaya. Ahora, siéntese con las piernas cruzadas sobre un suelo sin alfombra.*

Celine corrió al vestidor, que estaba adornado con una alfombra nacarada. La retiró, se sentó sobre el suelo de mármol y cruzó las piernas. Abrió de nuevo el libro y continuó leyendo por donde lo había dejado.

*Cierre los ojos y tome diez respiraciones profundas, seguidas de cuatro superficiales. Repita durante unos instantes hasta sentir como si hubiera bebido unas cuantas copas de vino. Aférrese a esa sensación de felicidad.*

Celine se sentó respirando, entrando y saliendo el aire, entrando y saliendo. Cuando por fin empezó a aburrirse, fingió sentirse muy feliz y borracha, abrió un ojo y entornó la vista para leer el resto del párrafo.

*Deje que el ojo de su mente convoque una visión. En esa visión, vea a los dos hombres que cree amar de pie en medio de una carretera rural desierta, rodeada de altos árboles verdes que se mecen con una brisa agradable y perfumada. A continuación, coloque a un hombre sin nombre entre sus dos amantes.*

Celine imaginó la carretera y colocó a Philbert, a lord Elmer y a un hombre sin rostro en el centro. Una vez más, echó un vistazo con un ojo al *libro de la señora Beatle para damas inglesas consumadas.*

*Deje que las nubes se aparten y que el sol ilumine a los tres hombres. El sol brilla y los hombres entrecierran los ojos. El sol brilla con más fuerza y los hombres entrecierran aún más los ojos, hasta que un carruaje tirado por seis caballos salvajes aparece al galope al doblar la esquina, con los cascos golpeando el suelo y haciendo volar polvo y piedrecillas. El carruaje se lanza hacia los tres hombres y ellos, cegados por el sol, no lo advierten y, por lo tanto, el carruaje los atropella y los aplasta contra el suelo.*

*Los tres hombres están muertos.*

*Ahora quiero que se detenga en este momento y piense. ¿La muerte de quién lamenta más?*

*Estoy segura de que le perturba que tres vidas humanas se hayan perdido en su imaginación, pero concéntrese. Una vida perdida le duele más que las otras. Si la muerte del hombre sin nombre es la que más le duele, entonces aún está esperando a su verdadero amor. Si es el hombre de la derecha, tendido muerto y sangrando en la carretera, el que la angustia de forma insoportable, entonces ese es a quien ama.*

*Piense, jovencita, piense. ¿Qué cuerpo ensangrentado la perturba más?*

*Celine cerró el libro y se puso de pie. Con la mano temblorosa, saludó en silencio a la señora Beatle y a su genialidad. En su imaginación había visto cómo el carruaje arrollaba a los hombres, y su corazón no había llorado ni por el hombre sin nombre ni por Philbert. Había llorado por lord Elmer y solo por lord Elmer.*

Cerró el libro y lo colocó con reverencia de nuevo sobre el escritorio.

—Señora Beatle —susurró a la tapa de cuero rojo y dorado—, me he enamorado del maldito canalla. El amor me ha mordido bien fuerte en mis rosadas posaderas. ¿No es maravilloso?

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

Desde que tomó conciencia de su amor por lord Elmer, la vida de Celine empezó a pavonearse de otro modo. Sentía que el mundo estaba teñido de tonos heliotropo, que casualmente era su color favorito.

Cuando el mundo no se veía rosado violáceo, se veía gris. Gris porque lord Elmer ya no se alojaba en la mansión Blackthorne, ya no le guiñaba un ojo desde el otro extremo de la mesa para hacerla reír, y ya no se cruzaba en su camino para arrastrarla a otra aventura que sacudiera los huesos.

Se miró el reflejo en el dorso de una cuchara y se preguntó si lord Elmer podría enamorarse de una muchacha como ella. ¿No querría él una gatita exótica, salvaje y libertina? Mientras que ella era una gata sencilla y sobria, con unas pocas garras afiladas…

—Si estuvieras sobre un escenario, Celine —irrumpió Penélope en sus pensamientos—, no necesitarías parlamentos. Tus expresiones han cambiado tan deprisa en la última media hora que casi puedo oír lo que piensas.

—¿Quieres más té?

—No cambies de tema y dime qué te pasa. Lord Elmer no ha escrito ni ha venido a verte en los últimos dos días, ¿no es eso?

Celine negó con la cabeza y apretó los labios.

—¿Se han peleado?

—Nada de eso —respondió Celine con sequedad—. Los niños se pelean, y nosotras ya no somos niñas. No nos vamos a una esquina a hacer pucheros durante días sin escribirle a la otra persona solo porque alzó la voz una vez. Y si lo hiciéramos, entonces no deberíamos…

—Toma, sécate la nariz antes de que las lágrimas se mezclen con los mocos y caigan en la taza de té.

Celine se sonó la nariz y se secó los ojos.

—No estoy llorando. De verdad que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

Penélope sonrió.

—Si no es por lord Elmer, querida, entonces mi condición se te está contagiando. Es posible, porque incluso el duque se ha vuelto más sentimental de lo habitual. El otro día vio, desde la ventana de nuestra habitación, a un gatito blanco que se acurrucaba contra lady Bathsheba. Le pareció tan dulce que una cabra y un gatito se hicieran amigos que no pudo evitar olisquear y dejar que una lágrima resbalara por sus mejillas cinceladas.

Celine soltó una risita entre lágrimas.

—Creo que te lo has inventado.

—No lo he hecho —dijo Penelope—. Ahora bien, ¿quieres que envíe a lord Elmer a la horca? ¿Que lo torture el rey o que lo mandemos a las colonias penales?

—Por el amor a la bondad, ¿para qué?

—Te ha hecho llorar —replicó Penélope con gravedad.

Las lágrimas se secaron de inmediato.

—De verdad, Penny, no estoy llorando, ¿ves? Y cuando tenía lágrimas en los ojos era porque… no por él —rio fuerte y de manera poco convincente.

Penélope entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿por qué estabas llorando?

Celine se salvó de responder, porque la cabeza arrugada de Perkins apareció en la puerta y distrajo a Penélope.

—Un cab… —Perkins se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo —. Una persona pide ver a la señorita Fairweather.

El corazón de Celine dio un salto. ¿Podría ser lord Elmer?

—¿Quién? —preguntó Penélope, ya que Celine parecía demasiado esperanzada para hablar.

—No quiso decirme su nombre —respondió Perkins, con un casi imperceptible gesto de desaprobación en el rostro.

—¿Y por qué no quiso decirte su nombre? —preguntó Penélope.

—Porque dijo que yo lo había ofendido gravemente al no permitirle entrar en la mansión. Tras semejante insulto, no consideró que yo mereciera saberlo —contestó Perkins.

—¿Dónde está ahora?

—Le permití sentarse en la sala de recepción. He apostado a unos cuantos lacayos fornidos fuera y a uno dentro para vigilarlo —dijo Perkins, con la voz cargada de pasión—. Si intenta llevarse aunque sea una ramita de la mansión, lo atraparemos. Lo atraparemos, digo. Y entonces lo ataremos y lo arrojaremos a los calabozos sin comida ni agua. Morirá de hambre, lenta y seguramente, hasta que…

—¿Hasta que…? —lo animó Penélope.

—Traigamos las serpientes del circo y las soltemos…

—Huelo a lord Elmer en el aire —interrumpió Celine.

Perkins se sonrojó.

—No es lord Elmer, señorita, sino Nithercott. Él y yo nos hemos hecho buenos amigos. Es como si me hubiera contagiado de él. Se me va la lengua.

—Me gusta esta enfermedad —aprobó Penélope.

—Quiero ver a ese visitante —Celine se puso de pie de un salto. Tenía que ser lord Elmer disfrazado. Era justo el tipo de cosa que él haría.

—Señorita —dijo Perkins con urgencia—, le sugeriría que llevara un rifle.

—¿Por qué? —intervino de nuevo Penélope.

—El sujeto, su gracia, tenía el aspecto más bien… desaliñado.

Penélope asintió y le ofreció a Celine el cuchillo de pelar con el que había cortado manzanas.

Celine lo tomó, se lo metió en el bolsillo y luego salió disparada hacia la sala de recepción.

Perkins fue tras ella, cojeando, murmurando advertencias sobre ladrones y pulgas.

Celine lo ignoró y abrió de par en par las puertas de la sala de recepción.

Sus pestañas temblaron de puro asombro.

—Oh, Gilbert Goodgeed —exclamó al ver el familiar abrigo patchwork verde loro.

—Philbert Woodbead —corrigió él con acritud.

—Sí, él. Quiero decir, sí, señor Woodbead. Creí que ya le había enviado esos poemas. ¿No los recibió?

—Los recibí. También me enteré, por el lacayo que me los entregó, de que su hermanastra ahora está casada con el duque de Blackthorne. ¿Por qué no me lo dijo, Celine? Esto lo cambia todo.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, cambia nuestras circunstancias, que ahora son propicias para casarnos. El duque es un hombre rico. Seguro que le dará una dote bastante decente y…

—¿Dote?

—Sí, dote —repitió con impaciencia—. Ahora tendrá una dote respetable y, con el duque y sus excelentes contactos, podremos llevar una vida bastante buena.

—No entiendo.

—Celine, siempre creí que era usted una joven inteligente, pero quizá un momento tan emocional la haga sentirse un poco obtusa. Estoy pensando que podríamos mudarnos a Bath. Comprar una casita junto al mar…

—¿Está diciendo que deberíamos casarnos? —interrumpió Celine con frialdad.

—Exactamente, querida. He venido desde tan lejos para proponer matrimonio. Supongo que debería hablar con el duque y pedirle su mano…

—No.

—¿No?

—Quiero decir que no me casaré con usted, señor Woodbead.

—No sea tonta. Seguro que no habla en serio. Dijo que me amaría para siempre.

—Sí, mi para siempre significa lo mismo que su para siempre, señor Woodbead. Solo dura unos pocos meses.

—Entiendo que esté enfadada. Cuando nos conocimos, no estaba de humor. Me tomó por sorpresa y quizá no la cortejé…

—¿Cortejarme? Señor Woodbead, usted me dijo claramente que ya no me amaba porque, según sus palabras, ahora era un poeta apuesto y arruinado y, por lo tanto, tenía muchas mujeres entre las que elegir.

Philbert gorjeó:

—Estaba dolido. Usted no respondió a mis cartas. Creí que me había despreciado.

—Lo estoy despreciando ahora, señor Woodbead. Considérese despreciado de todo corazón.

—Vamos, vamos, querida, verá, es así…

—No quiero ver…

—Deme la oportunidad de explicarme…

—Buenos días, señor Woodbead. Perkins lo acompañará a la salida —interrumpió Celine con firmeza.

No esperó respuesta. Dio media vuelta, ofendida, y abandonó la sala.

El señor Philbert Woodbead también dio media vuelta, con el corazón roto, y salió de la sala, aunque no se alejó demasiado de la mansión.

Durante los dos días siguientes, Celine aprendió rápidamente que los poetas son criaturas persistentes. Nada los excita más que el amor no correspondido y Philbert, al fin y al cabo, se consideraba un buen poeta. Así que se lanzó en cuerpo y alma a reconquistar a su amada Celine.

Primero llegaron hojas y hojas de poemas horribles. Después, al parecer, Philbert agotó sus finanzas y ya no pudo permitirse comprar papel. Entonces la poesía empezó a llegar escrita en calcetines, bolsillos de camisas rotas, corbatas apolilladas, hojas unidas con hilo e incluso en una prenda interior azul con lunares.

Celine cometió el error de abrir uno de aquellos trapos y leer su contenido. Encontró lo siguiente,

*Querida Celine,*
*Aquí tienes un poema para ti,*
*Aquí yace enterrado*
*no un él ni una ella,*
*sino un ello.*
*Con amor*
*Woodbead*

Ella lo leyó dos veces y comprendió que eso era todo. Esa única línea se suponía que era el poema destinado a reconquistarla. Dejó que el hecho se asentara en su pecho irritado y luego le pidió a

Hopkins que encendiera un fuego en la entrada de la Mansión Blackthorne. Después arrojó todas las poesías que Philbert le había enviado recientemente al fuego y, por último, se puso a asar unas cuantas patatas en las llamas y se las comió.

Philbert observó toda la escena desde su posición en un árbol bastante frondoso.

Celine entró en la casa, chupándose los dedos. Las patatas habían estado poéticamente deliciosas. Esperaba que Philbert por fin captara el mensaje y la dejara en paz. Además, el duque y Penélope habían empezado a hacer preguntas sobre él, y ella no sabía qué decir.

Philbert sí captó el mensaje, pero solo pareció avivar las ruedas creativas dentro de su gran y huesuda cabeza. Celine observó horrorizada cómo sacaba un violín y lo tocaba justo debajo de su ventana. Estaba claro que Philbert no había tocado el violín en toda su vida, pero había decidido que aquel era el momento de intentarlo.

Celine le vació varios cubos de agua sobre la cabeza para disuadirlo.

No se dejó disuadir. Al contrario, atacó el violín con energía renovada y un entusiasmo frenético. Sus manos movían el arco rápidamente sobre las cuerdas mientras gotas de agua salpicaban desde su cabello como las de un perro sacudiéndose tras un largo baño en un estanque.

Celine le rogó, intentó calmarlo e incluso lo amenazó. Probó todo lo que pudo para hacerle entrar en razón y que la dejara en paz.

Philbert, por su parte, hablaba de su amor eterno y de cómo esta vez sí que era verdaderamente eterno. Los poetas, le informó, tenían almas sensibles, y el romance y la miseria eran su alimento y su aire.

Celine se golpeó la cabeza contra la ventana, frustrada, hasta que por fin tuvo que pedirle al duque que hiciera algo. El poeta persistente la estaba volviendo loca.

El duque lo agarró y lo lanzó dentro de un carruaje. El carruaje, con Philbert dentro, fue enviado al otro lado de la ciudad para dejarlo en una posada respetable.

Celine suspiró aliviada. Nunca más, juró, volvería a enamorarse de un poeta. También tuvo que confesarle parte de todo aquello a Penélope, que por suerte fue comprensiva, aunque demasiado distraída con zanahorias asadas como para profundizar en el asunto.

Con Philbert fuera de escena, pasó un día entero sin ningún otro incidente. Pero la calma tras la tormenta significó que ahora no tenía más remedio que pensar en George.

Lo extrañaba.

Su corazón ansiaba su compañía y deseaba contarle todo lo que había ocurrido en los últimos días. Quería hablarle de Woodbead y de su insistencia. Quería abrazarlo y besarlo.

Se arrepentía de haber discutido con él y de haberlo herido aquel día. ¿La perdonaría?

Si tan solo pudiera verlo una vez más, lo colmaría de tantos besos conciliadores que a ambos les daría vueltas la cabeza.

Pero quizá nunca quisiera volver a verla. Ya no podía ofrecerle diversión, así que ¿por qué iba a molestarse en buscarla? Solo había permanecido a su lado porque estaba aburrido, y ahora que el poeta había aparecido, no tenían ningún motivo para volver a encontrarse.

Tenía de sobra mujeres dispuestas a calentar su cama. No la necesitaba, no la quería, no la amaba.

Pronto se convertiría en un recuerdo fugaz en su vida, como un barco que pasa o un pájaro disgustado que cruza volando.

Se llevó la mano al estómago y cerró los ojos con fuerza. Nunca en su vida había extrañado tanto a otra persona, ni siquiera a su madre. Qué extraño era aquel sentimiento, qué fuerza de la naturaleza tan increíble era esa que hacía que su corazón se pegara a otro ser con tanta rapidez y firmeza.

Ese tiempo apagado y sin brío, en el que podía cavilar y añorar a George, duró poco, porque a la tarde siguiente Philbert volvió arrastrándose hacia la Mansión Blackthorne.

Esta vez fue más cuidadoso. Vigilaba como un animal salvaje, erguido sobre las patas traseras, con la nariz husmeando el aire en busca de peligro. Y de vez en cuando lanzaba una flor o un poema envuelto alrededor de un guijarro contra la ventana del dormitorio de Celine.

Por eso Celine había evitado su habitación todo el día, pero ahora era la hora de acostarse. Entró de puntillas y, con la ayuda de Gwerful y una sola vela, se cambió a su ropa de dormir. Se metió en la cama, se cubrió la cabeza con las sábanas y cerró los ojos con fuerza. No creía que fuera a pegar ojo, pero lo hizo. En pocos minutos estaba dormida, soñando con poetas recitadores de versos que la perseguían por un gran campo verde.

Era medianoche cuando alguien rascó en su ventana y la despertó.

Celine gimió contra la almohada.

Decidió que ya había tenido suficiente. Le rompería el jarrón de jade en la cabeza a Philbert. Su insistencia había tensado cada nervio de su cuerpo. Cada vez que veía su cara larga y delgada, le daban ganas de arrearle.

Otro rasguño en la ventana hizo que apartara el edredón y saltara de la cama. Encendió la vela y, aferrando el jarrón de jade, avanzó de puntillas hacia la ventana. Tenía los ojos enrojecidos y desorbitados, y los labios casi curvados en un gruñido de frustración.

Corrió las cortinas, desenganchó el pestillo y descargó el jarrón con un rugido apenas contenido.

No cayó, como ella esperaba, sobre la dura cabeza de Philbert.

En cambio, se estrelló contra la más blanda de Nithercott.

# CAPÍTULO VEINTINUEVE

—Lo siento —exclamó Celine—. ¿Te hice daño? Creí que eras Philbert. Oh, entra, Nithercott. De veras, siento muchísimo esto.

Nithercott colgaba cabeza abajo de la hiedra, aferrado a los zarcillos como si le fuera la vida en ello. Tardó unos instantes en que la vista se le aclarara. Luego sonrió con disculpa y entró por la ventana.

—No hay problema —dijo, haciendo una mueca—. Me lo merezco por venir a su habitación a estas horas, señorita. Pero si la situación no fuera tan grave… —dejó la frase en el aire.

—Ven, siéntate —dijo Celine, empujándolo hacia la silla—. Espero que no estés sangrando… no… ¿estás bien? ¿Quieres un vaso de whisky?

—De verdad, me han dado golpes peores. No se preocupe por mí —murmuró, avergonzado.

—Pensé que era el poeta.

—Lo mandé a la taberna a por unos tragos —le informó Nithercott.

—¿Y cómo te las arreglaste para eso?

—Fue fácil. Le di unas monedas.

Ella lo miró con respeto.

Nithercott se sonrojó.

—Dijiste que la situación era grave —le recordó Celine—. ¿Está… está bien?

—¿Quién, el poeta?

—No… quiero decir…

Se mordió el labio.

Él esperó a que continuara y, al no hacerlo, dijo:

—Lord Elmer está en escabeche.

A Celine se le detuvo el corazón.

—No quiero decir que esté muerto —se apresuró a tranquilizarla Nithercott al ver su expresión—, al menos no todavía.

Las piernas le fallaron y se dejó caer en una silla.

—¿Podrías… podrías empezar desde el principio?

—Fue así. Tras salir de la mansión Blackthorne, lord Elmer regresó en secreto a la casa de su padre. Se escondió en su habitación y entraba y salía por el árbol que daba a su ventana. Bendito sea lord Devon, no se enteró de nada. Lo estuvo buscando por toda Inglaterra, rio Nithercott, y ahí estaba lord Elmer, viviendo justo bajo sus narices.

—Continúa —rogó Celine.

—Bueno, ese era el plan. Permanecer oculto en la habitación hasta que los piratas se olvidaran de él. Hasta que encontró al poeta y… —Nithercott hizo una pausa.

—Y nos peleamos. ¿Eso ibas a decir? —preguntó ella.

Él asintió con gravedad.

—Después de eso, lord Elmer pareció cambiar. Nunca lo había visto así, señorita. Hablaba de responsabilidades y de cómo debía aceptarlas. Quería enfrentarse a su padre y asumir sus deberes. Quería devolver la receta a Sordid Sandy y, créalo o no, ni siquiera estaba borracho cuando soltó semejante disparate.

—No lo hizo, ¿verdad? —preguntó Celine, horrorizada.

Nithercott asintió, abatido.

—No sé qué le dijo usted, señorita, pero se negó a entrar en razón. Esa misma tarde, al volver a casa, abrió la puerta de su cámara, se plantó delante de su madre y la abrazó. La abrazó, señorita, sin motivo alguno. Y luego empeora. Le prometió a su padre que regresaría. Dijo que tenía algo importante que atender y que, después de eso, volvería a casa para ocupar su lugar en sociedad.

—Nithercott, ¿ha regresado al barco pirata?

—Sí, señorita. Se llevó la receta y subió al barco tan campante. Me dijo que lo esperara fuera. Iba a colarse, dejar la receta y salir a hurtadillas. Han pasado dos días desde que lo dejé allí y no ha vuelto a salir a escondidas.

Celine alzó hacia Nithercott un rostro desolado.

Nithercott se secó la frente.

—Pensé que usted sería la mejor persona a quien pedir consejo en una situación así. La he visto pinchar a Tim el cojo en el ojo con una aguja de tejer. Fue rápida. Y muy lista...

—Nithercott, tengo un plan.

—Lo sabía —se animó Nithercott.

—Escúchame con mucha atención. Solo hay dos personas que pueden ayudarnos ahora. Una es lord Adair y la otra es el duque de Blackthorne. Yo intentaré convencer al duque mientras tú averiguas si lord Adair ha regresado de su viaje. Si ha vuelto, cuéntale todo con la verdad por delante. Estoy segura de que sabrá qué hacer.

—A la orden, picarona —saludó Nithercott con energía antes de lanzarse por la ventana.

***

Celine esperó hasta que Nithercott descendió con seguridad por la hiedra y se perdió en la noche. Después se vistió deprisa con un vestido de viaje marrón oscuro y botas de montar suaves del mismo color, y se colocó unos cuantos alfileres en el cabello para apartarlo del rostro. Un vistazo al espejo confirmó sus sospechas: tenía un aspecto espantoso.

Encogiéndose de hombros ante su reflejo, arrancó una pluma de avestruz de un sombrero de satén azul y se dirigió a la habitación del duque.

Para horror de la sociedad londinense, el duque y la duquesa habían decidido compartir aposentos. La cámara de la duquesa se reservaba para las siestas vespertinas de Penélope, pues por la noche, sin duda alguna, dormía con el duque. Así que Celine necesitaba un plan para despertar al duque y lograr que saliera con ella sin despertar a Penélope.

No tardó mucho en idear uno, y, en consecuencia, se coló en la cámara del duque, se acercó sigilosamente a su lado y, sacando la pluma de avestruz, le hizo cosquillas en las fosas nasales.

El duque manoteó para apartarla, pero Celine persistió hasta que sus ojos se abrieron de golpe. En un instante, Celine le tapó la boca con una mano y, con la otra, se llevó un dedo a los labios.

Su sobresalto dio paso a la comprensión y asintió.

Luego ella hizo un gesto con la cabeza hacia la salida.

Volvió a asentir.

Dio gracias por habérsele dado cerebro al duque mientras avanzaba hacia el exterior, aún a cuatro patas.

El duque la siguió del mismo modo, arrastrándose sobre manos y rodillas.

Solo se pusieron de pie al llegar a la habitación de la viuda, que estaba vacía, al otro lado del corredor.

—¿Todo va bien? —preguntó el duque en voz baja.

—Perdone que lo haya despertado de este modo, pero no quería angustiar a Penélope y se trata de una situación urgente...

—Celine, cálmate. ¿Qué ocurre? Ven, siéntate. Estás temblando.

—Necesito su ayuda —soltó ella—. Los piratas han secuestrado a lord Elmer. Lo mantienen como rehén. Por favor, diga que puede ayudarnos.

—Cuénteme todo —dijo él con sequedad.

Así que Celine le contó deprisa todo lo que Nithercott le había dicho. Terminó con:

—Sé que el barco se llama *The Desperate Lark*. Lord Elmer lo ha mencionado muchas veces y Nithercott confirmó el nombre. El pirata se llama el Cuervo Negro, y Nithercott dice que es tan aterrador que cada hebra de su cabello se parte en dos al verlo.

—Saldré en cuanto esté listo el carruaje —dijo el duque con calma.

—¿Lo hará? —preguntó Celine, sorprendida.

—La hermana menor de Penélope es como si fuera mía. —Sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza—. No puedo permitir que fusilen a tu futuro esposo antes de la boda.

—Su vida podría correr peligro —advirtió Celine.

—Estoy casado con Penélope. Mi vida siempre corre peligro.

—Yo… —Celine se aferró a la falda—. Ya no creo que sea buena idea. Lo siento. Debería haberlo pensado mejor. No puedo poner su vida en riesgo… no sé qué estaba pensando al despertarlo así y...

—¿Tienes un plan alternativo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás enamorada de él?

Dudó un instante y luego asintió.

Él suspiró.

—Entonces no me queda más remedio que salvar a ese condenado hombre. —Otro pensamiento lo animó—. ¿No crees que podrías amar a otro? Puedo conseguir muchos buenos candidatos y, siendo duque, no se atreverán a negarse. Elmer es un poco malvado, ¿no te parece? Conozco a muchos caballeros estupendos que, comparados con él, son casi angelicales. Veamos… ¿Quizá lord Harley? Tiene un físico notable, o eso dice Penélope. Y sir Greenwood es el mejor tirador de Inglaterra. Fuimos a cazar juntos el invierno pasado. Derribó tres palomas sin desperdiciar una sola bala.

Las puntas de las orejas de Celine se pusieron rojas, pero aun así se obligó a confesar, pese a su timidez:

—Su gracia, creo que me he enamorado profunda y verdaderamente de lord Elmer. No creo que vaya a salir de esto pronto.

—Ya veo. Entonces queda decidido. Tendré que ir a rescatar a ese despreciable primo segundo mío.

—No tiene por qué.

—No, la verdad es que sí —murmuró el duque.

—¿Avisará a Penélope?

—Le dejaré una carta a Perkins; podrá entregársela si no regreso.

—Pero regresará.

—Eso espero de verdad.

Celine asintió y le estrechó la mano con solemnidad.

—Me alegra que no hayas escupido antes de darme la mano —comentó el duque.

—¿Eh?

—Penélope escupió… en fin.

—Entonces esto es una despedida.

—No voy a morir, Celine. No pongas esa cara.

—Eso espero.

—Esto se está poniendo lúgubre. Me voy ya… y, Celine, os conozco a las hermanas Fairweather. Ni se te ocurra seguirme.

—No lo haré —mintió Celine con descaro.

Ya tenía un plan para seguirlo de la mejor manera posible y, en cuanto el duque partió, lo puso en marcha.

# CAPÍTULO TREINTA

Los pasos de Celine resonaban con fuerza sobre el sendero del jardín. Su corazón latía al mismo ritmo. La lluvia de la noche anterior le lamía los tobillos mientras corría hacia las caballerizas, se escabullía junto a un mozo que roncaba y se dirigía hacia la yegua rojo encendido llamada Storm.

El caballo la conocía, aun así se acercó con cautela. Perdió unos momentos preciosos mientras la calmaba y la ensillaba.

Por fin, tirando de las riendas, sacó a la yegua al exterior, pasó junto al mozo dormido y avanzó hacia la entrada de la mansión Blackthorne.

Se ocultó detrás de una enorme estatua de Minerva, una alta figura de mármol con un búho exquisitamente tallado posado sobre el hombro. Asomó la cabeza entre el codo torcido de Minerva y se quedó observando el camino, esperando a que apareciera el carruaje del duque.

El carruaje del duque salió rodando y se detuvo con suavidad cerca de la entrada.

La respiración de Celine se congeló y apretó las riendas con más fuerza, rogándole en silencio a la yegua que no hiciera ruido.

El duque llegó unos instantes después, vestido con ropa de viaje. Saltó dentro del carruaje, diciendo algo ininteligible a Perkins, que estaba junto a la puerta.

Perkins respondió con un saludo y el carruaje se puso en marcha hacia el camino.

Celine se encaramó a Storm y la apremió con el pie.

Storm la ignoró.

Según la señora Beatle, una dama puede tener un defecto, siempre que lo oculte bien de los demás. El defecto de Celine era que era un desastre absoluto con los caballos. No tenía ni la menor idea de qué demonios hacer con ellos.

Celine pasó un buen rato intentando convencer a la yegua de que se moviera.

La yegua se mantuvo firme y obstinada.

Probó con sobornos, artimañas y palabras suaves, y el corazón se le hundía con cada segundo que pasaba, porque el carruaje del duque estaba a punto de perderse de vista.

—Bien —gruñó Celine—, haz lo que quieras. Quédate.

Y en ese mismo instante, Storm salió disparada hacia adelante.

Celine aprendió muy rápido cómo manejar con eficacia a aquel caballo contradictorio. Sus órdenes simplemente tenían que ser lo contrario de lo que quería que el animal hiciera.

Con la nariz apuntando al frente, los ojos entrecerrados y el viento azotándole el cabello, Celine, y no la yegua, intentaba mantener el carruaje del duque a la vista lo mejor posible.

Londres, a diferencia de Finnshire, tenía faroles encendidos a los lados de las calles, y aunque la luna estaba tímida y se escondía detrás de una nube con forma de sombrero, podía ver bastante bien.

Celine no supo cuándo pasaron por Gin Road, Mayfair Street o Marley Lane. No conocía nada de Londres aparte de Hyde Park y la finca Blackthorne. Estaría completamente perdida si perdía de vista al duque siquiera un momento.

Las calles oscuras bañadas por la luz de la luna eran una visión hermosa de una forma inquietante. Las siluetas ondulantes y negras de los árboles y los gritos ocasionales de borrachos la mantuvieron en vilo durante todo el trayecto.

Más de una vez, un vigilante nocturno la vio y se detuvo en seco. Uno de ellos fue lo bastante valiente como para abandonar su proclama de «Son las tres pasadas y casi las cuatro, ningún ladrón entrará, que vigilamos la puerta» y salió tras ella. Saltó sobre baches, basura y borrachos, blandiendo un garrote en una mano y balanceando el farol en la otra. No tenía ninguna posibilidad, porque un hombre a pie no es rival para una mujer con una misión montada en un caballo veloz. Ella escapó ilesa.

Siguió cabalgando incluso cuando comenzaron a salir a las calles los carros y carruajes, salpicándola con agua sucia. Las lecheras empezaron a aparecer en las esquinas, conteniendo bostezos y

lanzando unos cuantos gritos somnolientos. Algunos charlatanes se deslizaban por los lados mientras los músicos comenzaban a instalarse, sacando panderetas y demás.

El pensamiento que le daba valor y la impulsaba por las calles era que vería a Lord Elmer al final del camino. No, se corrigió; Lord Elmer no. Debería empezar a pensar en él como George.

—George —dijo en voz alta, dejando que el viento se llevara su nombre. Cerró los ojos un instante y un delicioso estremecimiento la recorrió al oírlo.

Volvió a concentrarse en el camino y, con un sobresalto, se dio cuenta de que el carruaje del duque había desaparecido. Con el corazón en la garganta, buscó frenéticamente hacia delante. No veía nada más que casas oscuras y amenazantes y una carretera vacía. ¿Seguían siquiera en Londres? Le parecía que llevaban horas cabalgando, el tiempo suficiente como para haber salido ya de la ciudad.

Storm continuó galopando a gran velocidad, sin girar ni a la derecha ni a la izquierda, sino en línea recta, y Celine se lo permitió. No sabía qué otra cosa hacer salvo seguir adelante, con la esperanza de que el carruaje del duque estuviera a la vuelta de la esquina.

Fue el olor a pescado podrido y a agua lo que renovó sus esperanzas. Estaban cerca de una gran masa de agua, de eso estaba segura.

Un tenue resplandor rosado en el cielo indicaba que el sol estaba a punto de salir. A la luz rosada, distinguió pequeñas barcas vacías balanceándose cerca de la orilla. Más allá, flotando en aguas más profundas y centelleantes, estaba *The Desperate Lark*, con su bandera pirata sustituida temporalmente por una más amistosa que mostraba un racimo de mangos amarillos sobre fondo blanco.

Celine le dijo a la yegua que siguiera avanzando, y el animal obediente se detuvo. Saltó al suelo y ató rápidamente a Storm a un árbol cercano. No pudo ver el carruaje del duque, pero ya no importaba. Él estaría en el barco pirata intentando salvar a George, y ella también tenía que subir al barco por si luego había que salvar al duque.

Avanzó hacia la orilla, preguntándose qué barca tomar para llegar al barco. Un fuerte traqueteo, un resoplido y un chirrido la hicieron girarse de golpe.

Un carruaje había frenado bruscamente detrás de ella. No era el carruaje del duque. Era el carruaje de la duquesa.

La feliz cabecita de Penélope asomó por la ventanilla. Su mano, igual de exultante, saludó a Celine.

—Penny, ¿qué haces aquí? —jadeó Celine.

Penélope bajó con cuidado con la ayuda de su doncella, Mary, y del cochero.

—Hablaré rápido, porque tenemos a dos hombres que salvar. Estaba despierta cuando entraste en la habitación y le hiciste cosquillas al duque...

—Pero te oí roncar.

—Estoy embarazada, y eso significa que paso mucho tiempo sin hacer nada. He estado practicando todo tipo de cosas en mis ratos libres, y fingir un ronquido suave mientras estoy completamente despierta es solo uno de los trucos que he aprendido. Es un talento que merece la pena adquirir.

—Continúa —murmuró Celine.

—Te seguí fuera de la habitación y hasta la de la duquesa viuda. Pegué la oreja a la puerta, escuché la mayor parte de la conversación y esperé a que el duque se marchara para pedirle a Hopkins que preparara el carruaje. Desperté a Mary, hice preparar un segundo carruaje y te seguí hasta aquí.

Mientras Penélope hacía una pausa para tomar aire, Celine dijo:

—Ahora vuelve a subir al carruaje y regresa a casa.

—No lo haré.

—No vienes, Penny.

—Me quedaré aquí, y si no regresas pronto, iré a buscar a los corredores o al rey.

—¿Al rey?

—Creo que le tiene cariño al duque.

—No puedo dejarte aquí sola y desprotegida...

Su frase se cortó cuando Penélope sacó un rifle de aspecto intimidante.

—Eso no es suficiente —objetó Celine.

Penélope sacó en silencio tres delicadas pistolas de dentro de su corsé. Otras dos estaban en sus botas de montar, y aún otra más salió de un bolsillo oculto en su falda.

Celine tomó una de las pistolas y se la guardó.

—Aun así no...

No pudo terminar la frase, porque Penélope dio una palmada y doce doncellas asomaron la cabeza por el carruaje.

Le mostraron a Celine sus armas: rodillos de cocina, hervidores de hierro fundido, más pistolas, rifles y unos cuantos vestidos escandalosamente bajos con grandes pechos a la vista.

Celine se quedó mirando horrorizada a una de las doncellas.

La mujer alta, de rostro alargado y huesudo, con expresión sombría, que sostenía una lanza, le devolvió la mirada batiendo las pestañas.

—¿Quién es esa? —preguntó Celine, señalándola.

—No estoy segura… —frunció el ceño Penélope.

—Yo te diré quién es, Penny. Es el maldito poeta Philbert Goodbead disfrazado. ¿Por qué has traído a ese idiota?

—No sabía cómo era, Celine. He estado confinada en la Habitación Amarilla y solo había oído hablar de esa plaga —replicó Penélope, irritada.

—Pues el condenado hombre se está acercando a mí, Penny. Ahora no tengo tiempo para discutir contigo. Por favor, regresa a la mansión y quizá prepara a los corredores o a los hombres del rey. Date prisa —rogó Celine antes de echar a correr hacia el barco.

No tenía tiempo de desatar ninguna barca, o el poeta estaría encima de ella, así que se lanzó al agua fría y helada y empezó a nadar hacia *The Desperate Lark.*

—¡Celine! —la llamó Penélope.

Celine escupió agua y se giró para mirar a la duquesa.

—¿Estás segura de que haces lo correcto? —gritó Penélope —. ¿Es apropiado?

—¡Una dama consumada siempre sigue a su hombre para salvarlo, y los hombres siempre necesitan que los salven! —gritó

Celine a modo de respuesta—. Y deja de gritar, o los malditos piratas te oirán. Vuelve a casa.

Penélope sonrió, y Celine se dio la vuelta y siguió avanzando hacia el bergantín pirata de estilo balandro, de cien toneladas, capaz de albergar fácilmente a setenta hombres adultos.

Usó la escala de cuerda que colgaba por el costado para subir y colarse en la cubierta trasera del barco.

Se mordió el labio y miró la pistola con empuñadura de nácar que le había dado la duquesa. Luego miró los cañones repartidos por la cubierta y tragó saliva.

Respiró hondo y avanzó con valentía.

Chof, chof, chasquearon sus zapatillas empapadas.

Reprimió los pensamientos de miedo, se quitó las zapatillas y las metió en el bolsillo. Cualquier exploración posterior tendría que hacerse descalza, de puntillas.

Nunca había estado en un barco y no sabía adónde ir ni qué esperar, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás, así que se deslizó hacia delante y encontró lo que parecía ser la puerta de un pequeño camarote a la derecha.

Una criatura somnolienta y de aspecto letal abrió la puerta del camarote y miró a Celine con sorpresa.

Celine se bajó rápidamente el corsé y sonrió.

—Arr —sonrió él a su vez, con los ojos clavados en su escote.

Mientras estaba así de embobado, Celine agarró la puerta del camarote y se la estampó contra la cabeza. En cuanto cayó inconsciente, lo empujó de vuelta al interior, rogando que no despertara demasiado pronto de su indeseada siesta.

Volvió a deslizarse hacia delante, manteniendo los ojos, los oídos y la nariz alerta en todo momento. Oyó a varios hombres cantando una canción pirata. Captó de vez en cuando algún verso que sonaba como:

*«Barriles de ron, muchachas y trasero, juntos navegaremos hasta Ballynoonum».*

Se detuvo junto a otra puerta de camarote y se frotó los brazos. El viento, coqueteando con su ropa empapada, le había calado hasta los huesos. Tarareó la pegadiza canción pirata mientras dedicaba

unos preciosos instantes a planear su siguiente paso. ¿Dónde, se preguntó, guardaban los piratas a los prisioneros?

Intentó abordar la cuestión desde otro ángulo. Si quisiera encarcelar y torturar a alguien en la Mansión Blackthorne, ¿dónde lo escondería? En el calabozo, concluyó con certeza. Por lo tanto, era muy probable que George también estuviera oculto en el equivalente a un calabozo del barco.

Reanudó la marcha, y esta vez sus pasos fueron firmes y decididos. Necesitaba encontrar las escaleras que llevaban a las cubiertas inferiores.

Más adelante divisó a un hombre vestido con un abrigo de terciopelo rojo, sombrero violeta y pantalones verde oscuro saltando por un agujero en el suelo. Solo el capitán podía ir tan elegantemente vestido.

Se acercó con cautela al agujero. De puntillas, se inclinó hacia delante, intentando ver qué había abajo. No veía nada.

No veía nada porque, en primer lugar, estaba demasiado lejos del agujero. Tan lejos que, incluso tumbándose boca abajo, seguiría sin poder ver nada. Y la inclinación de ochenta grados de la parte superior de su cuerpo no ayudaba en absoluto, salvo para provocarle un calambre en la pantorrilla. En segundo lugar, no podía ver dentro del agujero porque tenía los ojos apretados con fuerza. Un miedo repentino se había apoderado de sus extremidades.

Usó las yemas de los dedos para forzar la apertura de los párpados.

Obligó a su cuerpo a enderezarse.

Empujó las piernas para avanzar hasta alcanzar el mismo borde del agujero, antes de que el valor la abandonara.

Cerró los ojos y saltó.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Aterrizó en lo que parecía un pozo negro, pero cuando sus ojos se acostumbraron, se dio cuenta de que era un corredor. Una vela agonizante, apoyada sobre una mesita lateral, iluminaba el pasaje y proyectaba sombras temblorosas en la pared.

Una sensación de asfixia y terror amenazó con paralizarla, y el sonido repentino y amortiguado de alguien hablando cerca terminó de espantarle el alma fuera del cuerpo.

Alguien tosió, y su alma regresó a regañadientes.

Apretó la pistola con ambas manos y, abrazándola contra el pecho, avanzó hacia el sonido.

Procedía de una puerta entreabierta a la derecha del corredor. Pegó la espalda a la pared junto a la puerta y acercó el oído a la rendija. Las voces se oían cada vez más claras.

—Entrégamelo ahora —pidió alguien con voz desganada que sonaba como la del duque.

—No parece que lo quieras demasiado —dijo con desgana la voz aburrida de un desconocido.

—Es una plaga, Rover —respondió el duque.

—Entonces déjame quedármelo.

—Lo haría, pero mi esposa y su hermana le tienen un cariño terrible.

—¿Por qué?

—Me hago esa pregunta todos los días.

—Me gustaría quedármelo un tiempo y torturarlo. Seguro que eso te agradaría, ¿no? Suena a que te gustaría. Puedes mirar.

—No, gracias. Prefiero esperar aquí hasta que termines con él. ¿Cuánto crees que durará la tortura? Después no lo matarás, ¿verdad?

—Aún no lo he decidido. Verás, el sujeto robó la receta de mi madre, y mi madre descubrió el robo. Desde entonces no me ha vuelto a dirigir la palabra. En cuanto atracamos aquí, salió hecha una

furia para visitar a su hermana, que vive en este pueblo. Cuando regrese, le presentaré al ladrón y le preguntaré qué quiere hacer con él. Tal vez quiera cenar con su cabeza decorando la mesa de postres. ¿Quién sabe? No prometo nada.

—Eres extremadamente elocuente...

—La adulación no servirá —replicó con aspereza el Black Rover.

—Mis hombres han rodeado este barco. Si no regreso pronto, subirán a bordo, rescatarán a Elmer y se llevarán la mitad de tu riqueza.

—El barco no tiene tesoros. Los enterramos. Eres bienvenido a llevarte unas galletas llenas de gorgojos.

—Mis hombres te matarán —amenazó el duque.

—En cuanto los veamos acercarse al barco, te pegaré un tiro en el corazón y te arrojaré por la borda, convirtiéndote en simple despojo flotante. Después zarparé hacia aguas más tranquilas.

—No me gustas.

—Ya te dije que la adulación no te llevará a ninguna parte.

Celine cerró los ojos, irritada. El duque y el Black Rover estaban discutiendo ahora sobre cómo se matarían el uno al otro. Parecían competir por ver quién podía ofrecerle al otro una muerte más espantosa.

—Mis hombres te darán de comer a peces sedientos de sangre que desgarran carne —dijo el pirata con total indiferencia.

—Mis hombres te atarán las muñecas y los tobillos con cadenas de hierro y luego, usando el último instrumento de tortura, te arrancarán las extremidades —respondió el duque.

Celine negó con la cabeza, asqueada, y se alejó. Al parecer, tendría que salvar primero a George y volver luego por el duque.

Avanzó de puntillas por el corredor, sintiéndose un poco más valiente al saber que Black Rover estaba ocupado discutiendo con el duque y que la mayoría de los hombres cantaban canciones piratas en cubierta. Ahora solo tenía que encontrar las escaleras que llevaban al fondo del barco.

Las encontró con bastante rapidez. Estaban justo al final del corredor.

Bajó sigilosamente, arrugando la nariz a medida que descendía cada vez más al vientre del barco. El aroma marino y fresco dio paso a un olor húmedo y rancio, mezclado con algo que olía a queso en mal estado, huevos podridos, perros mojados y una generosa pizca de rosas recién cortadas.

Cuando llegó al último peldaño, el hedor era lo bastante fuerte como para colársele en la boca. Con la nariz y la boca fruncidas por el asco, entró en la sentina.

Esta parte del barco estaba reservada para criaturas no mejores que ratas de agua. La mísera luz de una sola vela iluminaba un montón de madera sucia aquí, una botella rota allá, y poco más.

Siguió avanzando. La luz se hizo más intensa y encontró puertas a ambos lados del largo pasillo. George tenía que estar en una de esas habitaciones.

Se detuvo frente a varias puertas, esperando oír algún sonido o captar alguna pista de lo que había dentro. Al no captar nada, empezó a abrirlas.

Las primeras habitaciones no eran más que agujeros oscuros con una silla pequeña y un catre. Otras estaban vacías. Por fin encontró una que contenía a una persona dormida. El cabello rojo intenso que asomaba por debajo de las sábanas hizo que se retirara de inmediato. Sin duda, ese no era George.

La habitación justo al lado del pelirrojo contenía a otra persona. Esta estaba despierta. Parecía un abuelo barrigón, con una sonrisa angelical y unos ojos que la invitaban a acercarse.

Abrió más la puerta, dejando que la luz de la vela iluminara mejor la estancia.

Era un prisionero atado a una silla. De inmediato pensó en él como un aliado y se animó. Parecía un anciano bondadoso y sin duda la ayudaría.

Sonriendo, se acercó, con las manos avanzando poco a poco hacia las cuerdas que le ataban los pies. Lo liberaría, y él le devolvería el favor ayudándola a encontrar a George.

Alguien gruñó.

Ella dio un salto de susto y se dio la vuelta para mirar detrás de sí.

Alguien ladró.

Horrorizada, volvió a mirar al anciano de aspecto bondadoso.

—¿Acabas de gruñir y ladrar? —le preguntó nerviosa.

Él le dedicó una sonrisa radiante y le preguntó si era un loro.

¿Un loro?, pensó ella.

Él emitió dos ladridos cortos y luego asintió con la cabeza.

Ella sonrió y asintió también, y siguió sonriendo y asintiendo mientras retrocedía poco a poco fuera de la habitación.

En el pasillo, esperó un momento a que el corazón dejara de latirle desbocado. El prisionero chiflado le había dado un susto terrible.

Entonces oyó pasos a su espalda, y el corazón se le aceleró de nuevo.

Esperó, tensa y temblorosa, intentando averiguar si los pasos se acercaban o se alejaban.

Los pasos se oían cada vez más fuertes.

En cualquier momento quien fuera estaría encima de ella y entonces la atraparían, la encerrarían y la dejarían encerrada para siempre en una de aquellas habitaciones. Años después, cuando su rostro se arrugara y su cabello se volviera gris, ella también ladraría y quizá graznaría a la gente, preguntándoles si eran gallinas ponedoras.

Sacudió la cabeza, disipando la neblina, y se lanzó de lado. Con un chillido ahogado, cayó dentro de otra habitación. El hombro protestó al estrellarse contra el duro suelo de madera, y el pie se movió instintivamente para cerrar la puerta.

Permaneció aturdida un instante, con el corazón en la garganta.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta.

Rezaba para que quien fuera no la hubiera oído caer.

El sonido de unos pies arrastrándose llegó hasta ella… ¿Intentaba abrir la puerta?

Apretó la pistola y la apuntó hacia la puerta.

—¿Celine? —susurró una voz a su espalda.

Mordiéndose un grito, se dio la vuelta… y encontró a un George sonriente, atado a una silla en la esquina.

Se le abrieron los ojos y bajó la pistola.

—George —articuló sin voz, llevándose un dedo a los labios y señalando la puerta.

Él asintió, comprendiendo.

Esperaron unos momentos más, aterradores, hasta que por fin los pasos se alejaron.

Cuando afuera todo quedó en silencio, se metió la pistola entre los pechos y se lanzó sobre George, cubriéndolo de besos. Aún estaba demasiado alterada para hablar. Sus labios cayeron sobre su rostro y su cuello con total abandono.

El corazón le latía como si fuera a estallar de alivio al volver a ver su cara. Cuando terminó de besarlo cuanto quiso, empezó a recorrerlo con las manos y la mirada, buscando magulladuras o señales de tortura.

—¿Te duele algo? —preguntó, preocupada—. ¿Te han dado de comer y de beber?

—Estoy aprendiendo a disfrutar de ser la damisela en apuros —comentó George.

El sonido de su voz la devolvió al presente. Ruborizada, murmuró:

—Debería desatarte.

—En absoluto. Déjame atado un ratito más. No creo haber disfrutado nunca tanto de que me rescaten. No, no, de verdad, no me desates. Unos besos más y luego puedes hacer conmigo lo que quieras.

—Oh, cállate —dijo Celine, con las manos ocupadas tirando de las cuerdas para liberarlo.

—¿Celine?

—Ajá.

—¿Por qué estás empapada?

—Estuve nadando.

—¿Nadaste? ¿Para venir a salvarme?

—No, por placer. Estaba chapoteando en un estanque con cisnes y patos —dijo, frustrada. Desatar el nudo resultó ser la tarea más difícil de todas.

—Le tienes miedo al agua.

—Le tengo más miedo a perderte —dijo, con un nudo en la garganta.

—¿Celine?

—¿Qué? —respondió, irritada. Ojalá se callara un momento. Casi lo tenía libre.

—Tengo un cuchillo en la bota.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —gruñó ella, abalanzándose sobre sus botas y quitándoselas.

—Porque te había echado muchísimo de menos. Quería pasar unos minutos hablando contigo.

—¿Podemos conversar cuando estemos en tierra y lejos del peligro?

—Cuando estemos en tierra, ¿dejarás de estar enfadada?

—Sí.

—¿Y también me dirás cuánto me amas?

—Ya estás libre —dijo ella en su lugar; pero después de cortar las cuerdas, se resistió a dejar de tocarlo, así que le agarró los pies y volvió a metérselos en las botas.

Cuando terminó, se puso de pie de un salto, lista para huir, pero él la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Deberíamos pasar unos momentos besándonos para celebrar mi libertad.

—No. Subiremos a cubierta y tú saltarás por la borda y nadarás hasta la orilla mientras yo regreso a salvar al duque.

Él suspiró y la soltó.

—*Tú* nadarás hasta la orilla mientras *yo* salvaré al duque.

—¿Podemos discutirlo afuera? Siento que en cualquier momento alguien doblará la esquina y nos encerrará a los dos.

—De acuerdo.

Le tomó la mano y, tras echar un vistazo rápido, subió corriendo las escaleras.

George conocía bien el barco, por lo que pronto estaban respirando aire fresco bajo la luz de la mañana.

—Me quedo, Celine —le dijo con firmeza.

—¿Cómo te defenderás?

—Tengo un cuchillo.

—Y agujas de tejer —dijo ella, sacando unas del bolsillo y entregándoselas—. Aun así, creo que debería quedarme yo. Nadie

sabe quién soy, mientras que a ti quieren retenerte como prisionero.

—No voy a dejarte aquí sola e indefensa, Celine. Black Rover es peligroso, y tú ni siquiera… ¿Pero qué…?

George se quedó helado.

—¿Qué sucede? —preguntó Celine, girándose. Vio una mano aferrada al borde del barco.

Alguien estaba subiendo a bordo.

Celine agarró la mano de George y tiró con desesperación. Tenían que salir de allí.

—Por todos los santos —jadeó George, negándose a moverse—. ¿No es ese Philly Slimweed?

—¡Ah! —chilló Celine al reconocer la cabeza alargada.

—Philbert Woodbead —corrigió el poeta, con acritud.

—Te llevaste una de las barcas —dijo Celine, al notar que el vestido de criada que llevaba estaba seco.

—La duquesa se quedó con mi peluca —gruñó él, trepando por la borda y desplomándose sobre la cubierta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Celine, con las manos en las caderas.

—He venido a recuperarte —respondió el poeta.

—No quiero escuchar más poesía —dijo Celine con firmeza.

—Nada de poemas. Esta vez he preparado un baile.

—¿Un baile? —preguntó George, intrigado—. Por favor, ¿podemos verlo una vez?

La miró con ojos grandes y suplicantes.

Ella asintió a regañadientes.

Observaron al poeta bailar unos instantes.

George le aconsejó:

—Quizá podrías describir lo que estás haciendo. Tal vez ayude a tu causa.

El poeta lo miró agradecido y dijo:

—¿Recuerdas, Celine, cuando nos conocimos en The Devil's Pitchfork y te dije que quería recuperar mis poemas?

—Sí —respondió ella, irritada.

—Pues te dije que era porque me los había robado un famoso bandolero llamado el Halcón. Me dijo que, si alguna vez quería

recuperar a una mujer, debía hacer el baile del halcón.

—¿Así que estás haciendo el baile del halcón? —preguntó George, fascinado.

—Sí, verás, hay que cabecear y aletear, cabecear y aletear, y luego cabecear, cabecear y aletear, aletear…

—Te ruego que lo arrojes por la borda —suplicó Celine, asqueada.

—Como quieras —dijo George con una reverencia; levantó a Philbert y lo lanzó de vuelta al agua.

Al cabo de un momento, Celine preguntó:

—¿Crees que sabe nadar?

—Eso espero —dijo George, mirando hacia abajo. De pronto exclamó— Cielos.

—¿Qué ocurre?

—Tu poeta está subiendo otra vez por la cuerda. Ha ignorado la barca que flotaba junto a su cabeza.

—Es un poco persistente.

—¿Un *poco*?

—Mucho, entonces. ¿Cómo nos deshacemos de él?

—Déjamelo a mí y sigue mi consejo. Soy experto en asuntos del corazón —le guiñó un ojo.

Ella puso los ojos en blanco y asintió.

—Ahora dile que lo amas.

Sin cuestionarlo, se asomó por el borde y le dijo al poeta empapado:

—Te amo.

—Ahora dile que estás muy agradecida de que aún te quiera, ya que no tienes adónde ir. El duque descubrió que lo visitaste en The Devil's Pitchfork, que no es lugar para una dama. Y ahora que estás en un barco pirata, sin duda te desheredará antes que permitir que el nombre de su familia quede manchado.

Celine transmitió todo fielmente al poeta.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó George.

—Se ha detenido a mitad de camino. Creo que está pensándolo.

—Perfecto. Ahora dile que bajarás por la escalera y que, juntos, huirán a Gretna Green. Después vivirán en una casita cubierta de

rosas y comerán guisantes, ya que el duque se ha negado a darte una dote.

Celine pasó una pierna por el borde del barco y volvió a repetir todo lo que George le había dicho.

—¿Y ahora qué hace?

—Está bajando rápidamente por la cuerda —informó, y luego llamó al poeta— ¿Qué has dicho? ¡Habla más alto!

—¿Qué está diciendo? —preguntó George, dando saltitos.

—Se está despidiendo. De repente recordó que un impresor lo esperaba en la posada.--Ahora está en una barca y se aleja. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo agitó—. Adiós.

—¿Ese sujeto estaba cabeceando y aleteando? —preguntó Penélope, apareciendo a su espalda—. Sabía que se pondría de moda.

—¡Penny! ¿Qué demonios haces en el barco? —chilló Celine.

—Me pareció muy injusto que esperaras que me quedara en el carruaje mientras todos ustedes están aquí divirtiéndoos en el barco. ¿Dónde está Charles?

—Tenemos que rescatarlo —replicó Celine, irritada—. Bien, el plan es este: tú te quedas aquí. George bajará por la escalera, nadará hasta la orilla y conseguirá ayuda. Mientras tanto, yo rescataré al duque.

—¿Y qué se supone que haga con él? —preguntó George.

Celine se volvió hacia George.

—¿Él? ¿Qué él?

—Él —George señaló detrás de sí.

Celine frunció el ceño, miró por encima del hombro de George y lanzó un jadeo.

Tim el Cojo, que era casi una cabeza más bajo que George, llevaba un buen rato de pie escuchándolos. Y durante todo ese tiempo había mantenido un arma completamente cargada clavándose en la cuarta vértebra lumbar de George.

# CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Los ojos de Celine se abrieron de par en par por el miedo.

—No te asustes —le dijo George—. Yo puedo encargarme de esto.

—¿Cómo? —preguntó ella, con el corazón latiéndole rápido y fuerte.

George sonrió. Su mano se disparó hacia arriba, agarró la muñeca de Tim y la retorció.

El arma se le escurrió de los dedos a Tim y cayó directamente en la mano ya preparada de George.

George se guardó la pistola y giró sobre sí mismo. Giró tan rápido que Celine apenas pudo seguirlo con la vista y, mientras giraba, lanzó la pierna y le dio una patada a la única pierna de Tim.

Con un aullido de fastidio, Tim se estrelló contra el suelo.

George hizo una elegante reverencia, con el hoyuelo brillándole de satisfacción. Le había llevado solo un instante ganar aquella batalla en particular.

Penélope dio palmadas, encantada.

—Oh, eso ha sido maravilloso. Ahora haz lo mismo con el resto —suplicó.

Celine se volvió para ver a qué se refería Penélope con el resto.

Tragó saliva.

El Cuervo Negro, con sus amenazadores ojos grises, los labios crueles y la mejilla marcada por una cicatriz, se encontraba a unos pasos de distancia, flanqueado por al menos treinta de sus hombres.

El duque también estaba allí, en un rincón, mirando a su esposa con horror.

De algún modo, la gente siempre se congrega donde está la acción. Si dos desconocidos empiezan una pelea en mitad del camino, una gran multitud aparece como por arte de magia a su alrededor.

En el barco no era distinto. Todos los hombres del Cuervo Negro y las doncellas sonrojadas de Penélope a bordo del *Desperate Lark*

alzaron la nariz, olieron que algo se tramaba y siguieron el rastro hasta llegar a cubierta para presenciar los acontecimientos.

—Me pregunto —musitó el Cuervo Negro, rascándose la mejilla con el arma— a quién disparar primero.

—Puedes quedarte conmigo y dejar marchar al resto. Yo robé la receta, no ellos —dijo George, dando un paso al frente.

El corazón de Celine se derritió por su valiente George. Era tan dulce, pensó con ternura, dispuesto a dar su vida para salvarlos. Le agradaba lo responsable que se había vuelto últimamente, aunque debía admitir que también adoraba su lado travieso.

—Creo que Elmer tiene razón —intervino el duque—. Quédate con él.

—No, tengo una propuesta mejor —dijo una voz nueva.

Con la aparición de aquella voz, el viento pareció animarse y cobrar velocidad.

Todos se volvieron hacia el lugar de donde había surgido. Vieron cómo el sombrero de un hombre empezaba a aparecer lentamente por encima de la borda.

El sol brilló con más fuerza y el aire fresco de la mañana se volvió más nítido a medida que cada vez más del sombrero negro, exquisitamente confeccionado, entraba en escena.

Todos aspiraron el aire con fuerza cuando apareció la frente lisa y oscura. Los hombres se enderezaron y las mujeres se iluminaron con la llegada de la nariz. Damas y caballeros temblaron de emoción contenida cuando, por fin, emergieron los labios y la barbilla.

La apostura de Lord Adair y su físico musculoso los golpearon a todos en pleno rostro, obligando a algunos a cerrar los ojos ante tanta belleza. Tres doncellas se desmayaron y varios piratas se sintieron movidos a proclamar su patriotismo a gritos:

—¡Que los enemigos de Inglaterra sean encurtidos en salmuera!

—¡Sillas llenas de púas para los enemigos de Inglaterra!

—¡Que el cerebro del enemigo se embrolle y sus bocas se llenen de pescado podrido de Billingsgate!

Lord Adair sonrió y se balanceó con elegancia hasta la cubierta, seguido de Nithercott y seis ancianas.

—Tengo una propuesta —repitió Lord Adair con una voz oscura e hipnótica.

El Cuervo Negro lo ignoró; tenía los ojos clavados en la más baja de las ancianas.

—Madre, has vuelto —dijo con preocupación.

La persona arrugada, de apenas metro veinte, que estaba detrás de Lord Adair, miró con disgusto a su hijo de casi dos metros.

—Willy, ¿qué es esto que oigo? ¿Has decidido asesinar a un duque? ¿Qué será de tu futuro si te dedicas a matar a gente importante? ¿Cuántas veces te he dicho que elijas bien a tus víctimas?

—¿Puedes no llamarme Willy, madre? Al menos no delante de ellos.

—Te llamaré como me dé la gana. Y nunca fue culpa de este muchacho de rizos. Lord Adair me lo explicó todo. Belcher lo hizo beber. Pero tú, Willy, ¿qué excusa tienes? ¿Qué clase de pirata permite que le roben un artefacto importante bajo sus narices?

El Cuervo Negro se marchitó, con la boca fruncida de manera infantil.

—Ya dije que lo siento, madre, ¿qué más quieres? Ahora tengo tu receta de vuelta.

Sandy la Sórdida se plantó con las manos en las caderas, señal inequívoca de que se disponía a echar una buena y larga reprimenda.

El Cuervo Negro miró a sus hombres de reojo y susurró con apuro:

—No regañes ahora. No delante de ellos. Mi reputación ya está tambaleándose después de cómo seguiste y seguiste… ahora tendré que dispararle a alguien, madre, para reconstruirla. No me dejas otra opción.

Ella se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, pero rápido. Aún no he desayunado.

El Cuervo Negro asintió con premura. Su mirada recorrió a los intrusos reunidos y, por último, se posó en el duque.

Penélope avanzó balanceándose y se colocó delante de su marido.

—Me gustaría ofrecerle a alguien extraordinario a cambio de nuestra libertad —dijo con valentía—. Mantendrá entretenida a su tripulación durante horas, o puede pegarle un tiro. A nosotros nos da igual. Se llama Philbert Woodbead y es un poeta brillante. Lo vi alejarse remando hace apenas un momento. Si mira… —terminó con un grito—. ¡Arrgh!

El Cuervo Negro observó cómo Penélope se palmeaba el vientre, nerviosa.

—¿Llevas un bebé ahí dentro?

—No. Me comí un caballo de camino —respondió Penélope, con los ojos enrojecidos y la respiración corta.

—Ja, ja —rio el Cuervo Negro con diversión forzada.

Nadie se unió a la risa. Toda la atención estaba puesta en Penélope, que ahora se sujetaba el vientre con ambas manos. Tenía los ojos apretados y el rostro peligrosamente contraído.

El capitán dejó de reír y miró a la duquesa con temor.

—¿Cuándo nace el bebé?

—Ahora —respondió Penélope.

—¿Quieres decir pronto? —preguntó el Cuervo Negro, esperanzado.

—No. Quiero decir ahora —insistió Penélope, fulminando al capitán con la mirada.

—¿Qué quieres decir con ahora? —preguntó el duque, corriendo hacia su esposa.

—Que voy a tener al bebé ahora —repitió Penélope entre dientes —, y ni se te ocurra obligarme a decirlo otra vez.

—¡No puedes! —chillaron todos, horrorizados—. ¡No en un barco pirata!

Penélope respondió con un alarido salido de lo más hondo:

—¡Oh, este… maldito, floreciente, podrido, lleno de pulgas, bestial, pedorro desastre! ¡Esto duele!

—No, no, Penny. No puedes hacer esto ahora. No puedo permitir que mi hijo nazca en un barco pirata. Quédate ahí dentro —le suplicó el duque a su vientre.

—¡Traigan una silla! —rugió el Cuervo Negro, retorciéndose las manos nervioso—. ¡Con cojines!

—¡Agua! —gritó George—. ¡Agua caliente!

—¡Mierda! —chilló Penélope.

Sandy la Sórdida sacó una pistola del profundo valle de su escote y disparó tres veces al aire. Cuando todo quedó en silencio, dijo:

—Ha llegado el momento de que alguien más viejo, más sabio y con más experiencia tome el mando. El bebé va a nacer —le dijo al duque—, por mucho que supliques, ruegues o reces.

—Pero el doctor Johnson, la comadrona… —empezó a decir el duque, pero otra maldición de Penélope lo interrumpió.

—Preparen la cámara de Willy —ordenó Sandy a las seis ancianas que eran sus doncellas—. Quiero muchas sábanas limpias, agua, ron, un cuchillo y cualquier otra cosa que se les ocurra.

Luego se volvió hacia las jóvenes doncellas que habían llegado con Penélope.

—Lleven a la duquesa al cuarto ahora mismo.

—Es mi esposa; yo la llevaré —advirtió el duque, avanzando hacia ella.

Las doncellas se apartaron y le dejaron espacio.

Él rodeó las piernas de Penelope con los brazos. Hizo fuerza, tiró, exhaló, inhaló… y no logró moverla ni un centímetro. Al final jadeó:

—La llevaré… con un poco de ayuda.

Y así, la duquesa retorciéndose y gritando fue transportada a toda prisa por el duque, con la ayuda de once doncellas, hasta la cámara privada del Cuervo Negro. Celine corrió detrás de ellos.

—Quiero que todos los hombres se vayan, y también cualquiera que tenga el estómago débil o se desmaye al ver sangre —exigió Sandy.

Todas las ancianas se quedaron, mientras seis de las once doncellas jóvenes se marchaban, arrastrando con ellas al duque, que protestaba.

La puerta se cerró y Sandy, tras encender un buen número de velas, se volvió hacia Penélope.

—Quítate la ropa, envuélvete con esta sábana y abre las piernas.

—No —respondió Penelope, horrorizada—. No delante de todo el mundo.

—La criatura está apretujada dentro. Necesita espacio para salir.

—¿Tiene que salir por entre mis piernas? —preguntó Penélope.

—Puedes intentar empujarla hacia arriba y sacarla por la nariz, pero no creo que tu fosa nasal sea lo bastante grande —se rio Sandy.

Penélope no se rio.

A partir de ahí, las cosas avanzaron con bastante lentitud. Celine observó cómo Penélope soltaba improperios creativos durante lo que parecieron horas. Hubo muchos empujones y tanteos, seguidos de más gritos. Cuando Penélope se quedó sin insultos más dignos, Sandy le enseñó otros nuevos y escandalosos. La mayoría de los insultos iban dirigidos al pobre duque, que estaba fuera, con la oreja pegada a la puerta, escuchándolo todo.

El sol fue subiendo en el cielo, el sudor brillaba en las frentes y a Penélope no le quedaban fuerzas más que para gemir de vez en cuando. Se movía incómoda sobre la cama mientras el resto de las mujeres desayunaban, bebían líquidos calientes y cantaban canciones para complacer a los dioses y acelerar el asunto.

Una vez terminado el desayuno, Sandy la Sórdida parecía renovada y ansiosa por atacar la tarea. Saltaba por la habitación dando órdenes. Hizo que Penélope se pusiera en cuclillas, se arrodillara, se sentara sobre los talones y, por último, se tumbara boca arriba, con la esperanza de acelerar el parto.

Penélope, ya exhausta, durmió la siguiente media hora, mientras Sandy la Sórdida, todavía rebosante de energía, dirigía su atención a las doncellas y les ordenaba tumbarse boca arriba y agitar las piernas en el aire. Pronto pasaron a bailar alrededor de la cama.

—¿Esto es necesario? —preguntó Celine, dando saltitos con las manos en la cintura.

—Estoy intentando complacer a los dioses y dar prisa a las cosas —respondió Sandy con sequedad.

—¿La duquesa está en peligro? —preguntó Celine, angustiada.

—No, pero pronto será la hora de mi siesta. Y preferiría no perdérmela.

Penélope despertó y se encontró con rostros sonrojados y sudorosos danzando ante sus ojos. El breve sueño le había sentado bien y la llenó de un estallido de energía.

—¿Puedo caminar un poco? —pidió.

Sandy asintió, y con ese solo gesto todo se descontroló.

Celine observó lo que ocurrió a continuación con horror.

Dos doncellas ayudaron a Penélope a bajar de la cama. Se sostuvo sobre piernas temblorosas, mordiéndose los labios secos. Una única sábana la envolvía, cubriéndole por completo la parte superior del cuerpo, pero dejándola desnuda por debajo de las rodillas.

Sandy la Sórdida no formaba parte de la alta sociedad londinense. Por lo tanto, no tenía ni idea de que una mujer de clase alta debía estar cubierta de pies a cabeza y oculta tras cortinas en una habitación humeante, caliente y oscura durante el parto. Hizo lo que creyó que mantendría a la duquesa más cómoda.

Celine, al ver el rostro enrojecido de Penélope, decidió no mencionar el capítulo de la señora Beatle sobre damas recluidas y rituales de parto para la élite.

Penélope empezó a deambular por la habitación, con pasos cautelosos y una expresión letal. Todos observaron cómo esos pasos vacilantes se volvían más firmes.

—Ya no duele —empezó a decir Penélope con una sonrisa…

El resto de las palabras se le congelaron en la garganta. Su rostro se volvió blanco y miró hacia abajo con horror.

La habitación quedó inmóvil mientras todas las miradas se clavaban en el espacio entre las piernas de la duquesa, visible bajo la sábana, entre las rodillas.

Un latido después, todos observaron, atónitos, cómo sin previo aviso brotaba una gran cantidad de sangre, vísceras y el bebé.

Sandy la Sórdida fue la única que reaccionó, y vaya si reaccionó. La mujer enjuta se lanzó de un salto a través de la habitación y atrapó limpiamente al recién nacido en sus brazos antes de que tocara el suelo.

El bebé lanzó un alarido potente, sacando a todos de su estupor. Varias doncellas se pusieron en movimiento para atender a la duquesa, mientras otras corrían hacia el bebé.

Celine se detuvo lo justo para asegurarse de que madre e hija estaban bien antes de retroceder hacia la puerta. Apretó los labios y

la abrió de golpe. Tenía que escapar antes de desmayarse.

George asomó la cabeza por encima de la de Celine, miró dentro… y se puso gris.

Celine lo empujó fuera y felicitó débilmente al duque. Al parecer, los piratas y el duque se habían hecho amigos, porque fuera ya se celebraba un festín, con abundante ron circulando.

—¿Fue niño o niña? —preguntó Lord Adair, sentándose junto a ella y George.

—Hmmblurg —murmuró Celine, demasiado ocupada vaciando un vaso de ron. Terminó de beber y, desesperada por cambiar de tema y borrar para siempre el recuerdo del parto de su mente, preguntó —: ¿Los piratas nos dejarán marcharnos?

Lord Adair sonrió.

—Sí, porque le he entregado al Cuervo Negro una carta autorizada por el soberano declarándolo corsario. Está más que satisfecho con el ascenso.

Celine no entendió ni una palabra de lo que dijo, pero aun así asintió. Lo único que le importaba en ese momento era que le permitieran saltar por la borda al agua helada para lavarse de la mente lo que había presenciado.

—Nunca tendremos un bebé —anunciaron de pronto los labios blanquecinos de George.

—Estoy totalmente de acuerdo —respondió ella, volviéndose hacia él con alivio.

—Nunca —repitió él.

—Jamás —repitió ella.

Se sonrieron.

Lord Adair, con mucho tacto, los dejó a solas.

George observó cómo se alejaban los zapatos magníficamente confeccionados de Lord Adair.

—Sé que estás enamorada de mí —le informó.

Todos los pensamientos sobre el parto se le evaporaron de la cabeza.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó, con una voz que le sonó aguda y extraña.

Un hoyuelo le guiñó en la mejilla.

—Nadaste para salvarme cuando te aterra el agua. Me diste tus agujas de tejer para que me defendiera. Olvidaste recogerte el pelo, ya no te importa el decoro, cruzaste Inglaterra a caballo para salvarme, y además de piratas… y hueles fatal...

—¿Y tú? —lo interrumpió Celine.

Él entendió lo que le preguntaba.

—Vine a devolver la receta y prometí a mi madre que volvería a casa. Planeo dedicar mi vida a aprender a ser el conde de Devon. ¿Qué crees, Amy? ¿Por qué aceptaría vivir una vida condenadamente responsable?

Celine respiró hondo, con la esperanza desplegándose en su corazón. Era el momento. Tenía que arriesgarse y decirle que tenía razón, que lo amaba. Si no lo decía ahora, podía arrepentirse el resto de su vida.

—Vengan a ver al bebé —interrumpió una doncella.

Celine perdió el valor, y el momento se esfumó.

Se levantaron y, evitando mirarse a los ojos, regresaron a la cámara del capitán.

Lo que encontraron no se parecía en nada a lo que habían dejado.

La puerta estaba abierta de par en par, invitándolos a entrar. Un par de piratas yacían desparramados en el pasillo, sosteniendo botellas de ron y cantando suavemente canciones de celebración.

Dentro de la habitación, las ventanas estaban abiertas de par en par y la brillante luz del sol inundaba el espacio, iluminando la cama con dosel recién hecha, con sábanas blancas e impecables.

Había varias personas en la habitación, pero Celine solo pudo ver a la duquesa, satisfecha, recostada en la cama, con una pequeña criatura acurrucada sobre su pecho. El duque estaba arrodillado junto a la cama, con su gran dedo atrapado por los diminutos dedos del recién nacido.

Lágrimas de felicidad y asombro recorrían casi todas las mejillas de la estancia.

—¿No es horriblemente fea? —sollozó Penelope, feliz—. Aun así, la quiero.

—Todos los recién nacidos están arrugados y rojos. Se pondrá más bonita —comentó Sandy.

—¿Ella? —preguntó Celine, acercándose con suavidad.

—Lo comprobé —confirmó Penélope —. Es una niña.

—¿Cómo la llamarás? —preguntó George.

—Grace —respondió Penélope sin dudar—, por mi madre. Grace Mary Elizabeth Sandy Radclyff.

El infame Sandy rompió a llorar ante aquel anuncio, mientras Celine asentía con aprobación. Era lo correcto.

George se acercó y rodeó a Celine con los brazos, y juntos contemplaron cómo el duque y la duquesa acunaban a la pequeña.

—He cambiado de opinión. Tengamos uno —dijo George, apretándole los hombros con los dedos.

—Primero tienes que casarte antes de tener uno —dijo el duque. No se dio la vuelta; tenía los ojos fijos en su hija.

—Entonces, ¿te casarías conmigo? —le preguntó George a Celine.

—¿Porque quieres un bebé? —replicó ella, apoyando la cabeza en su hombro.

—No, porque me amas y yo te amo —respondió él con seguridad.

A ella se le abrieron los ojos ante aquella declaración tan audaz; aunque, en realidad, él nunca había sido de andarse con rodeos. Un rubor empezó a subirle por el cuello mientras él seguía mirándola como si fuera un delicioso pescado frito y él, un marinero hambriento.

Él esperó con paciencia. Mientras tanto, empezó a quitarse los guantes. Las manos de ella ya estaban desnudas, pues hacía rato había arrojado sus empapados guantes de satén al agua.

Él tomó sus dedos fríos con los suyos cálidos.

—El duque me retará a duelo si no lo confiesas rápido.

—Él lo sabe —se sonrojó aún más.

—¿Sabe qué? Dilo.

—Que te amo.

Sus ojos ardieron de alegría, y bajó la cabeza para atrapar sus labios.

Con aquella sola palabra y esa traviesa demostración de afecto, el asunto quedó zanjado para satisfacción de todos, y luego se besaron

un poco más. Los piratas aplaudieron, los ángeles cantaron y la recién nacida lanzó un llanto fuerte y saludable.

Y ese día, a bordo del escalofriante barco pirata, resonaron los sonidos más felices del mundo.

# CAPÍTULO TREINTA Y TRES

George esperó a que todos volvieran a arrullar a la niña y luego sacó discretamente a Celine de la habitación. La condujo a una gran estancia del barco que parecía el estudio de un pirata.

Era una sala suntuosa, con mobiliario de terciopelo rojo, piedra de aire místico y tesoros de madera cuidadosamente dispuestos en estanterías. Un rincón estaba dedicado a toda clase de bebidas que centelleaban a la luz de las muchas velas encendidas en candelabros dorados. En el centro había un gran escritorio cubierto de mapas y, a su derecha, un diván, un gran diván, con cojines de seda y satén y cortinas de encaje.

Cuando los últimos rayos del sol se desvanecieron, tiñeron el cielo visible por la ventana de un rosa intenso. El barco se mecía suavemente sobre el agua, balanceándose de un lado a otro, mientras el sonido de las olas y la brisa marina llenaban la estancia.

Era una habitación pirata hecha para el desenfreno.

Celine no reparó en nada de eso, porque él empezó a besarla en cuanto entraron y cerró la puerta.

La devoró como si llevara días muriéndose de hambre por ella, y quizá así era.

Se detuvo un instante para mirarla a los ojos y preguntar:

—Me casaré contigo. ¿Me crees?

—Si no lo haces, el duque te pegará un tiro —respondió ella con timidez—. No te queda más remedio que casarte conmigo.

Él le sujetó la barbilla y afirmó con fuerza:

—Quiero casarme contigo; no tiene nada que ver con el duque.

Ella se sonrojó, y sus manos pálidas revolotearon a los lados, como si ya no supiera qué hacer con ellas.

—Lo sé.

Él esperó un segundo antes de preguntar:

—Entonces, ¿podemos no esperar hasta la noche de bodas?

El corazón de ella se detuvo al oírlo. La cabeza, ya embotada por los besos, creyó haber entendido mal.

—¿Q...qué?

—Quiero —bajó la cabeza y la besó con profundidad. Su lengua empujó sus labios hasta que se abrieron y se adentró, saboreándola —. Te quiero ahora.

Y entonces se apartó.

¡Ah! El demonio no tenía ni un solo hueso decente en el cuerpo. La cabeza se le llenaba de esas cosas incluso en un momento así. Con el rostro encendido, ella se volvió hacia la puerta. ¿Cuándo aprendería a recordar que él no era ningún caballero?

Él le atrapó la muñeca y dijo con voz ronca:

—No, debes pedirme que espere hasta la noche de bodas. Quiero oírte decir lo que llevas en el corazón.

Esperó con paciencia una respuesta, negándose a dejarla escapar sin una palabra.

Empezó a llover. Gotas pesadas y atronadoras cayeron sobre el mar a su alrededor, ahogando cualquier otro sonido.

Ella se estremeció con el frío repentino, los ojos siguiendo las vetas de la madera del suelo. Sus dedos estaban sobre su muñeca desnuda; los guantes se habían perdido hacía mucho tiempo. Él podía sentir la vena palpitándole bajo el pulgar, latiendo de forma errática mientras ella luchaba con la señora Beetles dentro de su cabeza.

Si aceptaba, ¿qué harían entonces? Tenía una idea vaga de lo que ocurría entre un hombre y una mujer; al fin y al cabo, había crecido en una granja. Además, las criadas y sus amigas casadas le habían vertido algunos hechos en los oídos escandalizados.

Se humedeció los labios, insegura. No creía que él fuera a abandonarla después de retozar, pero su miedo venía de lo desconocido. ¿Dolería?

—Dolerá —leyó él sus pensamientos—. Solo una vez, muy poco. Seré suave.

Ella le cubrió la boca con los dedos y se ruborizó ante sus palabras.

—Calla, no hables. No expliques.

Él lamió las yemas de sus dedos, enviándole un cosquilleo por la espalda. A ella se le cerraron los ojos y se balanceó cuando el deseo volvió a crecerle en el vientre.

Dolería, lo había admitido, pero lo amaba tanto… ¿qué era un instante breve de dolor? Si hiciera falta, recibiría la bala por él.

Pero admitirlo… ¡cielos! Eso era otra cosa. ¿Cómo podía una mujer decir algo tan vergonzoso en voz alta?

Él notó el ablandamiento de su actitud, perdió la paciencia y reclamó su boca.

Sus labios estaban un poco fríos, y él los calentó por completo con los suyos. La lluvia siguió cayendo a plomo mientras sus besos se volvían más fervorosos.

El trueno ahogó sus gemidos y los relámpagos golpearon las olas hinchadas afuera. En algún lugar lejano, los piratas empezaron a cantar una melodía dulce y lírica, acompañada por una flauta.

Él la alzó del suelo y la depositó sobre el diván como si fuera el tesoro más precioso del barco.

—L...lord Elmer… George —murmuró ella, aturdida.

—¿Hmm? —le quitó las medias de seda y las lanzó a un lado.

Al no obtener respuesta, volvió a besarla. Esta vez el beso fue dominante, agresivo, lleno de necesidad. Sus labios succionaban y mordían los de ella mientras sus dedos expertos se movían con experiencia, tocando y provocando hasta que todo su cuerpo dejó de parecerle suyo.

Le besó el rostro, mordisqueó con suavidad su pezón y amasó sus muslos, incitándolos a separarse.

Ella tembló bajo sus atenciones; su poder y control eran increíbles. Un hombre que parecía despreocupado por muchas cosas en la vida se mostraba inflexible a la hora de complacerla. Cada movimiento estaba cargado únicamente del deseo de darle placer, de cuidarla y saciarla.

Su cuerpo se tensó como una cuerda de violín, con los miembros estirándose como si fuera a saltar de un precipicio. La mente era una niebla confusa de anhelo y necesidad; sus gemidos ya no quedaban ahogados en la garganta.

Sus dedos no se detuvieron.

La brisa fría del mar se coló por una rendija bajo la ventana, pero no logró aliviar su piel ardiente. Ella se arqueó, queriendo más, muchísimo más, y él parecía comprender todos sus deseos no dichos.

Sus brazos se enredaron alrededor de él, buscando acercarse, fundirse con él y calmar el extraño picor que crecía en su interior.

Llevaban demasiado tiempo bordeando ese límite, con encuentros llenos de pasión reprimida, y ahora que habían confesado su necesidad mutua, estaban a punto de estallar de tanto sentir.

Él la sostuvo como ella quería, apretada en un abrazo amoroso, como si tampoco pudiera soportar ni un centímetro de distancia entre ambos.

La ropa rozaba entre sí, susurrando con cada balanceo del barco; los sonidos de besos y lamidas, las respiraciones entrecortadas, quedaban ocultos por el rugido del mar y la lluvia.

De pronto, el placer empezó a inundarla en oleadas. Un ritmo constante que no cedía.

El barco temblaba como algo frágil e insignificante en un océano inmenso mientras la tormenta se intensificaba afuera. Los relámpagos caían del cielo en rápida sucesión, iluminando el mar con un despliegue poderoso.

—Y...yo… —susurró incoherente mientras caía de un precipicio solo para empezar a escalar otro—. Esto no es decoroso.

—Entonces —se detuvo él—, ¿debo dejar de complacerte?

—¿Hmm? —preguntó ella, confusa y aturdida.

—¿No te gusta esto? —sus dedos se movieron una vez bajo la falda, haciéndola estremecerse.

—Por favor.

—¿Por favor, detente, o por favor, continúa?

De pronto, sus ojos destellaron con genio.

—Mi lord, hablas demasiado.

Él rio, con un sonido bajo y seductor, mientras sus manos retomaban las caricias.

Ahora su pulso latía frenético y de su garganta salían suaves maullidos. Intentó ocultar el rostro en el pliegue del brazo, pero su otra mano le atrapó la muñeca y la apartó.

—Déjame mirar.

—No...

—Sé buena.

Ya no tenía fuerzas para discutir mientras su cuerpo se le escapaba de las manos y veía estrellas.

Él la sostuvo mientras se estremecía en su abrazo y reprimía un grito.

Esperó a que su respiración se regulara y luego reanudó de nuevo la dulce tortura. Sus piernas se abrieron otra vez, pero en lugar de sus dedos, fue su gruesa y palpitante virilidad la que la tocó.

Sus ojos se abrieron con pánico, pero el murmullo tranquilizador en su oído y sus caricias la distrajeron lo suficiente para que se hundiera en ella.

Dolió, pero él había trabajado con esmero para prepararla; así, el dolor fue soportable.

—Shh —le acarició el cabello con dedos temblorosos—. Lo sé, duele, shh.

Sonaba más angustiado que ella, pensó, mordiéndose el labio. Su preocupación la tranquilizó, aunque notó que quedarse quieto le causaba incomodidad.

Con timidez, ella le agarró la cadera y lo atrajo hacia sí, instándolo a moverse.

Él esperó un aliento más antes de empujar la cadera hacia delante, incapaz de resistirlo por más tiempo.

El dolor ardiente se mezcló con el placer, haciendo que su cabeza se agitara sobre la almohada, soltando las horquillas y esparciendo su cabello.

Sus ojos azules se oscurecieron como el mar embravecido de afuera; sus labios se apretaron en una línea fina, como si fuera él quien sufriera.

Las uñas de ella le arañaron la espalda y el pecho, y por fin se aferró a su brazo con un agarre mortal. Siempre había controlado sus emociones y pensamientos, reprimiendo con firmeza su lado aventurero y esforzándose por ser buena y obediente.

Él la había deshecho, había retirado los hilos de los que se sujetaba con tanta fuerza, y ahora ella quedaba abierta y a su

merced. Le había entregado todo, corazón, cuerpo y alma, pero en lugar del terror que esperaba de una unión así, solo sentía paz.

Había elegido bien, y estaba satisfecha.

# EPÍLOGO

—Me alegra que te hayas vuelto responsable —le dijo Celine a su esposo—, pero no demasiado responsable.

George alzó a su hija de cuatro meses y le limpió la carita.

—Y a mí me alegra que tú te hayas vuelto impulsiva, traviesa y mucho más divertida.

Se sonrieron.

—¿Sabes a quién me encontré el otro día? —continuó George, mientras un niño de tres años con un adorable hoyuelo corría hacia él para abrazarlo.

—¿A quién? —preguntó Celine, extendiendo un paño sobre el césped y sentándose con cuidado.

—A tu poeta, Philbert Woodbead.

—Dijiste bien su nombre —comentó ella, sorprendida.

—Siempre lo supe —respondió él con suficiencia—. Simplemente disfrutaba destrozarlo.

Ella negó con la cabeza, divertida, y sus rizos sueltos brillaron bajo la luz del sol.

—¿Cómo está?

—Se casa con una heredera estadounidense que adora su poesía. Estaba colgada de su brazo cuando me lo encontré.

Celine sonrió y se dio unas palmaditas en el vientre abultado. Observó cómo otros tres niños corrían hacia ellos y dijo:

—Entonces es un final feliz para todos.

Ya tumbado boca arriba, con niños de todas las edades trepándole por encima, George respondió con la voz amortiguada:

—Siempre lo es, amor mío. Siempre lo es.

FIN

# OTROS LIBROS DE LA AUTORA

## Comedias Románticas de la Regencia

Hermana Fairweather Libro 1: Penelope

Hermana Fairweather Libro 2: Buscando a Philbert Woodbead

Hermana Fairweather Libro Book 3: Dorothy

Hermana Fairweather Libro 4: Jane Fairweather

## Misterios de la Regency

Apuesta Perversa

Serie Lucy Anne Trotter Libro 1: Asesinato En Rudhall Manor

Serie Lucy Anne Trotter Libro 2: Muerte de un Aristócrata

## Comedias Románticas Contemporáneas

Muffin de Amor Y Chai Latte

¡Santo Cielo, Gracie!

**Fantasía**

Legado De Amor Libro 1: Meara

Legado De Amor Libro: Destinado

# SOBRE LA AUTORA

Anya Wylde vive en Irlanda junto a su marido, sus dos hijos y un caniche francés gordo (ahora a dieta). Sabe preparar un curry estupendo y su idea de hacer ejercicio consiste en estirar los dedos de los pies de vez en cuando. Es licenciada en Literatura Inglesa y adora leer y escribir.